

## DISTRIBUTION AGREEMENT

In presenting this dissertation as a partial fulfillment of the requirements for an advanced degree from Emory University, I hereby grant to Emory University and its agents the nonexclusive license to archive, make accessible, and display my dissertation in whole or in part in all forms of media, now or hereafter known, including display on the world wide web. I understand that I may select some access restrictions as part of the online submission of this dissertation. I retain all ownership rights to the copyright of the dissertation. I also retain the right to use in future works (such as articles or books) all or part of this dissertation.

Signature:

---

Fernando Esquivel-Suárez

---

Date

“Españoles trasplantados”: raza hispana y migración en las misiones culturales españolas  
enviadas al centenario de la independencia argentina (1898-1910)

By

Fernando Esquivel-Suárez  
Doctor of Philosophy

Spanish

---

Hernán Feldman, Ph.D.  
Advisor

---

Hazel Gold, Ph.D.  
Committee Member

---

Dierdra Reber, Ph.D.  
Committee Member

---

Jeffrey Lesser, Ph.D.  
Committee Member

Accepted:

---

Lisa A. Tedesco, Ph.D.  
Dean of the James T. Laney School of Graduate Studies

---

Date

“Españoles trasplantados”: raza hispana y migración en las misiones culturales españolas  
enviadas al centenario de la independencia argentina (1898-1910)

By

Fernando Esquivel-Suárez

Advisor: Hernán Feldman

An abstract of  
A dissertation submitted to the Faculty of the  
James T. Laney School of Graduate Studies of Emory University  
In partial fulfillment of the requirements for the degree of  
Doctor of Philosophy  
In Spanish  
2015

## Abstract

“Españoles trasplantados”: raza hispana y migración en las misiones culturales españolas enviadas al centenario de la independencia argentina (1898-1910)

By Fernando Esquivel-Suárez

This dissertation explores the restructuring of colonial hierarchies after independence through discourses of ethnicity and race at the turn of the twentieth century. Specifically, this research focuses on the role of Spanish cultural missions to Argentina attempting to reassert commercial influence over the former colony through cultural hegemony. The idea of a homogeneous ethnicity across the former Spanish empire became the foundation for the formation of networks and negotiations to stimulate the flow of capital, people, and goods between the two nations. Four travel narratives by the cultural brokers who led these missions provide the main sources for an analysis of the notion *Raza hispana* (or the Hispanic race): Federico Rahola's Sangre Nueva (1906), Viaje de S.A.R. Infanta doña Isabel a Buenos Aires by Alfredo Escobar y Ramirez-Marqués de Valdeiglesias, Adolfo Posada's La república Argentina, and Argentina y sus grandezas by Blasco Ibáñez. Inspired by the racial ideas of the so-called “Generación del 98,” these travellers lobbied the Spanish and Argentine governments to influence the production of policy that maintained the migration of workers from Spain to Argentina, stimulated the import of Spanish goods to the South American market, and kept the former colony “safe” from rising powers like the United States and the cultural influence of other European immigrants. In doing so, these intellectuals shaped national narratives in both countries as well as their postcolonial relation.

“Españoles trasplantados”: raza hispana y migración en las misiones culturales españolas  
enviadas al centenario de la independencia argentina (1898-1910)

By

Fernando Esquivel-Suárez

Advisor: Hernán Feldman

A dissertation submitted to the Faculty of the  
James T. Laney School of Graduate Studies of Emory University  
In partial fulfillment of the requirements for the degree of  
Doctor of Philosophy  
In Spanish  
2015

## Agradecimientos

La constancia y la libertad que aprendí de mi madre determinaron mi decisión de ser académico. “Tú puedes ser lo que quieras”, “Nosotros nunca renunciamos”. Su infinito deseo de hacerme libre, me convirtió en viajero. Su tenacidad me sostuvo durante el aislamiento de la escritura, me ayudó a atravesar la barrera lingüística, me acompañó en la extrañeza de la migración. Irma ha sido siempre mi consejera, hay un atajo a mi alma que pasa por nuestra conexión. Diego, mi mejor amigo, mi hermano. A través de nuestra amistad interpreto el mundo.

Carmen Millán, mi mentora, le dio un giro a mi formación académica y encaminó mi curiosidad intelectual hacia las preguntas que ahora me definen. Carmelita, además, hizo alcanzable esta experiencia que desde mi posición social tenía forma de espejismo.

Rebecca, Dasef, and Eva became my family in Atlanta. Our friendship proves how family bonds are established through kinship. We came over from every corner of the world to become an American family. Without your constant support, your intellectual curiosity, and stimulating conversation, I wouldn't be able to experience the feeling of home in the U.S. My sister Rebecca taught me how to navigate this place – her America is my America, her language is mine. We are mirrors that reflect each other through space and time.

Only Kara Moskowitz understands how hard this process was for me. Her love and wisdom walked me through the end, helped me recover confidence in my academic interventions, and advised me when I lacked institutional support.

Gracias, y'all.

# Índice

## Introducción

### 1. El viaje transatlántico y la negociación de la migración española a la Argentina

#### 1.1 Los intelectuales regeneracionistas y la Revista Mercurio

#### 1.2 “Carne importada”: política prohibitiva respecto a la emigración

##### 1.2.1 Locos a medias

##### 1.2.2 Licenciosas, indolentes y ateas

##### 1.2.3 Brazos y armas

#### 1.3 Agente de reacción nacional

##### 1.3.1 Respirando los Buenos Aires

##### 1.3.2 Homecoming

##### 1.3.3 Un “mercado étnico”

#### 1.4 Negociación en Argentina

##### 1.4.1 Equilibrio racial

##### 1.5 La más cordial bienvenida

### 2. “España no era una abstracción hermosa”: la Infanta Isabel y el acto performativo de la raza hispana en el Centenario argentino

#### 2.1 El Centenario como escenario

2.1.1 “La más estrecha unión comercial del porvenir”

2.1.2 La “Misión Española”

2.1.3 El origen étnico de la nación

2.1.4 “Forzoso fue purificarlo por medio del fuego”

2.2 “La importancia de su magnífica realidad”

2.2.1 Acto primero: “España descubre América por segunda vez”

2.2.2 Acto segundo: “parece una flor del pueblo”

2.2.3 Acto tercero: “la fecunda maternidad hispana”

### 3. Buenos Aires, reflejo y mímica. Circuitos académicos transatlánticos

3.1 Lo único que hoy tiene España para guiarse

3.1.2 Patriotas prácticos

3.1.3 Los viajeros de Oviedo

3.2 Ciudad: movimiento y modernidad

3.2.1 “España no es verdad que desaparezca”

3.2.2 Localizando el meridiano de Hispanoamérica

3.2.3 “Todavía nos falta algo”

3.3 Ariel hispanizado

3.4 La misión del profesorado español

3.5 Negociación en España



## 4. “El gaucho fue siempre de tez blanca”: asimilación racial y las negociaciones culturales de Vicente Blasco Ibáñez en la Argentina del Centenario

### 4.1 El intelectual de acción

### 4.2 Instant book

### 4.3 Hispanización de la gauchesca

#### 4.3.1 Español hasta el tuétano

#### 4.3.2 ¿De dónde vino este enemigo irresistible?

#### 4.3.3 El gaucho malo no encuentra espacio para correr

### 4.4 Asimilación racial del gaucho

#### 4.4.1 Geografía fantástica

#### 4.4.2 Españoles amoriscados

#### 4.4.3 Nosotros somos muy guachos

### 4.5 Pioneer de la Pampa

Conclusión

Obras citadas

## Introducción

Las comparaciones del presente de España con la crisis de 1898 son inevitables. Hoy, como hace un siglo, la prensa española reporta elevados índices de desempleo, dramáticos desahucios y empobrecimiento general de la clase media; todos estos fenómenos acompañados por la migración de una gran cantidad de jóvenes en edad productiva. Las actuales relaciones internacionales en el “mundo hispano” hacen igualmente eco de la centuria pasada. El 18 de noviembre de 2012, el editorial del diario El País, titulado “Más Iberoamérica”, describe cómo en el “mundo hispano...el equilibrio entre la parte ibérica y la parte americana está cambiando a favor de esta última” (27). Como hace un siglo, ante la ruptura de un orden, que parece ser asumido como natural, la diplomacia española se reinventa y anuncia a América Latina que “nuestras miradas se vuelven más hacia vosotros. Necesitamos más Iberoamérica”, como lo afirma el Rey Juan Carlos en el discurso catastrofista con el que abrió la Cumbre Iberoamericana en 2012.

Este trabajo pregunta por la capacidad que tienen las condiciones coloniales para reinventarse y permanecer a través de los cambios y las crisis de los sistemas de explotación. En las intervenciones de los políticos y en las páginas de los diarios, el propósito de esta Cumbre fue formar un bloque político y económico sobre la memoria del imperio pretérito o, como lo describe el diario colombiano El Tiempo el 17 de noviembre de 2012, “establecer sinergias en un contexto de crisis global” (“La receta contra la crisis” 20). Al delinear este conglomerado transnacional, las voces ibéricas coincidieron en reescribir las relaciones verticales a través de una retórica en la que los tropos coloniales se entrelazan con un vocabulario más contemporáneo. En la sección

internacional de El País del 15 de noviembre de 2012, el analista Fernando Gualdoni señala que el crecimiento económico de “la veintena de excolonias” representa “una cifra nada desdeñable para las madres patrias en recesión”. América Latina, continúa, es “un mercado de unos 550 millones de personas”, un destino idóneo para los jóvenes profesionales “condenados al desempleo en España” y el lugar en que la Península reafirma su “privilegiada situación” para canalizar “los capitales de terceros mercados” (15).

La Cumbre Iberoamericana de 2012 tuvo lugar en Cádiz como forma de celebrar el bicentenario de la creación de las Cortes que dieron vida al republicanismo español y que, como es sabido, contaron con la presencia de representantes de naciones latinoamericanas.<sup>1</sup> Como en múltiples ocasiones anteriores, estas nuevas negociaciones del futuro de la región enmarcadas en el pasado colonial, tuvieron lugar en una de las tantas fechas que conmemoran los vínculos transatlánticos. Como narra el artículo de El Tiempo citado anteriormente, en esta fecha emblemática, el Ministro de Asuntos Exteriores español Manuel García-Margallo “propuso a sus homólogos la creación de un comisionado de la cultura iberoamericana” cuya labor radicaría en difundir en el mundo “todas las culturas españolas...las culturas de nuestras nacionalidades y regiones”. En este encuentro son reiteradas las propuestas de crear nuevas instituciones culturales transatlánticas, siguiendo el modelo de la Real Academia de la Lengua, para renovar las estructuras de control de la diferencia que la hispanidad clasifica y subsume (20).

Este trabajo se centra en las narrativas que articulan estas negociaciones culturales

---

<sup>1</sup> Para más información sobre el papel de los delegados americanos en las cortes de Cádiz ver Berrueto, María Teresa. La participación americana en las Cortes de Cádiz, 1810-1814. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1986; Rieu-Millan, Marie Laure. Los diputados americanos en las Cortes de Cádiz. Madrid: CSIC, 1990.

y económicas postcoloniales en el marco de estas fechas emblemáticas. Mi investigación se enfoca en la transición del siglo XIX al XX como el momento en el que ese capital cultural y político colonial fue recogido, organizado y puesto en funcionamiento. En la celebración del Centenario de Independencia de la República Argentina en 1910, como uno de estos espacios temporales mnemotécnicos, mi disertación explora las misiones culturales y comerciales del movimiento hispanoamericanista enviadas a la conmemoración. Estos viajes fueron la forma en la que diferentes organizaciones le dieron viabilidad a sus agendas. La estrategia consistió en enviar equipos de intelectuales encargados de negociar sus intereses con las elites locales, explorar el mercado local y, con toda la experiencia “etnográfica” adquirida, influenciar el debate político y presionar por la creación de marcos jurídicos que impulsaran y protegieran sus iniciativas.

Mi investigación se centra además en los discursos usados por estos aparatos intelectuales de *lobby*. Popularizado por diversos escritores de la llamada “Generación del 98”, dichos discursos están sustentados en la noción de la “raza hispana” y, a partir de ésta, en la existencia de una comunidad transatlántica originada en tiempos coloniales. Ante grupos de poder en Argentina y España, estas misiones culturales argumentaron a favor de tres puntos específicos: en primer lugar, el mantenimiento y regularización del flujo de mano de obra inmigrante desde la Península hacia el Río de la Plata; en segundo lugar, la estimulación de la importación de productos de consumo españoles en el mercado argentino; y, finalmente, la protección del mercado español en la excolonia frente a la expansión económica de los Estados Unidos y la influencia cultural de otros inmigrantes europeos.

La pregunta que orienta este trabajo es la del eterno retorno que se cierne sobre las

relaciones coloniales. En el vasto marco de los cuestionamientos de la crítica latinoamericana por la dependencia de centros económicos y culturales europeos y norteamericanos, este trabajo desarrolla una perspectiva transatlántica que muestra la construcción de una identidad homogénea de carácter étnico a través del antiguo imperio español y cómo ésta fundó una compleja serie de redes intelectuales, políticas y comerciales sobre las cuales fueron negociadas y reinstauradas las jerarquías coloniales en un mundo en globalización y, a partir de éstas, la distribución del poder local en ambas naciones.

La abismal diferencia económica entre la rica Argentina del Centenario, sobre la que ya profundizaremos, frente a la empobrecida España del cambio de siglo, hacen que la readopción de la narrativa histórica hispanista, su iconografía y su literatura en la celebración de los primeros cien años de vida independiente de la nación suramericana, complejicen aún más la negociación de las dinámicas coloniales. En otras palabras, este trabajo se pregunta ¿cómo las cíclicas crisis peninsulares parecen actualizar y reorganizar las relaciones establecidas durante un régimen colonial que formalmente terminó hace dos siglos? Y ¿Cómo los discursos raciales coloniales se adaptan para mantener dichas relaciones?

Este enfoque incorpora, además, la pregunta por las naciones que se construyen en relación con el antiguo imperio, ¿cómo las narrativas nacionales se forman en interacción con estos discursos étnicos y estas estructuras globales de poder? ¿Cuál es la influencia de este discurso racial transatlántico en la formación de las respectivas identidades nacionales de España y Argentina? En el caso español, por ejemplo, el discurso de la raza hispana se extendió a través de todo el espectro político en el cambio de siglo. A

excepción del movimiento obrero, éste fue usado por liberales, conservadores, monarquistas y movimientos regionalistas. Como bien lo entendían los intelectuales de la época, cooptar el hispanoamericanismo significaba tomarse la narrativa maestra que definiría la lectura que España haría de sí misma durante más de la primera mitad del siglo XX. Es bien conocido por la crítica el progresivo desplazamiento hacia la derecha que sufrió el discurso de la raza hispana. Esta creación del liberalismo intelectual y mercantilista, con miras a las relaciones internacionales, se convirtió en basamento de la ideología del catolicismo nacional español que hoy se asocia a la dictadura de Francisco Franco.<sup>2</sup> Este trabajo traza los matices de esta contienda intelectual en sus albores.

En Argentina igualmente, el vocabulario racial hispanista del fin de siglo XIX se expandió entre los diferentes grupos de poder en disputa. Figuras tan políticamente antagónicas como el cacique de la generación del 80, Julio Argentino Roca, y el presidente del sufragio universal, Roque Sáenz y Peña, se adhirieron a sus postulados. Esta extraña comunión entre extremos políticos se debió, como lo afirma Óscar Terán, a la búsqueda identitaria en que se embarcan las elites tradicionales argentinas desde los años 90's del siglo XIX hasta el Centenario. La construcción cultural de la nación, en un contexto postcolonial, presenta el problema de imaginar la comunidad en términos nativistas o derivativos. En otras palabras, en decidir si la nación, después de ganada la independencia, regresa a ser el pueblo que el precedió al invasor o su cultura se ha tornado en una derivación de la que ha impuesto el colonizador. En el caso de las naciones latinoamericanas, las elites criollas en un principio rechazaron ambas. Si algo conservaron éstas como legado colonial fue el desprecio por lo indígena, considerado

---

<sup>2</sup> Como ejemplo de la recurrencia y extensión temporal de este discurso puede ofrecerse la película semi-autobiográfica de propaganda titulada "Raza", esta obra fue escrita y dirigida por el dictador y estrenada en 1942.

como un lastre de barbarismo que debía ser eliminado. Las ideas de inferioridad congénita de los grupos aborígenes convivían cómodamente con el paradójico discurso ilustrado que encendió los movimientos independentistas en toda la región. La herencia española, por su parte, se hizo sinónimo de la dominación y el atraso que dieron origen a los movimientos revolucionarios y a las naciones que surgieron de éstos. Ni indios ni españoles, los criollos apelaron a una identidad ampliada como europeos.<sup>3</sup>

Sin embargo, con las migraciones masivas en el cambio del siglo XIX al XX, la elite criolla quiso diferenciarse, esta vez, de los europeos reales que se agolpaban en los puertos y que paulatinamente se empezaban a organizar como clase. Con su presencia, los nuevos miembros de la nación hacían concreta la abstracción con la que los criollos se reconocían entre sí y se diferenciaban de las “castas”. Al separarse de los extranjeros europeos, la cultura de las elites criollas se encontró con las identidades americanas antes rechazadas y se bifurcó entre el indigenismo nativista y el hispanismo derivativo. En Argentina, el nativismo fue rápidamente descartado y el debate se enfocó en la delinear la cultura derivativa. El entronamiento del hispanismo en la vida cultural argentina que produjo el Centenario, respondió a una alianza entre grupos intelectuales emergentes y las elites rurales, en su mayoría, que se aferraban al poder en el panorama cambiante de la

---

<sup>3</sup> Para mayor información sobre los procesos de construcción de las naciones ver Anderson, Benedict. Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism. London and New York: Verso, 1991; Bhabha, Homi K., ed. Nation and narration. New York: Routledge, 2013; Sommer, Doris. Foundational Fictions: The National Romances of Latin America. University of California Press, 1991; Chasteen, John Charles. Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America. Woodrow Wilson Center Pr, 2003; Ranger, Terence; Eric J. Hobsbawm, eds. The invention of tradition. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

impresionante modernización argentina. Este trabajo exhibe el conflicto entre las elites locales del Centenario y las grandes masas urbanas de inmigrantes; entre la retórica étnica hispanista que pretendía negarles a dichas masas la ciudadanía concreta y las ideologías anarquistas, socialistas y feministas alrededor de las que éstas se reunieron para demandar la ampliación de sus derechos constitucionales.

### **La gran metáfora política**

Como contracara del progreso, el discurso de la regeneración racial fue un denominador común a los diferentes fenómenos producidos por la modernidad: el imperialismo europeo, la simultánea emergencia de la hegemonía norteamericana, el levantamiento y organización de movimientos obreros urbanos, entre otros. Legitimado por principios científicos, este léxico fue usado para justificar el proyecto “civilizador” global del colonialismo europeo, condenar la emergente política de masas y promover prácticas profilácticas sobre las clases bajas al interior de las naciones. En otras palabras, las legislaciones, las relaciones internacionales, las inversiones de los recursos públicos se movilizaban, en parte, por su influencia benéfica o nociva sobre la salud racial de las naciones o los individuos.

En el caso específico de la política internacional, el discurso médico de la degeneración racial fue la punta de lanza del imperialismo decimonónico. Probablemente sea el aristócrata francés, Arthur de Gobineau (1816-1882), el autor que en su momento tuvo mayor reputación por su interpretación de esta enfermedad como causa del declive de las sociedades. En su obra Essai sur l'inégalité des races humaines, Gobineau, tratando de encontrarle una explicación a las crisis que atravesó la Francia de Napoleón III, responde a la pregunta general por el decaimiento de las grandes naciones y del dominio



natural de unas sobre otras. Basado en su conocimiento de las entonces novedosas teorías evolutivas, sus propias observaciones y sus estudios de literatura de viajes, Gobineau define la degeneración de la siguiente manera:

The word degenerate, when applied to a people, means (as it ought to mean) that the people has no longer the same intrinsic value as it had before, because it has no longer the same blood in its veins, continual adulterations having gradually affected the quality of that blood. In other words, though the nation bears the name given by its founders, the name no longer connotes the same race. (25)

En este contexto, la degeneración explicaba los casos de las naciones de pasado glorioso y presente decadente. Éstas eran interpretadas a partir de la desconexión étnica entre la civilización pasada y el pueblo contemporáneo. Este fenómeno, consideraban los teóricos, se debía a la mezcla racial. Los estudios sobre la degeneración aseguraban que el encuentro sexual con “razas inferiores” debilitaba las condiciones físicas y morales de los individuos superiores, quienes al reproducirse las replicaban en las generaciones siguientes, hasta producir la extinción de la nación.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Los científicos franceses Valentin Magnan y Paul-Maurice Legrain definen la degeneración en 1895 básicamente como “un movimiento de progresión de un estado más perfecto a un estado menos perfecto”. Esta patología, consideran, produce individuos constitucionalmente inferiores a sus progenitores. Dicha inferioridad, continúan Magnan y Legrain, “se traduce en estigmas permanentes, es esencialmente progresiva, salvo regeneración intercurrente; pero fuera de esta excepción aboca más o menos rápidamente en el aniquilamiento de la especie” (citado en Campos Marín, 231). Los principales síntomas de estas “transformaciones morbosas” se manifiestan en el individuo como perturbaciones intelectuales, un cerebro mal desarrollado, el empobrecimiento de la sangre, la disminución de la energía muscular, la perversión y el nihilismo hiperracionalista que es la ruina de la voluntad (Terán, Vida 114).

Las relaciones internacionales fueron interpretadas por medio de estas lecturas neo-darwinistas.<sup>5</sup> El cuatro de mayo de 1898, Lord Salisbury (1830-1903) se dirigió a la Tory Primrose League en el Albert Hall de Londres. En este discurso, que después se conocería con el nombre de “Living and Dying Nations,” el primer ministro británico esboza una jerarquía de las naciones de acuerdo a su grado de degeneración:

You may roughly divide the nations of the world as the living and the dying ... decade after decade [the dying nations] are weaker, poorer, and less provided with leading men or institutions in which they can trust ... [the] living nations will gradually encroach on the territory of the dying, and the seeds and causes of conflict among civilized nations will speedily appear. (4)

De esta forma, el vocabulario biológico era empleado para naturalizar las consecuencias del colonialismo europeo y sustentar los discursos nacionalistas sobre el orgullo étnico. Según este lenguaje, la consecuencia necesaria de la adaptación de las naciones con energía vital era su expansión territorial, mientras las naciones cuya raza se degeneraba serían irremediabilmente colonizadas.

---

<sup>5</sup> Como lo exhibe este lenguaje, la degeneración hunde sus raíces en el discurso decimonónico del darwinismo social. Como un anverso de la evolución, ésta se trasmite a través de las generaciones por medio de la herencia. El darwinismo social se basó en la ley general postulada por Darwin en *On the Origin of the Species* (1859) conocida como selección natural: las especies luchan por sobrevivir y triunfan las que mejor se adaptan al ambiente, mientras las demás se extinguen. A este principio, los teóricos de la degeneración le sustrajeron sus características de aleatoriedad, le insertaron la narrativa teleológica de la modernidad (el progreso) y lo aplicaron a los seres humanos con valoraciones cualitativas. Asimismo, el redescubrimiento de la teoría de Mendel a finales del XIX le quitó peso al papel que el medio jugaba en la explicación de la evolución y radicalizó las posturas de superioridad racial congénita. La conducta, el carácter y todas las demás capacidades humanas fueron entendidas como características hereditarias y no sociales.

Estas teorías, además, clasifican y jerarquizan las diferentes razas. La riqueza de las naciones, sus producciones culturales, sus estructuras legales y sus sistemas de gobierno funcionan como criterio para medir el grado de evolución alcanzado por una raza. Por su puesto, la blancura europea es ubicada en la cúspide, como la versión humana más evolucionada, y el color negro de la piel es transformado en representación de estados pretéritos en el progreso de la especie. Estas teorías concluyen la incapacidad congénita de ciertas naciones para autodeterminarse, lo que fue utilizado por el sistema entero de propaganda política de los estados para legitimar la llamada misión civilizatoria europea en África – “the white man’s burden” – como la denominaría Rudyard Kipling.

En el intermedio entre las razas blanca y negra definidas como polos opuestos en la escala de la civilización, se ubican clasificaciones arbitrarias de etnicidades a partir de las cuales se inventan razas. Éstas son jerarquizadas de acuerdo con su proximidad a los extremos. Dentro de esta escala, la blancura misma es dividida por sub razas, las cuales transforman en categorías científicas los estereotipos étnicos de la época. Este discurso pseudo-científico, además de hacer colonizables las ricas historias intelectuales y culturales de Asia, muestra las luchas de poder entre la Europa mediterránea y la del Norte. En su clasificación, el conde de Gobineau posiciona a las naciones del norte, habitadas por la raza anglosajona, en lo más alto del proceso de civilización humana. España, en esta popular teoría, es concebida como el ejemplo más reciente del accionar de la degeneración en las naciones del sur del continente europeo.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Paradójicamente, la gran mayoría de los tratados teóricos sobre la degeneración fueron escritos por autores franceses. En su mayoría, estos textos buscaron explicar la derrota en la Guerra Franco-Prusiana y la grandeza del Imperio Británico que opacaba, por mucho, al proyecto colonial francés. Los estudios sobre la degeneración racial son la versión científica del catastrofismo nostálgico mediterráneo en el cambio del siglo XIX al XX. La popularidad en España que tuvieron obras como *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons* (1898) escrita por

Estos discursos se ligaron a la larga tradición hispanofóbica europea que tuvo su máxima expresión en la conocida “Leyenda negra”. A las críticas por la cruenta colonización en América y la incapacidad política peninsular producto de la represión inquisitorial, se le sumaron los diagnósticos racionalistas del proyecto ilustrado que buscaron probar científicamente la incapacidad congénita española para la civilización.<sup>7</sup> Los diagnósticos de esta “enfermedad racial” minaron aún más el desgastado prestigio político español dentro de la Europa colonialista. En un discurso titulado “El porvenir de la raza” pronunciado en la sesión inaugural del “Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil,” el día 4 de Noviembre de 1883, el político y escritor Joaquín Costa cuantifica el costo de las percepciones continentales: “hace dos ó tres años – se lamenta –

---

el francés Edmond Demolins muestra la adhesión del campo cultural español a la corriente del fatalismo. Como veremos a lo largo de este trabajo, este discurso fue sobredimensionado por algunos grupos intelectuales para avanzar sus agendas políticas por medio de prácticas eugenésicas y profilácticas encaminadas al supuesto mejoramiento de la raza. Para mayor información ver Aronna, Michel. Pueblos Enfermos: The Discourse of Illness in the Turn-Of-The-Century Spanish and Latin American Essay. North Carolina: University of North Carolina Press, 2000.

<sup>7</sup> Por el nombre “leyenda negra” se conoce a la gran cantidad de escritos que estereotipaban y demonizaban a España, a los españoles y su historia desde el siglo XVI. Sentimientos residuales de la expansión española en Europa, dieron origen a la representación derogativa de la Península. Walter Mignolo, en el volumen Rereading the Black Legend. The Discourses of Religious and Racial Differences in the Renaissance Empires (2008), exhibe las ideologías de raza que están en el fondo de esta narrativa. La gran influencia que los pueblos de origen árabe han tenido en la Península, sirvieron como excusa para describir a los españoles como un pueblo racialmente manchado. Ya Immanuel Kant en su Antropología en sentido pragmático (1798), al estudiar el carácter español apuntaba que “la mezcla hispano-árabe que durante siglos tuvo lugar en la Península definía a España claramente como nación no-europea” (citado en Gabilondo 798). Según la teoría de la degeneración, en la colonización de América, España se involucró en un segundo mestizaje que dio como resultado la degradación de los peninsulares al nivel inferior en que se situaba a las poblaciones indígenas. Para más información sobre la “leyenda negra” ver Edelmayer, Friedrich. The “Leyenda Negra” and the Circulation of Anti-Catholic and Anti-Spanish Prejudices. Mainz: Institute of European History (IEG), 2011; Keen, Benjamin. “The Black Legend Revisited: Assumptions and Realities.” *Hispanic American Historical Review* 49. 4 (1969): 703–19; M. G. Sanchez, “Anti-Spanish Sentiment in English Literary and Political Writing 1553-1603.” Diss. University of Leeds, 2004; Griffin, Eric. “From Ethos to Ethnos: Hispanizing “the Spaniard” in the Old World and the New.” *The New Centennial Review* 2.1 (2002):69-116.

principió á agitarse en Europa el problema de la admisión de España en los Consejos europeos y su reconocimiento como potencia de primer orden” (3). Los cuestionamientos sobre la salud racial hispana redujeron su ya escasa participación en la empresa colonizadora en África. La degeneración como narrativa, entonces, empujaba a España desde el centro del poder hacia la periferia política y hacia las márgenes de la blancura.<sup>8</sup>

La derrota española en la Guerra Hispano-americano-cubana de 1898 fue leída por el resto de Europa como una prueba más de la supuesta superioridad de la raza anglosajona sobre las razas mediterráneas o latinas y, por tanto, como una prueba más de la inferioridad racial hispana. Bajo la lógica de mantener a los imperios europeos alejados del hemisferio, los Estados Unidos azuzó una guerra contra España, en la que derrotó al antiguo imperio europeo en cuestión de meses. Los términos en los que se pactó el fin de la Guerra, se convirtieron en un tópico de vergüenza y nostalgia nacional para los ibéricos. En el tratado firmado en París el 10 de diciembre de 1898, la Península cedió a Washington su posesión sobre Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, sus últimas posesiones ultramarinas.

Estados Unidos, una nación considerada como inferior e inmadura por los poderes coloniales europeos, emergió como potencia tras la victoria del 1898. Este año dividió las aguas y proclamó un nuevo orden internacional para el siglo que empezaba.

---

<sup>8</sup> La perspectiva de España como una nación atrasada y exótica no se dio sólo en términos del imaginario en general. Muy similar a la forma que tomó en Latinoamérica, los imperios europeos usaron tácticas de soft power para penetrar en las naciones de Europa mediterránea en forma de economías extractivas, prestación de servicios públicos e importación de bienes manufacturados. Para mayor información sobre la extensión del colonialismo europeo en España ver Blanco, Alda. “El fin del imperio español y la Generación de 1898.” *Hispanic Research Journal* 4.1 (2003): 3-18; Hooper, Kirsty. “Death and the Maiden: Gender, Nation, and the Imperial Compromise in Blanca de los Ríos’s *Sangre española* (1899).” *Revista Hispánica Moderna* 60 (2): 171-185; Torrecilla, Jesús. La Generación del 98 frente al nuevo fin de siglo. Amsterdam: Rodopi, 2000.

Además de tomar posesión de las islas del Caribe, la expansión hemisférica de los Estados Unidos anexó parte del territorio mexicano y se extendió hasta a Centroamérica por medio de la creación de Panamá como nación independiente con el fin de construir un canal interoceánico en 1903.<sup>9</sup>

### **La raza hispana**

Con los discursos raciales europeos de fondo, Estados Unidos se convirtió en el enemigo mutuo de las naciones hispanoparlantes. La prestigiosa voz del poeta nicaragüense Rubén Darío, en su ensayo “El triunfo de Calibán” publicado en el mismo año 98, resignifica las figuras shakesperianas de Ariel y Calibán para diferenciar al sajón del hispano en estos términos: “¡Miranda preferirá siempre a Ariel; Miranda es la gracia del espíritu; y todas las montañas de piedras, de hierros, de oros y de tocinos, no bastarán para que mi alma latina se prostituya a Calibán!” (15). Darío desplaza el criterio de superioridad económica como base de la superioridad racial para hacer hincapié en el gusto estético como patrón de medida de la civilización de un pueblo. Como veremos en profundidad en el capítulo tercero, desde las cátedras, los periódicos y las oficinas de gobierno de España y América Latina pulularon los discursos que identificaba al “materialismo” norteamericano como el rasgo característico de un “otro” anglosajón en total oposición a la creatividad y la sensibilidad artística de la raza latina.<sup>10</sup>

---

<sup>9</sup> Para más información acerca de la expansión de los Estados Unidos sobre el hemisferio ver Harrison, Joseph. *Spain's 1898 Crisis: Regenerationism, Modernism, Post-colonialism*. Manchester: Manchester University Press, 2000; Delgado Larios, Almudena. “Un “Nuevo 98” en una “Nueva España”: una lectura hispanoamericanista del conflicto yanqui-mexicano (1910-1923).” *La formación de América Latina en España 1898-1989*. ed. Monserrat Huguet Santos. Madrid: OEI, 1992. 279-311; Fernández Cifuentes, Luis. “Cartografías del 98: Fin de siglo, identidad nacional y diálogo con América”. *Anales de Literatura Española Contemporánea* 23.1 (1998): 117-45.

<sup>10</sup> Esta serie de discursos dieron forma al arielismo, el transcendental movimiento cultural inspirado en la obra *Ariel* de José Enrique Rodó. Para esta obra, el escritor uruguayo se basa en la

En este espacio retórico encuentra el hispanoamericanismo su nicho cultural. La ideología de la raza hispana fue montada sobre las bases de este latinismo que se ubicaba en radical antagonismo con los postulados de superioridad sajona. Según el hispanoamericanismo, España y las naciones que salieron de su imperio tienen un vínculo racial indisoluble producto de la herencia colonial y solo a través de este pueden estas nuevas naciones identificarse como latinas. En otras palabras, éstas solo pueden ser

---

paradójica resignificación de los tres personajes de William Shakespeare en la obra *The Tempest* que Darío hace en su ensayo “El triunfo de Calibán” (1898), anteriormente comentado. En la sencilla trama de este ensayo, Próspero, un reverenciado maestro, dirige a su clase y, a través de ella, a toda la juventud latinoamericana, un largo discurso sobre la esencia de la región y los peligros de sucumbir al “materialismo” norteamericano. En su intervención, el maestro representa a Europa, por medio de Ariel, como el espíritu elevado de la cultura, del buen gusto estético, de los sentimientos más elevados. Calibán, por su parte, es un personaje movido por los impulsos más bajos y los estímulos sensoriales más primitivos, característicos de los sajones. Ariel, como representación de lo latino es espiritualidad, inteligencia y sabiduría. Los sajones encarnados en Calibán, operan únicamente motivados por la utilidad y la ganancia económica. La representación de los Estados Unidos como Calibán acerca las figuras de Ariel y Próspero que simbolizan a la América Latina y a Europa. A partir de este movimiento se organizaron las identidades regionales contra los Estados Unidos, identidades que se consolidaron en los discursos panlatinoamericanistas de los movimientos de izquierdas regionales. En este espacio encontró el hispanoamericanismo su nicho cultural. Para mayor información sobre el arielismo ver Real de Azúa, Carlos. “El inventor del arielismo: Luis Alberto Sánchez.” *Historia visible e historia esotérica. Personajes y claves del debate latinoamericano*. Montevideo: Arca, 1975; Zea, Leopoldo, and Hernán Taboada. *Arielismo y globalización*. Fondo De Cultura Económica, 2002; de Azúa, Carlos Real. *Medio siglo de Ariel: (su significación y trascendencia literario-filosófica)*. Montevideo: Academia Nacional de Letras, 2001; Rodríguez, Arnoldo Mora. *El arielismo: de Rodó a García Monge*. San José: EUNED, 2007; Hulme, Peter, and William Howard Sherman, eds. *The tempest and its Travels*. University of Pennsylvania Press, 2000; Bonfiglio, Florencia. “Estudios culturales, poscolonialismo y de (con) strucción del arielismo.” *Katatay* 6.1 (2008): 103-26. Para mayor información sobre el modernismo Rama, Ángel. *Rubén Darío y el modernismo, (Circunstancia socio-económica de un arte americano)*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970; ---. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985; Gullón, Ricardo. *Direcciones del modernismo*. Madrid: Alianza, 1990; Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo*. Mexico: FCE, 1962; Loureiro, Angel. “Spanish Nationalism and the Ghost of Empire.” *Journal of Spanish Cultural Studies* 4.1 (2003): 65-76; Lozano, Carlos. *Rubén Darío y el modernismo en España. 1888-1920*. New York: Las Américas, 1968; Marco, Joaquín. *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España. 1960-1981*. Barcelona: Edhasa, 2004; Mejías Alonso, Almudena; Alicia Arias Coello. “La prensa del siglo XIX como medio de difusión de la literatura hispano- americana.” *Revista General de Información y Documentación* 8.2 (1998): 241-57; Mignolo, Walter. *The Idea of Latin America*. Oxford: Blackwell, 2005.

latinas porque son, en primer lugar, hispanas. La Península Ibérica es la única puerta de entrada a Europa para los sectores letrados y diplomáticos que temen la cercanía del “Coloso del Norte”.

Además de su superioridad estética, la raza hispana fue definida por rasgos de carácter como el individualismo y la nobleza. Intelectuales y políticos como Joaquín Costa, Antonio Cánovas y Ángel Ganivet deducen éstas, y otras características psicológicas, de acontecimientos históricos españoles como la Inquisición y, en especial, de la colonización de América. La forma en la que el concepto raza fue usado en Iberoamérica durante este periodo, como lo muestra Jeffrey Lesser en Welcoming the Undersirables. Brazil and the Jewish Question, combina el racismo científico con nociones provenientes del siglo XV. La intersección de éstas define la raza como una población que por medio de la herencia posee características comunes.

Bajo estos mismos parámetros, la raza hispana implicaba la reunión de la comunidad transatlántica a partir de la historia común, las instituciones jurídicas compartidas originadas en la colonia y, sobre todo, la familia lingüística y literaria formada por la tradición intelectual de ambos mundos escrita en castellano.<sup>11</sup> Este

---

<sup>11</sup> La idea de una estructura imperial no formal que incorporara a América a través de la raza se encuentra en el corazón mismo del discurso nacionalista español. El ingeniero de la Restauración, el político conservador Antonio Cánovas del Castillo, durante la inauguración del curso del Ateneo de Madrid en 1882, ofrece una respuesta española a la idea de soberanía popular rousseauiana que el historiador francés Ernest Renán defiende en el ensayo seminal sobre el nacionalismo “Qu'est-ce qu'une nation?” En su “Discurso sobre la nación”, Cánovas afirma que “El gran movimiento de este siglo va hacia la agrupación etnológica de las familias humanas...o más bien reconstruir en naciones las razas históricas” (11). Este movimiento proviene de las emociones, sentimientos de amor, orgullo y piedad que las naciones bien constituidas sienten por quienes comparten el idioma y el parentesco. “El espíritu de la nacionalidad y el de la raza – continúa – se complementan” y las naciones, por consiguiente, tienen un deseo de reconstrucción que crecerá a pesar de la diplomacia y el derecho internacional. A partir de estos postulados, Ángel Ganivet, en su obra Idearium Español (1897), formula un proyecto para la nación española en crisis. Para el granadino, España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y de conquista y es la primera que ahora tiene que trabajar en una



trabajo, no reiterará las fuentes y los análisis que, extensamente, han analizado las políticas lingüísticas en torno al hispanismo.<sup>12</sup> Estas contribuciones proveerán el trasfondo para un análisis del hispanismo en su relación con discursos étnicos adscritos a los procesos de modernización de ambas naciones: la migración transatlántica, la aparición de la política de masas, la transformación de los ritmos laborales y la urbanización acelerada.

Este trabajo dará cuenta, además, de la forma en la que el discurso de la raza hispana fue usado por las elites de ambas naciones como forma de establecer jerarquías locales. Como los muestra Michael Aronna en su obra “Pueblos enfermos”: The Discourse of Illness in the Turn-of-the-century Spanish and Latin American, los intelectuales hispanoamericanos de fin de siglo examinaron a sus propias poblaciones en busca de las deficiencias psicológicas, raciales, criminales, morales y sexuales que

---

restauración política y social de un orden completamente nuevo: “Si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia – asegura – lográsemos reconstruir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos, e infundir en ellos el culto de unos mismos ideales, de nuestros ideales, cumpliríamos una gran misión histórica, y daríamos vida a una creación, grande, original, nueva en los fastos políticos...trabajaríamos por nuestros propios intereses, por intereses más transcendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorio. Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar de táctica y sacar a la luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia” (156).

<sup>12</sup> Para mayor información sobre las relaciones entre hispanismo y la lengua española ver Valle, José del, ed. La lengua, ¿patria común? Ideas e ideologías del español. Madrid, Iberoamericana, 2007; ---. La batalla del idioma: La intelectualidad hispánica ante la lengua; Madrid: Iberoamericana, 2004. French, Jennifer L. Nature, Neo-Colonialism, and the Spanish American Regional Writers. Hanover: Dartmouth College Press, 2005; Moraña, Mabel, ed. Ideologies of Hispanism. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005; Pérez de Mendiola, Marina. Bridging the Atlantic: Toward a Reassessment of Iberian and Latin American Cultural Ties. New York: State University of New York Press, 1996; Roberts, Stephen G. H. “‘Hispanidad’: El desarrollo de una polémica noción en la obra de Miguel de Unamuno.” Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno 39 (2004): 61–80; Santos-Rivero, Virginia. Unamuno y el sueño colonial. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2005. Zavala, Iris M. “Hacia una teoría de ‘Españeamérica’: Hispanoamérica en Unamuno, ¿realidad o ficción?” Revista Iberoamericana de Bibliografía 15 (1965): 347–54.

explicaran las disparidades de sus sociedades frente a las naciones europeas de primer orden. Para los intelectuales argentinos, las cualidades raciales de la nación estaban en riesgo ante la llegada de la inmigración masiva, en especial de nacionales italianos y comunidades judías de diversos países de Europa del Este. El discurso étnico hispano legitimaba la posición social de las elites criollas patricias al poner sus raíces en la colonia, separando a la gente “bien” de los “advenedizos” y la “plebe ultramarina,” motes que intelectuales como Leopoldo Lugones dieron a los inmigrantes.

En la España de la Restauración, por su parte, el discurso racial estuvo en el centro de complicadas tensiones políticas. Ésta era una nación semi-desarrollada, el industrialismo se asentaba progresivamente en las urbes, mientras las zonas rurales se despoblaban y la hegemonía del bloque nobiliario-territorial perdía terreno. Simultáneamente, los distintos regionalismos se organizaron en torno a fuertes identidades históricas y lingüísticas que reclamaban autonomía e independencia, además de la aparición de una política de masas muy beligerante. En medio de estos cambios acelerados, el líder de la Restauración Antonio Maura (1853 –1925) trató de mantener un balance entre la monarquía, ilegítima para los carlistas, y un republicanismo que presionaba cada vez más por espacios democráticos.<sup>13</sup> Ante este convulso panorama, las exégesis de los escritores de la llamada “Generación del 98,” buscaron entender el momento en el que la nación “perdió el camino” y trazaron derroteros para la “cura” racial en la misma. El discurso de raza, que observamos anteriormente, tuvo en este momento el propósito de servir como narrativa aglutinante a una sociedad totalmente

---

<sup>13</sup> Para mayor información sobre el periodo político de la Restauración en España ver Seco Serrano, Carlos. Alfonso XIII y la crisis de la Restauración. Madrid: RIALP, S. A., 1992. Varela Ortega, José. Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración. Madrid: Marcial Pons, 2001.

fragmentada. Atiborrado de “nostalgia imperial”, este discurso ofrecía una tradición, una identidad, un orden para la nueva nación europea que iniciaba el siglo XX sin imperio.

La importancia de la reflexión sobre el discurso étnico hispanoamericanista radica, además, en que éste representó un cambio respecto a los discursos de raza que previamente determinaron las relaciones entre América y España.<sup>14</sup> El historiador francés David Marcilhacy en Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración, describe minuciosamente el mito de la “raza hispana” como la estrategia retórica usada por la intelectualidad española frente a las narrativas de degeneración racial al centrarse en características étnicas como el lenguaje, la historia, la literatura y, en sus versiones más conservadoras, la religión.

Marcilhacy profundiza sobre cómo este discurso explica la relación inalterable entre España y América por medio de metáforas biológicas como “Madre patria,” “familia hispana,” “sangre hispana,” entre otras. Esta retórica, consciente o inconscientemente, invoca un entendimiento somático de la raza a través de un

---

<sup>14</sup> El concepto de unas características étnicas comunes que unen a España con sus otrora posesiones en América fue un cambio substancial en el discurso racial peninsular tanto interno como externo. Familiares son los conceptos de “pureza de sangre” y de “cristiano viejo” que establecían el estatus social dentro de una comunidad que buscaba purgarse de herejes, protestantes, judíos y moros – como se les denominaba a las comunidades árabes en la España medieval. Posteriormente, durante el periodo colonial, el gobierno de los Borbón buscó controlar o categorizar a los sujetos a través de los llamados “Cuadros de castas”. Éste mecanismo visual pretendió establecer una sólida jerarquía entre los españoles puros y los plebeyos de sangre mixta. Sin embargo, las clasificaciones raciales coloniales no dependieron exclusivamente del color de la piel. Los descendientes de españoles nacidos en América ocuparon una posición secundaria en la pirámide social durante la colonia. Basados en teorías raciales pseudocientíficas, la administración colonial consideró a los criollos como seres inferiores contaminados por la inmadurez de la tierra y el ambiente en el que nacieron. Para mayor información sobre los discursos de raza durante la Colonia ver Carrera, Magali M., Imagining Identity in New Spain. Race, Lineage, and the Colonial Body in Portraiture and Casta Paintings. Austin: University of Texas Press, 2003; Castro-Gómez, Santiago, La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.

vocabulario filial y biológico. De esta forma, la definición de la raza hispana alterna entre nociones de etnicidad, definida como “a self conscious collection of people united, or closely related, by shared experiences,” y definiciones biológicas que, en ocasiones, se extienden hasta el color de la piel (Cashmore 142). Por ese motivo, en este trabajo la palabra raza es usada en términos étnicos, con la salvedad de que ésta es enmarcada en un proceso de construcción de la blancura, tanto en España como en Argentina, en negociación con las jerarquías raciales globales y locales.

Como lo afirma la historiadora Micol Seigel a propósito de los intercambios culturales entre Brasil y los Estados Unidos, “Global racial imaginaries encompassed solidarities of many kinds, helping both to build momentum for social change and to line against it, transforming ideas about race and racial configurations around the world” (10). En los siguientes capítulos veremos cómo este discurso sirvió de plataforma a una negociación de las jerarquías globales establecidas por el colonialismo europeo y el panamericanismo norteamericano. Asimismo, el concepto de la raza hispana, como pilar del discurso nacional en ambas naciones, amortiguó el impacto que en las estructuras locales produjeron la emergencia de la política de masas, el separatismo, el feminismo, el indigenismo y otras ideologías contrarias al status quo. La raza hispana al interior de las naciones buscó solidificar las jerarquías más tradicionales resistiendo la movilidad social y los espacios democráticos que acompañaron la transición del siglo XIX al XX.

### **El centenario**

Uno de los momentos de mayor visibilidad de este discurso, que se extiende por la primera parte del siglo XX, es la mítica Argentina del Centenario. Durante las décadas finales del siglo XIX, el ejército argentino liderado por el general Julio Argentino Roca

“liberó” millones de kilómetros cuadrados de tierra llevando a cabo el genocidio de numerosas poblaciones indígenas que aún habitaban las pampas. Como es bien sabido, la anexión de estos territorios a la nación argentina, permitió la inversión de capital, en su mayoría inglés, que fue usado para construir infraestructura que facilitaría la extracción e importación de materias primas. Todas estas condiciones convirtieron a la nación suramericana en uno de los mayores importadores de cereales y carne congelada en el mundo y, como consecuencia, en una potencia agroganadera.<sup>15</sup>

Su rápido crecimiento como proveedor de materias primas para el desarrollo de la industrialización, hizo de la nación suramericana el laboratorio perfecto para la implementación del “imperialismo informal”. Como lo denomina David Rock en su artículo “The British in Argentina: From Informal Empire to Postcolonialism”, éste es el nombre dado a la influencia diplomática y financiera postcolonial de los países centrales, en especial del imperio británico. El imperialismo informal se basó en la integración de naciones periféricas dentro de la economía internacional, regulada por las demandas de los grandes mercados europeos. A pesar de la gran inversión inglesa, la Argentina del Centenario no fue nunca un área de absoluta hegemonía británica, más bien tomó la forma de un campo de batalla en el que otras potencias europeas, como Francia, y los Estados Unidos compitieron por estatus e influencia cultural y económica.

---

<sup>15</sup> Para mayor información sobre la Argentina del Centenario ver Gallo, Ezequiel. La Argentina del 80 al Centenario. Buenos Aires: Sudamericana, 1980; Salas, Horacio. El centenario: la Argentina en su hora más gloriosa. Buenos Aires: Planeta, 1996; Botana, Natalio. "El orden conservador." La política argentina entre 1880 y 1916. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1977; Jitrik, Noé. El 80 y su mundo. Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1968; Donghi, Tulio Halperín; Roy Hora. Una nación para el desierto argentino. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982; ---. Historia contemporánea de América latina. Madrid: Alianza Editorial, 1998. Altamirano, Carlos; Beatriz Sarlo. Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia. Buenos Aires: Ariel, 1997.

Ahora bien, la infraestructura, los avances en el transporte y las promesas de tierra atrajeron a una porción importante de las masas que salían de Europa en busca de trabajo. Como lo afirma Jeane Delaney en “Making Sense of Modernity: Changing Attitudes Toward the Immigrant and the Gaucho in Turn-of-the-Century Argentina”, la especulación que permitían las enormes extensiones de tierra, además de la ampliación de la educación y de los sistemas liberales, permitieron la movilidad social que dio origen a la clase media argentina y una pequeña clase de “nuevos ricos” producto de las ocasionales fortunas creadas de la noche a la mañana. Con las nuevas condiciones económicas y la llegada de la inmigración, las barreras divisorias entre las clases se hicieron porosas. El inmigrante enriquecido que buscaba penetrar los círculos sociales y políticos, el llamado advenedizo, se convirtió en el enemigo de las elites argentinas que buscaban asentar su prestigio social y su posición de poder. Una exclusión sistemática – cultural, legal y económica – fue puesta como barrera de contención para limitar la movilidad, social y física, del inmigrante.

La decepción del nuevo proletariado urbano, de origen local e inmigrante, ante la desigual repartición de la expansión económica se congregó alrededor de un naciente movimiento obrero. En la víspera del Centenario, el robusto sindicalismo local, aunque con divisiones profundas entre anarquistas y socialistas, reclamó por la mejora de sus condiciones a través de huelgas parciales y generales que tuvieron lugar en las principales plazas y calles de Buenos Aires. Por su parte, el estado demandaba un uso de los “lugares de memoria”, como los llama el historiador francés Pierre Nora, para albergar la celebración pública de la nación diseñada por sí mismo. En consecuencia, trabajadores y

policía se enfrascaron en una violenta lucha por la ocupación del espacio público como plataforma primaria de representación.

A pesar de la tensión, la gran fiesta ofrecida por los patricios argentinos tuvo lugar con gran pompa y una muy importante concurrencia. La exhibición industrial, las inauguraciones de monumentos, los bailes, las conferencias, las iluminaciones y los juegos pirotécnicos se extendieron a lo largo del mes de mayo de 1910. Asistieron grandes delegaciones nacionales de Europa, América y Asia, con cuerpos diplomáticos y militares que aprovecharon a su vez la visita para mostrar su propio poderío y sus avances científicos. La organización de esta celebración fue asumida por las elites locales como un espacio para representar su llegada a la “mayoría de edad” de la modernidad. Esta intención es clara en la cubierta de la obra Gran Panorama Argentino del 1o Centenario de 1910, uno de los tantos álbumes publicados para levantar la memoria del evento. Su cubierta muestra a una figura femenina, que lleva un gorro frigio y una toga, recorriendo un velo que revela la ciudad de Buenos Aires. La mujer, que por su atuendo podemos afirmar representa la libertad, exhibe la maravilla urbana moderna ante el mapa de Europa, que funciona como representación de su público.

En el Centenario argentino, como un enorme escenario de divulgación, fue puesta en exhibición una identidad transatlántica, sostenida en la raza hispana, que ligaba en una narrativa homogénea tanto a la tradición de la “Madre patria” como al futuro de progreso que se le auguraba a Argentina. En esta narrativa – predominante en los discursos, el mobiliario urbano, las decoraciones, la música, incluso en la distribución espacial durante los eventos – grupos de elites intelectuales y políticas de ambas naciones se narraron a sí mismos por oposición a las amenazas raciales que representaban los sajones, los

inmigrantes, los indígenas y los descendientes de africanos traídos en condición de esclavitud.

### **Espacio investigativo**

Tradicionalmente, el reencuentro diplomático y comercial entre España y las naciones latinoamericanas ha sido considerado separadamente por los campos de la historia y los estudios literarios. Mi trabajo se basa en el diálogo entre las aproximaciones de ambas disciplinas. Recientemente, los campos literarios y de los estudios culturales latinoamericanos, como lo muestra el volumen Ideologies of Hispanism editado por Mabel Moraña, han buscado identificar las formas en las que el hispanismo ha funcionado como una fuerza de dominación política, como un modelo cultural representacional e interpretativo y como paradigma epistemológico. Como ya fue mencionado, la crítica literaria ha privilegiado, en primer lugar, los problemas del mantenimiento de la “pureza” lingüística y los debates intelectuales del “lenguaje nacional”, la expansión de la Real Academia Española y el reestablecimiento de la literatura peninsular en los cánones nacionales de la región. El estudio de la llamada “glotopolica” hispana, como la denomina José del Valle, es crucial para entender el resurgimiento de la hegemonía cultural española en América.

La crítica se ha centrado, en segundo lugar, en los discursos de la llamada “Generación del 98” como muestras de un fenómeno denominado “nostalgia imperial”. Este campo investigativo examina la forma en la que estas prácticas retóricas dieron asiento a la construcción cultural de la nación española. Christopher Britt Arredondo, en Quixotism. The Imaginative Denial of Spain's Loss of Empire, describe la forma en que las narrativas del 98 reconstruyen el mito de Don Quijote como guerrero y conquistador.



Mi trabajo no asume el fenómeno de la nostalgia meramente como una forma en la que España se proyectó sobre sus antiguas colonias para narrarse a sí misma. En mi opinión, el hispanismo debe ser entendido como una interacción transatlántica en la que el centro y la periferia no han sido establecidos y, por el contrario, oscilan impulsados por complejas negociaciones culturales. En este sentido, los estudios críticos sobre la influencia del modernismo en la Península ofrecen una perspectiva más abarcadora de las políticas culturales transnacionales producidas por la nostalgia que acompañó a la “crisis de fin de siglo” en Hispanoamérica.<sup>16</sup>

Desde la historia se ha prestado menos importancia al hispanismo literario y mayor atención al hispanoamericanismo como movimiento social. La diferencia entre estos dos términos, como lo entiende Fredrick B. Pike en su obra clásica Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America, radica en que el último hace referencia no solo al componente ideológico, sino a las tensiones entre los diversos grupos que surgieron de éste. En otras palabras, Pike observa cómo el discurso racial del hispanoamericanismo funcionó como el común denominador entre liberales y conservadores y, a la vez, como un campo de batalla en el que fue debatido el significado de la España moderna. Las diferentes organizaciones analizadas en este trabajo muestran el gran espectro de tendencias políticas que se agruparon al interior del hispanoamericanismo en sus diversas variantes.

---

<sup>16</sup> Tradicionalmente, la crítica ha examinado la construcción de Hispanoamérica como una construcción al servicio del hispanismo peninsular, sin contemplar la posibilidad de agencia alguna en las reacciones concretas que produjo este discurso en América Latina. Para más información sobre este tema y la influencia del movimiento modernista en las letras peninsulares ver Mejías-López, Alejandro. The Inverted Conquest: the Myth of Modernity and the Transatlantic Onset of Modernism. Nashville: Vanderbilt University Press, 2010; Loureiro, Angel G. “Spanish nationalism and the ghost of empire.” *Journal of Spanish Cultural Studies* 4.1 (2003): 65-76.

A partir de ésta investigación, Isidro Sepúlveda, en su trabajo El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo, analiza los diferentes proyectos políticos y económicos que buscaron coaptar el movimiento. La premisa de su obra es que España se reflejó en Latinoamérica como forma de renarrarse históricamente. A pesar de las diferencias, las vertientes del movimiento formaron la ficción de un imperio-nación como fundamento de la identidad nacional moderna. Como ha sido mencionado, este gesto analítico entiende a las naciones latinoamericanas como una mera plataforma sobre la que fue proyectada esta ideología, reproduciendo la misma actitud colonial del discurso hispanoamericanista que asume la pasividad cultural de América. Profundizar en la interacción entre los grupos de poder de ambas naciones y, de estos, con los grupos subalternos en conflicto, ofrece una perspectiva de trabajo que da cuenta de las implicaciones del movimiento en América Latina, de las funciones políticas a las que respondió y de las resistencias que produjo.

Los historiadores Gustavo Prado y Gabriela Dalla-Corte, por su parte, analizan en detalle el movimiento hispanoamericanista en relación con las instituciones específicas que adoptaron este discurso para movilizar sus agendas comerciales y políticas. Sus trabajos se enfocan en la Universidad de Oviedo, y en el grupo comercial y cultural catalán de la Revista Mercurio. Estas investigaciones revelan las prácticas por medio de las cuales estas organizaciones abrieron espacio para sus peticiones entre los grupos de poder español. Nuevamente, mi trabajo quiere recuperar, además, los bemoles de la interacción entre estas organizaciones con las elites latinoamericanas y no sólo sus intervenciones al interior del panorama político español, además de la lectura minuciosa de los discursos literarios y científicos que justifican la razón de ser de estas instituciones.

Como fue mencionado anteriormente, buena parte de las negociaciones culturales y comerciales del hispanoamericanismo giraron en torno al fenómeno de la migración de españoles a la Argentina. En cuanto a éste, en su relación con el discurso de la raza hispana, mi trabajo elabora sobre los postulados de José Moya en su obra Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930. En el componente macrohistórico de la obra, el investigador exhibe los procesos globales que produjeron la migración española en su particularidad y las transformaciones en el sistema-mundo que hicieron de Argentina un lugar que requería grandes cantidades de mano de obra, la cual provino de Europa. En un profundo trabajo de microhistoria, Moya analiza además el proceso de adaptación de los miles de inmigrantes que llegaron a Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX. Esta perspectiva, sin embargo, deja de lado casi completamente la influencia de los discursos étnicos hispanoamericanistas en la inmigración de españoles a la Argentina y las metáforas literarias empleadas por las clases intelectuales para darle visibilidad a estos discursos. Éstas últimas impactaron profundamente las negociaciones en torno a la inmigración, influenciaron a los migrantes en su decisión de dejar la Península y abrieron espacios culturales para estos trabajadores españoles en Argentina.

Este trabajo se ubica en la brecha que han dejado las investigaciones disciplinares previas. Una perspectiva interdisciplinar, que incluye fuentes y herramientas analíticas provenientes de la crítica literaria y los estudios históricos, ofrece una mirada sobre este fenómeno en la que se reconstruyen los procesos de negociación cultural, comercial y política transatlánticos que produjeron como resultado la reestructuración de las jerarquías coloniales en el llamado “mundo hispano” y al interior mismo de las naciones.

## **Investigación y fuentes**

Para recuperar la perspectiva transatlántica de las negociaciones culturales y comerciales en torno al concepto raza hispana, este trabajo se centra en las crónicas escritas por los viajeros que lideraron las misiones de las diferentes organizaciones hispanoamericanistas a la Argentina del Centenario. A su regreso a la Península, los viajeros hispanoamericanistas publicaron sus impresiones y crónicas de viaje. En éstas se combinan observaciones interpretadas a partir de cuestionables marcos científicos y tradiciones literarias con claros fines de propaganda. El género de la literatura de viajes constituía la principal fuente de conocimiento para un público ansioso por conocer al pueblo argentino rodeado por el halo de misterio que produjeron en Europa todos los rumores sobre la bonanza de la nación suramericana. Como forma de estimular la migración, estas obras construyen una imagen exotizante e idílica de la Argentina.

Las narraciones de estos viajes exhiben, además, las redes políticas, culturales y financieras sobre las cuales se apoyaron estos proyectos que pretendían reforzar los vínculos entre las dos naciones con el fin de dar movilidad a sus propias agendas. En estos trabajos son relatados los encuentros con las autoridades argentinas y explicitados los argumentos que abogaban por la modernización de las estructuras sociales y legislativas en España y Argentina. Como ha sido observado por el historiador José Luis Romero en su trabajo Latinoamérica: las ciudades y las ideas, el boom de la exportación atrajo una oleada de intermediarios profesionales que engrasaban los engranajes de la integración económica global. Los múltiples pasos de producción requirieron una serie de redes en los que inversores, comerciantes, publicistas, banqueros y abogados organizaron el intercambio de los productos agropastorales argentinos por los bienes manufacturados

y la mano de obra provenientes de Europa. Los intelectuales del hispanoamericanismo se concentraron en las negociaciones de sentido y códigos culturales que determinaban los marcos legales y económicos del intercambio.

Estos *cultural brokers* además escriben desde una posición dominante y autorizada para narrar al “otro”, por lo cual influyeron en la formación de la identidad Argentina. Sus textos eran igualmente consumidos por los letrados argentinos que buscaban aprobación sobre su propio proceso de modernización de parte de las miradas europeas. Las miradas imperiales en la literatura de viajes, como lo define Mary Louise Pratt en su obra clásica Imperial Eyes, son producidas por la autoridad de hombres blancos, urbanos y letrados. Estos intelectuales, pertenecientes a la pequeña burguesía emergente, representan al estado, organizaciones culturales, grupos económicos o los mecenas quienes los patrocinan. Alineados con el proyecto colonizador europeo, las miradas de los viajeros construyen la diferencia, la carencia y la barbarie que clama la intervención europea.

En este caso concreto, sin embargo, la decadencia española y el crecimiento económico argentino minaban las polaridades tradicionales sobre las que se inventaron estas narrativas coloniales de viajes. El discurso racial del hispanoamericanismo, contenido en la mirada del viajero, debió construir su prestigio, y el de su inexistente imperio-nación, ante el desafío de la evidencia empírica que mostraba la superioridad y la riqueza de la antigua excolonia. La particularidad de estos textos, su relevancia, radica en la potencia que tienen para reconstruir ideológicamente la superioridad del colonizador. La mirada incuestionable del testigo, del viajero que da testimonio de primera mano, crea da a estas obras la potencia para “encontrar” la falencia intrínseca del colonizado y

resanarla con el seductor discurso colonial. Éste, a su vez, está determinado por su relación con organizaciones particulares interesadas en promover sus agendas. Como lo muestra Pratt, en estas narrativas, tanto como en los clásicos del género, “information is relevant...as it attaches to goals and systems of knowledge institutionalized outside the text” (75).

Cuatro crónicas de viaje establecen el hilo conductor de este trabajo. La obra de 1904 Sangre Nueva, del abogado Federico Rahola y Tremolis, subvencionada por el grupo comercial y cultural catalán Mercurio. En segundo lugar, Viaje de S.A.R Infanta doña Isabel a Buenos Aires (1910) escrita como petición de la corona, con apoyo de la Unión Ibero-Americana de Madrid, por el periodista y aristócrata Alfredo Escobar y Ramírez, marqués de Valdeiglesias. En tercer lugar, la obra del sociólogo y profesor Adolfo Posada, quien escribe La república Argentina como viajero de la Universidad de Oviedo. Finalmente, Argentina y sus grandezas del reconocido escritor Vicente Blasco Ibáñez, muestra los intereses de la Editorial Sempere (posteriormente Prometeo) de la cual el valenciano era codueño.

Estas narraciones nos dan entrada a los encuentros de estos *cultural brokers* con presidentes, ministros, industriales, intelectuales y estancieros locales en locaciones como el Jockey Club, la Casa Rosada, la Exposición Rural. Así mismo, éstas buscan levantar una memoria de la inmigración española a la Argentina, a la que esperan hacer “productiva”. Su mirada rastrea el desplazamiento del inmigrante desde los puertos de Cádiz o Barcelona hasta su nueva nación en el Río de la Plata. Este trabajo va a seguir estas miradas con el fin de analizar cómo los discursos raciales y comerciales producen una imagen de transatlántica del inmigrante. Al analizar estos, vemos cómo el

cumplimiento de los objetivos trazados por estas organizaciones buscaba garantizar el libre movimiento transatlántico de bienes, capital y mano de obra. Con la autoridad producida por sus observaciones, la diplomacia comercial y cultural del hispanoamericanismo se enfrentó, en ambas naciones, tanto a las legislaciones más severas que castigaban la migración (Ley de Residencia, Ley de Defensa Social, Quintas), como a los impuestos que gravaban el intercambio comercial.

Además de la literatura de viajes, este trabajo se expande sobre un amplio corpus de fuentes que permiten mostrar la circulación de estos discursos y las negociaciones de las misiones culturales del hispanoamericanismo. Mi investigación en archivos de Argentina y España me permitió recopilar documentos, para consumo interno y externo, producidos por estas organizaciones. En sus panfletos, estatutos, publicaciones periódicas, las memorias de sus encuentros y conferencias, es posible observar las alianzas políticas establecidas, los apoyos financieros que recibieron de parte de sus miembros, además de los mecanismos utilizados para hacer circular sus discursos entre sus diferentes públicos.

Los periódicos y revistas culturales de ambas naciones – entre ellas las argentinas Caras y Caretas, Ideas y Nosotros, y las publicaciones españolas Raza Española, La Ilustración Española y Americana y Mercurio – permiten observar el impacto que tuvieron estas organizaciones y la forma en la que sus viajes fueron explicados a los lectores en ambas orillas del Atlántico. Las publicaciones de carácter socialista y anarquista, en su mayoría, muestran las resistencias a la reverberación de un discurso colonialista en Argentina. Otros medios impresos en España criticaron la falta de

efectividad de estas políticas y el desperdicio de recursos en las que incurriría el estado español al inmiscuirse más en la diplomacia privada del hispanoamericanismo.

Para observar más en detalle las negociaciones culturales producto de estos encuentros, este trabajo incluye los trabajos literarios y ensayísticos más importantes de sus protagonistas, las colaboraciones entre intelectuales entre éstos, el intercambio de prólogos de sus obras más conocidas y sus correspondencias personales. Las narrativas de viaje de los intelectuales españoles se encuentran escritas en comunicación directa con la tradición literaria argentina, en especial con la gauchesca en la que van a encontrar un punto de inflexión para reubicar la influencia étnica colonial española en las bases de la identidad nacional argentina. Estas redes textuales ponen de manifiesto los alcances del hispanoamericanismo en la “patria espiritual” hispanista de principios del siglo XX.

### **Métodos y Teoría**

Estas fuentes son analizadas a través de los clásicos de la teoría postcolonial. Las narrativas de viaje, como lo narra Mary Louise Pratt en su obra anteriormente comentada, abren una entrada a los encuentros coloniales entre el viajero, que representa al imperio, y los locales. En estos espacios concretos y retóricos, llamados por la autora “zonas de contacto”, se producen las negociaciones que buscan generar influencia y hegemonía. Como lo ha comentado Edward Said en su trabajo clásico Orientalism, la escritura de los viajeros imperiales funciona como una máquina de generar alteridad. El “otro” a colonizar es definido a partir de imágenes exóticas de inferioridad con el fin de crear un espacio para el proyecto civilizatorio europeo. Estos discursos le permitieron, continúa Said en Culture and Imperialism, a hombres y mujeres decentes aceptar que territorios distantes y sus habitantes debían ser subyugados y gobernados debido a su estado de



inferioridad y atraso. Para un análisis de los mecanismos que prolongan las relaciones coloniales, el concepto de *mimicry* acuñado por el teórico indio Homi Bhabha, permite rastrear las relaciones de dependencia cultural que se producen en los encuentros coloniales a través de la maquinaria de representación de los poderes imperiales.

Este marco teórico general ofrece las herramientas conceptuales para analizar este fenómeno. Sin embargo, la particularidad del encuentro entre España y Argentina demanda que estos términos sean reinterpretados en un contexto diferente al de los proyectos coloniales europeos en Asia o de la narrativa de viaje europea en la América colonial. Estas nuevas miradas coloniales se posan sobre una nación que hacía un siglo había obtenido su independencia. Como ya ha sido afirmado, Argentina presentaba un estado de superioridad económica sobre el decadente estado español que había dejado atrás su condición de imperio. Este texto va a recabar sobre el intento narrativo de reproducir las condiciones coloniales en un contexto de inferioridad respecto del sujeto a colonizar. El discurso de la raza hispana, en lugar de crear diferencias raciales para explicarlas en términos de superioridad, es una máquina de asimilación que busca incorporarlos como parte de sí misma. Este mecanismo, como lo define Tzvetan Todorov en La conquista de América, reconoce a los sujetos colonizados como semejantes más no iguales, lo cual le permite infundir sus propios valores sobre éste.

La metodología que utilizo para leer estas fuentes es influenciada por los aportes de Ricardo Salvatore y Mathew Brown en sus respectivas antologías Close Encounters of Empires. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations (1998) e Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce, and Capital (2008). En la tradición de los estudios culturales y la historia cultural, los diferentes autores en estos

dos volúmenes analizan las negociaciones de los aparatos culturales británicos y norteamericanos en Latinoamérica bajo el presupuesto de que la hegemonía imperial se construye a través de flujos de conocimiento, en sitios institucionales que generan saberes. Tanto Salvatore como Brown, rastrean la creación de hegemonía en las persuasivas “invitaciones imperiales” que dominan las interacciones entre viajeros y locales.

Finalmente, como referencia metodológica para la reconstrucción de redes intelectuales, este trabajo bebe de las investigaciones del crítico literario Claudio Maíz y los historiadores Carlos Payá y Eduardo Cárdenas. En sus múltiples investigaciones sobre Miguel de Unamuno y Manuel Ugarte, Maíz traza sus constelaciones intelectuales a través de su ensayística y sus correspondencias personales. En El primer nacionalismo argentino, Payá y Cárdenas, por su parte, muestran la forma en la que las elites rurales argentinas, en conexión con redes intelectuales transatlánticas, produjeron una identidad nacional en la que se recobra la herencia colonial como forma de sustentar sus privilegios en la estructura social.

### **Escritura**

El primer capítulo de este trabajo narra los esfuerzos de la emergente burguesía catalana para estimular y regularizar la migración de trabajadores agrarios españoles a la Argentina. El libre desplazamiento transatlántico significaba un negocio muy lucrativo para las compañías transportadoras y exportadoras localizadas en Barcelona. Agrupadas en torno a la organización comercial y cultural de la Revista Mercurio, dichas compañías enviaron al jurista Federico Rahola como *cultural broker* con el propósito de que éste abogara por una transformación en la legislación peninsular que prohibía la salida de los

migrantes. Al mismo tiempo, Rahola buscaba producir un ambiente más favorable para los trabajadores españoles en Argentina limitados en su movilidad social y espacial por las reacciones xenofóbicas de las elites locales. Con el fin de transformar las percepciones sociales sobre la emigración y la inmigración, Sangre Nueva se enfoca en la descripción de la regeneración operada por el viaje transatlántico en los migrantes. Por esto, argumentaba, una migración transatlántica libre y fiscalizada por el estado redundaría en bienestar racial para ambas naciones hispanas.

Basados en narraciones de Buenos Aires, los capítulos dos y tres dan cuenta de las alteridades que dieron forma a la definición de la raza hispana. El constructo racial transatlántico, aquí estudiado, fue definido por oposición a los “inmigrantes indeseables” y la “raza anglosajona” como amenazas foráneas que se cernían sobre el gran presente argentino. La crónica Viaje de S.A.R Infanta doña Isabel a Buenos Aires escrita por Alfredo Escobar y Ramirez-marqués de Valdeiglesias, relata el viaje de la Infanta Isabel de Borbón a Buenos Aires como figura principal de la impresionante comitiva diplomática que el estado español envió como representación a las celebraciones del Centenario en 1910. La crónica del viaje es aquí interpretada como un intento de iconizar a la aristócrata como la encarnación maternal y caritativa de la raza hispana. Por medio de ésta, se pretendía vincular a los migrantes españoles a una identidad transatlántica de transición en la que las lealtades étnicas nacionales se impusieran sobre las alianzas de clase y género, que alrededor de los movimientos obrero y feminista, amenazaban la estabilidad de las relaciones entre trabajo y capital en Argentina.

A partir del trabajo de Adolfo Posada, La república Argentina, estudio la apropiación retórica de Buenos Aires a través del uso de un dispositivo de mímica en la

narración. El profesor de Oviedo construye una imagen de la moderna ciudad a partir de la cual renegociar las relaciones postimperiales de la nación española en el cambiante orden global. La ciudad funciona aquí como la prueba de la capacidad de la raza hispana para la civilización refutando así las teorías europeas sobre la degeneración racial española y la ineficacia y brutalidad del colonialismo español. La ciudad que dibuja Posada, sin embargo, carece de una tradición que articule y defienda el progreso alcanzado en un siglo de independencia. La mirada del viajero se desplaza de la ciudad real a la “ciudad letrada” para invitar a los intelectuales argentinos a marginalizar la influencia cultural del panamericanismo norteamericano y establecer alianzas académicas con el fin de investigar, reescribir y enseñar una historia transatlántica de la raza como sustento de la tradición nacional argentina. Ésta, proponían Posada y los demás académicos de Oviedo, dibujaría una línea de progresión homogénea partiendo desde la colonia española, el presente de la moderna Buenos Aires y la proyección de la misión de la raza en el futuro.

En el capítulo final es examinada la obra Argentina y sus grandezas escrita por Vicente Blasco Ibáñez. Este trabajo enciclopédico, producido como un objeto de colección para ser vendido durante el Centenario, se apropia de la gauchesca al describirla como un derivado de la tradición literaria y folclórica española. En esta genealogía, basada en la herencia racial y cultural de los gauchos, Blasco Ibáñez abre un espacio en el mercado americano para la literatura comercializada por su propia editorial. Al redefinir los gauchos como descendientes de los colonizadores, el escritor valenciano ofrecía, además, una narrativa que invitaba a los migrantes españoles a desplazarse de la ya aglomerada Buenos Aires hacia la pampa. En coordinación con los intereses de las

elites rurales locales, Blasco Ibáñez alienta a los trabajadores españoles en la ciudad a cumplir su cometido como los modernos gauchos/colonizadores que finiquitarían la misión de la raza iniciada por sus predecesores.

## 1. El viaje transatlántico y la negociación de la migración española a la Argentina

“Before it was anything else, America was the voyage itself”

Jonathan Raban

“Nada existe como el mar para templar el cuerpo relajado por la excesiva labor intelectual o sacudido por intensas emociones”. Con esta consideración sobre el viaje transatlántico, inicia el intelectual catalán Federico Rahola la crónica sobre su periplo a la Argentina de principios de siglo XX. Entre los beneficios de cruzar el océano, Rahola describe cómo el viajero, al desplazarse entre “dos grandes inmensidades, el cielo y el mar” se sustrae de “todas las preocupaciones morales”, “templando los nervios y estimulando la sangre”. Durante el trayecto, continúa, “el cerebro renace, y se siente materialmente cómo se repara el desgaste, de igual modo que se nota la cicatrización de una herida” (Sangre 12).

Esta definición del viaje transatlántico como “gran tónico” va a informar la perspectiva de Rahola, quien “enamorado ferviente del mar”, aprovechó la “grata coyuntura” que le brindó la posibilidad de realizar un viaje a América en 1903. En su viaje, Rahola no buscó solo disfrutar de los saludables efectos de la travesía. Ésta representaba para él, asegura, “la posibilidad de hacer algo en provecho de mi país”, ya que “viendo otros países se aprende a conocer y a apreciar el propio, se descubren y juzgan sus defectos, se abren nuevos horizontes a la vista del viajero, que se siente transformado”. Con una mirada legitimada por el “largo viaje obligatorio...para los

escriben para el público”, Rahola realiza el primer estudio *in situ* de la gran migración de españoles hacia Argentina.

En efecto, en la primera década del siglo XX cerca de un millón de españoles abandonaron sus ciudades y pueblos para embarcarse en una travesía transatlántica con destino a la nación suramericana donde trabajarían en las fértiles y “despobladas” pampas. Este fenómeno migratorio se debió, como lo expone José Moya en su trabajo Cousins and Strangers, a una serie de revoluciones globales que hicieron de España un país de emigrantes y de Argentina uno de inmigrantes. La explosión demográfica durante el siglo XIX en Europa generó un gran incremento en la oferta de mano de obra en áreas rurales y, como consecuencia, desplazó grandes grupos humanos hacia las emergentes ciudades. La consolidación de estas masas en asentamientos urbanos, continúa Moya, transformó la concepción del trabajo, ahora industrial, y creó nuevos gustos entre las clases emergentes, que demandaban constantemente bienes producidos únicamente en climas templados.

Incapaces de autoabastecer estos nuevos patrones de consumo, las grandes economías europeas desplazaron la producción agropecuaria hacia la periferia global. A partir de esta necesidad, las enormes extensiones de tierra fértil en Argentina fueron integradas al *Atlantic Trade System* como proveedoras de bienes primarios para los nuevos mercados europeos. A su vez, estas tierras requerían la mano de obra excedente de Europa que tanto anhelaban los ideólogos de la inmigración en Argentina. El aumento en la demanda de bienes en un lado del Atlántico creó la demanda de mano de obra en el otro. En términos demográficos, el arribo de la modernidad transformó a estas naciones radicalmente.

Las potenciales consecuencias, las causas y las ansiedades generadas por este movimiento masivo condujeron, en ambos campos culturales, a una postura reactiva que culpaba a la migración de los males nacionales que protagonizaron el cambio de siglo. Como veremos, al ser considerada nociva, la movilidad trató de ser contenida por medio de sanciones morales, legales y culturales tanto en la nación de origen como en la receptora. Rahola estudia el asunto con una mirada pragmática, dispuesto a hacer de ésta un fenómeno productivo, aseguraba que era precisamente la migración, no un agravante, sino la respuesta a las crisis de fin de siglo tanto en la Península como en el Río de la Plata. Este intelectual catalán, y el grupo que representaba, tomaron como base de su agenda la liberación regulada de la controversial emigración hacia América.

Este capítulo busca mostrar, entonces, las negociaciones culturales, con propósitos económicos, que desplegó el grupo de intelectuales catalanes asociados alrededor de la Revista Económica y Cultural Mercurio, del cual Rahola hacía parte. En específico, este capítulo rastrea el viaje de Rahola a Argentina con el que el intelectual catalán esperaba refutar, a través de la observación directa, los prejuicios y temores que rodeaban la salida de españoles en calidad de mano de obra y su llegada y asentamiento en las tierras del Río de la Plata.

La migración masiva de peninsulares a la Argentina, en las primeras décadas del siglo XX, nos ofrece acceso privilegiado a la forma en que la llegada de la modernidad impactó ambas naciones, cómo ésta fue asimilada, negociada, aprovechada y contestada por grupos de intelectuales, políticos y comerciantes. En el intercambio de éstos y las instituciones que representaron, es posible observar las transformaciones de los discursos nacionales sobre migración y raza. El beneficio económico y político que, según la teoría



de los intelectuales de Mercurio, representaba la libre migración de trabajadores entre España y Argentina fue interpretado por medio del discurso racial del hispanoamericanismo.

Como vimos en la introducción, esta corriente intelectual propugnaba por el restablecimiento de las relaciones comerciales entre las dos naciones basada en la existencia de un vínculo racial entre ellas. En sus interpretaciones sobre la migración, sustentadas en un viaje exploratorio a la nación suramericana, los intelectuales aseguraban que el fenómeno migratorio representaba la regeneración racial para ambas naciones. La propaganda de los intelectuales viajeros de Mercurio nos obliga a observarla a la luz de la epistemología del momento que localizaba en el “vigor” de raza la única garantía de progreso prolongado. Teniendo en cuenta que la pseudo-ciencia sobre las diferencias raciales, conocida contemporáneamente como racismo científico, informaba ampliamente la discusión política, el discurso de bienestar económico confeccionado por Mercurio fue codificado a partir de este discurso sobre la salud racial.<sup>17</sup>

En efecto, la álgida lucha por la definición del sentido de la emigración española representó las posturas intelectuales encontradas en el seno de la Restauración borbónica.<sup>18</sup> El crítico Yaw Agawu-Kakraba define las contradicciones culturales e intelectuales al interior de este periodo de la política peninsular de la siguiente manera:

---

<sup>17</sup> Para mayor información sobre racismo científico ver Denett, D. C. Darwin's Dangerous Idea. Evolution and the Meaning of Life. New York: Touchstone, 1996; Barkan, Elazar. The Retreat of Scientific Racism: Changing Concepts of Race in Britain and the United States Between the World Wars. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

<sup>18</sup> La llamada “Restauración borbónica” es el nombre dado al retorno al poder de la monarquía española tras la declaración de la Primera República Española. Bajo el trono de Alfonso XII y la regencia de María Cristina, la familia Borbón quiso construir un estado más liberal y, por tanto, más conciliador con las fuerzas políticas democráticas que reclamaban participación. La precaria estabilidad institucional que procuró la monarquía finalmente colapsó

The two contending schools of thought that framed the discursive field of Spanish modernity from 1896 and beyond included the pessimists who sought to reconstitute and regenerate tradition through a consolidation of an authoritarian government, and the optimists who favored a democratization of technology and progress and fought against the predominant hegemonic signifier of Spanish national identity. (149)

A pesar de ser constantemente ignorada por la crítica, la emigración se hallaba en el centro del debate entre aquellos que entendían la España postimperial como una nación que debía encerrarse sobre sí misma para “evitar la salida del espíritu”, al estilo de Ganivet, y quienes proponían con Unamuno que se “abrieran puertas y ventanas” para que la casa nacional se airara con influencias externas. En la versión de los grupos más “pesimistas”, el emigrante fue configurado como símbolo de la decadencia – expresada en términos raciales – de una nación que no podía proveer para sus ciudadanos y los “empujaba al mar”. La salida de esos súbditos, según las posturas decadentistas, incrementaba el declive nacional al significar la pérdida de mano de obra para el agro y de soldados para engrosar las filas de un ejército aún con pretensiones coloniales en África. Por este motivo, desde el estado, la iglesia y algunos sectores intelectuales la emigración era reprobada y el emigrante negativamente estereotipado.

Por su parte, la emergente burguesía y los grupos industriales en formación coincidían con los sectores más conservadores en su perspectiva de la emigración como

---

con la imposición de la dictadura de Primo de Rivera. Para mayor información ver Marcilhacy, David, Javier Moreno Luzón, and Monique Penot. Raza hispana: hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010; Muñoz, Isidro Sepúlveda. El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo. Madrid: Marcial Pons Historia, 2005.

un síntoma del declive nacional. Sin embargo, los sectores modernizantes entendían la emigración como un fenómeno inevitable que era susceptible de ser transformado en un principio de regeneración racial y, por tanto, nacional. Inspirados en una mezcla de teorías lamarckianas y darwinistas, grupos como el de Mercurio, abogaban por una transformación respecto a la migración de nacionales españoles a la Argentina. Para estos, la liberación regulada de la migración les permitiría a los “degenerados” raciales, a los campesinos desempleados, respirar los aires de un ambiente moderno en el que, como afirma Rahola, “renovarían la sangre” y revivirían las capacidades innatas de la raza española.

En otras palabras, su principal argumento a favor de la suspensión a la restricciones migratorias era que el migrante, socialmente considerado como perezoso, se transformaría en el nuevo individuo moderno español gracias a la experiencia del viaje transatlántico. En otras palabras, el discurso de la renovación de la sangre de Rahola, se enmarca en el debate por la transformación de la definición del trabajo moderno. Tras el aprendizaje laboral en la productiva nación Argentina, el trabajador español a su regreso renovarían las estructuras sociales y económicas de la nación, terminando con el llamado “marasmo”, para usar el concepto unamuniano, en que se suponía estaba sumida la Península.

Por otro lado, las negociaciones culturales de los viajeros de Mercurio debían persuadir a las xenofóbicas elites locales de abrir espacios económicos, políticos y culturales para los migrantes españoles. Las observaciones de los viajeros de Mercurio también estuvieron encaminadas a probar que la llegada masiva de trabajadores españoles ayudaría a resurgir y a incentivar la identidad nacional de base hispana. Esta idea era

fundamental para algunos sectores de la intelectualidad argentina que la promulgaban como forma de combatir la influencia de otras migraciones europeas. Como veremos, este argumento se enmarca igualmente dentro de un discurso racial. A los inmigrantes en el cambio de siglo en Argentina, en su mayoría italianos, se les acusaba de degenerar la raza nacional como forma de marginalizarlos socialmente e impedir que amenazaran las jerarquías de poder tradicionales. Nada mejor, entonces, que importar trabajadores que mantuvieran supuestamente el equilibrio racial y cultural.<sup>19</sup>

Pero además, este discurso complicaba las pretéritas relaciones coloniales. Estas negociaciones están mediadas por la inversión de los papeles que ahora contemplaban la disparidad entre la excolonia rica y modernizante y la antigua metrópoli empobrecida. Mercurio no fue inmune a la ubicuidad de los discursos nostálgicos coloniales en el cambio de siglo español, la migración de nacionales en calidad de mano de obra a Argentina fue resignificada como una nueva empresa colonial. La transformación de la emigración en un fenómeno productivo implicaba su resignificación en un discurso que tendía a la reconstrucción de las antiguas jerarquías coloniales. Las fantasías de estos viajeros intelectuales inventaron a un emigrante que volvía a América como nuevo conquistador a recuperar el imperio perdido. Ante la imposibilidad de desplegar empresas coloniales formales, el hispanoamericanismo propuso recuperar la influencia en América por medio de la restitución de la hegemonía cultural y la expansión comercial a través de la educación de los migrantes para llevar a cabo estas tareas.

En esta interdependencia entre las negociaciones culturales y económicas, el migrante español fue conceptualizado no sólo como mercancía de intercambio y

---

<sup>19</sup> Algunos autores de los intelectuales que aplicaron los discursos de la degeneración racial sobre los inmigrantes italianos o de origen judío fueron Miguel Cané, José María Ramos Mejía, Carlos O. Bunge, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, entre otros.

transformador de estructuras sociales, además fue inventado como agente cultural y consumidor de bienes y servicios. Asociados con grandes compañías de transporte y con casas comercializadoras de productos como aceite de oliva, vinos y textiles, los viajeros de Mercurio esperaban sobretodo que la migración española en Argentina se multiplicara, ascendiera socialmente y se convirtiera en un importante mercado para la naciente burguesía industrial catalana que buscaba reemplazo para el mercado antillano perdido en la guerra del 98.

En este capítulo veremos el trabajo de estos intelectuales como *cultural brokers*. Estos viajeros ilustrados, a partir del vocabulario de narraciones científicas y culturales, mediaron entre los intereses de grupos económicos y políticos y, así, movilizaron las agendas jurídicas y económicas de su organización para permitir que la migración fluyera sin mayores obstáculos a través del Atlántico. Por medio del discurso de la regeneración racial hispana en un ambiente moderno, Mercurio, y los demás grupos hispanoamericanistas, contribuyeron a hacer mucho más extensivo el fenómeno de la migración española a la Argentina durante la primera década del siglo XX.

Tras delinear los propósitos políticos y económicos que inspiraron la agenda del grupo Mercurio, en este capítulo profundizaré sobre las negociaciones culturales que se produjeron a partir del viaje exploratorio de estos *cultural brokers* catalanes a Argentina. En seguida, mostraré las barreras discursivas y jurídicas que fueron levantadas en España para contener la migración y cómo su fundamento fue removido por la posición argumentativa privilegiada del viajero intelectual. Posteriormente exhibiré cómo los intelectuales de Mercurio interpretaron el momento político y cultural argentino para promocionar la inmigración española como solución a la llamada “cuestión social” que

ya empezaba a preocupar a las elites. Finalmente, daré cuenta de la forma en que, a su regreso, el grupo comercial y cultural catalán movilizó su agenda a partir de la socialización del conocimiento construido sobre la nación suramericana.

### **1.1 Los intelectuales regeneracionistas y la Revista Mercurio**

El abogado e intelectual catalán Federico Rahola Trèmols, director de la Revista Cultural y Comercial Mercurio, doctor en leyes de la Universidad de Madrid—con una tesis dedicada a la emigración europea hacia los Estados Unidos—y diputado a Cortes a inicios del siglo XX, fue el epítome del *broker* que dio empuje al discurso de raza del hispanoamericanismo. Su posición a medio camino entre la vida pública, la empresa privada y el campo cultural lo convirtió en un ejemplo del intelectual capaz de generar gran influencia política “because of their simultaneous membership in two or more interacting networks” (Yannakakis 10). Antes de reconstruir sus argumentos a favor de la emigración como sustento de la modernización española, contenidos en la crónica de su viaje titulada Sangre Nueva. Impresiones de un viaje a la América del Sud (1905), en este capítulo profundizaré en las redes sobre las cuales se apoyó este viaje exploratorio a la Argentina denominado “Embajada comercial a América”.

La autorizada voz de Miguel de Unamuno defendió la controversial labor cultural de los grupos comerciales catalanes. En los primeros años del siglo XX, el vasco ofició como colaborador ocasional de su órgano de expresión, la Revista Comercial Ibero-Americana Mercurio. En 1905, Unamuno publicó en la revista un breve artículo de opinión bajo el título de “Mercantilismo”. Este trabajo es una apología de un tipo social bautizado dentro de los círculos académicos como el “hortera”. Éste mote señalaba a una clase de intelectuales menores que tomaron como propia la búsqueda de soluciones

prácticas que llevaran a la salida de la “crisis de fin de siglo”. Estos intelectuales emergieron de la naciente burguesía profesional radicada en Barcelona. La profesionalización de la escritura, la práctica del periodismo y, como en el caso de Rahola, el ejercicio del derecho, ofrecían asenso social a esta nueva clase “cuyos intereses económicos...podían incorporarla de hecho al sector económicamente dominante” (Mainer 90). Los intelectuales de Mercurio pusieron su trabajo como letrados al servicio de intereses comerciales y políticos, ubicándose justo después de los beneficiarios de su trabajo en la jerarquía social.

Los nombres más sonoros de las letras peninsulares, inclinados claramente hacia una supuesta estética desinteresada de fines ulteriores del modernismo, les criticaban querer “reducir la cultura al fomento de los intereses materiales”. Como describe Unamuno, los hicieron “blanco de las más necias cuchufletas” y los representaron en “disparatados sainetes...como el espejo de la cursilería” (15).<sup>20</sup> Este lugar intermedio entre la ciencia positiva, la academia, el mercado y el arte que tanta molestia causó a sus contemporáneos, parece no incomodar a Unamuno en absoluto. Todo lo contrario, el vasco expresa en el mismo artículo que “el ser doctor no estorba al ser buen industrial,

---

<sup>20</sup> En una de sus reseñas literarias más tempranas, Ramón Pérez de Ayala establece una tajante diferencia entre esta clase poco ortodoxa de intelectuales y los verdaderos profesionales de las letras: “Los regeneradores, los patrioterros, ganosos de fama populachera, apóstoles de su propio encumbramiento. Escriben todos estos señores de una manera semejante y soporífera, con un vocabulario aprendido en un catálogos de arboricultura y en manuales de perfecto cabrero: son agrícolas y pecuarios. Hablan del surco, de la semilla, de la morera, de las hazas interiores, de las entrañas yermas, del derramamiento, de la irrigación...por otro lado están los artistas, los que cultivan el arte puro...yo no me atrevo a definir el arte, por mi cuenta, sino *ad absurdum*, diciendo: arte es lo contrario de lo que hacen estas buenas gentes (los agrícolas), y artista la persona que menos se parezca a ellos” (citado en Mainer 88).

antes bien puede favorecerlo (y no pocos lo prueban haciendo que cursen una carrera académica hijos que han de dedicarse luego a la industria)” (16).

En la defensa del esteticismo puro, Unamuno encuentra la agresividad de la clase nobiliaria-territorial-financiera que se revelaba ante la amenaza que el cambio de siglo supuso para este tradicional bloque. “todos los que hacen de la política un comercio— agrega el vasco—se revolviéron contra los que pretendían que las clases mercantiles influyan directamente en la política”. Unamuno considera que esta postura estética carga los remanentes del feudalismo que hasta el momento había imposibilitado una verdadera revolución burguesa en España. Un conglomerado retardatario, continúa, formado por “señoritos haraganes y desengañados de todo ideal, corroídos por un esteticismo [para el cual] es cursilería todo lo que signifique cándido entusiasmo por el progreso, fe en la ciencia y ansia de verdadera cultura” (17). Desde esta postura positivista, Unamuno invita a sus contemporáneos a superar la aristocracia cultural local que perpetuaba la desventaja de la Península respecto a las intelectualidades de la modernizante Europa del norte.

Unamuno ve, además, en los intelectuales de Mercurio avances en lo que él entiende debería ser el proyecto de modernización nacional.<sup>21</sup> Asociaciones como Mercurio, asegura, son “síntomas de una íntima renovación del espíritu público español, renovación que se cumple por debajo del mundo teatral, en que se agitan políticos y literatos y sin que éstos lo adviertan” (16). El vasco considera que el conocimiento científico y cultural es la única manera de renovar la industria española. Como prueba de

---

<sup>21</sup> Unamuno encuentra en estas nuevas elites intelectuales y comerciales, la respuesta a la falta de “espíritu de asociación” que según él caracteriza la España de entre siglos. Como observa en En torno al casticismo: “Asombra a los que vivimos sumergidos en este pantano el remolino de escuelas, sectas y agrupaciones que se hacen y deshacen en otros países, donde pululan conventículos, grupos, revistas, y donde el fárrago de excentricidades borbota una vida potente” (232).



esto, asegura que los “horteras”—termino que invita a usar como título de honor—son los mayores responsables del aumento en el consumo y la circulación de obras científicas y literarias en la Península y de su aplicación en los asuntos de comercio (17). En efecto, como plataforma para llevar a cabo su agenda regeneradora en lo económico y lo cultural, impulsaron ideas regeneracionistas e hispanoamericanistas en sus vínculos con las Cámaras de Comercio, Ligas de Exportadores y asociaciones de Fomento del Trabajo entre las que tenían suscriptores. En conjunto con estas organizaciones, los miembros de la revista organizaron congresos pedagógicos, encuentros universitarios, exhibiciones en museos, concursos literarios y publicaciones de propaganda.

La revista, que circuló desde 1901 hasta ser interrumpida en 1938 por la Guerra Civil española, articulaba las interacciones entre intelectuales y académicos con las más altas esferas de comerciantes e industriales de la región. Como lo explica la historiadora catalana Gabriela Dalla-Corte, la finalidad que movió a los redactores de Mercurio

fue la promoción del movimiento diplomático, la difusión de la legislación de cada país, así como el fomento de las relaciones entre España y América Latina...Pero también les interesó transformar la política internacional catalana para poner fin a la decadencia del antiguo imperio después de la pérdida de Cuba. (Dalla-Corte, “Cultura” 25)

Antes del llamado “desastre” colonial, los comerciantes catalanes sostenían transacciones triangulares entre Barcelona, el Río de la Plata y las Antillas. La región catalana exportaba textiles, aceites y vinos al creciente mercado platense. Allí obtenía insumos para las plantaciones caribeñas, por ejemplo tasajo (carne salada) destinado al consumo de los esclavos en Cuba. Y en las Antillas recogían azúcares para comerciar en

Europa y algodón del sur de Estados Unidos para sus industrias textiles. La pérdida de Cuba, y del mercado colonial que garantizaba, hizo que éstos se enfocaran en la región del Plata como alternativa.

Tras la publicación de esta revista comercial y cultural se encontraba el grupo Crédito Ibero-Americano. Esta organización estuvo presidida por el empresario catalán José Puigdollers Macià, un comerciante dedicado a los negocios de comisión y cuenta propia para la exportación e importación. Puigdollers tuvo en la Compañía Transatlántica Española su principal socio en la empresa de explorar el mercado argentino. La Compañía Transatlántica se encontraba interesada en renovar su contrato con el Estado español que se había enfocado en el transporte de pasajeros y mercancías al Caribe. Con las transformaciones políticas, esperaban crear un nuevo convenio que incluyera una línea regular entre los puertos del Mediterráneo y el Río de la Plata. Uno de los políticos más cercanos a estas iniciativas fue Segismundo Moret (1833-1913), quien, como Ministro de Estado, mostró un marcado interés por expandir el intercambio comercial con las repúblicas latinoamericanas a pesar de ser un acérrimo enemigo de la emigración.

Así, como el propio Puigdollers cuenta en un artículo de 1904, la Revista Mercurio fue concebida con el fin de apoyar a la industria española para que sus productos surcaran “los mares, encerrados en las amplias bodegas de nuestros transatlánticos, para más allá del Océano, en Asia y América”. Por este motivo, la labor intelectual y cultural de Mercurio—como “una hijuela, casi un portavoz” de Crédito Ibero-Americano—consistía en averiguar “cuáles eran las ideas que tenía el comercio, cómo debían ser los comerciantes, en qué ambientes habían de respirar, y en qué fuentes beber; cómo se habían de concertar y desarrollar los negocios, cómo se habían de dirigir

y de qué modo plantearlos” (Citado en Dalla-Corte, “Asociaciones” 58). Como forma ampliar este mercado, la Revista Mercurio fue dedicada enteramente a su conocimiento e investigación. Su contenido informativo incluía “secciones mensuales de crónica, noticias generales, finanzas, comercio, transportes, importación y exportación, notas sobre el Banco de España, guía marítima del viajero, salidas de vapores del puerto de Barcelona, y actualidades” (Dalla-Corte, “Cultura” 20).

Para llevar a cabo el tiraje de la revista, Puigdollers Macià contó con el apoyo de la Tipografía “La Académica,” propiedad de los Hermanos Serra. La publicación fue, igualmente, respaldada por el Marqués de Comillas quien aportó la residencia ubicada en Portal del Ángel, números 1 y 3, donde funcionaron el Centro Jurídico Ibero-Americano y la Sociedad en Comandita, ambas fundadas y dirigidas por Puigdollers.

Económicamente, la revista se sostenía del gran número de anunciantes que creyeron en el proyecto económico y cultural hispanoamericanista de Puigdollers. Es decir, todos los sectores de la elite catalana que se beneficiarían de la ampliación del liberalismo en la estructura del estado y, especialmente, en las relaciones internacionales. Puigdollers convenció a estos grupos de la visión de reabrir los mercados americanos y los organizó para demandar del estado bajos aranceles en sus transacciones con América. La revista era simultáneamente un espacio para visibilizar los bienes y servicios ofrecidos por la industria catalana y la tribuna desde la cual dieron voz a su proyecto de reubicar los recursos del estado hacia América y, por consiguiente, abandonar la política exterior colonial en África.

Poniendo en práctica el espíritu del regeneracionismo de fin de siglo, la agenda concreta de Mercurio estaba orientada a hacer de la industria catalana el eje desde donde

se supera la crisis colonial, se modernizaran las estructuras políticas y económicas y se reimaginara una identidad de nación-imperio, basada ésta en la expansión comercial. Como se observa, la liberación de los mercados latinoamericanos está en el centro de los intereses de Mercurio. Esta idea es claramente expresada en el editorial de 1901 titulado “Nuestros propósitos”:

El interés mercantil es la gran palanca de nuestros tiempos, como los hechos lo demuestran a cada paso. Los pueblos no se mueven apenas...como antes, por conveniencias puramente políticas; en el fondo de todas las alianzas internacionales se encuentran siempre el acicate económico y el espíritu comercial. En las guerras que parecen de conquista se esconde el afán de abrir nuevos mercados. (15)

Como vemos, los intelectuales de Mercurio buscaban movilizar el debate político nacional hacia el dominio comercial como forma de adquirir posesiones coloniales sobre el costoso e ineficiente belicismo de las campañas en el Rif. A mostrar la viabilidad de este proyecto respondieron el viaje exploratorio de Rahola en Argentina, la publicación de su crónica y la campaña de propaganda por todo el país que a su regreso emprendió y sobre la que profundizaremos al final del capítulo.

Sin embargo, los industriales catalanes y los intelectuales Mercurio – y en general todo el hispanoamericanismo – no esperaban que el burocrático e ineficiente estado español conquistara mercados para los productos nacionales. Con el objetivo de estrechar las relaciones comerciales con Argentina y continuar exhibiendo la necesidad de flexibilizar las regulaciones al tránsito transatlántico, el grupo de Mercurio aprovechó los primeros acercamientos post-Independencia que, para principios del siglo XX, hicieron

las diplomacias Española y Argentina. Como lo describe la historiadora catalana Gabriela Dalla-Corte en su artículo Las relaciones Cataluña-Argentina. “Sangre nueva” o crónica de la legitimidad anunciada, la Compañía Transatlántica de Transportes, mayor anunciante de la revista, hace una importante campaña de *lobby* a Bartolomé Mitre (1821-1906) durante su visita a España en 1901. El presidente argentino realizó el viaje desde Cádiz a Buenos Aires en el primera clase de su mejor vapor.

Mercurio continuó su campaña de propaganda con la visita oficial, en enero de 1903, del vicepresidente argentino Norberto Quiro Costa a Madrid. El político, conocido por su gran interés en la industria española, aceptó la invitación de la burguesía catalana a la Primera Exposición de Productos Industriales en Barcelona. Este evento, organizado por la revista, contó además con el apoyo del Ayuntamiento de Barcelona, el Sindicato de Exportadores de vino, la Unión Ibero-americana, el instituto de las Artes del Libro, la Cámara de Comercio de Barcelona, las de Tarragona y de Reus, y el Fomento del Trabajo Nacional. Puigdollers y su grupo organizaron esta exhibición no sólo como un compendio de las diversas producciones peninsulares que podían interesar al mercado argentino. Los intelectuales catalanes atacaron uno de los mayores obstáculos para unas fluidas relaciones comerciales entre los dos países, el antihispanismo postcolonial construido como barrera cultural por los intelectuales latinoamericanos a lo largo del siglo XX.

Como es bien conocido, los escritores tempranos de las recién creadas naciones americanas, como es el caso de Domingo Sarmiento, conceptualizaron al colonizador a través de una imagen naturalmente negativa. Toda la herencia colonial fue interpretada como un lastre de barbarismo transmitido a través de la mezcla racial y cultural de las

nuevas naciones de América. La eliminación de todo lo hispano en las costumbres, el comercio, la fe, la legislación y la cultura era la prioridad de la mayoría de los intelectuales decimonónicos. En el mejor de los casos, éstos solo le daban importancia a la Península como un lugar de interés para aficionados a las antigüedades. Éste es el caso de la imagen de España que proyecta Lucio Vicente López (1848 - 1894) en la crónica de su viaje a Europa titulada Recuerdos de Viaje (1881).

Por ese motivo, para la exposición, los intelectuales empresarios de Mercurio ocuparon el salón del Palacio Arqueológico Municipal en Barcelona, del cual retiraron “los curiosos objetos...los restos sagrados de las cosas que nos hablan tristemente de las pasadas centurias”. En su lugar fue instalado un “museo vivo” y en el espacio de un mes

se juntaron los productos de la agricultura con los de la industria, los frutos de la inteligencia con los del trabajo manual, las obras superiores del arte con las más humildes de los pequeños oficios, formando un conjunto que era un himno al trabajo, la aspiración de un pueblo que ansía transformarse por la fuerza de la labor constante. (Puigdollers, “Exposición” III)

Con el fin de reconstruir las relaciones comerciales con Argentina, los intelectuales de Mercurio proyectaron a España como una nación moderna con un proyecto futuro al que se le debían sumar las naciones que fueron sus excolonias. Éstas, como lo manifiestan en la revista, eran necesarias para consolidar su proyecto de “una nacionalidad espiritual...un alto imperio, libre soberanías, mantenido por la cohesión puramente étnica” (Rahola, “Nuestra labor” 58).

A pesar del esfuerzo por exhibir la España moderna, la exposición únicamente reunió vinos, aguardientes, licores, libros y producción textil. Básicamente, los mismos productos que se comercializaron durante la colonia. Sin embargo, según lo asegura la historiadora española Pilar Cagiao Vila, Quirno Costa aprovechó el encuentro para discutir posibles tratados comerciales con España con el fin de fomentar, en contraprestación, la llegada de inmigrantes a la república Argentina. El encuentro entre las elites catalanas y argentinas fue una negociación en la que el grupo de Puigdollers y Rahola, por un lado, buscó una mayor participación en el importante mercado del Río de la Plata, como forma de compensar la pérdida de las Antillas. Por el otro lado, las elites políticas argentinas buscaron consolidar un flujo inmigratorio proveniente de España que supliera las necesidades de mano de obra en el campo y se acomodara a las ansiedades políticas y culturales, que para el momento ya se tornaban en xenofobia, sobre la migración masiva proveniente de otras naciones europeas.

Tras este encuentro, Puigdollers designa a Rahola para liderar un viaje exploratorio a la república Argentina y consolidar las relaciones con las elites porteñas. En esta empresa, nombrada “Embajada Comercial”, Rahola tuvo la compañía de José Zulueta y representantes de asociaciones mercantiles e industriales catalanas y vascas. En el artículo mencionado anteriormente, Dalla-Corte describe cómo, a su llegada a Buenos Aires, la comitiva fue recibida por Quirno Costa y algunos antiguos compañeros de universidad de Rahola, quienes ocupaban cargos importantes en la sociedad argentina, como el catalán José Artal, director general del Banco del Río de la Plata. Estos formaron

el principio de las redes que el viajero trazó para acceder a las más altas posiciones de poder de la sociedad argentina.<sup>22</sup>

Desde la primera clase del vapor “María Cristina”, propiedad de la Compañía Transatlántica, en camino de vuelta de Buenos Aires en 1903, Rahola escribió Sangre Nueva. Impresiones de un viaje a la América del Sud. En este trabajo narra su “curativo” viaje transatlántico, su arribo a la enorme y desarrollada ciudad de Buenos Aires, y su navegar por la pampa argentina – transcurso que constantemente imagina como un regreso al océano. Con minucia, Rahola cuenta las cabezas de ganado, los seres humanos, los kilos de trigo y los pesos. Quién compra qué, a quién y por cuánto. Especialmente, qué necesidades de este mercado pueden suplir los españoles y cuál es la mejor forma de vender sus productos.

Pero va más allá de la mera cifra, Rahola se explaya en observaciones etnográficas y geográficas. El propósito de éstas es probar que la inmigración masiva de españoles a la Argentina, “trasplantar” la raza hispana, repercutiría en el beneficio de ambas naciones. A través del “gran tónico” del viaje transoceánico, España renovaría su sangre en un territorio en el que se respira la modernidad y Argentina reinsertaría el elemento fundamental de su mezcla racial, el cual se diluye en la inmigración para preocupación de las elites criollas. En la obra de Rahola y en la labor de la revista Mercurio en general, el lenguaje de la regeneración de la raza hispana es empleado para

---

<sup>22</sup> Rahola era consciente de la importante participación de los migrantes españoles en el comercio argentino y por ello dedicó una muy buena parte de su visita a estrechar los lazos con las elites peninsulares en el Río de La Plata. Como lo registra el investigador Alejandro Fernández “De acuerdo con los datos del censo municipal de 1909, el 22% de los establecimientos comerciales de Buenos Aires estaba en manos de inmigrantes españoles, y esa proporción ascendía hasta el 60% en el caso de las tiendas y mercerías, al 40% en el de las ferreterías y a más del 30% en las ventas de comestibles, bazares y agencias de cambio y pasajes” (“Inmigración” 10)



desmontar el prohibicionismo en torno a la emigración a la Argentina. La libre movilidad del emigrante, en la concepción de Mercurio, derribaría las trabas a la liberación de las relaciones entre ambas naciones, bajaría los aranceles y aumentaría la demanda de productos españoles en Argentina.

## **1.2 “Carne importada”: política prohibitiva respecto a la emigración**

El primer encuentro que Federico Rahola narra con la emigración a la Argentina se produce desde la primera clase de su barco. Desde su posición elevada en la nave, el viajero catalán observa lo que describe como “un triste espectáculo”. Los cientos de viajeros que se apiñan en cubierta son descritos con duras palabras. El viajero los compara con un hato, una masa de emigrantes “sucios, miserables, hacinados como un rebaño, empujados por la brutal necesidad hacia lejanos países” (Sangre 60).

Esta primera impresión de las aglomeraciones migrantes es un claro ejemplo de la perspectiva sobre la emigración que predominó entre las clases dirigentes peninsulares. La pérdida de miles de españoles era concebida como un síntoma más del declive de las fuerzas nacionales. Allí justamente radicaba la necesidad de interpretar el fenómeno migratorio, de estudiarlo en su generalidad, formular hipótesis sobre las causas que lo producían y determinaban. En últimas, tratar de establecer control sobre él. La premisa con la que Rahola determina su mirada sobre el fenómeno es el discurso biopolítico decimonónico hispanoamericano del fin de siglo: en su observación directa, el asunto aparecía como el síntoma de una patología social caracterizada por la pasividad y el letargo general de la nación.

En la imagen que forma Rahola del emigrante hacen eco las exageradas narrativas pesimistas del cambio de siglo. La crisis del agro, la pérdida definitiva de las últimas

colonias en ultramar y la tardía llegada de la industrialización tomaron lugar en el cuerpo del desocupado que, según los intelectuales de fin de siglo, se degeneraba en la vagancia. Sin embargo, Rahola asume esta postura en su obra sólo para probar que estas masas emigrantes era susceptibles de “regeneración”. Es más, para el viajero catalán, era precisamente la emigración la que haría de España una nación moderna. Era a partir de la experiencia transformativa del viaje, alejado del ambiente nocivo de la España en decadencia, donde el emigrante renovaría, según el viajero, las capacidades raciales y modernizaría las obsoletas estructuras sociales peninsulares. La narrativa sobre las bondades regenerativas del viaje a América funciona como el hilo conductor de una discusión sobre la conveniencia de orientar la política exterior hacia América liberando la movilidad de mano de obra, bienes y servicios en el Atlántico.

Publicitar este argumento, convertirlo en un discurso con valor de cambio en el debate político, fue el propósito del viajero enviado por Mercurio. Hacer esta idea verosímil, les permitiría facilitar la emigración española a la Argentina, lo cual impulsaría la agenda ideológica, política y económica de las burguesías industriales catalanas. A partir de sus observaciones, Rahola ofrece contraejemplos a un gran número de narrativas científicas, jurídicas, militares, políticas y morales que asumían la emigración como una de las causas preponderantes de la degeneración nacional y que actuaban como barreras de contención para frenarla.

La oposición a la libre movilidad transatlántica, característica del periodo político conocido como la Restauración, se plasmó en las memorias de la “Comisión especial para estudiar los medios de contener en lo posible la emigración”, creada por Orden Real el 16 de agosto de 1881. Los argumentos producidos por ésta fueron básicamente de corte

nacionalista. En su mayoría, éstos se enfocaron en la mantener a los hombres jóvenes en el territorio nacional “para la defensa de la patria, para la repoblación interior, para el fortalecimiento demográfico, para el fomento nacional” (Sepúlveda, Sueño 366).

Esta Comisión especial proponía una legislación coercitiva que impidiera la pérdida de “brazos útiles” y limitara cualquier ayuda estatal a los “desertores”, como se lee en sus memorias: “el español que abandona su patria no tiene derecho a reclamarle auxilio, protección ni amparo” (citado por Sepúlveda, Sueño 366). El representante más visible de esta postura fue el Ministro de Estado, Segismundo Moret. En su rechazo a la emigración, Moret definía al emigrante como una “lacra social” que la ley estaba llamada a contener. En un documento del Instituto de Reformas Sociales de 1905 titulado “Voto particular al proyecto de ley de emigración,” Moret afirma: “con los males sociales no se transige; antes bien se castiga; en ningún país culto se da ya valor legal a la prostitución, como se ha dado nunca al robo o a la estafa” (24). La postura del gobierno central tendía, como vemos, a la criminalización y estigmatización de los emigrantes. Contra estos imaginarios sociales se enfrentaba el trabajo de propaganda llevado a cabo por Rahola y los demás *brokers* de Mercurio.

### **1.2.1 Locos a medias**

La postura estatal de estigmatización se replicaba a través de discursos morales, legales y médicos, en los que se reducía al emigrante a un espacio marginal en los linderos de la sociedad. En 1912, el doctor Enrique Fernández Sáenz publicó el trabajo “Psicología normal y patológica del emigrante”. En éste, el autor afirma que si bien el motivo de las emigraciones es la necesidad natural que tiene el hombre de procurarse medios de subsistencia, en el caso español ésta no se debía a la imposibilidad de

adquirirlos en el país. Por el contrario, asegura el fisiólogo, los sujetos llegaban a ese estado de necesidad debido a condiciones patológicas que los inducían a la pereza y la desidia. Fernández Sanz considera que éstas debían ser estudiadas en profundidad por la amenaza que representaban para el colectivo.

Según esta obra, aquellos que migraban y, por tanto, se inclinaban por el crimen y la traición, eran en su gran mayoría

los degenerados, los desequilibrados, los débiles psíquicos, los amorales, los locos a medias, mil veces más peligrosos y más funestos para la sociedad que los vesánicos declarados, porque no se pueden adoptar con ellos las medidas coercitivas y protectoras que con éstos se toman. (10)

A partir de este postulado, Fernández Sanz clasifica las diversas causas de la emigración de acuerdo con las patologías o los desequilibrios mentales que la producen. La necesidad de emigrar responde, en primer lugar, a “una ineptitud especial del sujeto por pereza, por falta de constancia”, la cual a su vez es causada por “la deficiente constitución psíquica” de éste. En otras palabras, el migrante perezoso decide abandonar su tierra por un lugar en el que la abundancia le permita subsistir con menor esfuerzo, lo cual a su vez prueba que su motivación radica en un desequilibrio mental que lo lleva a la inactividad (10).

Como bien lo expresa Pedro Miranda Ojeda, para el caso mexicano, estos discursos decimonónicos sobre la pereza revelan las prácticas de formación de la mano de obra requerida durante la emergencia del capitalismo global.

la idea del inútil social es medular porque expresa los valores que deben rubricarse en la formación de hombres nuevos y mejores. El hombre debía

guiarse por una conciencia ceñida a las reglas éticas de comportamiento, a la honorabilidad a y las virtudes individuales del trabajo (371)

Otro ejemplo es la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX donde florecieron las narrativas sobre las buenas costumbres que definían un modelo de conducta respetuoso para con las reglas del orden público, imprescindibles en la adquisición de la disciplina laboral (337). En el caso español, sin embargo, los discursos de ética del trabajo debieron, además, entrelazarse con los debates sobre la migración. Si no se prevenía la fuga de los sujetos, no habría trabajadores que educar. Los discursos científicos no solo estaban encaminados a la formación de la mano de obra en una ética que combatiera el ocio, sino que simultáneamente condenara el abandono de las responsabilidades individuales con el colectivo.

Este recurso del emigrante perezoso tuvo, como ya lo mencionamos, una base nacionalista. Por su movilidad, el emigrante era responsabilizado de la mala imagen de la nación en el exterior. Éste era visto en España como un embajador de la pobreza y decadencia de una nación incapaz de sostener a sus propios súbditos. En este sentido, José María de Salaverría, en su obra Tierra argentina: psicología, costumbres, valores de la República del Plata (1910), aseguraba que en España se tenía

como artículo de fe la opinión de que los gañanes del campos son quienes deben emigrar, y no los jóvenes de clase media, los ingenieros y los capitalistas...hombres despiertos y cultos es lo que requiere enviar España. (citado en Mainer 127)

Este otro viajero a la Argentina, coincide con Rahola en las características formativas de la migración. Sin embargo, las reservaba para quienes estaban llamados a

ser los legítimos representantes de la nación. De este temor a que España estuviera representada por “emigrantes ignorantes” provienen la gran cantidad de propuestas que, desde algunos sectores, demandaron prescripciones higienistas y profilácticas como criterios para seleccionar los individuos “aptos” para la emigración. Si la emigración era inevitable, la nación debía por lo menos esforzarse en enviar al exterior sólo aquellos que fueran exponentes de sus mejores cualidades, concluía José María de Salaverría.

En su obra, Fernández Sanz llama la atención sobre los beneficios que para España podía reportar la migración de partían motivados por la imposibilidad de adaptarse al medio social. Para el científico, es más relevante mantener la armonía del ambiente moral que el físico (léase económico) de la nación. Según éste, las sociedades “cultas” están constituidas por los afectos, las tendencias y las obligaciones mutuas. El sujeto incapaz de adaptarse a dichas condiciones es “un parásito ó un enemigo...y debe ser eliminado del medio social al que no puede acomodarse, transportándole á otro con el que pueda hacerse compatible” (10). Pero en la mayoría de los casos, advierte el médico, el cambio de ambiente aumenta la perturbación psicológica del migrante enviándolo “á la penitenciaría ó al manicomio” (11). Así, aún cuando la migración pudiera ser considerada beneficiosa, el migrante seguía siendo estigmatizado como un enfermo mental.

En segundo lugar, para Fernández Sanz, la necesidad de sustento como razón de la migración deriva de una patología aún más viciosa, el deseo de lucro. Según Fernández Sanz, la emigración inspirada en este motivo es “casi siempre reprobable, tanto por su móvil, mal avenido con los preceptos éticos, como por sus resultados generalmente nocivos” (10). El mismo emigrante definido por medio de su pereza, es ahora puesto en escarnio por su laboriosidad. Baste recordar la novela sobre emigración El tacaño

Salomón de Benito Pérez Galdós (1843-1920) como uno de los ejemplos en la línea discursiva que, desde antes del 98 y hasta casi los 30's del siglo XX, construye el imaginario del emigrante como “indiano moderno” – con toda la sustancia histórica y los prejuicios que representó esta figura para España desde el Siglo de Oro.

Como lo afirma Ann Conlon, en su versión más negativa,

the indiano remains much like the indiano of the Golden Age; he is a “liminal figure” who negotiates between Latin America and Spain, between lower and upper classes...as a social climber who reinforces the values of the dominant class to which he aspires. (14)

La posibilidad de ascenso social meteórico que encarna la figura del indiano es una de las claves de la migración española a la Argentina. Como es probado por José Moya en Cousins and Strangers, la mayoría de los migrantes españoles viajaron con el propósito de “mejorar fortuna” (30). Esto no significaba escapar de infortunios, como explica el historiador, sino perseguir la promesa del enriquecimiento rápido que se rumoreaba era posible en la nación suramericana. De hecho, cuando Moya estudia las poblaciones que formaron la migración encuentra que un grupo muy significativo de estos provino de ciudades intermedias semi-industrializadas y no de las zonas agrarias donde abundaban los labriegos desempleados. En cuanto a los migrantes del campo, éstos eran en su mayoría primogénitos, seguros herederos de tierra, y no campesinos desposeídos cuya única opción era abandonar el país. Teniendo en cuenta que estos grupos cambiaron la certidumbre de una vida en España por la aventura en América, Moya concluye que es la ambición, y no primordialmente la necesidad, lo que influenciaba su decisión de emigrar.

Esta movilidad social representó dos problemas para las elites tradicionales españolas. En primer lugar, los ricos indianos que retornaban de América buscaban incorporarse formalmente a las clases altas al arreglar contratos nupciales con familias aristocráticas en desgracia. Este método clásico de integración de nuevas elites en formación, produce la habitual reacción de los grupos más tradicionales. Como lo describe Eva María Copeland en su análisis del indiano en la obra galdosiana, la amenaza de permeabilidad de las distinciones de clase que representa este tipo social es conjurada por medio de su construcción cultural como “otro”. La novela realista de la época en España, inventa a los indianos “visually through their skin, their failure to properly mimic social conventions, and their self-earned fortunes, which are a marked contrast to the inherited wealth of the aristocracy” (227). Son constantes los textos que, en un retorno a las biología del iluminismo, racializan al indiano debido a una experiencia en el salvajismo americano que lo degenera. Acompañadas de juicios estéticos, estas jerarquizaciones tienen la “eficacia sociológica de obligarle a reconocerse como lo que es, como ‘sólo pueblo’”, como lo afirma Pierre Bourdieu en su obra La distinción (79).

El mayor peligro de las historias exitosas de indianos en América fue la publicidad que éstas le dieron a la emigración. In 1899, el escritor Félix de Aramburu y Zuloaga (1848-1913) en Monografía de Asturias, describe la forma en al que el exhibicionismo del indiano recién enriquecido ejercía influencia sobre sus paisanos que aún permanecían en la Península:

Aquel indiano que se pavonea por la quintana cubierto con ancho jipijapa, vestido de fino, adornado con dorada cadena y botones y anillos que deslumbran, atareado en convertir en humo y cenizas vegueros bien



olientes, orgulloso de ver redimidos de la servidumbre de la gleba a los que le dieron el ser, salió de la aldea hace veinte años más pobre que las arañas [...] ¿Por qué no ir a donde él fue para volver como él volvió?  
(457)

La industrialización promovió la migración no sólo al atraer y desplazar mano de obra de un lado al otro del Atlántico, sino a través de la creación de ciertas demandas y deseos que resultaron particularmente llamativos para los más jóvenes. Para muchos periodistas, escritores y críticos culturales del momento, el éxodo de las nuevas generaciones se debía a su deseo de obtener bienes como relojes, zapatos y joyas, además de manufacturas industriales como pistolas, fonógrafos y bicicletas. La forma más fácil de hacerse de éstos parecía, entonces, imitar a sus recién enriquecidos vecinos y enrolarse en la corriente migratoria que trabajaba fuera del país.<sup>23</sup>

Como forma de contener la alteración de las estructuras sociales en España y mitigar la reproducción exponencial de la migración, Fernández Sanz recomienda en su clasificación de las patologías migratorias que este deseo de prosperidad sea mantenido “dentro de discretos límites”. El deseo desmesurado de ascenso social, continúa el médico, es “sello de la extravagancia y de la insensatez”. Por eso, concluye, el sujeto que se embarca en lances descabellados “deberá ser considerado como un individuo de mentalidad patológica, loco a medias o loco del todo” (10). Esta narrativa, en conclusión, trataba de establecer límites a la formación del sujeto moderno español. Propugnaba por

---

<sup>23</sup> No era, sin embargo, necesario que los indianos regresaran a sus pueblos a ostentar su ascenso social. Como lo muestra el historiador José Moya en sus investigaciones, otro producto de la revolución industrial, la fotografía, alimentó las ilusiones de prosperidad radicadas en la emigración. Las imágenes de éxito económico de quienes se habían marchado, traídas por correo transatlántico, circulaban ampliamente entre familiares, amigos y vecinos de los emigrantes.

un individuo que mantuviera un fuerte sentido de su responsabilidad con el colectivo, la cual se expresaba permaneciendo en la nación, cumpliendo su deber como trabajador y aceptando su posición social sin ponerla en cuestión.

### **1.2.2 Licenciosas, indolentes y ateas**

El discurso moral sobre la emigración tuvo además un marcado componente de género. La migración femenina estuvo condenada a una constante reprobación moral. La literatura y la prensa más conservadoras se quejaban constantemente de que las mujeres salían para América “puras, castas, cristianas y laboriosas” y regresaban “licenciosas, indolentes y ateas”. Se culpaba de esto al trabajo duro, para el que no estaban condicionados sus cuerpos, el exceso de diversiones y, nuevamente, a la búsqueda de ambiciones inalcanzables. Incluso el Consejo Superior de Emigración recalca los mayores riesgos que la migración representaba para la mujer, ya que por sus características “débiles e inferiores” eran más propensas a la corrupción moral y, con ésta, a la prostitución. En los ojos del Consejo, prostitución y emigración estaban íntimamente conectadas (citado en Moya 22).

En el campo cultural español, este discurso encontró un importante representante en el novelista Eduardo López Bago. Completamente marginal dentro del canon contemporáneo, aunque extremadamente controversial y divulgado en su momento, López Bago fue el exitoso pionero de la novela de lupanar española. Desde la plataforma del realismo de finales del XIX, el escritor español explora las relaciones entre la medicina y las cuestiones sociales más relevantes de su contemporaneidad. López Bago específicamente se enfoca en la sexualidad femenina. Al describir explícitamente las

escenas que ocurren dentro de los prostíbulos – lo cual le valió la fama de escritor erótico – se enfrentó a las convenciones del buen gusto de su tiempo.<sup>24</sup>

La apertura que implica la indagación literaria del prostíbulo se convierte, sin embargo, en cerrazón cuando el autor pone abiertamente en escena a sus personajes femeninos sólo para condenarlos como casos de “mujeres infames”. Como afirma la crítica Pura Fernández, “en esta categoría se engloban la adúltera, la prostituta, la seducida, la aventurera y la casada por interés, es decir, la mujer definida y determinada socialmente por el empleo incorrecto o desviado de su capital virtuosos” (11). La migración, en la obra de López Bago, aumenta los riesgos de que mujeres “decentes” se conviertan en infames.

Como bien lo conceptualiza Donna J. Guy en su trabajo Sex and Danger in Buenos Aires, el tabú alrededor de la migración femenina descargaba sobre el cuerpo de la mujer prejuicios racistas, creencias religiosas y narrativas nacionalistas.

Men could safely travel abroad – continua Guy – but unescorted women faced sexual danger. Women uncontrolled by family or nation could end up marrying unacceptable foreigners of any race and losing their nationality. Duped into sexual slavery they brought shame to their homelands. (7)

---

<sup>24</sup> La literatura de López Bago es considerada por la crítica Pura Fernández como “criptolectura o lectura vergonzante, que se oculta, pero que es azuzada por la misma atmósfera social de rechazo. Tribunales, púlpitos y la “conspiración del silencio” de la crítica literaria aseguraron un éxito que traspasó también las fronteras atlánticas” (P. Fernández, Prólogo 15) para más información sobre la obra de López Bago ver Fernández, Pura. Eduardo López Bago y el naturalismo radical: la novela y el mercado literario en el siglo XIX. Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1995.

El personaje de la mujer emigrante que diseña López Bago en Carne Importada (Costumbres de Buenos Aires): novela médico- social (1891) tiene todos estos componentes. En su novela, López Bago le da vida a los supuestos peligros que representa para una mujer sola embarcarse en el viaje transatlántico. Una mujer aventurera, que no se encuentra bajo la tutela ni de su padre ni de su marido, tiene como destino asegurado uno de los lupanares que abundaban en Buenos Aires. La tesis que explora Bago en su obra es que en Argentina, así como los hombres son explotados en los campos, “la muger se importa, como una máquina de placer y de reproducción” (sic) (139).

Soltera, huérfana y caída en desgracia tras la repentina muerte de su padre, el personaje femenino de Bago decide probar fortuna en la Argentina, donde confía en encontrar el trabajo digno de una señorita de sociedad europea. En su ingenuidad, Agustina Cebrián es engañada por Rodolfo Fick, un *caften* – de probable origen judío alemán como rezaba el estereotipo del momento – que le ha echado el ojo a la viajera desde que la ve abordar sin compañía. Como parte del engaño del *caften*, Agustina encuentra un empleo como dama de compañía de una rica hacendada porteña, la viuda de Martínez Roca. Con complicidad de ésta, que por su descripción y apellido claramente representa una crítica de la corrompida clase alta bonaerense, el *caften* la lleva a su prostíbulo donde le propina una brutal golpiza con el fin de “quebrarla”. Agustina nunca se va a recuperar por completo de los golpes que, tras ser rescatada y repatriada por el

héroe de la novela Mr. Henri, le producen la muerte poco tiempo después de su anhelado retorno a Madrid.<sup>25</sup>

El viaje de López Bago a Buenos Aires en 1888 le da mayor credibilidad a su versión aterradora de la inmoralidad en la ciudad. Su obra bebe de la mala reputación que tuvo Buenos Aires en toda Europa desde que en 1860 hombres y mujeres empezaron a dirigirse masivamente a la Argentina en busca de trabajo. En la versión de López Bago,

La inmortal, la gloriosa, la querida Buenos Aires, había dejado de ser la Atenas del Plata para convertirse en la Roma de los tiempos de Mesalina, y algo peor. Con el alcohol que enferma las entrañas, con las húngaras, las suizas y las francesas, había venido el *caften*, degenerando el *gaucho* en *compadrito*, y pululaba por las calles el *atorrante*. Único producto legítimo de la inmigración contratada. (149)

En su versión de la ciudad, López Bago hace además eco de los discursos nostálgicos que predominaron entre la propia elite porteña que entendió el cosmopolitismo inmigratorio y la rápida urbanización como factores degenerativos de la vida social. Buenos Aires era, en suma, un ambiente inmoral en el que el inmigrante, en especial la mujer, estaba expuesto al vicio, la corrupción y la explotación.<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> Para estudiar más de cerca cómo la epistemología de la época traza relaciones entre la trata de blancas, el comercio sexual, el crimen y los discursos de raza ver Gómez, Eusebio. La mala vida en Buenos Aires. Buenos Aires: N.p., 1908.

<sup>26</sup> Para mayor información sobre los discursos nostálgicos y su influencia ver Bartra, Roger. La jaula de la melancolía. México: Grijalbo, 1987; Boym, Svetlana. The Future of Nostalgia. New York: Basic Books, 2001;

Williams, Raymond. The Country and the City. New York: Oxford, 1973; Terán, Oscar. Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910). Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2001; Needell, Jeffrey D. A Tropical Belle Epoque: Elite Culture and Society in Turn-of-the-Century Rio de Janeiro. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

### 1.2.3 Brazos y armas

La vehemencia de esta postura patologizante de la emigración no sólo se enfocaba en el control y la imposición de roles reproductivos. De la mano con estos, los críticos de la emigración esperaban conservar modelos productivos pre-modernos basados en la pertenencia intrínseca entre la los súbditos y la tierra. En efecto, la legislación en España respecto a la emigración estuvo fuertemente influida por una perspectiva mercantilista anacrónica según la cual número de súbditos con que contaba un reino formaba una importante parte de la riqueza de éste. Hasta las décadas finales del siglo XIX, en que la teoría de la riqueza de Adam Smith se empieza a valorar en España, los periódicos y la crítica madrileña aún le daban una gran importancia a la pérdida de habitantes, comparada constantemente con una “herida abierta”, que desangraba la nación.<sup>27</sup>

El aristócrata del sur español, Antonio Conrado y Asprer, publica en 1881 una obra titulada Cartas sobre emigración y colonias. En ésta, Conrado y Asprer compila una serie de misivas que ha dirigido al Ministro de Fomento, José Luís Albareda, con el propósito de “resolver el arduo problema que debe evitar la emigración”. En su juicio, la emigración es un mal, que por su carácter silencioso, es más peligroso para la comunidad nacional que la guerra, la peste y las inundaciones. El futuro económico y social de la nación se juega en evitar la pérdida de riqueza que supone este fenómeno. En este sentido afirma: “Si es un axioma reconocido que un país es más rico cuanto más poblado, ¿no podremos con razón achacar nuestra pobreza a la falta de brazos?” (64). Su propuesta

---

<sup>27</sup> Estas creencias, según Moya, son cuestionadas por las teorías maltusianas, las cuales advierten de los catastróficos efectos de la sobrepoblación, y por el liberalismo de Adam Smith, que propende por la libre movilidad de mercancía y mano de obra. Estas dos nuevas concepciones de lo político y lo económico progresivamente separarán esa estrecha relación entre la riqueza de una nación y el número de sus habitantes.

radica, entonces, en diseñar estrategias para conducir la emigración con rumbo a América hacia los campos despoblados del centro del país.<sup>28</sup>

La forma específica de contener la emigración de jóvenes en edad productiva fue dando estricto cumplimiento a las leyes que imponían el servicio militar. El reclutamiento obligatorio, conocido como las “quintas”, tuvo vigencia desde 1837 hasta 1912. Este sistema designaba a los reclutas por sorteo en función de un número mínimo de soldados que debía proporcionar cada pueblo. Al iniciarse cada año, los ayuntamientos locales tenían la obligación de constituirse en la Sala Capitular para formar el alistamiento. Estas comisiones utilizaban la información poblacional proveniente del registro civil, las relaciones parroquiales, los padrones de vecindad de años anteriores y las listas de inscripción para hacer un inventario de los jóvenes en las edades de dieciocho a veintiún años (Dalla-Corte, “Quintas” 327).

Después de leer públicamente la ley escrita, así como las disposiciones vigentes en todo el estado, se asignaba a cada joven un número al azar que en una rifa determinaba su incorporación a las filas del ejército. Para poder emigrar antes de cumplir con el servicio, estos jóvenes debían dejar un depósito de 6.000 reales de vellón, el equivalente a cuatro veces el costo del viaje transatlántico a Buenos Aires en ese momento, o encontrar un sustituto que tomara su lugar en el ejército. Estos requerimientos, por supuesto, le permitían a los jóvenes de clases altas evitar ser enlistados. Los restantes debían servir en el ejército, necesitado de hombres para las campañas coloniales del Rif,

---

<sup>28</sup> Infructuosamente Conrado y Asprrer recuerda en su obra que ya existe un marco legal para incentivar la movilización interna de mano de obra. La “Ley de colonias de 3 de junio de 1868” ofrecía “concesiones y estímulos a las empresas, capitalistas y propietarios que contribuyan a evitar la emigración, roturen y cultiven terrenos incultos y despoblados” (85). Este marco jurídico demuestra la preocupación que tuvo el gobierno español respecto a la migración y, al mismo tiempo, su incapacidad para producir en el terreno los efectos esperados de dicho marco.

o incorporarse a la fuerza laboral como labriego. Los tabúes alrededor de la emigración estaban ligados a los intereses concretos de terratenientes que temían la escasez de brazos para la explotación de sus tierras e intereses políticos que abrigaban esperanzas de aventuras imperiales en el norte de África para las cuales, por supuesto, serían necesarias una gran cantidad de armas empuñadas por estos jóvenes.

En suma, estos discursos médicos, morales, económicos y jurídicos buscaron contener la migración dentro de las fronteras nacionales al ser ésta considerada no sólo un síntoma del declive nacional, sino una de sus principales causas. Para frenar la “hemorragia” y mantener las tradicionales dinámicas de producción y reproducción, desde los sectores más conservadores se desplegaban discursos tendientes a disuadir a los potenciales viajeros por medio de la demonización de la migración a América al considerarla como causante de locura, degeneración racial o corrupción moral.

### **1.3 Agente de reacción nacional**

Con la autoridad de la observación directa, la validez del testimonio, Rahola critica los tabúes y la legislación en torno a la emigración. En su análisis, la imparable salida masiva de jóvenes no era un factor degenerativo sino, todo lo contrario, recomendable para los miles de desocupados y, sobre todo, un fenómeno que podría ser enfocado hacia el beneficio de la nación. El prohibicionismo, por su parte, no solo era ineficaz sino que separaba a los sujetos del estado nacional haciendo que el aprovechamiento de la circulación de bienes y personas no pudiera ser aprovechado por España y las compañías españolas.

Una de las formas más comunes de desplazarse a América era embarcarse con documentos falsos. Los jóvenes que escapaban de las “quintas”, se camuflaban en las



bodegas de los barcos para evitar los controles policíacos que les demandarían documentos sobre el cumplimiento del servicio militar. A bordo del transatlántico María Cristina, propiedad de la Compañía Transatlántica, Rahola nota cómo

casi todos los emigrantes se habían embarcado con documentos falsos.

Muchos tenían que hacer visible esfuerzo para recordar su nombre y su edad; algunos rectificaban su estado, es decir, manifestaban que eran casados después de haber dicho que eran solteros, y la edad que algunos producían estaba reñida manifiestamente con su fisonomía. (Sangre 68)

Como lo han determinado los historiadores de la migración mediterránea al Cono Sur, entre ellos José Moya y Samuel L. Baily, además de la común suplantación de identidades para salir desde puertos españoles, muchos jóvenes obsesionados con el viaje americano abordaban transatlánticos desde países vecinos, como Francia, donde los controles migratorios eran mucho más laxos y la ley española no se hacía cumplir. El gobierno francés y las compañías de transporte transatlántico, se quejaban los de Mercurio, acumulan los réditos de toda esta gran migración.

Antes de partir de Cádiz, Federico Rahola es testigo de la captura de cuatro gallegos que trataban de emigrar a la Argentina sin pasaporte y sin documentos que comprobaran que habían sido eximidos del servicio militar. “Eran cuatro adolescentes – cuenta – de fisonomía inteligente y expresiva, bronceados por el sol, que no dejaban de sonreír á pesar de la triste situación en que se encontraban”. Los jóvenes, narra Rahola a continuación, son conducidos a tierra entre los empujones y las mofas de los agentes: “¿Con que para huir de las quintas?”, les dice un militar con aire de burla, “tenía tiempo de ir y volver, repuso el más osado con voz resuelta que acusaba voluntad firme”. Desde

el barco que parte, Rahola se fija en la tranquilidad de sus rostros, “comprendiendo que regresaban á tierra sin renunciar á su decidido propósito de emigrar” (19).

En su interpretación de este episodio, Rahola introduce su opinión en contra de las restricciones a la emigración basadas en el mantenimiento de la institución castrense:

Es tan gran error, pensé, el de privar al hombre que no puede vivir en su patria la salida en busca del bienestar, so pretexto de que no ha cumplido con sus deberes de ciudadano [...] Dejad que se vaya para que regrese más tarde; se va pobre é ignorante para volver rico y útil, aleccionado en la lucha implacable que hay que sostener para sobresalir allí donde tantos y varios pugnan (19)

Para el viajero de Mercurio, la migración transatlántica no es un deseo inducido por trastornos psicológicos ni supone el desplazamiento a un lugar lujurioso e inmoral. Los tabúes respecto a la migración a la Argentina son remplazados por versiones del viaje como una experiencia transformativa. En la Argentina, el miserable y el perezoso se volverán hombres útiles, productivos. La experiencia pedagógica de la lucha individual por medio del trabajo hará del pobre, del “gañan”, un sujeto moderno para la nación española. La moral social y la legislación en torno a la movilidad, a la circulación, a la mezcla, debían relajarse para que el individuo surgiera en la Península.

La forma en la que Rahola interpreta el fenómeno hace eco de la pregunta que en 1900 hiciera Miguel de Unamuno al director del diario porteño La Nación: “¿no nos ha de venir también de las Indias alguno que otro capital espiritual, ahorro de energía y pensamiento, que nos ayude en el despertar del espíritu? (Cartas 56). En Sangre nueva, Rahola responde afirmativamente a la pregunta por el regreso a América como centro del

proyecto de regeneración nacional: “la emigración, con su reflujo fecundante, puede aportarnos capitales é ideas, medios materiales é iniciativas, que es lo que se requiere para acabar con nuestra pobreza física y nuestra anemia moral” (14).

El vocabulario epistemológico decimonónico demandaba que este argumento a favor de la migración fuera expresado en coordenadas de la nueva ciencia biológica evolutiva. Liberar el flujo de mano de obra entre España y la Argentina regeneraría la raza hispana y, con ésta, llegarían nuevas estructuras sociales, culturales y económicas para la nación. Veamos cómo Rahola le da publicidad a la agenda del grupo Mercurio por medio de una teoría ambientalista de la regeneración racial.

### **1.3.1 Respirando los Buenos Aires**

En sus Cantigas sociales recollidas do pobo, el escritor Xesús Alfonso Montero rescata algunos versos de una canción que expresaba las esperanzas que muchos gallegos depositaron en la migración: “Teño de ir a Buenos Aires/Anque sea por un ano,/Anque no traiga diñeiro,/Traigo o aire americano” (citado en Moya 114). En este interesante fragmento, el deseo que alienta el viaje transatlántico a la Argentina se desplaza del tradicional propósito que impulsaba a los migrantes a embarcarse en la travesía, “hacer la América”. La sabiduría popular le da más importancia a eso que llama “aire americano” que a amasar fortuna rápidamente y regresar a España como un adinerado “indiano” del siglo XX.

Este vocabulario popular, esta forma de referirse al viaje transatlántico, hace resonancia con los discursos propagandísticos de la emigración diseñados por Rahola, y el grupo de Mercurio, en los que se ofrece esta teoría racial-ambiental para refutar la

degeneración que supuestamente producía la migración transatlántica. Como lo reflexiona el viajero tras observar a los emigrantes establecidos ya en la Argentina:

Durante mi viaje he recobrado la fe en nuestra raza, convenciéndome de que tan sólo procede transformar el ambiente en que actualmente respira para hacer resurgir sus cualidades ingénitas. Aunque resulte paradoja, después de haber visto cómo muchos que aquí fracasaron allí triunfan y prosperan, tengo el convencimiento de que, si fuera posible llevar á todos los españoles lejos de España una temporada, estableciendo la emigración obligatoria, renovaríamos la sangre y transformaríamos el medio. (Sangre 15)

Esta cita presenta la estructura epistemológica sobre la que Rahola quiere hacer reposar sus argumentos pro-emigración. Según las teorías ambientalistas que recoge el abogado catalán, un espacio en el que la higiene y la educación tuvieran preponderancia establecía diferencias radicales entre el salvajismo y la civilización. Estos discursos localizaban en Argentina el ambiente positivo para mejorar las condiciones raciales. Las extendidas prácticas higienistas habían sido promovidas por círculos políticos y científicos argentinos preocupados justamente por la degeneración de las capacidades raciales nacionales. Éstas eran ampliamente consideradas por la propaganda emigratoria española que las tomaba como una de las ventajas de establecerse en la “civilizada” nación suramericana.<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> Como lo analiza Nancy Stepan en su trabajo The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America, este fenómeno respondió al auge y expansión de la llamada eugenesia durante las últimas décadas del siglo XIX latinoamericano. Ésta se basó en la creencia de que los malos hábitos higiénicos y morales de las clases populares no solo corrompían sus cuerpos, sino que eran heredados a las generaciones por venir, degenerando la raza como resultado. Para prevenir y contrarrestar este fenómeno, se instauraron dispositivos de vigilancia y control de

En su estructura argumentativa, Rahola le dio cabida al tremendo impacto que supuso el auge del darwinismo social en la episteme europea. Si bien “respirar” el ambiente argentino produciría el resurgimiento de las “cualidades innatas” de la raza hispana, adicionalmente las presiones del ambiente se encargarán de eliminar a todos los portadores de la degeneración. En su esperanza sobre el futuro de los migrantes, Rahola ofrece una mirada simultáneamente influenciada por el darwinismo social que le permite ver entre los rebaños humanos a “los futuros triunfadores”:

cuántos y cuántos – asegura – sucumbirán en la cruenta lucha. Pero en cambio, cuántos volverán transformados, con provechosa experiencia, enriquecidos, á alegrar sus humildes hogares, y á llevar el bienestar y aires nuevos á sus aldeas. (60)

El vocabulario darwinista de la “lucha por la vida”, el conocido *struggle for life*, es una constante en Sangre nueva. Según el darwinismo social en boga, la degeneración afectaba principalmente a las razas inferiores que, como Darwin mismo escribe en 1881, “at no very distant date [...] will have been eliminated by the higher civilized races of the world” (239). Como respuesta a los diagnósticos de degeneración que caían sobre la Península promulgados por los teóricos del colonialismo europeo, Rahola propone una versión teórica ambiental sobre la raza según la cual los migrantes mejorarían sus condiciones raciales al respirar en un ambiente moderno, y una biológica que predice la depuración, por la lógica de la evolución, de aquellos que no consigan adaptarse al nuevo medio.

---

poblaciones. La idea era contener los focos patológicos y evitar su propagación para garantizar el bienestar físico y moral. En esta versión optimista de la eugenesia, las prácticas higiénicas y la educación transformarían las disposiciones de los individuos y serían heredadas por las generaciones futuras mejorando, de esta forma, la conformación racial de la nación (65-67).

Frente a los discursos restrictivos que vimos, permitir el desplazamiento libre hacia el espacio en el cual tiene lugar esta particular lucha por la subsistencia, está íntima ligado a la mejora de las condiciones nacionales. El viaje permite la emergencia de ritmos laborales, concepciones del trabajo, posibilidades de ascenso social y producciones del individuo moderno. Al respecto añade Rahola, “Creo que la emigración económica, la que impulsa á los individuos hacia el bienestar, al devolvernos hombres formados por su propio esfuerzo y que han adquirido temple en el ardor de la lucha, es uno de los medios llamados á cambiar nuestra manera de ser” (Sangre 13).

El lenguaje racial construido por este corpus textual se fusiona, entonces, con uno que establece jerarquías de clase. Como lo explica Álvaro Girón Sierra, el vocabulario darwinista en España fue empleado por científicos burgueses para justificar la desigualdad y rebatir las teorías socialistas que crecían en adeptos. Según éstas, las jerarquías sociales son el reflejo de las jerarquías naturales. La pretensión del socialismo de equilibrar artificialmente a los hombres fuertes y a los débiles deriva en la sobrepoblación de los últimos y, por tanto, en la degeneración de la raza humana, mientras la lucha estimula la propagación de individuos vigorosos y bien adaptados.

La instauración de un sistema moderno de clases, con una permeabilidad relativa, requería finalmente de incentivar aún más los deseos que los individuos que veían en la emigración la posibilidad de cumplir sus ambiciones de movilidad social vertiginosa. El diario de viajes de Rahola se dirige ahora directamente al público potencial migrante al que le cuenta historias sobre quienes decidieron dejar sus tierras para hacer fortuna en Argentina. Durante el viaje de ida, Rahola relata la historia de exitosos “indianos” que regresaban de su visita temporal a España. Entre estos, el viajero conoce a “un español

del Norte” que al principio de su aventura migratoria “tuvo que emplearse en lo que pudo”. Pero posteriormente, tomó la ruta que hace fortunas en América: “Hombre inteligente, se hizo práctico en ganadería y pronto logró establecerse por su cuenta. Hoy tiene una estancia que representa una regular fortuna” (60).

De su conversación con este emigrante, Rahola se centra en las emociones que, “después de 30 años de residencia en la Argentina”, experimentaba su interlocutor. Al emigrante lo invadió la “nostalgia de la tierra natal”, a eso precisamente se debía su retorno a España. Pero, a su regreso le

pareció llegar á un país extranjero... notaba un adormecimiento crónico y una inactividad que contrastaba con la lucha incesante a que se había acostumbrado en su patria nueva. Y allí, en su tierra natal, sufrió más viva la nostalgia; en el lugar de su cuna echó de menos el lugar donde se formó é hizo hombre. Por esto volvía á la Argentina, adoptándola como patria definitiva, pues allí tiene el producto de su trabajo, el ambiente que le infundiera vida útil, convirtiéndole de covachuelista en hombre que sabe bastarse á sí mismo. (52)

La experiencia transformativa del viaje es ofrecida a quien tenga el valor de aceptar el reto de la modernidad. El trabajador es invitado a participar del sueño de la movilidad social, expresado en un lenguaje étnico. El ejemplo de este migrante, lo invita a desarraigarse sin temor de su comunidad original y a embarcarse en una suerte de *Bildungsroman*. Los sentimientos nostálgicos del emigrante serán de hecho trastocados y lo que éste realmente extrañará es el “ambiente” de laboriosidad en el que se dio su transformación. El discurso migratorio español de entre siglos, le dará el nombre de

“aire” a ese deseo de movilidad social, ritmo de trabajo industrial y formación de conciencia individual.

### 1.3.2 Homecoming

Rahola era consciente de que el argumento sobre la salud racial solo podría ser confirmado por la capacidad de la raza hispana de ser una raza expansiva, como vimos en la introducción lo diagnosticaba Lord Salisbury. La expansión del imperio y la regeneración de la raza no estaban en África, aseguraba, se hallaban en el regreso a América a través de la formación de la masa migrante como los conquistadores españoles del siglo XX. El gesto de apropiación retórica en la mirada del viajero se quiere transformar en la narrativa de la migración que impulsaba la agenda de Mercurio. En Sangre Nueva, la migración es descrita como un regreso al hogar.

Esta operación retórica implicaba reconstruir las jerarquías coloniales que, en su propia obra, habían sido ya contradichas. América pasa de su significante colonial como lugar donde se almacenan discursos de barbarie, enfermedad y corrupción moral a uno en el que residen las posibilidades de modernidad de la nación que se propone construir. Pero más aún, las observaciones de Rahola, y el hispanoamericanismo en general, reniegan de la condición misma de ser nacido en Europa. El codiciado origen sobre el cual se edificaron las distinciones coloniales pretéritas, fue rechazado y descrito como un lastre debido a su supuesto primitivismo al compararlo con los “aires” de juventud americanos.

La retórica del intelectual de Mercurio para reconstruir las jerarquías coloniales frente a la excolonia enriquecida y productiva, coincide con la de otros viajeros metropolitanos, más contemporáneos, que buscan establecer la posición del viejo imperio



en la antigua colonia. En la narración de su viaje a los Estados Unidos titulada Hunting Mister Heartbreak: A Discovery of America (1990), el inglés Jonathan Raban afirma: “There was a new life waiting in America for all the rubbish in the attics of genteel England [...] which awaits the labour of the alchemist that will stiffen them with exclusiveness and nobility” (222). En ambas obras, Europa es productora de “monstruos”, de “basura” humana, de degenerados, que tendrán una experiencia transformadora en el Nuevo Mundo. A finales del siglo XX, en su viaje a los Estados Unidos, Raban repite el gesto de Rahola al narrar el supuesto poder intrínseco del desplazamiento transatlántico, “strange and frightening sea-ritual, which would ineluctably transform you” (8).

Con todo, como lo afirma el crítico Steve Clark en su ensayo “Transatlantic Crossing: Recent British Travel Writing on the United States”, “this transformation is better regarded as a form of protective mimicry by ‘European man’” (221). En otras palabras, la transformación del emigrante es un intento fallido ya que la perspectiva de su lugar de destino está determinada por la presencia constante de su nación en éste. El viajero experimenta a su llegada, “[a] sense of re-encounter rather than discovery” (21). Esta “protective mimicry” funciona como un mecanismo de reasimilación, de reapropiación, en el que el viajero metropolitano construye a la excolonia como una extensión de la metrópolis. El viajero metropolitano, en su observación, exhibe una recurrente tentación de reclamar como propia la participación en la cultura y economía de las antiguas colonias.

En el universo discursivo del hispanoamericanismo, esta construcción de la excolonia como hogar perdido tenía como propósito que el migrante, nuevo conquistador,

no se sintiera extraño a su regreso. Un ejemplo claro de la permanencia de esta mirada imperial se encuentra en la narrativa contemporánea del viajero británico en los Estados Unidos Simon Hoggart. En su obra America: A User's Guide (1990), Hoggart elimina toda la diferencia que supone el desplazamiento a un espacio ajeno y la convierte en “mismidad” por medio del discurso de la herencia cultural colonial: “the people who live there are not especially different from us. Their languages, laws and religion are derived from ours... while I lived in the States, I was only half-aware of being a foreigner” (citado en Clark 218). Por su parte, desde el hispanoamericanismo se afirmaba: “no hay en el español nada que le impida fundirse con el argentino... Borradas – y cada día lo son más – las oposiciones políticas que entrañara el movimiento de independencia, el argentino y el español no pueden considerarse enteramente extraños” (Rahola, Sangre 324). En consecuencia, “the projected identity, the craved transformation, is not into a new individual, but into a familiar type” (Clark 221).

El viaje del migrante no sólo transforma sus condiciones raciales al ser “trasplantado” a un ambiente en donde éstas pueden resurgir. Al regresar al antiguo hogar, el emigrante elimina la separación impuesta por el fin del régimen colonial que supusieron los procesos de independencia en Latinoamérica abriendo, de esta forma, un espacio para la renegociación de las jerarquías coloniales. Esta apropiación narrativa en la obra de Rahola, y en la retórica del hispanoamericanismo en general, funcionó como forma de imaginar el retorno del imperio perdido. Pero, como ya ha sido dicho, este gesto no se presenta únicamente en forma de nostalgia. La intensión del grupo de intelectuales e industriales congregados alrededor de la revista Mercurio fue producir una visión del regreso del imperio en América suficientemente verosímil para coaptar el imaginario

político de la Restauración. A partir de esta visión, el hispanoamericanismo fundaba un proyecto político y económico práctico con miras a la recuperación por medios culturales y comerciales de sus antiguas posesiones.

### **1.3.3 Un “mercado étnico”**

Como bien lo afirma la historiadora Dalla-Corte en el artículo Las relaciones Cataluña-Argentina. “Sangre nueva” o crónica de la legitimidad anunciada, Rahola se empeñó en imaginar y construir un nuevo vínculo cultural y económico entre España y sus colonias americanas, ahora convertidas en naciones soberanas. Ante el fin del imperialismo formal español en el Caribe y el difícil mantenimiento de las posiciones militares en el Rif, Rahola propone una nueva forma de construir relaciones coloniales partir de la hegemonía cultural que abre campo a la expansión comercial.

Con esta especie de “soft power”, los intelectuales liberales de Mercurio, y sus pares hispanoamericanistas, buscaban ofrecer una alternativa a la colonización efectiva que tan desesperadamente intentaba el gobierno español. De hecho, esta combinación de comercio y cultura resultaba específicamente conveniente a la industria peninsular y, en especial, a la catalana. La mayoría de los grupos industriales septentrionales rechazaba las conquistas militares, tanto por su escepticismo acerca de la productividad de éstas como por el incremento del gasto público que representaban. En este momento histórico, el tipo de industria liviana que era desarrollado en Cataluña había mejorado sustancialmente su posición competitiva, por lo cual el mantenimiento del expansionismo comercial concretaría las ventajas hasta el momento alcanzadas en el mercado transatlántico. Así, a diferencia de la industria pesada del resto de Europa ligada a las

conquistas coloniales, el proyecto comercial e industrial catalán trataba de independizarse de la creación de políticas de estatales para su desarrollo.

En Sangre nueva, Rahola explica con más claridad el papel central que ocupa el emigrante en una reformulación del papel colonial de España en América:

Hoy España no puede ya enviar á América militares ni empleados, no puede ya fraguar en la oficina el interminable expediente; sólo cuenta para proseguir su obra con el emigrante y con el producto; la literatura indigesta de la Gaceta ha dejado el campo libre á la producción literaria y artística, y el poder de expansión ha llenado el sitio que ocupaba el pie dominador, entrando triunfante la Nacionalidad allí de donde salía vencido el Estado. (165)

La agenda de Rahola y Mercurio se enfocaba en una expansión pacífica por la vía del comercio para consolidar la presencia de sus productos en Argentino y el monopolio del transporte transatlántico apelando al “mercado étnico” formado por los españoles migrantes. Por medio de la retórica de la transformación de los trabajadores agrarios españoles en nuevos colonizadores, Mercurio buscaba hacer de “una gran masa de campesinos... consumidores de más alta renta de productos agrícolas o industriales del país de origen una vez instalados en sus lugares de destino” (A. Fernández, *Inmigración* 46).

En su obra Un "mercado étnico" en el Plata: emigración y exportaciones españoles a la Argentina (1880-1935), Alejandro Fernández describe la agenda de Mercurio como una apuesta muy optimista que esperaba que los migrantes obtuvieran un vertical ascenso social que, además de convertirlos en consumidores, los ubicara en

posiciones de poder dentro de las elites locales. Con ésta influencia política, las elites industriales catalanas esperaban, por medio de los migrantes, adquirir acceso directo al mercado de materias primas, preferencias arancelarias para sus productos, y el monopolio del transporte transatlántico de carga y pasajeros (A. Fernández; Inmigración 2).

El hispanoamericanismo confiaba en que la emigración masiva de inmigrantes españoles a la Argentina – como “bestowers of the original culture”, en palabras de José Moya – traería consigo un público para los productos culturales peninsulares y regresaría a la Argentina a sus raíces hispanas y, con éstas, se facilitaría el mercado con la antigua colonia. Sin embargo, Rahola y muchos de los demás viajeros afirmaban lo mal “preparados” que se encontraban los migrantes y la necesidad de que recibieran cierta instrucción con el propósito de hacer de estos consumidores leales a los productos nacionales y, simultáneamente, agentes culturales que reprodujeran la preeminencia de la cultura ibérica en América. En este sentido afirma José María Salaverría, en Tierra Argentina (1910), “La emigración española va mal dispuesta, pésimamente dirigida, carece de plan y de orientación” (citado en Mainer 127). La emigración se concibe, entonces, como una exportación que requería un cierto control pedagógico si se pretendía que la supuesta “hemorragia” de recursos se convirtiera en “fuerza expansiva”.

Pero además de no encontrarse en condiciones de desempeñar este papel, Rahola temía que esos súbditos españoles, quienes literalmente se habían escapado de su tierra natal, guardaran algún tipo de resquemor contra ésta y, por tanto, que no existiera la suficiente lealtad a la nación, sus productos y su “misión” en América. Rahola critica al estado de la Restauración por carecer de legitimidad entre los emigrantes a quienes ha criminalizado y estereotipado. Como lo afirma en su libro de viaje, “el emigrante siente la

nostalgia de la nacionalidad, pero no echa de menos al Estado. Acostumbrado á mirar al agente de la Administración como á un adversario” (126). El hispanoamericanismo progresista tomó por cuenta propia el mantenimiento del nacionalismo entre los migrantes españoles a través de una pedagogía nacionalista que estimulara “el sentimiento nacional en lejanas tierras, dando el más firme apoyo á nuestro comercio, que debe cimentarse principalmente en el mantenimiento de los gustos y costumbres de la patria, que causa la demanda de nuestros productos” (423-24).

Inspiradas en las conclusiones del viaje de Rahola, las agencias del hispanoamericanismo, por medio de breves publicaciones, hicieron llegar el discurso construido por los viajeros intelectuales hasta los potenciales emigrantes. Especialmente, fueron utilizadas cartillas informativas en las que además de información puntual sobre los países de destino, como su clima y geografía, se aconsejaban ciertos destinos migratorios sobre otros y se aconsejaban los trabajos para los que el migrante español era más “apto”. Las agencias del hispanoamericanismo buscaban la mayor circulación posible de estos materiales. Así lo advierte la portada de un cartilla sobre la República Argentina, dirigida por Emilio Huguet del Villar: “estas monografías, destinadas a la propaganda, se reparten gratuitamente a los centros de enseñanza, comerciales y de la clase obrera”. Estos materiales de propaganda fueron distribuidos en puertos, bibliotecas, cámaras de comercio, periódicos y revistas de las zonas con mayor porcentaje de emigración como Galicia y el país Vasco.

La más relevante de estas publicaciones fue creada y distribuida a lo largo de la primera década del siglo XX por la Unión Ibero Americana bajo la autoría de Melchor Ordóñez y Alonso y Jesús María Rísquez Alfonso. Denominada simplemente “Cartilla

del Emigrante”, ésta invitaba a los círculos políticos de ambas naciones a asumir la inevitabilidad del fenómeno migratorio masivo y, a partir de esta premisa, buscar “los mayores beneficios posibles para el que emigra, para el país de origen y para el de destino” (6). En la interacción entre estas partes, piden que se consolide un “trato” que asegure “una alianza de sangre joven en sustitución de la que el curso de los tiempos envejece” (113).

Las cartillas de las asociaciones hispanoamericanistas, entonces, se insertaron en la lucha por “el alma del emigrante” y tuvieron como propósito explícito hacer de éste “el lazo más fuerte entre España y los pueblos ibero-americanos” (114). Por ese motivo, en su cartilla, La Unión Ibero-Americana reconoce haberse preocupado siempre por “mantener palpitante en el hogar nativo la memoria de los que emigraron, a la vez que en el corazón de éstos el recuerdo de la patria ausente” (114). Así, la cartilla insta a los emigrantes a que entiendan que “emigrar es buscar sitio más propicio a las necesidades o aspiraciones de cada cual; nunca arrojar del pecho el sentimiento de amor patriótico” (11).

A través de ese vínculo, Ordóñez y Rísquez formulan en su cartilla el rol de la emigración en la actualización de la relación colonial expresada entre España y sus antiguas colonias americanas, pero ahora expresada en términos modernos:

entre España e Hispano-América puede muy bien establecerse una doble corriente migratoria, con provecho de ambos mundos. España puede mandar a América sus trabajadores con ocupación escasa, sus obreros con las enseñanzas de la experiencia, sus productos con el mejoramiento de la industria, sus capitales con necesidad de empleo; y América puede enviar

a España sus negociantes en solicitud de elementos de obra, sus aspirantes en busca de las enseñanzas del tiempo, sus materias primas en abundancia insuperables, sus riquezas en pago de instrumentos de progreso. (14-15)

Ésta es precisamente la negociación que buscaron Rahola y su revista cultural en la Argentina. Los emigrantes son también receptores de un discurso en el que se proyectan las expectativas de la burguesía que aspiraba a que España se convirtiera en exportadora de mano de obra y productos manufacturados, mientras Argentina oficiaba como receptora de la producción industrial peninsular y exportadora de materias primas como trigo, maíz, minerales, carnes, tasajo, lana sucia y algodones (Dalla-Corte, “Sangre” 258).

El hispanoamericanismo en general buscó darle continuidad a este discurso por medio de las asociaciones de inmigrantes españoles en Argentina, como el Club Español. El grupo Mercurio y la Unión Ibero-Americana se interesaron en fomentar la creación de estas sociedades españolas en América y en apoyar sus publicaciones periódicas con el objetivo claro de crear redes que permitieran “mantener el patriotismo” de los emigrantes como forma de darle vía a sus agendas. En la “Cartilla del Emigrante”, estos propósitos son expresados por medio de la retórica colonial estereotipada que caracteriza al hispanoamericanismo. Su propósitos con las asociaciones de emigrantes en América son

afirmar la red de simpatías de un continente a otro, tejiendo los hilos de sus afectos desde las columnas de Hércules hasta las altas cumbres tendidas del Popocatepelt al Aconcagua, para gloria imperecedera de la raza hispana y por el porvenir de los pueblos que forman la gran familia iberoamericana. (116)



En efecto, publicaciones como El Emigrante Español: órgano oficial de la bolsa del trabajo internacional y de las colonias españolas en el extranjero o La Emigración Española: vida española en el extranjero, revista quincenal de emigración y colonias hicieron propaganda dirigida a mantener el patriotismo entre las comunidades radicadas en Argentina. Esta última, en un artículo de 1912 apela a las lealtades de los inmigrantes para mantener el mercado étnico con *slogans* publicitarios como el siguiente:

Emigrantes españoles, no olvidéis nunca a España, la tierra donde habéis nacido. Emigrantes Españoles, criad a vuestros hijos en el culto y en el amor a España. Españoles fuera de España, amad a España como a vuestra madre. Emigrantes españoles, si amáis a España proteged su industria comprando productos españoles (citado en Sepúlveda, Sueño 377).

Esta pedagogía nacionalista para la emigración exhibe la complejidad de la construcción cultural de la nación española en el cambio de siglo. La iniciativa privada que representa el hispanoamericanismo, construye una identidad imperial en torno a América, en particular a la nación Argentina, con la que busca persuadir al estado y a los migrantes de sumarse a su proyecto de expansión comercial.

#### **1.4 Negociación en Argentina**

Por supuesto el proyecto cultural y comercial de Mercurio basado en la migración debía resultar atractivo para las elites argentinas, Sangre Nueva también está dirigido a persuadirlas de la conveniencia de éste. El poder representacional de la literatura de viajes es utilizado sabiamente por Rahola, quien en su obra prevé un futuro de prosperidad para Argentina si en su suelo “consume” la reunión de la raza hispana. Nuevamente el concepto de raza es el eje discursivo sobre el cual gira la estrategia

persuasiva del hispanoamericanismo. Garantizar un trato especial para los migrantes y productos españoles requería cuestionar las murallas textuales que se levantaron en la nación suramericana en contra de cualquier tipo de influencia comercial y cultural del antiguo colonizador. El viajero catalán interpretó acertadamente el panorama político argentino y diseñó su discurso como respuesta a la xenofóbica reacción de las elites porteñas que rechazaba la presencia de los inmigrantes, pero aún requería de su mano de obra para mantener la productividad del agro de la cual se enriquecían. El inmigrante español, en la versión de Rahola, no representa la alteridad de los italianos, los polacos, los rusos. Es la mismidad de la raza hispana que se reúne después de estar separada por vicisitudes políticas.

En el pensamiento fundacional del campo cultural argentino la herencia colonial, específicamente en términos raciales, tuvo una connotación negativa. La raza española, según los intelectuales decimonónicos, había sufrido un proceso de degeneración atribuido a factores no biológicos, como el absolutismo político y religioso, pero que terminaron por deformar las capacidades étnicas de la nación ibérica (203). Las consecuencias de la mezcla colonial, expresa Sarmiento en su ensayo clásico Facundo. Civilización y barbarie, aún pesaban sobre las nuevas naciones de América que, como España, exhibían “esa falta supina de capacidad política e industrial” (2).

Para corregir los efectos que se atribuían a la nefasta mezcla racial, Sarmiento recomienda la introducción del elemento anglosajón. Siguiendo las jerarquías establecidas por el racismo científico, el intelectual y político argentino elabora un proyecto de “blanqueamiento” basado en la importación de trabajadores de norte de Europa para poblar el “desierto” pampeano. El proyecto inmigratorio fracasó en su

objetivo de atraer a los migrantes europeos del norte quienes dejaron sus lugares de origen atraídos por lo que más adelante se conocerá como el “American Dream”. En su lugar, la mano de obra del sur de Europa, especialmente italiana, arribó a la Argentina motivada igualmente por aspiraciones económicas, pero con más posibilidades de tener acceso a ocupaciones con mayor prestigio social (Bayli, “Italian” 70).

Para 1904, según el Censo de la República Argentina, los italianos componían el 24% del total del millón de habitantes de Buenos Aires. Los inmigrantes italianos se convirtieron en el blanco privilegiado de los ataques de las elites letradas argentinas que, como forma de marginalizarlos del ascenso social, los convirtieron en objetos de burla, ejemplos de mal gusto, portadores de patologías y, en general, como un peligro social para el elemento nativo y la vida argentina en formación.

El personaje del “cocoliche” aparece en el circo durante los 1880’s. A través de éste, el inmigrante es representado como un imitador de gaucho que habla castellano a media lengua y no tiene claro cómo vestirse según su nueva persona social (82). José Hernández presenta los desencuentros lingüísticos entre esta caricatura y su personaje narrador, Martín Fierro. Al regresar una noche al cuartel, al que ha sido llevado por la fuerza, el gaucho es interpelado por el centinela de origen extranjero: “Cuando me vido acercar: -“*Quién vívore?*” –preguntó/“*¿Qué víboras?*” -dije yo/-“¡Ha garto!”/me pegó el grito, y yo dije despacito: “*¡Más lagarto serás vos*” (141). El gringo dispara y alarma al mayor que aparece para observar lo sucedido. Éste decide dejar al inmigrante en su puesto y estanquear al gaucho como castigo. Hernández en su poema denuncia cómo las autoridades no reconocen la incompetencia del extranjero para reconocer los códigos de comunicación más simples, lo cual supone un riesgo y una injusticia para el nativo. De

las conocidas y estudiadas ansiedades de las elites locales, que ven cómo sus signos interpretativos se pierden en una “babilonia” lingüística, beben los argumentos del hispanoamericanismo.

De igual forma, el inmigrante italiano es “villanizado” en la popular novela Juan Moreira de Eduardo Gutiérrez. Un inmigrante deshonesto en este caso será el responsable de la “pérdida” del gaucho. A lo largo de la obra, el héroe nostálgico de Gutiérrez se va a entregar constantemente al recuerdo del mundo que ha debido dejar atrás. Moreira deja sus tierras y a su familia por haber dado muerte “en buena ley” al almacenero de origen italiano Sardetti. El extranjero había incumplido su palabra al no reconocer la deuda de diez mil pesos que tenía con el gaucho. Sin poder recurrir a la justicia que, nuevamente, toma partida por el foráneo, Moreira lo reta a batirse en una pelea a cuchillo de la que el hábil gaucho sale vencedor (101). En su partida, el héroe nostálgico emprende una venganza terrible contra todos aquellos que representan la autoridad. Es justo en este momento en el que el gaucho se transforma en el campo de batalla por la definición de lo nativo en las luchas culturales y políticas argentinas de la primera década del siglo XX. Las negociaciones culturales del hispanoamericanismo se van a centrar en la consolidación de la identidad nacional alrededor del “criollo” en su oposición al “gringo.”

El inmigrante, sin embargo, no es únicamente abordado en su incompetencia lingüística y su deshonestidad. Al fin y al cabo, estos factores pueden corregirse, transformarse y mitigarse. Para construir al inmigrante como un elemento definitivamente nocivo para la república, el peligro que éste representa debe ser permanente. Es en el determinismo del discurso biológico donde se anclarán las más

duras estigmatizaciones del inmigrante como sujeto enfermo, contagioso y, en suma, degenerado. En este contexto agitado de fin de siglo, las elites intelectuales argentinas desplazan el foco del discurso de la degeneración, máquina productora de “otros”, al inmigrante italiano que degenera la mezcla racial de la nación.

Los mismos parámetros del racismo científico que hemos observado, inspiraron la corriente naturalista que, para el cambio de siglo, comenzó a dominar el campo cultural argentino por medio de un nutrido corpus de novelas y folletines. Estas producciones – consumidas por grupos relativamente amplios debido a exitosas campañas de alfabetización – bordaron la identidad nacional alrededor de dos ejes sistemáticos: los males genealógicos y hereditarios de la sangre, y el medio como determinación de las conductas individuales, siendo En la sangre (1887) escrita por Eugenio Cambaceres (1843-1888) la que de todas cobró mayor visibilidad.

La novela se desenvuelve entorno a Genaro, un inmigrante italiano, que a pesar de simular su adaptabilidad a la nación, lleva la degeneración precisamente en la sangre. La obra abre con una descripción del padre de Genaro: “De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una capacidad de buitre se acusaba” (51). El autor nos enfrenta a un cuerpo de rasgos animales, casi monstruosos, que le precede al protagonista. La herencia corrupta de Genaro es acrecentada por la influencia del medio insalubre en el que se desenvuelve. La vida del conventillo, donde tiene lugar la miseria de los inmigrantes, y la misma calle, serán caldo de cultivo de perversión y de corrupción para este elemento nocivo. Partiendo de este origen miserable, el mayor propósito de Genaro es ligarse a la

aristocracia porteña, lo cual conseguirá a través del vínculo sexual y matrimonial, contaminándola desde dentro.

En el centro mismo de la novela, Genaro viola a Máxima, a una joven y rica criolla, en un palco del teatro Colón. Producto de la violación, Máxima resulta embarazada y se ve forzada a casarse con Genaro, quien de esta forma se hace con la fortuna de su familia. A través de la violación, que ocurre nada menos que en el espacio cultural sagrado de la elite porteña, Cambaceres alerta contra la penetración metafórica y literal que las elites nacionales sufren por parte de los recién llegados. Es esta obra un llamado de atención sobre la permeabilidad de “las fronteras sociales que separan a su clase oligárquica de los monstruos recién llegados de los barcos” (Solodkow 103).

En la práctica, sin embargo, el rechazo al inmigrante no podía llegar hasta las últimas consecuencias. La estabilidad del legado de la llamada Generación del 80, las mentes políticas detrás de la bonanza argentina, dependía casi exclusivamente del sostenimiento del progreso económico que, a pesar de la crisis del 90, caracterizó las últimas décadas del siglo XIX. Éste, a su vez, estaba íntimamente ligado al mantenimiento de una corriente inmigratoria europea que supliera las necesidades de mano de obra para el sector agropecuario. Estos problemas lanzaron a las elites argentinas a buscar una inmigración que compensara la perjudicial influencia cultural, étnica y política de que se responsabilizaba a la masiva inmigración italiana.

En la conjunción entre las necesidades económicas y culturales, se produce un espacio de negociación en el que se encuentran los intereses de las elites argentinas y catalanas. Rahola, utilizando el vocabulario de la degeneración racial, ofrece a los

inmigrantes españoles como paliativo para la supuesta enfermedad social que amenazaba el brillante futuro de la raza hispana en Argentina.

#### **1.4.1 Equilibrio racial**

A partir de su relación con las elites de la emigración española en Buenos Aires, Rahola entabló relaciones con las personalidades más influyentes de la inmigración peninsular en la nación latinoamericana, entre ellas Rafael Escriña presidente del Club Español (Sangre 93). Como detalla en su crónica, éste lo presentó personalmente con el Ministro de Negocios Extranjeros, Sr. Terry, quien, a su vez, organizó una audiencia entre la comitiva de Mercurio y el presidente Julio A. Roca. Sin ofrecer detalles en la crónica de su viaje, Rahola comenta que en esta reunión mientras estaban “conversando de las relaciones comerciales con España”, fueron interrumpidos por un grupo de fotógrafos que quisieron inmortalizar el encuentro. Tras los disparos de magnesio, “el despacho Presidencial se convirtió en un Sinaí y no hubo más remedio que abrir las ventanas para dejar libre salida a la nube que nos atosigaba” (Rahola, Sangre 100).

La reunión prosiguió la tarde siguiente en la Exposición Rural, adonde Roca llevó a la comitiva de Mercurio a “admirar los ejemplares soberbios de la ganadería argentina” que revelan cómo “el hombre moldea a su gusto los animales por medio de la selección de los tipos engendradores” (101). En este tradicional espacio de encuentro para las elites locales, los viajeros de Mercurio se reunieron además con el influyente político e intelectual Ezequiel Ramos Mejía, quien en el momento presidía la Sociedad Rural Argentina. La conversación sobre el progreso como causa del mejoramiento de la raza, según lo narra Rahola, se desplazó de la biología bovina a la humana. Españoles y

argentinos estuvieron de acuerdo en que la higiene y adelantos como el frigorífico habían generado un ambiente “donde el gaucho sanguinario se convierte en obrero” (103).

En los días siguientes, Rahola y los demás viajeros se reunieron con el director del diario La Nación, Bartolomé Mitre, el senador Estanislao Zeballos, el Ministro del Interior del Joaquín V. González, el Ministro de Obras públicas, Emilio Civit, y el Jefe de la Sección de Inmigración, Juan A. Alsina. Durante las diversas reuniones, los españoles discutieron con las más altas esferas de la política local sobre “esa obsesión que se apodera de los emigrantes, empeñados en permanecer en la ciudad, desdeñando la campaña” (115). Rahola se adhiere a la causa de la aristocracia porteña en torno a la nociva sobrepoblación de Buenos Aires y recomienda “desbordar el remanso, deshinchar la gran capital, quitando campo de acción á los funcionarios y á los oficinistas, convirtiendo á los proletarios en agricultores, trocando los glóbulos blancos de la sangre estancada en los glóbulos rojos de la sangre circulante” (123).

Por supuesto, Rahola ofrece a la migración española como solución a los problemas culturales, étnicos y sociales que generan ansiedad a las elites locales. El viajero presenta a los vascos como el modelo del inmigrante que buscan los terratenientes argentinos pues “se consagran especialmente á la ganadería. Con su labor é inteligencia han ayudado muchísimo al refinamiento de las razas lanar y bovina”. Para otro tipo de labores en el campo, Rahola recomienda a los inmigrantes gallegos, pues por su honradez “desempeñan cargos de confianza: porteros, serenos, vigilantes en las estancias. Sirven generalmente para todo lo indefinido y sobresalen por su fidelidad y por el empeño tenaz con que cumplen la consigna” (37). No es casualidad que Rahola haga hincapié en las cualidades morales de los inmigrantes. Como vimos, era una de las características que



fundamentaban el antagonismo con el criollo. La “inmoralidad” de los inmigrantes sumía a las elites locales en los recuerdos nostálgicos de la servidumbre “autóctona” que no cuestionaba las jerarquías establecidas.

En este mismo espíritu, Rahola trata de persuadir a sus lectores argentinos del espiritualismo austero del inmigrante ibérico. La inmigración española, como la presenta el viajero catalán, era superior a la “plebe italiana” oportunista, que como Genaro quería ascender socialmente cualquier costo. El inmigrante español, en la versión del hispanoamericanismo, curaría el materialismo que había infectado a toda la sociedad argentina. Rahola asegura que los españoles “trasplantados” corregirían la ambición desmedida que la modernidad había implantado en los individuos y que, a la larga, corrompería las cualidades raciales de los tradicionales elementos criollos, observados ahora a través de una luz positiva.

En los camarotes de lujo regresan de Europa los argentinos derrochadores – observa – los hijos de los emancipadores que ven aumentar las rentas de sus tierras heredadas, gracias á las indómitas energías de los delanteros que valorizan con su sudor los campos más apartados, los jóvenes ociosos que infiltran á su nuevo país los vicios de la vieja Europa, mientras que en la bodega vienen los que han de renovar la sangre y acrecentar la riqueza de la República, los que pueden vigorizar su cuerpo y atajar la precoz decrepitud que la corroe. (51)

Rahola apela al nativismo de las elites locales más tradicionalistas, esas que veían con malos ojos tanto la mezcla con gente de “otras razas” como la introducción de exagerados patrones de consumo europeos, el conocido “rastacuerismo”. Este xenofóbico

espiritualismo austero tomará forma en la obra de Manuel Gálvez, El diario de Gabriel Quiroga (1910), publicado para celebrar el Centenario. Al enfocarse en estas ansiedades sociales sobre la degeneración, el viajero catalán habla en el mismo registro lingüístico de las elites locales y ofrece al migrante español como paliativo para los males laborales, raciales y culturales que supuestamente se cernían sobre el asombroso crecimiento logrado por la nación argentina.

Tras probar por medio de observaciones cómo “los españoles son allí un elemento de cultura y de progreso” asegura que

la emigración española es la llamada á mantener el equilibrio y á fortalecer la potencia asimiladora de la joven República. Hasta nuestros tiempos el colono italiano ha sido absorbido, pero si se producía nuevamente la avalancha de otros días, difícilmente se sustraería la América del Sud al predominio italiano, á no mediar la fuerza compensadora de la inmigración española, sin la cual no acumularía resistencia bastante para impedir su absorción el núcleo nativo. El español aporta una serie de elementos similares y representa un sumando para vencer en la lucha... un elemento natural para evitar el desequilibrio, y un medio adecuado para favorecer la gestación de un tipo étnico en que predomine la raza íbera.

(Rahola, Sangre 166)

Dentro de la mismidad racial que ha construido el discurso hispanoamericanista, Rahola expone la conveniencia de una mayor apertura de la sociedad local a los migrantes españoles. Por supuesto, para este momento Rahola ya asume que la quintaesencia cultural argentina es de origen español. El discurso de la raza hispana niega

cualquier tipo de mezcla cultural derivada del encuentro colonial y, por supuesto, asume una aculturación pasiva de cualquiera de los otros elementos que entraron en contacto con los “civilizadores” hispanos. Pero, además, en este espacio que tuvo Rahola hablándole al oído a las elites locales, el viajero enfatiza la necesidad de reemplazar la importación de mano de obra italiana por la española. Transformación que, en última instancia, beneficiaría los intereses económicos de Puigdollers, Mercurio y todos sus asociados.

### **1.5 La más cordial bienvenida**

El 19 de diciembre de 1903 aparece en el diario El Globo de Madrid un artículo titulado “La embajada comercial”. En éste, el articulista Ruiz Mateos describe el recibimiento que tuvieron Rahola y sus compañeros de Mercurio. De acuerdo con Mateos, “el muelle estaba animadísimo” y la multitud en Cádiz les dio una bienvenida “muy cariñosa”. Según La Época de Madrid, al anclar el vapor “María Cristina”, Rahola recibió un telegrama del Ministro de Estado en el que le extendía la “más cordial bienvenida” y esperaba que los recibimientos brindados por la ciudad fueran de su agrado. Además del saludo de la nutrida concurrencia, los viajeros fueron homenajeados con un banquete y una reunión para tomar el té con las autoridades locales. Desde el puerto, los intelectuales de Mercurio tuvieron una procesión de recibimientos y homenajes que terminó con su regreso a Barcelona el 21 de diciembre de 1903.

Apenas pararon en la ciudad para organizar los datos recogidos e iniciar la socialización de su viaje. Al principio del año siguiente, los intelectuales de Mercurio hicieron una gira de conferencias por toda la Península con el fin de socializar los hallazgos de su viaje y darle viabilidad a su agenda política a partir de éstos. Como lo

describe El País de Madrid, en enero de 1904, el propósito de estas conferencias, que contaron con Rahola como orador principal, fue

dar cuenta del resultado de su viaje al gobierno, a las entidades económicas, cuya representación ostenta, y al país en general, presentándoles los estudios que han hecho durante su estancia en las Repúblicas del Plata. (2)

El viaje, por supuesto, posicionó a Rahola como poseedor del conocimiento directo sobre la geografía, etnografía y economía de América. Desde esta posición como autoridad en el campo, los intelectuales viajeros aconsejaron a los industriales sobre cómo intervenir en el mercado argentino y demandaron del gobierno medidas que estimularan el comercio español a América. Entre éstas los intelectuales de Mercurio solicitaron franquicias de aduanas para los envíos, la creación de escuelas para inmigrantes, y mejoras en la infraestructura y la comunicación.

Principalmente, la agenda de Mercurio reclamaba urgentemente transformaciones en la legislación sobre la emigración. El Imparcial de Madrid envió un corresponsal a cubrir la conferencia de Rahola que tuvo lugar en el Salón de actos del Instituto en Bilbao el 27 de Enero de 1904. La audiencia estuvo conformada por directivos de centros industriales, la cámaras de comercio e instituciones mercantes, además de la presencia de los asociados, ingenieros y obreros. En ésta, Rahola, reporta el corresponsal, “se ha ocupado de las emigraciones españolas diciendo que no deben hacerse clandestinamente, y que los gobiernos tienen el deber de vigorizarlas por medio de los agentes consulares, quienes ilustraran a los emigrantes”. Según se narra en el diario, Rahola insta desde esa plataforma al gobierno para que se dedique a la regularización de la emigración

“rompiendo todas las trabas que se oponen a su desarrollo” (15). Sobre esta plataforma económico industrial, Rahola se vinculó activamente a la política en las filas del partido Lliga Regionalista.<sup>30</sup> Como representante de la Lliga, en 1905 Rahola fue elegido diputado por Barcelona y en 1907 por el distrito de Igualada. Finalmente, Rahola fue senador por la circunscripción de Gerona desde 1910 a 1918.

Desde la política y la propaganda, Rahola y los demás intelectuales de Mercurio impulsaron su agenda sobre la liberalización regularizada de la emigración a América. En septiembre de 1908 la presión de las diferentes organizaciones del hispanoamericanismo se consolidó en el Primer Congreso de Emigración que tuvo como sede natural a Santiago de Compostela.<sup>31</sup> A partir de éste, se puede rastrear la flexibilización de la legislación en torno a la emigración y, más específicamente, su ejecución por medio de las viejas leyes de “quintas”. A partir de esta transformación se puede observar el acenso vertiginoso de la emigración de españoles a la Argentina. Como lo presentan las estadísticas recogidas por José Moya, el número de españoles en Argentina creció de cien mil emigrantes en 1903 hasta llegar al millón durante los años del Centenario (19).

---

<sup>30</sup> Como lo narra Modest Sabaté en su trabajo Història de la Lliga, en el marco del enfrentamiento entre el régimen de la Regeneración y el regeneracionismo, la Lliga Regionalista aglutinó sectores de la burguesía catalana para demandar una mayor descentralización del estado español. Este movimiento se conformó a partir de las alianzas entre el Centre Nacional Català y la Unió Regionalista. El primero estaba formado por jóvenes con vocación política, como Enric Prat de la Riba o Francesc Cambó, mientras que el segundo era liderado por veteranos de la burguesía industrial. La Lliga Regionalista era un partido catalanista, con una postura política ecléctica que reunía elementos del conservadurismo, como la defensa de la monarquía, mientras propugnaba por medidas liberales, específicamente de carácter económico.

<sup>31</sup> Según las memorias del Congreso, redactadas por Pedro Sangro y Ros de Olano para el Instituto de Reformas Sociales, figuras preponderantes del hispanoamericanismo como Rafael María de Labra y Rafael Altamira conformaron la mesa directiva, en la que Rahola ofició como vicepresidente.

El auge de la población española en el Plata, sumada a las redes comerciales trazadas por las elites emigrantes cómodamente instaladas en la nación suramericana, representaron un gran incentivo para la circulación de los artículos españoles y el transporte en general. El historiador Alejandro Fernández asegura que, a pesar de la dificultad de asumir una relación directa de causa y efecto entre la migración y el mercado, sí es posible detectar una estrecha correlación entre el arribo del contingente principal de inmigrantes y el aumento de la intensidad del comercio con Argentina. Durante las tres primeras décadas del siglo XX, Argentina fue sin discusión el mayor socio comercial de España, gracias en parte a la labor propagandística de Mercurio.

Con este capital intelectual, político y cultural, Mercurio consolidó su agenda en la creación de la organización hispanoamericanista llamada Casa de América. Una institución, aún hoy existente, cuyo propósito ha sido organizar el conocimiento sobre las naciones latinoamericanas, y su aplicación comercial y diplomática, por medio de bibliotecas, cátedras y congresos. Rafael Vehils, heredero del trabajo de Puigdollers y Rahola, publica en 1920 un volumen financiado por esta organización titulado Organización ibérica. Los españoles de América. En éste, el discípulo evalúa los primeros años de la labor hispanoamericanista de su conglomerado por medio de un mensaje de excesivo optimismo en el que asegura que “el comercio en América está, en buena medida, en manos de españoles” (3).

Según Vehils, una forma más sofisticada de comercio con Argentina había sido posible gracias a los hombres que por “patriótico empeño”, se habían convertido en

“bolicheros” o “pulperos”...al propio tiempo que labraban la riqueza rural de los americanos con sus ventas al fiado y su organización del crédito

prendario, primitivo, rudo si se quiere, pero eficaz para facilitar la vida de los primeros pobladores del desierto y valorizar la tierra, ínterin las asociaciones de colonos y ramificaciones bancarias alcanzaban a cubrir los cuadros geográficos de aquellas soberanías (3)

Como vemos, Rahola, Puigdollers y los demás *cultural brokers* de Mercurio, adaptaron el discurso hispanoamericanista de la raza para establecer una negociación que fuera favorable para sus intereses comerciales. En el marco de una identidad étnica transnacional entre Argentina y España, los intelectuales de Mercurio se esforzaron por combatir los tabúes en contra del libre movimiento de bienes y mano de obra. Basados en la retórica de la experiencia transformativa del viaje transatlántico y de los supuestos beneficios raciales del ambiente, los publicistas representantes de la burguesía catalana invitaron a los campesinos españoles a sumarse al proyecto modernizador argentino, al paternalista estado español a liberarlos y a la sociedad receptora a acogerlos como tabla de salvación.

Por supuesto, el mito del “aire” benéfico de América, metáfora para la movilidad social, contrastaba con la precaria situación para los inmigrantes que llegaban hasta el puerto de Buenos Aires a probar fortuna. La especulación con la tierra y su acumulación en las manos de unos pocos terratenientes, le impidieron a la mayoría de los recién llegados tener el ascenso social meteórico que los libros de los viajeros vendían en sus relatos. En el siguiente capítulo veremos cuál fue esta realidad, cómo fue enfrentada por los emigrantes, la vinculación masiva con los movimientos obreros emergentes y la forma en la que el discurso de la raza hispana es empleado nuevamente como una narrativa transatlántica y transnacional en oposición a ideologías políticas “foráneas.”

## 2. “España no era una abstracción hermosa”: la Infanta Isabel y el acto performativo de la raza hispana en el Centenario argentino

Las dos principales centrales obreras de Buenos Aires, la anarquista Federación Obrera Regional de Argentina (FORA) y la socialista Unión General de Trabajadores (UGT), se concentraron el primero de mayo de 1909 en frente del Congreso, continuando con el ritual más importante de su universo simbólico ideológico, el día internacional de los trabajadores. Como lo describe Juan Suriano en su obra Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910, la gran manifestación apostada frente a los edificios públicos se presentó desafiante ocupando el espacio, cubriéndolo con banderas rojinegras y haciendo resonar en éste consignas que abiertamente promulgaban la destrucción del orden establecido. Las concentraciones y el despliegue de la iconografía anarquista fueron unas de las principales fuentes de conflicto al interior los diferentes movimientos obreros, y entre éstos y el estado.<sup>32</sup> Este capítulo dará cuenta de la lucha por el espacio público como lugar de representación en la Argentina del Centenario.

---

<sup>32</sup> En esta misma obra, Suriano profundiza en las agendas comunes y las discrepancias entre el socialismo y el anarquismo argentinos de principio de siglo XX. Ambos coinciden en su interpretación de la política a través de la lucha de clases, por supuesto la lectura marxista del sistema era manifiesta en las páginas de sus más conocidos periódicos como La Protesta y La Vanguardia. Los socialistas y anarquistas compartían además una simbología relativamente similar, pero discrepaban respecto a sus medios y fines políticos. Con deseos de acceder al poder por medios democráticos, los socialistas respetaban el orden público, se manifestaban pacíficamente y no buscaban reemplazar los íconos nacionales. El anarquismo, por su parte, recurría a los mismos símbolos para obtener fines diferentes, los usaba como una forma de sustituir los símbolos nacionales y cambiar la sociedad radicalmente a partir de medios violentos, si así fuera necesario.



Carlos Echagüe en su libro Las grandes huelgas, recoge el testimonio de Álvaro Yunque, testigo presencial de las manifestaciones, quien recuerda que “el ambiente de ese 1o de Mayo, como todos los 1o de Mayo, era de inquietud, de incertidumbre, de temor” (22). El temido Jefe de Policía de Buenos Aires, conocido por su brutalidad para deshacer las huelgas, apareció ese día ante los manifestantes, acompañado por la caballería. En actitud provocadora, cuentan los testigos, Ramón Lorenzo Falcón estacionó su carro muy cerca de la multitud que empezaba a agitarse. Cerca de las 3 de la tarde, la aglomeración inició lentamente su desplazamiento hacia la Avenida de Mayo, pero tras haber apenas recorrido 50 metros, la policía cargó contra ellos, revólver y sable en mano, dando muerte a 14 manifestantes e hiriendo a otros 80. Con esta masacre se daría inicio a la serie de represiones policiales en Buenos Aires contra el anarquismo conocida como la “Semana roja”.<sup>33</sup>

En el capítulo anterior vimos cómo Argentina se convirtió en el principal destino para los migrantes españoles. Estas masas incluían trabajadores activistas que dejaban España por motivos económicos o políticos. Con ellos viajaban también sus ideologías y experiencias, haciendo que éstas entraran en el mecanismo de circulación atlántico que se ponía en marcha. Como la internacionalización de capitales, el movimiento de mercancías y de mano de obra, los movimientos sociales de resistencia también se empezaban a globalizar. Las ideas del anarquismo, que se esparcían por Europa, más

---

<sup>33</sup> Para mayor información sobre la semana roja ver Frydenberg, Julio; Miguel Ruffo. La Semana Roja de 1909. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1992; Watson, Ricardo; Lucas Rentero. Buenos Aires de fiesta: luces y sombras del centenario. Montevideo: Aguilar, 2010; Viñas, David. Anarquistas en América Latina. Buenos Aires: Editorial Katún, 1983.

significativamente en España y en Rusia, por la vía migratoria, se integraron a la resistencia que ya se empezaba a hacer oír en Argentina.<sup>34</sup>

La “cuestión social”, nombre que en la época hacía referencia a la política de masas, se hacía un problema transnacional que los gobiernos de ambas naciones enfrentaron en conjunto. Este capítulo estudia la construcción de una identidad transatlántica de carácter étnico cultural, la raza hispana, como una forma de ocupar ideológicamente tanto los canales transatlánticos de comunicación abiertos por la migración española a Argentina, como el espacio público urbano como plataforma de expresión política. Este discurso de fraternidad racial fue pensado como forma de sobreponerse a cualquier alineación ideológica basada en lealtades de género y clase.<sup>35</sup>

Además de su complejo panorama internacional, explorado en el capítulo anterior, la España de fin de siglo presentaba un convulso panorama al interior de la nación. Alrededor de 1868, el crecimiento del anarquismo español empezó a hacerse visible y, con éste, las huelgas y manifestaciones se multiplicaron. Esta transformación fue especialmente notoria en las regiones industrializadas de la Península, Cataluña y Galicia, dos áreas ya convulsionadas por identidades regionales muy poderosas. Por su parte, la persecución estatal, que no se hizo esperar, ganó en intensidad a medida que el movimiento crecía. El punto más alto de la represión al movimiento obrero español en la

---

<sup>34</sup> Como lo remarca Iacov Oved en su artículo “Influencia del anarquismo español sobre la formación del anarquismo argentino”, para el momento en que los anarquistas españoles empezaron a llegar a la Argentina, se encontraron con las bases de un movimiento inspirado en tradiciones locales y las ideas políticas que llegaron con la previa migración masiva italiana. Sin embargo, desde la década del 90 del siglo XIX, la hegemonía del anarquismo argentino – incluso sus demostraciones violentas – fue liderada por militantes oriundos de España.

<sup>35</sup> Para un estudio sobre la producción de identidades étnicas nacionalistas en el reformismo social en argentino ver Zimmermann, Eduardo. Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916. Buenos Aires: Sudamericana, 1995.

primera década del siglo XX tuvo lugar en Cataluña. La violenta represión de las protestas obreras en 1909 conocidos como la “Semana trágica”, fueron motivadas por la negativa de los trabajadores reclutados por medio de las “quintas” para engrosar las filas del ejército español que peleaba por el mantenimiento de sus posiciones coloniales en Marruecos.<sup>36</sup>

En 1908, el aumento de la violencia en Barcelona el estado regeneracionista encabezado por Antonio Maura (1853 –1925), presentó a las cortes “Ley de Represión al Terrorismo”. Este estado de excepción daba al gobierno facultades para, en los casos específicos de violencia anarquista, actuar con independencia de la rama judicial. De haber sido aprobado, el gobierno hubiera tenido la facultad de prohibir las reuniones y censurar los medios de expresión del movimiento. Con el fin de ejercer la censura y controlar las aglomeraciones, la ley permitía a la policía incluso allanar los sitios de recreo de los movimientos sociales y castigaba a los sindicalistas con penas severas como el destierro a una “colonia lejana” (Sebastiani 866). Unánimemente, congresistas monárquicos y republicanos, hundieron la propuesta de la militarización del conflicto laboral en España. La aprobación de la norma era, sin embargo, una mera formalidad. El acoso constante de las autoridades forzó la migración de muchos activistas que, en la clandestinidad, abandonaron el país voluntariamente como forma de liberarse de la presión policial.

---

<sup>36</sup> Para más información ver Bar, Antonio. La CNT en los años rojos: del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926. Madrid: Akal, 1981; Lida, Clara Eugenia. Anarquismo y revolución en la España del XIX. Madrid: Siglo XXI, 1972; Termes, Josep. Anarquismo y sindicalismo en España: la Primera Internacional (1864-1881). Barcelona: Crítica, 2000.

En Argentina, las tensiones entre el creciente anarquismo, el socialismo y los movimientos obreros, por un lado, y la alianza entre la burguesía profesional y la clase terrateniente tradicional, por el otro, crecieron hasta llegar a grandes niveles de violencia, como vimos aconteció el día del trabajo en 1909. Las masacres policiales fueron contestadas con bombas y petardos ubicados para atacar objetivos específicos o lugares simbólicos, la primera década del siglo XX ve el inicio del discurso político sobre el “terrorismo”. En este capítulo me enfoco en cómo el conflicto de clases protagonizado por la represión estatal y la resistencia sindicalista, se convirtió en una lucha por el espacio público como lugar de representación. La nueva política de masas tenía lugar en la calle y su dominio garantizaba una plataforma política. Buenos Aires en los albores del siglo XX fue testigo de la imposición institucional de una manera de ocupar en masa el espacio público, exclusivamente para servir a los intereses de crear una narrativa nacional.

En sus memorias, Recuerdos de un militante socialista, Enrique Dickman describe la violencia desatada durante las manifestaciones del primero de mayo “frente al Congreso de la Nación, entre las calles Solís y Entre Ríos”:

cien soldados de a caballo descargaban a mansalva sus armas sobre una muchedumbre enloquecida por el pánico. El tiroteo duró varios minutos, quedando las paredes de las casa acribilladas a balazos. La avenida de Mayo quedó despejada...sobre el pavimento de la avenida, entre charcos de sangre humana, un tendal de catorce muertos y ochenta heridos. (180)

La fortaleza adquirida por el movimiento obrero, especialmente del anarquismo, para la primera década del siglo XX, prendió las alarmas de un régimen que no temía

exhibir su capacidad represiva. Para mantener la hegemonía sobre el espacio público, su uso y significado, el estado teñía esos mismos espacios institucionales y de memoria con la sangre de argentinos e inmigrantes, a quienes les era negado el acceso a la evidente riqueza que producía la nación y que se concentraba en pocas manos. Siguiendo esta lógica, cuando las centrales obreras llamaron a los trabajadores continuar la protesta, éstos fueron nuevamente reprimidos. La policía fue movilizada para impedir que las calles de la ciudad fueran usadas para ritualizar a las víctimas del estado. Como lo narra Ricardo Watson en Buenos Aires de fiesta: luces y sombras del centenario, “unos días después [de la masacre frente al Congreso] en camino al cementerio para enterrar sus muertos, los obreros fueron recibidos a balazos por la policía” (209).

El periódico anarquista La protesta, en su número del 2 de mayo de 1909, responsabiliza al jefe de policía Falcón de lo ocurrido. El diario cuenta que se le escuchó decir antes de dar inicio a la carnicería: “¿anarquismo? ¡Yo les voy a dar anarquismo en Buenos Aires!” Para el columnista, esta retórica muestra “La figura gaucha de este militarote ensoberbecido e ignorante, cobarde y asesino” (citado en Marti 20). Antes de la heroización del “gaucho rebelde” por parte de la izquierda – sobre la que ya profundizaremos – la mayoría de la retórica anarquista asociaba la imagen del gaucho con la “política criolla” y el “barbarismo” de la vida en la pampa.

Tras los acontecimientos de la “Semana Roja”, la prensa obrera subió de tono su discurso llamando abiertamente a la venganza: “¿cómo es posible que tanto dolor acumulado... no tenga su respuesta lógica, su audaz vengador?” La violencia de arriba engendraba la violencia de abajo. La revancha de la masacre del primero de mayo recayó precisamente sobre el cuerpo del jefe de policía. Falcón fue asesinado el 14 de noviembre

tras el funeral del director de la penitenciaría nacional. Simon Radowitzky, un inmigrante de origen judío ruso, lo siguió al salir del cementerio y en el cruce entre la avenida Quintana y Callao arrojó una bomba al interior de su coche, matándolo a él y a su chofer.<sup>37</sup>

Inmediatamente desde el gobierno, se decretó al estado de sitio y se responsabilizó al diario anarquista La protesta. En el punto cuarto del comunicado con el que el presidente José María Figueroa Alcorta (1860 –1931) declaró el estado de sitio afirma que había llegado “el momento de combatir el desarrollo del anarquismo implantado por elementos adventicios que en forma tan injustificada retribuyen la hospitalidad que el país les ofrece”. Los discursos de la hospitalidad traicionada se convirtieron en ataques violentos contra los diarios que representaban los intereses de los inmigrantes “desagradecidos”, la biblioteca rusa y las principales sedes sindicales, además de la deportación de centenares de extranjeros con base en la “Ley de Residencia”.<sup>38</sup>

---

<sup>37</sup> Radowitzky fue condenado a pena de muerte por el asesinato de Falcón. Sin embargo, como al momento de cometer el crimen aún era menor de edad fue condenado a cadena perpetua en la prisión de Ushuaia. Para mayor información sobre Simón Radowitzky ver Watson, Ricardo. Buenos Aires de fiesta: luces y sombras del Centenario. Buenos Aires: Aguilar, 2010; Marti, Alejandro. Simón Radowitzky : la biografía del anarquista del atentado a Falcón a la Guerra Civil Española. La Plata: De la Campana, 2010; Suriano, Juan. Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2001.

<sup>38</sup> Durante la segunda presidencia de Julio A. Roca (1898 – 1904), el Congreso de la Nación sancionó la “Ley de Residencia”, también conocida como “ley Cané”, por el apellido de su autor. En está, el conocido intelectual Miguel Cané (1851 – 1905) se aseguró de otorgar facultades al poder ejecutivo para deportar inmigrantes considerados peligrosos. Al otorgar estos poderes al presidente, la “Ley de Residencia” atropellaba garantías constitucionales como el juicio previo, consagrado en el artículo 18, y transgredía la división de poderes en las atribuciones judiciales que ofrecía al ejecutivo. El liberalismo constitucional argentino, uno de los principales argumentos para atraer inmigrantes en Europa, era reemplazado por la criminalización xenofóbica. Como respuesta, el inmigrante proletario de la ciudad se organizó, cuestionó la legalidad de la norma, se manifestó en las calles de Buenos Aires y se convirtió, para las elites gobernantes, en una amenaza para la civilización como lo fueron anteriormente el gaucho y el indio. Para mayor información sobre los marcos legales y los discursos políticos que buscaban

Como veremos, el anarquismo no fue combatido solo con leyes y violencia, sino por medio de representaciones del discurso nacional en contraposición al universo simbólico internacionalista del anarquismo y el socialismo. Como bien lo expone Juan Suriano en la obra anteriormente citada, la popularidad del anarquismo bonaerense tenía tras de sí un amplio trabajo de que comprendía almanaques, panfletos, conferencias y mítines. Más importante aún, éste comenzaba a lo largo del trayecto transatlántico recorrido por los inmigrantes. Este material propagandístico acompañaba en su migración forzada a los líderes del anarquismo españoles obligados a abandonar su país.

La contrapartida del internacionalismo obrero fue el (trans) nacionalismo de las elites hispanoargentinas. Ante sus igualmente convulsivas escenas políticas, enfrentados ambos a “la cuestión social” finisecular, estos grupos ofrecieron una común identidad racial como base de las retóricas nacionales. Con el fin de recuperar para los gobiernos la hegemonía simbólica, estos grupos de poder pretendían que dicha identidad se superpusiera a las identidades basadas en la clase social y el género sobre las que se reunían los movimientos obreros. El Centenario ofrecía un escenario incomparable para la producción y representación de esta narrativa transnacional. Sobre esta plataforma se escenificó la alianza étnica entre ambos grupos por medio de la poderosa imagen de la visita de un miembro de la familia real española a América por primera vez en toda la historia conjunta de estas regiones. La imagen de la infanta Isabel de Borbón fue puesta en escena como representación de la raza y acaparó una porción muy importante de la memoria visual del Centenario. Sobre esta imagen aristocrática, se repujaron mitos

---

restringir los derechos constitucionales sobre los inmigrantes ver Feldman, Hernán. Una patria amurallada. Políticas de contención en la Argentina aluvial (1870-1904).

imperiales y narrativas de tradición que ofrecieron discursos de fraternidad entre clases y lineamientos sobre las apropiadas relaciones de género.

En la primera parte de este capítulo, veremos cómo desde el hispanoamericanismo se gestionó esta alianza político cultural entre las elites de ambas naciones.

Específicamente, cómo la intelectual sevillana Blanca de los Ríos, desde la plataforma de la Unión Ibero-americana, llamó la atención del gobierno en Madrid para aumentar el interés en el papel de la nación española en el Centenario argentino. Posteriormente, profundizaremos sobre la formación de la “Embajada Española al Centenario”, la elección de la Infanta Isabel de Borbón, apodada la “chata”, para liderarla. La fuente principal de este capítulo es la narración de esta misión diplomática a la Argentina del Centenario escrita por el cronista real, Alfredo Escobar y Ramírez, marqués de Valdeiglesias.

El control del espacio público era, por supuesto, condición *sine qua non* para hacer posible la exhibición del evento a todo el pueblo porteño, a los diplomáticos y visitantes internacionales, a los periódicos, intelectuales, científicos, artistas y comerciantes que se desplazaron a la ciudad, además de todas las audiencias que lo siguieron a través de la prensa en Europa y América. La cercanía en el calendario entre el día del proletariado y la fiesta nacional, entre el primero y el veinticinco de mayo, forzaron una nueva batalla en 1910 por el espacio público y la hegemonía representativa entre las facciones en contienda. En el segundo apartado, veremos cómo, nuevamente a través de la violencia, el espacio físico de la ciudad fue despejado para hacer campo a la representación racial de la nación fundada en la raza hispana.



En la última sección, poniendo en diálogo la narrativa del marqués de Valdeiglesias y la prensa de ambas naciones, me centraré en el análisis del performance desplegado por la comitiva española, principales invitados a la conmemoración; en especial, la imagen de la Infanta Isabel, en quien recayó la responsabilidad de ser la mayor celebridad invitada al Centenario. Analizaré los diferentes contenidos que su imagen quiso proyectar durante las tres apariciones, o actos, más importantes en la celebración. El primero de éstos funcionó como un discurso sobre el origen racial de la nación, en el segundo fue exhibida la raza hispana como una narrativa de comunidad que se sobrepone a la de clase. El último performance tomó la forma de una pedagogía sobre las virtudes de la mujer de raza hispana.

## **2.1 El Centenario como escenario**

El frágil equilibrio entre el republicanismo y la monarquía que sostiene el régimen de la Restauración fue cuestionado por el liberalismo más radical y el avance de los primeros movimientos sociales en la Península. Para mantenerlo, el gobierno de Antonio Maura implementó cambios sociales paulatinos acompañados por discursos ecualizadores y nacionalistas que buscaron tranquilizar reacciones cívicas o sociales extremas. De forma muy similar entendieron el proceso político de modernización de las estructuras sociales los reformistas argentinos. En ambas naciones, “desde arriba” se pensaban y ejecutaban los cambios en las relaciones entre clases con el fin de “moralizar” la vida política.<sup>39</sup>

---

<sup>39</sup> Para un estudio sobre la Restauración en España ver Carr, Raymond. España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980. Madrid: Ariel, 1983; David, Marcihacy. Raza hispana: hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010; de Diego García, Emilio. 1895, la Guerra en Cuba y la España de la Restauración. Madrid: Editorial Complutense, 1996.

En la España de la Restauración, los problemas internos eran abordados desde una mirada determinada por la crisis de su influencia global. La reconstrucción del imperio, obsesión que se extendía a través de las más diversas posturas del variopinto espectro político español oficialista de la época, ofrecía un proyecto detrás del cual se estructurarían las diversas fuerzas sociales. De ahí provienen tanto los discursos nacionalistas sobre el proyecto colonial en el norte de África como el hispanoamericanismo que buscaba el acercamiento con “las naciones americanas para recuperar una identidad de raíz cultural más que estratégica” (Sebastiani 867).

La agrupación más influyente, numerosa y cercana al gobierno dentro del hispanoamericanismo, la Unión Ibero-Americana, abogaba por una política internacional que concibiera a América como un espacio en el cual ejercer y representar esta vocación imperial. Al igual que Rahola y el grupo comercial y cultural de la Revista Mercurio, los miembros de la Unión Ibero-americana esperaban que la recuperación de la hegemonía cultural en Argentina viniera acompañada de oportunidades comerciales al igual que prestigio diplomático para España y, con éstas, una narrativa de progreso y modernización tras de la cual enfilan a las convulsas fuerzas sociales. Sobre esta narrativa el hispanoamericanismo esperaba sentar las bases del nacionalismo reformista de la Restauración.

En Argentina, como en España, la emergencia de la política de masas y la demanda por la ampliación de los derechos civiles amenazó las estructuras más cerradas del gobierno. Además de la creciente presión del movimiento obrero, la resistencia a las clases tradicional estaba representada por la oposición de Hipólito Yrigoyen (1852 – 1933), quien desde la Unión Cívica Radical reclamó vehementemente por adopción del

---

sufragio universal. Estas clases tradicionales estuvieron conformadas por los beneficiarios del roquismo y la abundancia de la década de los 80's del siglo XIX. Este grupo heterogéneo, enriquecido por la acumulación de grandes cantidades de tierra, estaba formado por familias de apellidos criollos tradicionales, del interior y de la capital, así como de algunos inmigrantes que rápidamente habían escalado posiciones. Esta elite buscaba la distinción en la combinación del dinero, las tierras, su abolengo familiar y el desarrollo de gustos y costumbres aristocráticas. Es justamente en la necesidad de legitimar esas narrativas donde se abrió el espacio para la reconciliación histórica con las elites peninsulares. Las clases altas argentinas requerían la legitimidad y el prestigio que les daba codearse con la aristocracia europea con el fin de separarse de los “desagradecidos” inmigrantes europeos que producían su riqueza. El Centenario de la Independencia fue el escenario donde esta identidad étnica (trans) nacional fue puesta en escena ante la opinión pública en ambas orillas del Atlántico.

### **2.1.1 “La más estrecha unión comercial del porvenir”**

El Centenario, como ya lo hemos manifestado, se presenta como una oportunidad sin parangón para enfrentar mancomunadamente los problemas que agobiaban a las elites en los gobiernos españoles y argentinos. Así precisamente lo entiende la escritora y propagandista española Blanca de los Ríos, miembro de la organización hispanoamericanista Unión Ibero-americana. En la conferencia ofrecida en el Ateneo de Madrid a los miembros del grupo e invitados especiales, la intelectual sevillana invita a pensar la celebración de los cien años de independencia de Argentina como “una ocasión alta, solemne, única tal vez, de reconocernos, de estimarnos, de afirmarnos como nación y como raza” (9).

Esta prolija escritora, casi completamente desconocida en la actualidad, miembro asiduo de círculos intelectuales madrileños en el cambio de siglo, se desempeñó como la gran ideóloga de la Unión Ibero-americana. Además de dirigir la revista oficial de la organización, de los Ríos fue la fundadora, editora y directora de la publicación Raza española, una de las publicaciones más visibles dentro del hispanoamericanismo.<sup>40</sup>

Desde el capital político que le ofrecía una organización con influyentes afiliados en toda España, de los Ríos demandó la promoción de la “intimidad” hispanoamericana; es decir, la estimulación de cualquier práctica o discurso que acercara la nación española cultural, política o económicamente a América.

Esta asociación, sobre la que tan poco ha sido investigado, fue creada en 1885 por miembros provenientes de diferentes sectores de la elite española interesados en el reestablecimiento de las relaciones culturales y económicas con América. Esta especie de *Think Tank*, tuvo como propósito el desarrollo de propaganda e intervención social y

---

<sup>40</sup> A pesar de sus convicciones conservadoras de católica ultramontana, Blanca de los Ríos lideró junto con Emilia Pardo Bazán, su amiga personal, los primeros grupos de escritoras que buscaron participación en el mercado de las letras y demandaron la inclusión de la mujer al mundo del trabajo profesional. Además de sus novelas y su poesía, de los Ríos es recordada por su edición crítica de las obras completas de Tirso de Molina y su trabajo archivístico biográfico sobre Lope de Vega. En éstos, y en todo el resto de su crítica literaria, la escritora sevillana exhibe la gran influencia que ella ejerció su maestro Marcelino Menéndez y Pelayo. Para un estudio sobre Blanca de los Ríos y su crítica literaria ver Sánchez Dueñas, Blas. “Anotaciones en torno a la obra de Blanca de los Ríos.” *Escritoras y pensadoras europeas*. Mercedes Arriaga Florez. ed. Sevilla: Arcibel, 1999. 111-34; Soler Arteaga, M. Jesús. “¡Tal vez cuando era cuerpo los astros me envidiaban! Discurso y representación femenina en la poesía de Blanca de los Ríos.” *Sin Carne. Representaciones y simulacros del cuerpo femenino*. Mercedes Arriaga Florez. ed. Sevilla: Arcibel, 2004. 34-61; Charnoon-Deutsch, Lou. “Gender and Beyond: Nineteenth-Century Spanish Women Writers.” *The Cambridge Companion to the Spanish Novel from 1600 to the Present*. Harriet Turner and Adelaida López Martínez. eds. Cambridge: Cambridge University Press, 2003. 122-37. Para un estudio sobre su labor propagandística ver Guerrero Cabrera, Manuel “El americanismo de Blanca de los Ríos (Breves notas bibliográficas).” *Revista Saigón* 1 (2005): 34-35. Hooper, Kirsty. “Death and the Maiden: Gender, Nation, and the Imperial Compromise in Blanca de los Ríos's *Sangre Española*”. *Revista Hispanica Moderna* 60.2 (2007): 171-186.

cultural con el fin de “estrechar las relaciones sociales, económicas, científicas, literarias y artísticas de España, Portugal y las naciones Americanas, donde se habla el español y el portugués, y preparar la más estrecha unión comercial del porvenir” (“Estatutos” 3). Para llevar a cabo su cometido, La Unión Ibero-Americana promovió la creación de sedes en varias capitales hispanoamericanas con el fin de involucrar a las elites locales en su proyecto cultural y comercial. La conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América y la celebración, en 1900, del Congreso Social y Económico Hispanoamericano pueden contarse como algunos de los mayores logros de esta asociación en política cultural. Estos dos eventos sentaron las bases para la experiencia de intercambio del hispanoamericanismo de entre siglos.

Uno de los medios más usados por esta organización para dar publicidad a su agenda fue las conferencias públicas, a las que asiduamente asistían personalidades políticas, como el Ministro de Instrucción pública Julio Burell, reconocidos catedráticos españoles como Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán, Rafael Altamira y Augusto Barcia, miembros de la aristocracia como el conde de Casa Segovia y Rodríguez Marín e incluso representantes de naciones suramericanas.<sup>41</sup>

Las líneas con las que iniciamos este apartado, provienen de la primera conferencia, de muchas, ofrecida por Blanca de los Ríos en el Ateneo de Madrid. Ese día,

---

<sup>41</sup> La cercanía de la Unión Ibero-americana con los círculos más cerrados de la política y la academia españolas puede constatarse en su “Lista de señores socios”, un informe anual en el que se daban a conocer los nombres de los directivos de la asociación y sus contribuyentes. Estos están encabezados por “S. M. El Rey de España” en la función de Protector. Como “Socio protector” oficia el “Excmo. Sr. Marqués de Comillas”. El “Presidente de honor” de la organización era el “Excmo. Sr. Ministro de Estado del Gobierno Español”. Entre los académicos que formaron parte de la Unión estaban Rafael Altamira, Américo Castro y Ramiro de Maeztu. Entre los socios contribuyentes estaban las organizaciones y empresas más importantes de emigrantes en Argentina como el Banco del Río de la Plata, el Casino Español y la Asociación Patriótica Española.

el 1 de febrero de 1910, de los Ríos leyó su trabajo titulado “Afirmación de la raza ante el Centenario de la independencia de las repúblicas hispano-americanas”. En su intervención, de los Ríos reitera el mito básico del hispanoamericanismo: la pertenencia de España y Argentina a un mismo conglomerado racial de raíz colonial que tiene como misión histórica derrotar a la raza sajona y demás enemigos internacionales. Como el resto del discurso hispanoamericanista, la versión creada por esta escritora sevillana opone un afuera “cosmopolita” a un adentro representado por una entidad hispana transatlántica que se superpone a fronteras nacionales imaginarias porque “La patria más que extensión geográfica, es extensión espiritual” (6).

Haciendo una lectura del arielismo y el modernismo, además de las corrientes políticas latinoamericanas, de los Ríos exhorta al gobierno a invertir en la empresa de la reconstrucción de los vínculos culturales con Argentina.<sup>42</sup> Para “reconquistar por amor” a América, afirma, apenas basta acercarse “para que ella, con el impulso de todos los atavismos del alma y de la sangre, venga a nosotros” (19). Ocupar el papel principal durante la “fiesta mundial” del Centenario, continúa, es una “alta obligación histórica”. Por derecho histórico, agrega, “España tiene allí el puesto de honor, el solio de veneración y de respeto que se debe a las madres en las bodas de sus hijos”. Finalmente, en su conferencia, de los Ríos asegura que la participación de una nutrida comisión diplomática española en el espectáculo es un imperativo pedagógico para el gobierno, ya que “deber de gobernantes y educadores es el comunicar a las masas ese impulso vivificador, porque las masas, inertes, se vician y corrompen” (9).

---

<sup>42</sup> Para más información sobre la obra Ariel y el movimiento arielista ver la nota al pie número 9 en la Introducción de este trabajo.

### 2.1.2 La “Misión Española”

El gobierno respondió masivamente al llamado de esta organización, ofreciendo lo mejor de su cuerpo diplomático e, insospechadamente, amplios recursos. Durante 1909 se especulaba que la comisión española al Centenario sería liderada por el Primer Ministro Antonio Maura, el representante de más alto nivel en el gobierno. Pero luego de que éste interviniera decididamente para que el Rey no indultara al maestro catalán Francisco Ferrer Guardia, el estado español cambió su postura. Ferrer Guardia, director de “La escuela moderna”, fue acusado de organizar la huelga de Barcelona en 1909 que derivó en la “Semana Trágica”, por esto fue capturado y sentenciado a muerte. La noticia de su ejecución se conoció más allá de las fronteras españolas y en muchas capitales occidentales se organizaron manifestaciones de repudio ante este acto, considerado como el sacrificio de un chivo expiatorio. Para los detractores del veredicto, en especial para el obrerismo internacional, Maura aparecía como el verdugo de un inocente. Enviarlo a Buenos Aires como representante de la nación española habría sido poco efectivo si lo que se buscaba con la embajada era generar simpatía entre las masas trabajadoras. De hecho, se temía que la visita de Maura provocara el efecto contrario; los gobernantes españoles temían que el anarquismo argentino tomara represalias contra el controversial Primer Ministro.

Ante la impopularidad de Maura, la familia real ofreció uno de sus miembros como embajador de la nación en el Centenario de Argentina. El Rey anunció su decisión en un edicto publicado por el diario La Época el 13 de abril de 1910. Tras disculparse por no poder asistir personalmente, como afirmaba era su deseo, Alfonso XIII nombró a su tía Isabel de Borbón para

Que en su elevada y personal jerarquía de tal Infanta de España, y acompañada de las personas que designaré, marche a Buenos Aires en misión extraordinaria, y con carácter oficial asista a las festividades y me represente en las ceremonias que tendrán lugar con ocasión del primer Centenario de la Independencia de la referida República Argentina. (15)

En este mismo artículo, el columnista saluda la decisión de enviar a la Infanta al agregar: “tenemos la seguridad de que con su patriotismo, su discreción y exquisito tacto sabrá contribuir y contribuirá de modo poderoso a la intimidad de las relaciones entre España y la Argentina” (15).

El diplomático Juan Pérez Caballero encabezó la comisión encargada de acompañar a la Infanta. Este ex embajador y ex Ministro de Estado cobró fama por su papel como delegado español en la Conferencia de Algeciras la que España obtuvo el protectorado de Marruecos en 1906. Además, hicieron parte de ésta representantes militares, miembros de la Real Academia Española y de la Real Academia de Ciencias. El 18 de febrero de 1910, el diario La Voz de Galicia informa que la nación española además participaría en la Exposición del Centenario con cuadros de Goya, Murillo, Ribera, Velázquez y el Greco, “con el fin de estar a la altura de lo que los gobiernos de otros países europeos y los Estados Unidos preparaban para dicha muestra” (1). Éste reporta, además, que los importantes dignatarios, la aristocracia, los artistas y las valiosas piezas serían transportados por la Compañía Transatlántica Española propiedad del marqués de Comillas, socio del grupo de Rahola y Puigdollers, como vimos en el capítulo anterior.



Dentro de la “Misión Española” resalta el nutrido número de periodistas invitados a cubrir el evento. El conde de Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres, ministro de Instrucción pública, líder indiscutible dentro de la Restauración y uno de los miembros del gobierno más involucrados en el hispanoamericanismo, insistió en incluir en la misión periodistas del más alto nivel provenientes de los medios más cercanos al gobierno y la monarquía. La lista fue encabezada por el marqués de Valdeiglesias, director de La Época; Luis López Ballesteros, director de El Imparcial; Leopoldo Romeo, director de La Correspondencia de España, y Alfonso Rodríguez, redactor de ABC. En todos estos diarios oficialistas, se siguió, comentó y analizó el papel desempeñado por la delegación española en Argentina. Estos periodistas transmitieron cables casi a diario en los que se pormenorizaban los sucesos del evento y se abordaban temas tan diversos como moda, política y curiosidades de la celebración.

Las memorias de este viaje salen de mano de Alfredo Escobar y Ramírez, marqués de Valdeiglesias (1858-1949). Este abogado y periodista, proveniente de una adinerada familia conservadora de larga tradición en la prensa española, fue el cronista oficial de la monarquía durante el cambio de siglo. Además del Viaje de S. A. R. la Infanta D. Isabel a Buenos Aires (1911), Valdeiglesias había escrito El viaje de Don Alfonso XII a Francia, Alemania, Austria y Bélgica en 1883.

En las primeras páginas de su narración del viaje de la Infanta Isabel, el marqués nos ofrece la tradicional dedicatoria que ofrecen los viajeros a sus mecenas; en ésta agradece a Su Alteza Real, por “sugerirle” la escritura de esta obra que “servirá para reanimar el recuerdo de aquellos días memorables, que estimo destinados a señalar el comienzo de una nueva era en las relaciones entre España y los pueblos

hispanoamericanos” (2-3). El relato de Valdeiglesias muestra una clara intención de levantar una memoria de esta obra diplomática, de “hacer que en todos los hogares pueda haber un recuerdo imperecedero de esa cooperación, tan leal como entusiasta, con que España tomó parte en la celebración del Centenario de Mayo”, como más claramente lo describe escritor el catalán Juan Mas y Pi en su propia crónica del Centenario, enfocada en el papel de la inmigración española en las celebraciones (11).

Por supuesto, no toda la opinión española era favorable a la agenda del hispanoamericanismo. La inversión hecha por el gobierno y la empresa privada española en el Centenario argentino no tuvo equivalente en ningún otro país del antiguo imperio hispano.<sup>43</sup> Las críticas a los altos costos de la misión, en un país en crisis, no se hicieron esperar. Al conocerse el precio de la oficina de correos privada que la Infanta hizo instalar en su residencia en Buenos Aires, desde la prensa se preguntaban: “¿Cuántos pobres españoles podrían comer con los 700 duros diarios que le cuesta a España el que doña Isabel comunique a su familia que está buena?” (citado en Salas 114).

Entre todas las críticas que recibió la “Misión Española”, la sátira de la publicación Madrid Cómico resulta particularmente interesante. En lugar de entenderla como un gasto innecesario, el magazín caricaturiza la misión por su carácter meramente performativo. En el artículo del 12 de marzo de 1910 titulado “Del circo liliputiense”, el columnista describe esta embajada como un pobre acto circense que va de gira cobrando por sus funciones.

---

<sup>43</sup> No solo por la inversión sino por el nivel de los representantes, la participación española en el Centenario argentino superó a cualquiera de sus misiones diplomáticas al resto de América Latina. La presencia de la Infanta resultaba un poderoso gesto si se tiene en cuenta que el protocolo real prohibía a los miembros de la familia real asistir a recepciones del cuerpo diplomático. Durante los preparativos para el viaje a Buenos Aires, la prensa madrileña replicó las demandas de los españoles de México, quienes solicitaban una participación similar en el Centenario de esa nación.

Vamos por el mundo tendiendo la montera... donde los extranjeros arrojen los ochavos con que comprar el currusco de pan de que nos mantenemos. Ahora vamos a Buenos Aires en una tortuga transatlántica del eterno Comillas, con una Infanta, un Lucas, un Pérez y una comparsa de liliputienses muy conocidos en sus casas. (3)

El autor no solo desnuda la función performativa de la “misión”, nos cuenta además que es eso lo único que tiene la diplomacia española, cierto poder representativo que vende como espectáculo.

El artículo ataca además a los miembros de la comisión en sus capacidades de hacer el papel diplomático que se espera de la embajada. Considera que la decisión de enviar a la Infanta sería justificable si por lo menos ésta fuera una notabilidad intelectual, “muy lejos de eso, la Infanta – como repetidamente me lo decía Sarasate – es una nulidad en punto a arte – ni lo sabe, ni lo entiende, ni lo siente... y luego, es pretenciosa y da lata”. Sobre Pérez Caballero, agrega el autor, “nadie sabe quién es fuera de Madrid, donde lo han graduado, porque sí, de genio diplomático” (3).

### **2.1.3 El origen étnico de la nación**

No se equivocaba de los Ríos en su diagnóstico del cambio de opinión en América. En efecto, desde Argentina, las elites intelectuales y políticas respondían a los acercamientos. El aparato cultural argentino, desarrollado a partir de la Independencia en una relación absolutamente antagónica con cualquier seña de identidad española, estaba siendo progresivamente modificado para dar cabida a esta nueva identidad común con la ex-metrópoli. Precisamente la inmigración española, suficientemente numerosa para el principio de la década del 90 del siglo XIX, empezó la presión política que derivó en la

modificación de los íconos nacionales que “agraviaban” a la “Madre patria”. Los continuos debates de café, los artículos en la prensa inmigrante y nacional, los boicots a las ceremonias públicas resultaron persuasivos. Éstas calaron en los odios de las elites rurales, nostálgicas de abolengo colonial. En 1893 Lucio V. López, nieto del compositor del Himno Nacional y autor de la novela “La gran aldea”, propuso al Congreso Nacional eliminar los versos que hacían referencia al imperio español. En 1900, el entonces presidente Julio Argentino Roca eliminó por decreto versos como: “Buenos Aires se pone a la frente/de los pueblos de la ínclita Unión,/y con brazos robustos desangra/ al ibérico altivo león” (Watson 22).

En este mismo espíritu, en la víspera al Centenario, la conocida revista Caras y caretas expresó la complacencia de la clase alta porteña al conocer el nivel de la embajada enviada por España. En un artículo publicado el 14 de mayo de 1910, titulado simplemente “La embajada española”, se listan los nombres de los diplomáticos “de la talla de Pérez Caballero” que representarán a la “Madre patria”. Además son mencionados los artistas famosos, que acompañaron la comitiva, como el dramaturgo Eugenio Selles y el pintor Gonzalo Bilbao. Pero, por supuesto, la publicación remarca la importante decisión de haber nombrado a la Infanta como líder de la misión, pues “no podía el soberano español haber elegido entre su real familia persona de más condiciones, prestigio y hasta jerarquía”. Para hacer hincapié en el nivel de la comisión, el articulista recuerda cómo durante la turbulenta sucesión en la familia real española, Isabel había ejercido por varios años como Princesa de Asturias.

Como forma de garantizar la cooperación cultural con España, la Comisión Organizadora del Centenario estuvo formada por reformistas e hispanistas reconocidos

como Marco Avellaneda, hijo del ex-presidente del mismo apellido. Por otro lado, la cara más visible de la comisión durante los festejos fue José Gálvez, tío del reconocido hispanófilo Manuel Gálvez, quien fue encargado de representar a la comisión en cada acto público. En un artículo publicado el 27 de mayo, el diario La Nación recoge sus palabras sobre participación de la delegación española en los festejos. Éste glorifica a España a quien llama “patria nuestra”, de la que los argentinos son “carne de su carne, sangre de su sangre” (12).

Aunque las clases altas argentinas estuvieron lejos de ser una entidad homogénea y estable, la reinclusión de España en el centro del aparato cultural nacional pareció ser consentida por un gran espectro político. Como acertadamente lo describe Lilia Bertoni, la concepción de la nación cultural basada en el origen étnico, la lengua, las tradiciones y costumbres se sobrepuso a la fundación contractual de la nación basada en la Constitución y en el llamado “cosmopolitismo”. Roque Sáenz Peña, quien para el momento del Centenario era presidente electo, fue conocido por su famosa postura hispanista y antinorteamericana.<sup>44</sup> En el medio de la polarización de la política argentina de principio del siglo, Sáenz Peña no asistió a la celebración organizada por el gobierno en curso. Según cuenta La correspondencia el 24 de junio de 1910, el presidente electo del partido opositor se resguardó del tumulto en Europa, donde esperó el regreso de la

---

<sup>44</sup> Roque Sáenz Peña fue muy popular entre las elites españolas del momento por su intervención en la Conferencia Panamericana de Washington en 1889 y 1890. En ésta, el político argentino se opuso al mote de la Doctrina Monroe “América para los americanos” y en su lugar acuñó su famosa frase “América para la humanidad”. La voz de Sáenz Peña fue una de las primeras que se alzó en Latinoamérica para denunciar el imperialismo norteamericano en el Caribe. Su conferencia del 2 de mayo de 1898, compartiendo escenario con Paúl Groussac en el teatro Victoria, se titula “España y los Estados Unidos”. Ésta es ampliamente citada por intelectuales del hispanoamericanismo como Rafael Altamira, Blanca de los Ríos y Adolfo Posada. En ésta defiende la herencia colonial española y su derecho natural sobre las islas del Caribe además de deslegitimar los argumentos de derecho internacional argüidos por los norteamericanos para llevar a cabo la invasión a Cuba.

“Misión Española” para reunirse con la Infanta y con las autoridades políticas españolas. Por eso, a pesar de las diferencias, la totalidad de la clase dirigente acordó “no permitir que nada empañara los actos que, más allá de la euforia nacionalista, habrían de convertirse en una vidriera del país y un impulso a nuevas inversiones extranjeras” (Salas 96).

#### **2.1.4 “Forzoso fue purificarlo por medio del fuego”**

Como las exposiciones universales de París y de Chicago, el Centenario argentino fue un espectáculo político que acaparó la atención internacional. La competencia entre las delegaciones de todo el mundo que mostraban sus avances artísticos, científicos y militares, atrajo cientos de reporteros y cronistas de los países asistentes. La mirada internacional inspiró a los grupos de trabajadores sin representación política a buscar visibilidad para sus causas. Con los delicados antecedentes de la “Semana Roja” como telón de fondo, las centrales obreras llamaron a una movilización general el 8 de mayo. Esta manifestación era novedosa en tanto no buscaba reivindicaciones gremiales sino derechos civiles. Como lo leíamos anteriormente, la conceptualización de étnica de la nación se enfrentaba a su versión constitucional, la cual ofrecía garantías legales para trabajadores nacionales e inmigrantes naturalizados. Durante el Centenario, estos grupos reclamaron la derogación de la “Ley de Residencia”, la cual ignoraba la nueva ciudadanía de los nacidos en el extranjero y los despojaba de sus derechos civiles.

La prensa porteña destacó el inesperado carácter masivo de esta manifestación que se mostraba “muy compacta” abarcando “seis o siete cuadras”. Describían además los diarios, cómo la multitud elevaba “banderas rojas orladas de negro o moños del mismo color” y daban cuenta de los carteles que portaban los manifestantes y en los que

se leían frases como “viva la anarquía” o “argentinos y extranjeros contra la Ley de Residencia”, sumados a los provocadores retratos de Radowitzky portados por algunos. Como lo cuenta Juan Suriano, el desfile se extendió a lo largo de la Avenida de Mayo acompañado por cantos anarquistas (5).

Ante los manifestantes obreros, como lo reporta Caras y Caretas en un artículo publicado el 14 de mayo de 1910, sus líderes establecieron con claridad el pliego de demandas: “derogación de la Ley de Residencia; libertad de los presos por cuestiones sociales; amnistía para los infractores y desertores del ejército”. Estos discursos reinterpretaban, además, el sentido del Centenario al afirmar que “la única celebración que podemos hacer en las fiestas centenarias es que ellas sean el motivo para que se consagre la conquista de una libertad”. Basados en esta premisa aseguraban que si no habían obtenido satisfacción completa a sus condiciones, “la huelga general estallará en la víspera del 25 de mayo, como un mentis a cuantas libertades quieren celebrarse y exhibirse ante el mundo civilizado” (citado en Salas 98).

No hubo, sin embargo, completo acuerdo al interior de las fuerzas obreras, la FORA calificó el llamado como gesto demagógico y advirtió de sus funestas consecuencias. Por su parte, el socialismo, como lo resalta el diario La Nación, “en un manifiesto bien pensado... recomienda a la masa trabajadora serenidad y presencia de espíritu a fin de contribuir de este modo a la celebración del Centenario”. Por su parte el anarquismo, desde el diario La Batalla, dirigido por el dramaturgo Rodolfo González Pacheco, amenazaba a Figueroa Alcorta y, al presidente electo, Sáenz Peña con atentados y prometía una huelga general revolucionaria a la vez que arreciaba en críticas al socialismo por su “debilidad y complacencia” (citado en Salas 99 – 100).

La búsqueda de visibilidad del movimiento obrero, en especial la determinación del anarquismo, se topó con los deseos estatales de llevar su espectáculo de autorepresentación en paz. Estanislao Zeballos, reconocido hispanista, da voz a la ansiedad de la elite en una carta al presidente Figueroa Alcorta, fechada el 12 de mayo de 1910. En ésta le desea felicidad durante las fiestas patrias y le pide que ponga en práctica la forma en la que los norteamericanos resolvieron estos conflictos sociales. Zeballos le urge a Alcorta usar un folleto que alguna vez le mandó, con un informe sobre la acción del gobierno de Estados Unidos durante las huelgas revolucionarias de Chicago, y que de seguirse al pie de la letra

podemos estar seguros de que se curarán estos males de una manera radical...Allí se acabaron como por encanto después de los crímenes anónimos, porque la justicia resolvió fusilar a toda la comisión directiva de la sociedad que promovía estos alzamientos...Si yo estuviera en el gobierno no vacilaría en asumir la responsabilidad de estos actos, porque es necesario salvar al país de la imposición de un grupo. (citado en Devoto, "Imágenes" 173)

El 13 de mayo, los diarios publicaron la promulgación que el Senado hizo del estado de sitio. Casi a imagen y semejanza de la legislación no aprobada en España, esta prohibía a la prensa oficialista suministrar noticias o referencias de los movimientos, clausuraba y censuraba a la prensa obrera en general, daba capacidades a la policía de cerrar los locales gremiales, además de arrestar y expulsar del país a activistas. En el nerviosismo reactivo del estado de sitio, el miedo se convirtió en violencia auspiciada por



el estado, tal como lo sugirió Zeballos. Grupos de civiles, movidos por un nacionalismo incendiado, participaron en una persecución violenta a los obreros que duro varios días.

Como lo relata Enrique Dickmann en su testimonio, “turbas que salían de los clubes y garitos elegantes, de los colegios de los frailes y de la comisaría de investigaciones” se lanzaron a las calles con banderas y escarapelas argentinas y al son del himno nacional destruyeron los locales de los diferentes partidos y periódicos que representaban el movimiento obrero. Sin establecer mucha distinción entre ellos, destruyeron las imprentas y atacaron dirigentes gremiales (187). Los jóvenes universitarios incluso incendiaron la carpa del circo de Frank Brown, instalada en un barrio de clase alta, por considerar su presencia en la zona como una falta de respeto ante la proximidad Centenario. Belén Sárraga, una publicista feminista española que se encontraba en Buenos Aires, describió con indignación cómo “los estudiantes, la gran esperanza de todo el pueblo, que representan la intelectualidad del porvenir, se convirtieron en salteadores e incendiarios” (citado en Suriano 9).

La violencia se extendió a otros espacios urbanos, fueron atacados cafés, bares, prostíbulos y comercios de ciudadanos judíos. Desde hacía ya varios años se venía cocinando un imaginario social en el que todo inmigrante centroeuropeo, a partir de algunos apellidos rusos y polacos entre el anarquismo, pasó a ser percibido como una amenaza social, estereotipo profundizado por el asesinato de Falcón a manos de Radowitzky. La rápida ecuación que realizaba el nacionalismo étnico del Centenario era simple: judío igual a ruso, ruso igual a anarquista. Con gritos de “Muerte a los rusos”, los niños “bien” aprovecharon la permisividad legal para llegar hasta el Once, conocido barrio judío, y cumplir su fantasía xenofóbica de atacar todas las instalaciones en las que

se pudieran leer nombres hebreos o, incluso, extraños al castellano. Como en todo discurso político del cambio de siglo, el nacionalismo del Centenario argentino consideró al anarquismo una enfermedad patológica, productora de degeneración racial, definida por rasgos como la agresividad, la violencia, la inmoralidad y la haraganería que hacía sus partidarios propensos al crimen.

En el discurso de las elites es perceptible el temor constante a que los inmigrantes “desagradecidos”, mote equivalente al de anarquista, transformaran la fiesta nacional en un baño de sangre. El miedo racial y político alimentado durante años por discursos eugenésicos y políticos xenofóbicos, hizo erupción para imponer la iconografía nacional en el espacio público de la ciudad. El miedo acompañó la aparición del orgullo patriótico y se confundió con éste hasta que se hicieron indistinguibles. Para estos grupos reactivos, en el Centenario debían ser privilegiados el himno nacional, la bandera argentina y la noción de patria. Lo cual, para ellos mismo implicaba la erradicación de cualquier otro universo ideológico y simbólico, como las manifestaciones encabezadas por la bandera roja, acompasadas por himnos revolucionarios y consignas como “muera la patria”.

Precisamente de esta forma lo entendía uno de los miembros más conocidos de la elite conservadora local, Delfina Bunge de Gálvez, hermana del intelectual anteriormente mencionado Manuel Gálvez. En sus memorias sobre esa noche, depositadas en su diario personal, describe:

El ataque valeroso y franco, abierto e imprudente de los estudiantes...los incendios por los muchachos de los locales anarquistas, de las imprentas, de los diaruchos; las banderas rojas arrancadas y reemplazadas por las blancas y celestes: toda una revolución...Y luego los gritos, las banderas

desplegadas, las manifestaciones a toda hora, los himnos nacionales cantados a media noche. (citado en Migueláñez Martínez 445)

En este mismo espíritu, el influyente político e intelectual Joaquín V. González saluda a este grupo de jóvenes estudiantes universitarios que, tras tomarse las calles por horas, decidieron apostarse frente a la ventana del maestro para escuchar sus palabras – al mejor estilo de la popular obra Ariel del uruguayo José Enrique Rodó. González da un pequeño discurso el que les dice que son ellos la muestra de la “juventud argentina que quiere por fin afirmar la personalidad de la patria frente a las pretensiones de exotismo que no pueden arraigar en esta tierra”. Para mantener ese nacionalismo vigoroso, González les aconseja que “amen y veneren a la raza volviendo la mirada hacia España que nos legó, entre otros caracteres, el heroísmo” (citado en Devoto, “Imágenes” 175). Si racialmente el anarquismo equivalía a decir judío ruso, el nacionalismo argentino se apertrechaba tras una identidad en su origen étnico hispano. El espacio urbano es violentamente reclamado para darle cabida exclusiva a la narrativa nacional, “forzoso fue purificarlo por medio del fuego”, como critica el columnista de Caras y Caretas A. Jiménez Pastor en su sección “Sinfonía” publicada en la edición del 28 de mayo.

## **2.2 “La importancia de su magnífica realidad”**

Una vez fue vaciado violentamente, el espacio urbano alojó un complejo “rite of repossessing”, como lo llama Jens Andermann, que tuvo como propósito producir “the disciplinary education of the gaze, which had to be trained to see the nation-form in its spatiotemporal emanations” (6). En otras palabras, sobre estos actos performativos se materializó, se hizo visible la abstracta y burocrática conjunción entre nación y estado. En el momento ritualístico más relevante para la puesta en escena de la nación, el más

importante para su construcción cultural – con el trasfondo antagónico de un enemigo ruso-judío-anarquista – el discurso nacional argentino ofreció la paradójica narrativa de la aristocracia española como su fundamento.

Por su parte, ante una presión social similar, el estado español produjo la pomposa narrativa de una exitosa política internacional liderada directamente por la cuestionada familia real. En el escenario privilegiado del Centenario, la monarquía, como encarnación del estado español, exhibió la narrativa (trans) nacional del discurso de la raza hispana. Los sectores reformistas hispanoamericanistas, esperaban que esta identidad étnica prevaleciera sobre la conciencia de clase y los discursos de género que empezaban a dar forma a la política de masas moderna en ambos países. Siguiendo la ruta de la emigración, la misión histórica de la raza hispana quiso formar sentimientos nacionales transatlánticos que minaran el internacionalismo socialista y anarquista.

La imagen de la Infanta fue puesta en escena como forma de representar ese constructo etéreo que los intelectuales del hispanoamericanismo habían dado el nombre de raza hispana. Isabel de Borbón fue ubicada en el centro de las presentaciones, sentada siempre junto al Presidente, portada de diarios y revistas, celebrada con un sinnúmero de banquetes y fiestas. Sobre su figura como ícono aristocrático, fueron repujados mitos imperiales y narrativas de tradición que legitimaban a sus protagonistas y sobre las cuales se fundó una nacionalidad de fraternidad entre clases y “apropiadas” relaciones de género.

Resulta difícil establecer el nivel de control que tenía la persona, Isabel de Borbón, sobre el personaje que estaba llamada a representar, la Infanta. Este personaje no tuvo parlamentos durante el espectáculo, no ofreció discursos y no fue entrevistado, sus

palabras se quedaron todas en el ámbito privado de los banquetes y las reuniones. El personaje hizo exitosamente su pantomima y de allí tal vez provengan los halagos de la prensa madrileña por su “discreción”. Mientras tanto los periodistas, los artistas, los críticos y los cronistas la fotografiaban, dibujaban, narraban, caricaturizaban, describían, investigaban y definían. A continuación analizaremos las tres escenas más importantes en las que apareció este personaje frente al público del Centenario: su arribo al puerto de Buenos Aires y la consiguiente procesión hasta la Casa Rosada, su encuentro con la comunidad emigrante española en Argentina y su visita en romería al templo de la Virgen de Luján. Estos tres actos muestran la narrativa impuesta en el espacio público del cual fue desplazado el movimiento obrero.

### **2.2.1 Acto primero: “España descubre América por segunda vez”**

En la dedicatoria de su obra, Valdeiglesias relata cómo durante las fiestas del Centenario la Infanta recibió “todos los obsequios, todos los agasajos, todas las demostraciones de afecto y de cariño que el resurgimiento del instinto de raza inspiró al noble pueblo del Plata”. El propósito de su obra, entonces, será relatar lo más fielmente posible la estancia de la Infanta en Buenos Aires, para contribuir, en sus propias palabras, a la obra de cambio de imagen nacional “perpetuando el recuerdo de la participación de España en las fiestas del Centenario” (Valdeiglesias I-III).

Esa puesta en escena de una imagen diferente de la nación española comenzó el día mismo del arribo de la misión a Buenos Aires. Una gran ceremonia de recepción esperaba a la nave de la Compañía Transatlántica en el puerto. Las multitudes que, durante días, habían ocupado en manifestación las calles de la ciudad se reunían en torno a la dársena sobre la que descendía la Infanta. Estas masas, asegura Horacio Salas en su

obra El Centenario, estaban formadas por personas de los más diversos orígenes. Ya fuera por curiosidad o por auténtico entusiasmo patriótico, muchos de los simpatizantes del anarquismo fueron espectadores durante la celebración del Centenario.<sup>45</sup> En efecto, como lo afirma Caras y Caretas, en un artículo publicado el 28 de mayo de 1910, y lo muestran las imágenes publicadas en todos los medios españoles y argentinos,

Desde la dársena hasta la Casa Rosada, desde aquí hasta su palacio, por el Paseo de julio, por la Avenida de Mayo...el carruaje de la infanta pasó entre una doble muralla humana entre aplausos, vítores y flores que la presente generación Argentina no ha visto tributar a nadie. (27)

Ante este público, la comisión española performó “la España legendaria” como sarcásticamente afirma un articulista de Madrid Cómico en el número del 8 de junio de 1910. Éste se burla de un dibujo de la comisión llegando a Buenos Aires publicado en “ABC el 30 o 29 de Mayo”. A través del humor, el escritor hace manifiesto el performance representado en “el rostro, la postura y hasta el traje de nuestros compatriotas” que muestran un “perfume hidalgo y castizo que emociona al más escéptico”. En efecto, a su llegada a América, los representantes españoles recreaban, o por lo menos así era leído por muchos, una gesta colonial en la que “España descubre América por segunda vez” (15). Éste es de hecho el título de la caricatura con la que la revista argentina La vida moderna, el 10 de mayo, representa el evento. En ésta se ve la Infanta y su cohorte, con toda su elegancia y majestad, descendiendo del transatlántico y

---

<sup>45</sup> También hay sólidos indicios, como ha demostrado Adolfo Prieto en su trabajo El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna (1988), de la gran cantidad de obreros que participó de manera entusiasta en las diversas manifestaciones de carácter patrio y de las fiestas del Centenario, en particular. Cuando se resolvió llamar a la huelga general a partir de 18 de mayo existía la sensación generalizada de que se trataba más de un acto simbólico que de un desafío a las “instituciones burguesas” (75).

siendo recibida por los dignatarios argentinos, representados por medio de cuerpos de color y rasgos blancos, vestidos de taparrabos, gibados, empuñando lanzas y con tocados de plumas en la cabeza. Atravesados por las puntas de sus lanzas, se ven documentos, papeles que representan su condición de letrado urbano. Aunque físicamente idénticos, la revista se burlaba de la actitud colonial que se esconde tras la pleitesía rendida por parte de la política porteña a la aristocracia europea.

En la misma forma percibe, aunque sin ironía, el reencuentro entre las dos naciones el Valdeiglesias en su obra de viajes,

si una Isabel magnánima fue la primera en apreciar la importancia de los proyectos de Colón...otra Isabel, V.A., ha sido la primera princesa de su augusta casa que ha pisado las tierras descubiertas por el inmortal genovés

(II)

El autor conecta las relaciones entre la corona y América, por medio de los nombres reales, en una sola narrativa que se extiende desde la colonia hasta el presente. Pero aun más, es consciente del poder simbólico que tiene la presencia de un miembro de la familia real, cuyos cuerpos, en ausencia, han sido exhibidos en América durante siglos por medio de los más diversos métodos de representación.<sup>46</sup> También es consciente de este poder simbólico el inmigrante español Mas y Pi, quien en su crónica de las

---

<sup>46</sup> Como lo muestra Ana María Henaó Albarracín en su trabajo “Un acercamiento a las formas de legitimación y propaganda del poder regio en la sociedad colonial neogranadina”, los edictos reales, sus monumentos, imágenes y pinturas fueron desplegados a lo largo del antiguo imperio para mantener una imagen de poder y soberanía en las lejanas ciudades americanas en las que se celebraban masivamente los rituales funerarios y de coronación de los reyes españoles. Para un análisis detallado de las ceremonias de representación real en el caso mexicano ver Curcio-Nagy Linda, The Great Festivals of Colonial Mexico City. Performing Power and Identity (2004). Los diferentes mecanismos de representación reales son analizados detalladamente por Fernando Bouza en su trabajo Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II (1998).

celebraciones describe cómo sobre “aquella muchedumbre que bullía á lo largo de las calles...relucía la personalidad augusta de la Infanta Isabel”. Por su poderosa presencia, “España, en las fiestas del Centenario no era una abstracción hermosa: tenía, por el contrario, toda la importancia de su magnífica realidad” (27).

En la prensa argentina, la imagen de la Infanta fue igualmente construida, replicada y distribuida. Su rostro apareció en la tapa del segundo número especial que Caras y Caretas lanzó el 28 de mayo para celebrar el Centenario. La portada de este número es una foto, retocada con colores, de Isabel de Borbón llevando un enorme sombrero. Alrededor de la imagen circular están dibujadas las banderas de Argentina y España que en la parte superior de la imagen se entrelazan confundiéndose. En su interior, el magazín ofrece detallados reportajes gráficos de todas sus apariciones públicas, de los banquetes que se ofrecieron en su honor y del palacio que ocupó durante su estancia en Argentina. A lo largo de la publicación, se ve cómo el lente estuvo enfocado en su cara, más que en la de ninguna otra personalidad, a veces más incluso que la del presidente Figueroa Alcorta.

En el artículo periodístico del 28 de mayo que acompaña las imágenes de la Infanta descendiendo del transatlántico, el reportero se hace una pregunta retórica sobre las grandes dimensiones del recibimiento a Isabel de Borbón, probablemente anticipando las críticas que no faltarían. No se debía escatimar, se responde el escritor, en la recepción de la “excelsa dama encarnación a la vez de los augustos prestigios de la familia reinante y de las virtudes y cualidades ejemplares del pueblo español”. La recepción, a su juicio, no fue de ninguna manera desproporcionada, ya que “la sangre común debe dominar sobre todas las cosas en las horas triunfales de la raza”. Todo lo



contrario, los homenajes y recepciones apropiados a las cortes reales y los imperios del “Viejo mundo” requerían “elementos materiales y de tradición que es imposible disponer en una república y menos aún si esta república es una joven nación americana” (40). La tradición imbuida en el ceremonialismo aristocrático deslumbró a las elites argentinas sedienta de nuevos/viejos símbolos de distinción.

La ansiedad de la clase alta porteña por estos signos culturales se hizo motivo de burla: “como una Infanta no es cosa que se vea a diario en Buenos aires, los altos burgueses de por allá han atrapado por los cabellos la ocasión de codearse con la realeza”, se lee en la edición de Madrid Cómico el 8 de junio de 1910. En la sociedad argentina, como remarca Horacio Salas, muchos se entusiasmaron con la idea de recibir condecoraciones o títulos nobiliarios por las atenciones prestadas a la Infanta. Esta aseveración es totalmente verosímil si se atiende a la acalorada disputa que se dio por tener el privilegio de albergar a la Infanta. En los artículos de sociedad de Caras y Caretas se dedican varios números a la puja que termina ganando la familia De Bary, quienes seden su palacio a la infanta aprovechando su viaje anual a su residencia de París.

Esta paradójica celebración de la Independencia realmente molestó al columnista A. Jiménez Pastor. En la columna de Caras y Caretas del 28 de mayo citada anteriormente, éste increpa a sus compatriotas por haber perdido toda conexión con el “pueblo de ayer”, el que “forjaba la patria contra el rey”, en comparación con el actual “que no ansía otra cosa que poder gritar !Viva el rey!” Jiménez Pastor encuentra el origen de la violencia por la conquista del espacio público desatada unos días antes, en “tendencia aristocrática” con la que las elites nacionales tratan de redefinirse:

Habría llegado a dudarse de si el incendio del circo de la calle Florida fue un acto patriótico o una algarada india, cuando es evidente que no fue ni lo uno ni lo otro, sino un impulso de esa misma tendencia aristocrática que nos ha hecho ser tan corteses y efusivos con doña Isabel. Se trataba de algo que iba a afejar la calle Florida; de una disonancia plebeya en aquel sitio eminentemente aristocrático, y forzoso fue purificarlo por medio del fuego. Ahora ha quedado mejor. (65)

El arribo por primera vez a América de un miembro de la familia real española suponía un enorme poder de representación. El multitudinario desfile de la Infanta llevada en carruaje desde el puerto hasta la Casa Rosada, en compañía de Figueroa Alcorta, era la recreación del rito colonial del recibimiento de un virrey o las fiestas de coronación de los soberanos españoles. Esta ceremonia legitimaba la cercanía de la Restauración con la monarquía, en el lado español. Del lado argentino, las burguesías industriales rodearon la imagen de la Infanta y compitieron por ubicarse lo más cerca posible del centro de poder que su imagen irradiaba.

### **2.2.2 Acto segundo: “parece una flor del pueblo”**

El performance de la raza hispana durante el Centenario, como hemos venido anunciando, ofreció un discurso de fraternidad entre clases como sustituto a los antagonismos de la dialéctica de clases. Esta narrativa protagonizó la segunda aparición multitudinaria de la Infanta Isabel en Buenos Aires. Uno de los objetivos de la “Misión Española” fue reestablecer contacto con las comunidades de inmigrantes en Argentina. El estado español estaba preocupado por la desconexión con sus súbditos perdidos, como lo expone el marqués de Valdeiglesias citando en su obra la crónica del viaje a Argentina de

Federico Rahola que nos ocupó en el primer capítulo. En un punto de contacto claro entre los dos proyectos, la comisión decidió seguir los consejos del viajero catalán e incentivar el patriotismo a través de un encuentro entre todos los inmigrantes que quisieran acercarse al jardín de la mansión De Bary a ver a la Infanta que los esperaba para extenderles su saludo.

Según narra Valdeiglesias, la Infanta tuvo que ser disuadida de estrechar la mano de cada uno de los asistentes, ya que como se vio prontamente, estos conformaban “una multitud compuesta de centenares de miles de almas”, muchos más de los que la comisión calculaba, asegura el cronista. Como lo reportó Mas y Pi, fue un “espectáculo único, imposible de olvidar por quien tuvo la suerte de presenciarlo” en el que “Buenos Aires puso en la calle a no menos de trescientas mil personas por voluntad unánime de todas las clases sociales” (21). Las diferentes organizaciones de emigrantes organizaron una manifestación en la que marcharon frente a la mansión por la avenida Alvear. En esta masa, según narra el marqués, “confúndianse en apretados haces ancianos y niños, hombres y mujeres, altos y bajos, millonarios, industriales, obreros” – incluso carlistas y republicanos, agrega Valdeiglesias – quienes se mezclaban indiscriminadamente “sin distinción de clase, ni de alcurnias, ni de ideas”. Impresionaba “su corrección, su compostura, no interrumpidas ni alteradas por una protesta, un grito, una riña”. Aquello que aglutinaba a este grupo en “confusión pintoresca” fue “el ansia fervorosa de acreditar ante la dama augusta sus sentimientos de amor a España” (Valdeiglesias 268). A través de la exhibición de la Infanta, el nacionalismo fue interpretado como un sentimiento, expresado ordenadamente en el espacio público, que rompía las barreras de clase entre los emigrantes.

El acierto diplomático de elegir a la Infanta como embajadora española al Centenario provenía de su conocida imagen favorable entre las clases trabajadoras. Caras y Caretas en la edición del 14 de mayo, la inventa como un personaje siempre dispuesto a socorrer a los necesitados, deslizando la discusión sobre la distribución de riquezas al valor de la caridad entre las clases altas. En su edición previa al Centenario, la revista le describe a sus lectores la popularidad que Isabel de Borbón tiene entre el pueblo de Madrid que en ella siempre encuentra “ayuda, consuelo y protección”. Para mostrar más de cerca sus cualidades, la revista envía como corresponsal al marqués de Casa Laiglesia, embajador de Argentina en España, a entrevistarse con la aristócrata. Mientras espera su turno en el despacho privado de la Infanta, el escritor nos narra cómo antes de él, doña Isabel atendió a “unas monjitas con niños huérfanos, una viuda de un empleado de palacio también con niños y un músico y todos salían consolados”. Curiosamente, el diplomático no transcribe ninguno de sus intercambios con la Infanta, solo se limita a hacer observaciones sobre su personalidad “afable con dignidad, fervorosa sin afectación, inteligente e instruida sin ser presuntuosa y sobre todo bondadosa y caritativa” (14).

En el mismo tono, en su número especial sobre la Infanta publicado el 28 de mayo, Caras y Caretas incluye un artículo sobre su estancia en la casa De Bary. En éste recoge datos sobre “Su Alteza Real” entre la servidumbre, pues “hablando con los criados es como mejor puede saberse lo que piensan sus amos”. Al preguntarle a una de sus mucamas por la personalidad de la Infanta, ésta responde: “ella es con nosotros un verdadero ángel...nos habla con una franqueza conmovedora. Nunca se enoja...Días pasados uno de nosotros cometió una falta involuntaria y ella en vez de enfadarse, lo consoló amigablemente” (65).

La imagen de la Infanta, como dama caritativa, permite que a través suyo fluya el discurso nacional que se quería sobreponer a la lucha de clases. Esta imagen casi maternal hace que la nostalgia se pose entre los espectadores que, según Valdeiglesias, ven a la infanta como un símbolo de España, tierra que algunos no volverán a ver jamás. Resulta, sin embargo, realmente interesante la transmisión de sentimientos nacionales que hace el marqués en su narración de la conclusión del desfile de las comunidades españolas frente a la Infanta. Los españoles, describe el cronista, también ofrecen sus respetos a la Argentina en persona de su Presidente, “después de cumplido el deber con la Patria nativa, cumplieron nuestros compatriotas un deber de gratitud con la Patria de adopción” (Valdeiglesias 274). Si hay una sola raza hispana en ambos lados del Atlántico, si la tradición de la Península se desplaza hacia el progreso del Río de la Plata en una misma nacionalidad, resulta lo mismo ser español que argentino. Mientras los obreros se subordinaran a estos discursos raciales y nacionales aglutinantes, antes que a las identidades basadas en ideologías “extranjeras”, no importaba exactamente su ciudadanía.

### **2.2.3 Acto tercero: “la fecunda maternidad hispana”**

Esta definición de la imagen de la Infanta en términos maternos fue de hecho elaborada por quienes interpretaron su misión diplomática en ambas naciones. En un artículo publicado en el diario El Imparcial de Madrid en julio 29 de 1910, se sobreentiende el éxito de la embajada al Centenario, ya que “ha ido una mujer egregia, porque nadie sino la mujer puede representar propiamente a la madre. Con ella iba un pedazo del corazón de la patria”. Los discursos de normativos género fueron anclados a la retórica imperial nacional. En ésta, la relación entre Argentina y España se

representaba a través de un vínculo de madre a hija, reforzando las concepciones de la mujer como reproductora y las jerarquías coloniales en las que la madre mantiene el tutelaje sobre su inmadura hija.

Esta retórica que construyó la imagen de la Infanta como ícono de feminidad, también responde a las demandas políticas en el lado argentino. A principios de siglo XX, la “cuestión de la mujer” formó parte de la llamada “cuestión social” sobre la cual perdían el control las autoridades de la capital. Las transformaciones económicas de la modernización tuvieron impacto directo en el rol de la mujer en la sociedad argentina. La multiplicación del comercio, la industria y los servicios creó las condiciones para la incorporación de mano de obra femenina, por necesidad o deseo de independencia, al mundo laboral.<sup>47</sup> La incorporación de la mujer a la vida pública se intentaba controlar con discursos moralizantes, una rígida legislación al respecto y estructuras familiares conservadoras. Para el Código Civil argentino de 1869, por ejemplo, “la mujer casada es un sujeto incapaz que depende del permiso de su marido para desarrollar una profesión, celebrar contratos o ejercer la tutela de sus hijos” (citado en Belgrano Rawson 34).

Lejos de ser aceptada pasivamente, esta determinación de los roles de género fue resistida por un movimiento feminista que, para la época del Centenario, llevaba ya varios años organizándose.<sup>48</sup> Este movimiento también entendió la mayor posibilidad de

---

<sup>47</sup> Como recalca Margarita Gutman, las mujeres nunca habían estado completamente excluidas de la producción doméstica y social, para este momento muchas mujeres desempeñaban trabajos rurales y mercantiles. La gran mayoría, que contaban con menos educación, trabajaban en el servicio doméstico o en confección. Pero además es preciso no olvidar a las amas de leche, las artistas, las institutrices, las fotógrafas, las pocas pero existentes profesionales liberales ni a las que vendían su cuerpo, entre tantos otros perfiles que esconden las estadísticas.

<sup>48</sup> Como lo examina Milagros Belgrano Rawson, desde 1896 las socialistas argentinas reclamaban públicamente el derecho al sufragio como queda consignado en las memorias de su Primer Congreso. En 1901, Elvira López defiende la primera tesis argentina sobre el movimiento

visibilidad que ofrecía el Centenario para sus demandas. Paralelo a las celebraciones nacionales de 1910, el movimiento celebró, del 18 al 23 de mayo en Buenos Aires, el Primer Congreso Femenino Internacional organizado por la Asociación de Universitarias Argentinas. Bajo la dirección de la doctora Victoria Petrona Eyle, diversas conferencistas de Europa y Latinoamérica se reunieron en la ciudad con el propósito de “Vincular a las mujeres de todas las posiciones sociales”, sin ninguna distinción basada en credos, sectas o partidos, en el proyecto común de “la educación e instrucción femeninas” como forma de modificar prejuicios, exponer el pensamiento feminista y ofrecer soluciones que tendieran a mejorar la situación de la mujer (39).

El carácter performativo de la comisión y de la Infanta, como ícono materno, se contrapuso a estos disensos respecto al discurso hegemónico de la nación. Así lo recoge Mas y Pi en sus impresiones sobre los españoles en el Centenario. En su crónica el escritor asegura que

para que los poetas, enamorados eternamente de la tradición, pudiesen comparar esta Embajada con las fabulosas caravanas del Oriente antiguo, faltó tan solo, á nuestra princesa, la juventud. Pero el pueblo supo comprender la sublime misión de la Infanta Isabel, é hizo de ella el símbolo de la fecunda maternidad hispana. (Mas y Pi 25)

Más allá del auto orientalismo que anhela el escritor para la performance diplomático que buscaba deslumbrar a los espectadores locales, el autor congrega en la edad de la Infanta las cualidades ideales de la mujer hispana, representadas principalmente por su capacidad reproductiva. La Infanta es, entonces, ofrecida como

---

feminista en la Universidad de Buenos Aires. Algunos años más tarde, la médica argentina Elvira Rawson organizó el Centro Feminista en la capital.

símbolo de femineidad dentro de un marco racial. A la definición meramente biológica de la mujer hispana, el cronista oficial del viaje, Valdeiglesias, agrega su forma de ser “grave” y “recatada” que hacen de mayor belleza que las mujeres francesas, por ejemplo, reconocidas por su “personalidad absorbente” y que siempre están buscando “los primeros puestos en la escena de la vida”. En su perspectiva, la mujer argentina conserva “esa austera severidad, propia de las ricas hembras de nuestra tierra” (Valdeiglesias 321).

El discurso de la raza hispana, como se percibe, comprendía mucha de la discusión sobre la distribución espacial en términos de “público” y “privado” en la que se intentaba separar los géneros. Básicamente el trabajo industrial era cuestionado por sacar a la mujer de la estructura familiar. La incorporación de la mujer a la industria se consideraba nociva para el cuerpo femenino, que se “degeneraba” por este tipo de trabajo. Si las mujeres ingresaban en masa al mundo laboral, suponían algunos, esto tendría consecuencias sociales y políticas nefastas, representadas principalmente por el riesgo de degeneración racial.

El discurso sobre esta enfermedad, transmitida por las mujeres, las vinculaba directamente al proyecto nacional únicamente en calidad de reproductoras. Como lo cita María Alejandra Nari, el médico migrante español en Argentina, Biolet Massé, en su informe sobre el estado de la clase obrera, aseguraba:

La misión de la mujer...es la maternidad, la crianza y la educación de los hijos, en el vientre de las mujeres está la fuerza y la grandeza de las naciones, y en sus primeros cuidados, la honradez y el espíritu de los hombres. (285)



A cambio de su exclusión de la vida civil, a la mujer se le promete la felicidad de la esposa y la madre, considerada una “función patriótica”, o en este caso, una misión racial.

Si la vinculación de las mujeres al mercado laboral industrial ponía en peligro la reproducción biológica e ideológica del “orden” social, las obreras en huelga o en la calle, como se vio en los días previos al Centenario, impugnaban de manera directa social y políticamente dicho orden. Como lo vimos anteriormente en el caso de las organizaciones anarquistas, el discurso de raza transmitido por medio de la Infanta buscaba resignificar las alianzas internacionales basadas en el género y reemplazarlas por encuentros “nacionales” de mujeres, en espacios que se suponían más adecuados para éstas.

La visita de la Infanta incluyó una gran cantidad de encuentros con las mujeres locales a través de todo el espectro de las clases sociales. Si atendemos a un artículo publicado en el diario español La Época meses antes del Centenario, había incluso interés entre algunas de las mujeres en Argentina por acercarse a la Infanta. En un artículo del 20 de abril de 1910 titulado “Las fiestas de centenario en la Argentina”, se citan fragmentos de una carta publicada en La Prensa de Buenos Aires firmada simplemente “Una española”. En ésta, la suscrita invitó, “sin distinción de clases ni de jerarquías”, a todas las mujeres españolas residentes en la capital para recibir a S. A. la Infanta, “representación de aquel suelo querido”. La autora de la carta demanda la preparación del recibimiento a la aristócrata como un deber de las emigrantes hacia “quien se ha mostrado siempre amiga de la mujer del pueblo, acudiendo á sus necesidades siempre que ha sido necesario” (20). Como vemos, la nostalgia por la nación y la fraternidad entre

clases que evoca la Infanta se suman a su feminidad, entendida en términos reproductivos, para consolidar una definición de la mujer hispana.

Durante el Centenario, esta definición de la mujer de la raza se consolidó, finalmente, en la imagen de la maternidad pura. El domingo 29 de mayo, la Infanta, en compañía de una multitud de católicos argentinos, fue en peregrinación a Luján “para Depositar a los pies de la virgen que allí se venera, la bandera enviada por las señoras de Zaragoza” (Valdeiglesias 115). Una organización de mujeres católicas zaragozanas le pidieron a Isabel de Borbón, en el momento de su partida, llevar una bandera española bordada a mano por ellas para ser depositada a los pies de Nuestra Señora de Luján como gesto fraternal a las mujeres americanas. Estas versiones religiosas de lo femenino, en contraposición a las alianzas internacionales feministas, fueron conectadas por medio de la interacción entre las figuras icónicas que representaban la Virgen y la Infanta.

Como muchas de las “patronas nacionales” latinoamericanas, Nuestra Señora de Luján se convierte en una síntesis de los discursos nacionales y los religiosos. El santuario de Luján que alberga al ícono, similar a las basílicas de la Virgen del Carmen en Colombia y la de Guadalupe en México, se convierte en lugar de romería, una suerte de espacio ritual donde simultáneamente se conmemoran nación y religión.<sup>49</sup> La agenda de la Infanta, entonces, dio más vuelo a las modestas celebraciones que la iglesia

---

<sup>49</sup> La difusión de la leyenda de la Virgen de Luján y su basílica se deben a la obra del misionero francés José María Salvaire, llegado al puerto de Buenos Aires el 24 de octubre de 1871, se embarcó en misiones evangelizadoras en las comunidades indígenas de la provincia de Buenos Aires. En 1875, en una expedición a las tolderías del cacique Manuel Namuncurá, su vida corrió peligro “en manos de un exaltado grupo de capitanejos” (286). En esta circunstancia prometió a la Virgen dedicarse a su servicio si salía del apuro. En la dedicatoria de la obra Historia de Nuestra Señora de Luján, Salvaire dice que este libro cumple “la promesa que, en lance tan apremiante os hice, de consagrar todas mis facultades a haceros conocer, como merecéis, de no perdonar medios para alabaros y encomiar vuestro poder y maternal ternura” (286-87).

argentina organizó para el Centenario. La participación de la iglesia en la celebración fue marginal debido a la separación de religión y estado que caracterizó al liberalismo argentino. A pesar de no recibir fondos públicos, la iglesia pidió un óbolo a los fieles para realizar su propio programa.

Como en todos los espectáculos públicos en que hizo su aparición, esa tarde lluviosa en Luján, la gente se agolpó para ver a la Infanta. En su crónica, Valdeiglesias detalla una conversación que tuvo con una “viejecita” del pueblo que al pasar lo interpela:

Diga usted, ¿cuál es, de todas esas señoras, la Infanta?

- Aquella – digo yo, señalándosela
- ¡Qué Dios la guarde, y que la de Luján la libre de esos pícaros!...
- ¿Qué pícaros?...
- Los anarquistas, señor, los anarquistas...
- Pierda usted cuidado, señora. Los anarquistas no le harán nada a S. A.
- ¿por qué?
- porque saben muy bien que la Infanta tiene sangre real, pero es más demócrata que nadie; parece una flor del pueblo. ¡Que dirían los pobres, los desheredados, los afligidos!... ¡Nada, pierda usted cuidado!

Valdeiglesias responde manteniendo la imagen caritativa y popular de la aristócrata. La favorable opinión de las clases trabajadoras, espera el cronista, la

protegería del ataque del movimiento que naturalmente buscaba mantener una opinión favorable entre las clases trabajadoras. A partir de esta imagen, como hemos visto, esperaba consolidarse una identidad étnica transatlántica entre los migrantes que dejaban España para trabajar en Argentina. Representada por medio de la presencia de la Infanta en el Centenario, ésta explícitamente canalizaba un discurso nacionalista de fraternidad de las clases sociales y claros roles de género.

Sin embargo, durante la peregrinación a Luján, como a lo largo de toda la obra, Valdeiglesias verbaliza la sensación de miedo que subrepticamente había acompañado todas las celebraciones. En su descripción del viaje en tren de regreso a Buenos Aires, Valdeiglesias confiesa cómo le producían “impresión los temores de aquella mujer, porque no habla ella por gusto de hablar...La verdad es que se ha dicho en todos los tonos: que si los anarquistas...que si en Luján” (Valdeiglesias 429). El temor de un atentado contra la vida de la Infanta estuvo presente a lo largo de la fiesta. El cronista real cuenta cómo, para el servicio privado de la Infanta, tuvieron que contratar criados que “fuesen españoles de toda confianza” y a los que tuvo que pagárseles “un salario de 40 pesos por día, más de lo cobra diariamente un Ministro en nuestro país” (152). Para su seguridad personal, además, el gobierno argentino dispuso “como policías honorarios a unos mil jóvenes distinguidos...todos ricos propietarios, individuos de la sociedad rural argentina” (406).

Como bien lo recuerda Ricardo Watson, los brindis y banquetes de dignatarios, políticos y aristócratas se extendían en ocasiones hasta las tres de la mañana, mientras el resto de la ciudad seguía bajo estado de sitio. Aunque el ejercicio de la violencia estatal hubiera garantizado el uso exclusivo del espacio público para unos cuantos, el

movimiento anarquista había hecho que el estado tuviera que mostrar su verdadera cara y exponer la ironía de celebrar la Independencia nacional obligando a la población a encerrarse temprano en sus casas. Como lo observa uno más de los viajeros al Centenario, el catalán Santiago Rusiñol, a quien incluso arrestaron durante las encarcelaciones masivas: “la Argentina es una país de libertad; por eso, para conmemorar el centenario de la misma, lo han hecho bajo un estado de sitio que ha durado cinco meses” (citado en Salas 108). Tener que celebrar las fiestas en estado de sitio, mostraba la fragilidad de la hegemonía que tenía el estado y el miedo que reinó entre los diplomáticos fue un constante recuerdo de ello.

A su regreso, sin embargo, la Infanta fue recibida nuevamente por una multitud que le reconocía “el servicio que ha prestado a España, sin regatear las molestias de un viaje tan largo y precipitado”. Los comentaristas de El Imparcial en su edición del 24 de junio del mismo año aseguraban que la Infanta le dio en retorno a la multitud “el recuerdo de los emigrantes que viven en el patriotismo constante y la evocación de un ejemplo digno de ser imitado”. Concluyen estos calificando como muy exitosa la misión española en Argentina, la que describieron además como “una innovación en los usos diplomáticos” (3).

Por otro lado, la gestión de la Unión-Iberoamericana para la formación de la “Embajada Española” al Centenario fue reconocida por la prensa. Diferentes diarios, entre ellos La correspondencia de España del 24 de mayo, le recordaron a sus lectores los trabajos extraordinarios que la “Sociedad Unión Ibero-americana ha llevado a cabo para coadyuvar a ese acontecimiento y contribuir desde su esfera a su mayor esplendor.” La prensa, oficialista y emigrante en su mayoría, le agradeció a la unión por hacer campaña

entre los empresarios españoles con el fin de aumentar la concurrencia y los aportes de éstos a la costosa Misión Española (5).

### 3. Buenos Aires, reflejo y mímica. Circuitos académicos transatlánticos

En un artículo del 21 de agosto de 1910 titulado “Europe Flirts with Argentina to Win her Rich Trade”, el periodista Andre Tridon del diario estadounidense New York Times expresa su admiración por la diplomacia española encabezada por el Rey Alfonso XIII, quien

took a step which does high credit to his intelligence...He asked no smaller personage than the venerable and popular Infanta Isabella de Bourbon to sail to Argentina on the warship Alfonso XII, accompanied by a retinue of the highest court of dignitaries. (10)

Según el artículo, la celebración del Centenario de la Independencia mostró las intenciones de fortalecer los vínculos con Europa mediterránea, especialmente con España, que dominaban la política internacional argentina.

El artículo recalca el uso del lenguaje racial en que, como vimos en el capítulo anterior, se configuraba el reencuentro entre españoles y argentinos a través de la iconización de la Infanta Isabel. El columnista cita la traducción de un discurso del 10 de octubre de 1908 en el que el presidente electo Roque Saenz Peña confirma su lealtad a la “Madre España” y, en este espíritu, reitera el vínculo histórico y étnico que según él une España a los destinos de su nación y de toda América: “our America whose hand tearing the veil of the future will uphold the claims and pretentions of the race to which we owe our existente” (10). Este mismo lenguaje, asegura Tridon, servía a los propósitos de minar la influencia de los Estados Unidos, representado por medio de la raza anglosajona, y de su aparato diplomático, el panamericanismo.

El columnista norteamericano nota cómo esta comunidad se construía en antagonismo con su nación y advierte que “the United States should watch developments very carefully in Argentina”. Su ansiedad al respecto queda registrada en subtítulo del artículo, Tridon piensa que como consecuencia de esta campaña diplomática “American Shipping May Suffer”. Para enfatizar la importancia de mantener la influencia sobre este mercado, el columnista recalca que “Argentina exported last year four hundred million dollars worth of merchandise, mostly cattle, meat, and wheat, and imported only three million dollars worth of goods” (10).

Pero más allá de las cifras, para mostrar la importancia de reforzar la diplomacia estadounidense en el sur del continente, el periodista da cuenta del progreso y la riqueza argentina a través de una descripción de su centro urbano

Buenos Ayres (sic), the capital, had 165,000 inhabitants in 1870. Three years ago it passed the million mark and, with its splendid system of parks, covers now over 47,000 acres of ground, an area four times as large as Manhattan Island, three times larger than Berlin, and two and a quarter times larger than Paris...Buenos Ayres is now to all practical purposes the metropolis of Latin America, the leader in art, in fashion, and wealth. Her novelists, poets, playwrights are well known all over the Southern Continent, and her abroad-minded, cultured statesmen have brought about the friendliest relations with all her neighbors. (10)

La ciudad – dimensionada por medio su extensión territorial y su número de habitantes – es exhibida como un símbolo de gusto y de riqueza, un lugar de consumo. El enorme mercado que representa el centro urbano en rápido crecimiento para los bienes



manufacturados de la industria norteamericana no podía ser desaprovechado, en la opinión de Tridon.

La admiración del escritor por Buenos Aires, como la mentalidad que la produce, proviene de la concepción decimonónica de las ciudades modernas como un espacio utópico, un lugar ideal donde la vida pública es racionalizada y organizada a partir de sistemas de transporte, complejos industriales y lugares de esparcimiento.<sup>50</sup> Éste era precisamente el efecto que las clases altas porteñas buscaban producir en el observador extranjero. El futurismo étnico del discurso de Sáenz Peña, citado anteriormente, estaba íntimamente conectado con lo que la Buenos Aires de principios del siglo XX representaba: “un lugar virtual, del porvenir: Futuram civitatem inquirimus” (Ramos, Desencuentros 221).

Resulta significativo, además, que el articulista norteamericano, para probar el grado de “civilización” del lugar, liste a los intelectuales para demostrar la valía de la ciudad. En otras palabras, el prestigio de la urbe proviene además de la *intelligentsia* sobre la que ésta se sostiene. Ésta sería lo que en la crítica latinoamericana conocemos como la “ciudad letrada”, un equipo intelectual nacido en la colonia encargado de “facilitar la jerarquización y concentración del poder”, para citar la tradicional definición del concepto acuñado por el crítico uruguayo Ángel Rama (23). La ciudad comercial-burocrática, como la llama el historiador James Scobie se establece en la relación entre la emergencia de signos de progreso en la ciudad real y la ciudad letrada.

Este capítulo justamente se centra en la construcción de concepciones sobre Buenos Aires. El artículo citado anteriormente es una pequeña muestra de un extendido

---

<sup>50</sup> Para un detallado análisis de historia cultural sobre la transformación de Buenos Aires en un espacio público burgués ver Gorelik, Adrián. La grilla y el parque espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

discurso sobre la fantasía de la ciudad moderna que emergía en el sur de América. Para el hispanoamericanismo, Buenos Aires fue un tropo en su discurso identitario transnacional. Las odas al progreso de la capital argentina que se repetían en la prensa española dan razón al escritor del New York Times, la relación de las letras españolas con la ciudad del Plata era de un coqueteo constante, una lluvia de halagos sobre su sistema de transporte, sus espacios públicos, su sistema de higiene y sus intelectuales. Como la diplomacia norteamericana, el hispanoamericanismo entendía la ciudad como un enorme mercado a ser conquistado, como fue abordado en el primer capítulo a partir del trabajo del *cultural broker* catalán Federico Rahola y el grupo de la revista comercial Mercurio. Pero para los letrados españoles, Buenos Aires era más que una crucial posición comercial, era un símbolo de la modernidad hispana. La ciudad era, para el campo cultural español, un lugar sobre el cual mirarse a sí misma en la historia y reencontrarse con su imagen imperial distorsionada por las crisis del fin de siglo.

En la intersección de estas dos dimensiones de la ciudad, el hispanoamericanismo desplegó su discurso racial como forma de regenerar la nación tanto en lo simbólico como en lo comercial. Sobre esta intersección tomó forma la agenda del grupo de intelectuales de la Universidad de Oviedo, liderados por el historiador Rafael Altamira. Los letrados españoles, a partir del discurso de la raza hispana centrado en Buenos Aires, se lanzaron a la reconstrucción de la hegemonía cultural española en Argentina, como puerta de entrada a una mayor influencia la comercial y diplomática. En otras palabras, los intelectuales ovetenses no consideraban que los simbólico y lo comercial fueran campos paralelos, sino que las relaciones culturales le antecedían a todos los esfuerzos mercantiles.

Vale la pena recordar que, como movimiento descentralizado, el hispanoamericanismo funcionó por medio de diversas organizaciones que compartían los mismos parámetros discursivos y los mismos intereses en estrechar la “intimidad” hispanoamericana a pesar de representar diferentes tendencias políticas y regionales. Al interior de las fronteras, sin embargo, estas divergencias representaban posiciones irreconciliables que buscaban cooptar por completo el discurso de las relaciones con América, como profundizaremos al final del capítulo. Dentro de estas diferencias, los intelectuales de Oviedo, quienes buscaban constituirse como clase dentro del panorama político, buscaban allanar espacios al estado definiéndose como los llamados a dirigir las relaciones diplomáticas de la nación y, a partir de éstas, contribuir al proyecto noventayochista de combatir la degeneración y la imagen decadente de la Península en el exterior.

Como en los casos anteriores, el discurso hispanoamericanista de Oviedo toma la forma de un viaje de investigación sobre la nación americana y la construcción de redes sobre las cuales poner a funcionar una agenda concreta. El profesor de sociología Adolfo Posada, en su obra La república Argentina. Impresiones y comentarios (1912), objeto de este capítulo, apropia retóricamente la ciudad como una representación de la misión civilizadora española en América. El viajero ovetense, localiza las características étnicas hispanas como el origen de la modernidad argentina buscando antagonizar la intervención del “sajonismo” y reestablecer la influencia española en la producción de significados en la cultural local. Como ha sido ampliamente discutido por historiadores como Isidro Sepúlveda en su obra El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo, este discurso pretendía reubicar a España como poder civilizador que se

proyecta sobre su zona histórica de influencia para consumo de públicos peninsulares y europeos, en general.

En un juego que muestra la ambigüedad del poder colonial, la mirada del viajero ilustrado apropia y acapara la antigua colonia como réplica de sí mismo, mientras la rechaza por esta misma calidad de copia que le ha adscrito. Siguiendo la teoría sobre la mímica (*mimicry*) formulada por el crítico indio Homi Bhabha, este capítulo se enfoca en la forma en la que Posada revitaliza el poder jerarquizante del discurso colonial. En específico, cómo las descripciones sobre Buenos Aires reflejan la misión civilizatoria española y, simultáneamente, se centran en el carácter mimético de la ciudad para volverla alteridad. La ciudad, como copia, solo puede tener sentido con referencia al modelo que espera reproducir. Su repetición, sin embargo, no será ya arquitectónica. La escritura del viajero regresa la ciudad a la ambivalencia mimética del deseo colonial por medio de la descripción de una carencia de tradición, en el sentido en que ha definido este concepto Eric Hobsbawm.<sup>51</sup> Las negociaciones de estos *cultural brokers* con su contrapartida argentina, la Universidad Nacional de La Plata, estuvieron dirigidas a la incorporación de la intelectualidad peninsular en la investigación, la escritura y enseñanza de la historia argentina. Al afirmar su influencia sobre La Plata, los intelectuales viajeros ovetenses buscaban tomar “la joya más preciada de la ciudad letrada”, como afirma Ángel Rama a las universidades latinoamericanas (*Ciudad* 80).

En el primer apartado de este capítulo, a partir de la narración de Posada y de los documentos hispanoamericanistas de otro profesor ovetense, Rafael Altamira, mostraré la

---

<sup>51</sup> Como lo define Eric Hobsbawm en su conocida obra *The Invention of Tradition*, “‘Invented tradition’ is taken to mean a set of practices, normally governed by overtly or tacitly accepted rules and of ritual or symbolic nature, which seek to inculcate values and norms of behavior by repetition, which automatically implies continuity with the past” (Hobsbawm 1).

construcción de redes entre las universidades de Oviedo y La Plata. Estos dos grupos intelectuales buscaron constituirse como clase en contraposición al estado por medio de la “autonomía universitaria” y el valor agregado de la ciencia. Ángel Rama entiende ésta como “una típica estrategia del ascenso social de un nuevo sector o clase que busca alcanzar una instancia de poder” (80). Aquí veremos cómo la “ciudad letrada” construyó el capital social y cultural para ampliar su intervención en los asuntos estatales por medio de alianzas transatlánticas. El relato del profesor Adolfo Posada de su viaje a Buenos Aires en 1910, da cuenta detallada del proyecto de la universidad de Oviedo y funciona dentro de éste como uno más de los artefactos usados por el hispanoamericanismo para producir y distribuir una narrativa histórica lineal sustentada en el discurso de la raza hispana.

El segundo apartado de este capítulo será dedicado a las observaciones de Posada sobre el movimiento en Buenos Aires como rasgo característico de la modernidad de la que es capaz la raza hispana. Una vez Posada liga retóricamente modernidad, movimiento y raza, el profesor ovetense realiza una apropiación retórica de Buenos Aires, el espacio moderno más impresionante del mundo hispano. Como lo muestra Julio Ramos en su trabajo Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX, para la generalidad los cronistas europeos que narran la urbes latinoamericanas, las miradas que Posada registra de sus recorridos, como *flâneur*, no son una simple documentación de las transformaciones modernas de la ciudad, buscan representarla, mapearla, e incluirla en una narrativa colonial como forma de dominarla.<sup>52</sup>

---

<sup>52</sup> Walter Benjamin, en su trabajo clásico The Writer of Modern Life: Essays on Charles Baudelaire, dedica un apartado a la definición del *flâneur*. Para el intelectual alemán, “the *flâneur*... is as much at home among the facades of houses as a citizen is in his four walls. To him the shiny, enamelled signs of businesses are at least as good a wall ornament as an oil painting is

El argumento del viajero, en su observación de la ciudad, puede ser resumido de la siguiente manera: si españoles y argentinos forman parte de la misma raza, de alguna forma los españoles crearon la moderna ciudad de Buenos Aires, lo cual a su vez muestra cómo los españoles son una raza apta para el progreso y no hay un sustento real para las representaciones de la nación por medio del discurso de la decadencia racial.

Sin embargo, ubicar a Buenos Aires como el lugar moderno por excelencia dentro del mundo hispano invertía completamente las jerarquías culturales coloniales que Posada buscaba justamente reverberar. El tercer apartado de este capítulo se enfocará, en la crónica urbana sobre la Argentina del Centenario como forma de reinterpretar, redefinir y renegociar las diferencias entre la antigua metrópolis y la moderna excolonia por medio del concepto de “tradición”.

Para recobrar su lugar en el contexto internacional y, simultáneamente, revitalizar las jerarquías coloniales, Posada encuentra en la falta de “tradición” de Buenos Aires, una característica que la hace incompleta e inadecuada. Por ese motivo, las representaciones de la ciudad como un territorio joven e inmaduro deben ser reforzadas como forma de producir el deseo de tutelaje intelectual que buscaba el *lobby* ovetense. Solamente, sugiere la narrativa de Posada, con la ayuda del profesorado español será posible reubicar a la tradición cultural colonial en el centro de la identidad nacional y la historia argentina.

Por su parte, el campo cultural latinoamericano, como hemos visto a lo largo de este trabajo, se encontraba preocupado por controlar el “caos” urbano de la modernidad

---

to a bourgeois in his salon” (37). Éste modelo del escritor en el capitalismo urbano moderno, pasea las ciudades para diseccionarlas y establecer una fisiología de los tipos sociales que las habitan. El Propio Posada define su método investigativo a través de este vocabulario: “doy un gran valor, para interpretar el momento social de un pueblo, al estudio que permiten hacer los *flaneos* bien intencionados y bien dirigidos” (República 237).

con discursos de origen. La búsqueda del pasado en el esteticismo clasicista latinoamericano cobra su máxima expresión en el movimiento arielista de entre siglos. Este espacio es aprovechado por la crónica urbana de Posada que quiere suplir las necesidades retóricas de la intelectualidad latinoamericana que intentaba curar la fragmentación identitaria de su modernidad postcolonial.

Pero más aún, en el esteticismo de corte racialista de Rodó se encuentra la condición de posibilidad de construir la narrativa histórica transatlántica por contraposición al imperialismo materialista del sajonismo. Definir el ser hispanoamericano moderno en oposición a la modernidad de “ellos”, abre una nueva forma de relación entre el intelectual, el poder y la política en el mundo hispano.<sup>53</sup> La crítica a la modernización, le permitió a los intelectuales transatlánticos establecer su influencia sobre la vida pública pues, como lo afirma Julio Ramos, “la literatura, precisamente por su reclamo de autonomía del poder económico, se convertiría en el dispositivo básico de una ideología antiimperialista” (Desencuentros 124).

Como en los capítulos anteriores, el apartado final dará cuenta de las negociaciones que los viajeros ovetenses realizaron a su regreso a España. El capital político y cultural acumulado tras su estancia en América, acercó a estos profesores a instancias de poder en las que su agenda tenía la oportunidad convertirse en políticas de estado. Sin embargo, la amenaza que representaba la disensión académica para un estado

---

<sup>53</sup> La crítica tradicionalmente ha conceptualizado este momento como el abandono del positivismo y la fundación del espiritualismo como discurso antimoderno. En las redes institucionales y discursivas transatlánticas establecidas por los intelectuales argentinos y españoles, existe una constante oscilación entre sus posturas más positivistas y este espiritualismo. Como afirma Óscar Terán en Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo, La intelectualidad del momento intentó balancear la ciencia como interpretación e intervención de un orden social desagarrado que las humanidades, en su nuevo papel de crítica de la modernización, intentaron constantemente subsanar.

centralizante, como el de la Restauración, hizo que las políticas de Oviedo fueran cooptadas por el aparato diplomático formal, relegando a los profesores a su función tradicional bajo la vigilancia de instituciones como la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE).

### **3.1 Lo único que hoy tiene España para guiarse**

El viaje de Adolfo Posada a la Argentina fue promovido como parte de la agenda del llamado “Grupo de Oviedo”. Ante la crisis nacional del cambio de siglo, los intelectuales congregados en la Universidad de Oviedo a principios del siglo XX – entre ellos, Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Fernando Canallejas, Rafael Altamira y, por supuesto, Adolfo Posada – definieron una estrategia de intervención centrada en la academia como motor de transformación institucional. Al igual que el grupo catalán de Mercurio, con el que compartieron una gran cantidad de posturas teóricas y estratégicas, este conglomerado de académicos pertenecientes a la elite letrada liberal-reformista se consideró a sí mismo como agente de regeneración nacional.

Ideológicamente cercano al grupo de Rahola y Puigdollers, los académicos de Oviedo abrazaron el regeneracionismo – la posición política que se enfrentó a los diagnósticos de incapacidad esencial de raza hispana para adaptarse a la civilización moderna – en su sentido más pragmático y científicista. Para modernizar España, el grupo de Oviedo ofreció “soluciones concretas a problemas concretos, casi todas de carácter económico y educativo” (Pelosi, Altamira 56). El pragmatismo científicista de sus propuestas estuvo inspirado en el positivismo decimonónico con el que comulgaban la mayoría de sus miembros. Su intención fue emplear la retórica del hispanoamericanismo como forma de persuasión política y usar ésta como un medio para



negociar planes concretos que redundaran en la recuperación de la “salud” política, cultural y económica española.

La versión del hispanismo albergada en Oviedo estaba fundida con la ideología liberal y pedagógica decimonónica conocida como “krausismo”. Esta versión marginal del idealismo alemán se basó en la sistema filosófico de Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). Krause presenta los principios de su ontología en su obra La idea de la humanidad (1811). En este trabajo, con características de misticismo, el filósofo alemán construye un sistema de pensamiento totalizante que pretende ser una tercera vía entre el teísmo y panteísmo como explicaciones de la relación entre Dios y el mundo. De la inmanencia del creador se desprenden una ética y una política de corte liberal. En éstas, construir y proteger una esfera de derechos individuales para hombres y mujeres es un imperativo, la naturaleza es considerada como un sujeto de derechos y la libertad de cátedra y de credo son considerados pilares de la vida social. A pesar de que los profesores de Oviedo poco debatieron los complicados principios ontológicos que soportaban el sistema teórico krausista, la producción de instituciones liberales pensadas a partir de éstos, especialmente las educativas, guiaron la agenda el rumbo de la institución académica durante décadas.<sup>54</sup>

---

<sup>54</sup> Tan poca importancia tuvo la obra concreta de Krause que incluso Leopoldo Alas “Clarín”, en su etapa de profesor de derecho natural en la Universidad de Oviedo, confesó haber leído muy poco al filósofo alemán. Su krausismo, como el de sus colegas de Oviedo, tenía muy poco de Krause y de filosófico y mucho de liberalismo. Como lo describe Rafael Altamira, el krausismo fue “la representación de todo lo liberal, de todo lo progresivo”. La definición de este sistema, continúa Altamira, “se traducía en una actitud liberal en lo político, reformista en lo social y abierta en lo intelectual” (citado en Pelosi, Altamira 59).

El krausismo jugó un papel crucial en la organización de una *intelligentsia* disconforme ante la represión intelectual de la Restauración canovista.<sup>55</sup> Al aprobar la “Segunda cuestión universitaria” basada en la enseñanza obligatoria del dogma católico y monárquico, el gobierno condujo un proceso de depuración política de la intelectualidad disidente a lo largo de la Península. Varios académicos de Oviedo, quienes se negaron a acatar la norma, fueron objeto del nuevo sistema disciplinario y resultaron expulsados de sus cátedras (53).

El liberalismo krausista se hizo trinchera en la guerra entre el grupo de Oviedo, que lideró a la academia española en general, y el impositivo y tradicionalista aparato burocrático estatal. Los académicos defendieron la libertad de cátedra y los principios liberales frente a la progresiva conservadurización de las estructuras estatales. La universidad fue un bastión del liberalismo en la polarizada España de principio de siglo XX y, como tal, buscó apropiarse del vocabulario del regeneracionismo y de su capacidad de persuasión. La comunidad académica de Oviedo propuso. En un artículo titulado “Los krausistas” y publicado en 1906 por la revista España, Rafael Altamira afirma que un liberalismo político sustentado en los valores históricos de la raza hispana era “lo único que hoy tiene España para guiarse” (citado en Pelosi, Altamira 59).

---

<sup>55</sup> A pesar de esto Marcela García Sebastiani advierte sobre lo sesgos que produce entender la Restauración únicamente como un un régimen conservador, monárquico y católico. En su lugar, la investigadora argentina sugiere ver este periodo político como un proceso histórico de “larga duración”. España, como otras naciones europeas, experimentó una serie de fórmulas y soluciones para los problemas de la vida política, el orden público y el control social. Esta lectura “normalizada”, concidera García Sebastiani, “permite ahondar en las huellas de un diálogo, real o cruzado, pero reformista “con los otros” que se proyectaría ... con altas dosis de pragmatismo en la Argentina del Centenario”. Y, sobre todo, proporciona nuevos elementos para abordar una coyuntura de especial diálogo entre intelectuales y políticos españoles y argentinos” (861).

Por otra parte, los intelectuales argentinos agrupados alrededor de la recientemente creada Universidad Nacional de La Plata, compartían con el grupo de Oviedo los principios ideológicos básicos que los inspiraban. Joaquín V. González, diputado, senador y ministro del interior de la segunda presidencia de Julio A. Roca, fundó el claustro platense en 1905. En torno a su influyente rectoría, González reunió a un grupo de intelectuales inspirados en el reformismo y las corrientes científicas europeas, entre ellos Carlos Octavio Bunge, Ernesto Quesada, José Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, el socialista cántabro-argentino, Enrique del Valle Iberlucea, y el krausista catalán, Luís Ricardo Fors.

La Plata representa un hito importante en la transición “de rastacueros a expertos” en el pensamiento argentino, para ponerlo en palabras de Andrés H. Reggiani. Aunque González en su momento presentó a La Plata como la mejor forma de rescatar las tradiciones educativas coloniales, al continuar los procesos de las universidades de Buenos Aires y Córdoba, lo cierto es que su visión de lo que debería ser la universidad representaba una ruptura con el pasado. La Plata dejaba de lado la retórica clasicista como fundamentos de la educación para dar mayor peso a las ciencias.

Como lo describe Ricardo Salvatore en su trabajo Los lugares del saber, las instalaciones mismas del campus hablaban de la moderna concepción de la educación que tenía González. Como rector, el intelectual presidió la construcción de un museo de historia natural, la creación de una facultad de ciencias físicas y el surgimiento de las escuelas de pedagogía y agricultura.<sup>56</sup> El proyecto político de la Universidad de La Plata

---

<sup>56</sup> En Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina, Fernando Degiovanni analiza las transformaciones empistemológicas en la Argentina del Centenario en relación con las tensiones políticas del momento. Los nuevos intelectuales, como José Ingenieros y Ernesto Quesada, representaron la llegada del científicismo como remplazo de

consistía en la consolidación de una clase emergente que, producto de su labor pedagógica, compitiera por los espacios de poder con las elites más tradicionales. La clase dirigente, conceptualizaban los intelectuales platenses, debía ser universitaria y pensadora, al contrario de la plutocracia del *trust* y del latifundio desinteresada de la causa común.

Sin embargo, como lo muestra Eduardo Zimmermann en Los liberales reformistas, la apertura política que buscaban estos ideólogos no era tan extensa ni tan democrática. La movilidad social que conceptualizaban los académicos se reducía precisamente a esa aristocracia formada en los más avanzados métodos científicos, la erudición cultural y el rigor académicos. Pero además, los llamados a gobernar debían tener los más “puros orígenes de la raza”. La clase dirigente, formada en la cultura científica, debía emerger de la mezcla racial formada por el criollo y el inmigrante, que en su multiplicación eliminaría completamente los elementos africanos e indígenas de la nación. Para González, ésta sería “un tipo nuevo y definitivo que acumule sobre las cualidades originarias de la raza, en sus fuentes ancestrales más puras, las mejores de otras que han conservado incontaminadas” (González, Juicio 149).

Resulta ahora clara la comunión intelectual y de intereses entre la Universidad de Oviedo y su similar de La Plata. En ambos casos hay un intento de estos nuevos intelectuales de organizarse como clase social y, basados en el prestigio y la legitimidad del discurso científico, escalar hasta posiciones de poder desde las cuales desarrollar sus

---

la cultura de erudición clásica en la intelectualidad argentina. En este nuevo paradigma epistemológico ya no era necesario dominar la educación humanística, como lo mantenían intelectuales de la talla de Miguel Cané, sino la lengua especializada del análisis social. De esta forma, el claustro platense formaba los expertos científicos que la formación de la nación moderna requería y que, desde hace años, eran la prioridad de instituciones en Europa y Estados Unidos.

agendas. En ambos casos, los intelectuales fluctuaban fácilmente entre los círculos políticos y el claustro universitario. Tanto González como Altamira tuvieron cargos en los que se encargaron de la administración de la educación y del diseño de su contenido, sin contar con que ambos formaron parte del cuerpo legislativo en sus respectivas naciones.

Esta comunión de intereses existía incluso antes de su encuentro en Buenos Aires, González y los suyos ya conocían y admiraban la labor intelectual y política de Altamira, Posada y los demás del grupo de Oviedo tanto en la Universidad como en el Instituto de Reformas Sociales, para el que también trabajaron. A su vez, los intelectuales ovetenses admiraban el proyecto de reforma laboral que González desarrolló en 1904 desde su posición de director del Departamento Nacional del Trabajo, el cual comentaron al detalle en diversos artículos y textos.<sup>57</sup>

### **3.1.2 Patriotas prácticos**

A partir de este interés letrado por consolidarse como clase social con acceso al poder, el grupo de Oviedo planeó y ejecutó su agenda regeneracionista de espaldas al estado, como ya lo hubieran hecho los industriales catalanes de Mercurio. En su obra España y el programa americanista, Rafael Altamira justifica este proyecto, señalando el espacio político en el que se pretendían ubicar los intelectuales liberales españoles, arguyendo que hay tres clases de asuntos políticos: los que puede resolver el gobierno por su propia cuenta, los que debe resolver en negociaciones con otros, como los asuntos

---

<sup>57</sup> Para mayor información sobre las intersecciones entre la Universidad Nacional de La Plata y la Universidad de Oviedo ver Prado, Gustavo H. Rafael Altamira en América, 1909-1910: historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo. Vol. 11. Editorial CSIC-CSIC Press, 2008; García Sebastiani. Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina. Madrid: Editorial Complutense, 2011; Macciuci, Raquel. La Plata lee a España. Literatura, cultural, memoria. La Plata: Ediciones del lado de acá, 2011.

diplomáticos, y los que “sólo puede resolver la iniciativa privada de las fuerzas sociales, por referirse a empresas, negocios, acuerdos, etc., del orden económico o intelectual, que no cabe mandar desde la Gaceta” (40). Para Altamira, esta tercera clase de asuntos, entre los que se cuentan las relaciones intelectuales y culturales con América, era de carácter privado y competía exclusivamente a ciudadanos preocupados por el colectivo. Entre estos cuenta el historiador a capitalistas, navieros, productores, comerciantes, profesores, padres de familia interesados en la educación de sus hijos y españoles preocupados por el porvenir de su idioma y civilización.

Teniendo en cuenta esto, la misión del profesorado español era convertirse en lo que Altamira llamó “patriotas prácticos”, aquellos que

dándose cuenta del interés que para todos tiene la intimidad hispano-americana, la preparasen, apartándose de los peligrosos caminos de la política ordinaria, para fundarla y hacer obra patriótica en lo no político, que es, al cabo, y en el fondo, mucho más político que lo llamado estrictamente así. (Discurso 42)

Los liberales reformistas de Oviedo dejarían la atalaya de la cátedra universitaria, para desarrollar prácticas que les permitieran influenciar las decisiones del gobierno y, de esta forma, involucrarse en la administración pública, pero al margen de la política tradicional. Estos intelectuales esperaban servir al estado buscando espacios, ideológicos y administrativos, que desde el interior les permitieran influir en su modernización y en la establecer las relaciones con Hispanoamérica como una prioridad diplomática. Como lo afirman los historiadores Gabriela Dalla-Corte y Gustavo Prado, en su trabajo conjunto

“Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)”,

este tipo de proyectos venían a interpelar directamente a los políticos caudillistas de la Restauración que, inmersos en la pequeña política y abocados a sostener un sistema corrupto y excluyente, habían desatendido la agenda de los verdaderos intereses de España (5-6).

En el simbólico año de 1898, Altamira es encargado de ofrecer la lección inaugural del claustro ovetense. El académico estructura su intervención como una respuesta a la pregunta por el papel de la academia en la regeneración de la nación española. El profesor alicantino pregunta, específicamente, “¿qué puede hacer la Universidad en la obra presente de reforma interna y de restauración del crédito nacional en el exterior?” (6). En su discurso, Altamira define la agenda del grupo de Oviedo ante la crisis española a partir de la labor académica de “restaurar el crédito de nuestra historia, con el fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada (7). Como un ideal para la universidad española en general, Altamira propone una intervención sobre la escritura de la historia nacional como forma de transformar interna y externamente al pueblo español.

Más aún, su respuesta a la crisis es la implementación de una serie de prácticas publicitarias para mejorar la imagen de España al interior de la nación y fuera de ésta.<sup>58</sup>

---

<sup>58</sup> El historiador alicantino combatió durante su carrera las críticas hispanóforas que durante siglos proclamaban la inferioridad racial española, la inferioridad de sus instituciones y la brutalidad de su colonización en América. De entre todos los escritores que dieron forma a la llamada “leyenda negra”, Altamira se enfocó en un oscuro dramaturgo francés llamado Auguste Michel Gaudichot Masson. En diversas ocasiones Altamira responde a una pregunta hecha por Masson: “¿Qué se debe a España en la obra civilizadora del mundo?” El artista francés reproducía un discurso de inferioridad congénita al responder a su propia pregunta afirmando que nada se debía en la civilización humana a España. La insistencia de Altamira en contestar se debe

La retoma de la hegemonía cultural en América sería el pilar de éstas, como lo muestra la conclusión de su lección inaugural del 98:

la Universidad no debe olvidar, al enaltecer la preferencia de la obra interior en los pueblos, que España no es una personalidad aislada en el mundo, último vástago de una familia agotada: sino que, por el contrario, tiene descendencia en numerosos pueblos, hijos de ella por la sangre y por la civilización, en quienes alienta el mismo espíritu fundamental de la gente española. (40)

El argumento de una continuidad racial con América, en especial con Argentina, va a ser usado como paliativo contra la posición inferior en que el racismo científico ubicó a la nación española. Altamira esperaba devolver la fe al pueblo español, resaltando su labor colonizadora como el fundamento de la prosperidad y la modernidad alcanzadas por la nación suramericana.

Altamira advierte, sin embargo, que la recuperación del pasado no podía ser ofrecida como capital al conservadurismo estatal y a su versión del hispanoamericanismo. En otras palabras, el intelectual buscaba crear un mito colonial de carácter liberal para la nación-imperio moderna española. Por eso, advierte, los intelectuales debían

evitar discretamente que esto pueda llevarnos una resurrección de las formas pasadas, a un retroceso arqueológico, debiendo realizar nuestra reforma en el sentido de la civilización moderna...y se prosiga de acuerdo a la modalidad de la época, la obra sustancial de nuestra raza. (7)

---

a que si nada en el progreso humano era debido a España, ésta sería en efecto una nación incivilizada y que no debería ser contada dentro de las naciones civilizadoras europeas. La misión de los intelectuales, concluye Altamira en su discurso de apertura, es “probar el valor real de la historia española y contestar afirmativamente aquella insultante pregunta de Mr. Masson” (Altamira, Discurso 8).



Cualquiera que fuese la nueva narrativa histórica propuesta por el grupo de Oviedo para la España moderna, ésta evitaría legitimar estructuras de poder antiguas que por su estructura y métodos retardarían la entrada de la nación en la tan anhelada modernidad.<sup>59</sup>

Al mismo tiempo, nota Altamira, este mito era poderoso pues no solo servía para mejorar la autoestima nacional, sino porque la redefinición de la historia española en términos raciales crearía un vínculo poderoso con las antiguas colonias. Es justo ahí donde Altamira posiciona el papel modernizador de la universidad. Provista de una racionalidad superior, considera que la academia española es el lugar donde naturalmente debía tener lugar el diálogo sobre las relaciones internacionales y donde se reconstruiría el papel hegemónico español al recuperar la influencia cultural en las naciones surgidas de su antiguo imperio.

Ahora bien, teniendo en cuenta que las relaciones intelectuales entre América y España fueron casi inexistentes a lo largo del siglo XIX, la agenda de Oviedo requeriría una portentosa maquinaria de *lobby* con el fin de doblar las resistencias que el campo cultural latinoamericano había presentado a la influencia intelectual española desde las Independencias. Por este motivo, como lo entiende Altamira, las relaciones intelectuales con América no podían seguir siendo llevadas a través de la mera correspondencia.

Haciendo referencia tácita a la compleja red epistolar que ya tejía Unamuno entre

---

<sup>59</sup> La forma de narrar e interpretar la historia colonial española fue un problema abordado por muchos de los escritores peninsulares en el cambio de siglo. La opinión de Altamira es muy cercana a la esbozada por Emilia Pardo Bazán en una conferencia dada el 18 de Abril de 1899 en la “Sociedad de Conferencias de París” en el marco de Exposición Universal de 1900. En ésta, Pardo Bazán más allá de repetir la inexactitud de “leyenda negra” se enfoca en los peligros de su contrapartida la “leyenda dorada”. Esta apoteosis del pasado, como la llama, oblitera la creación de nuevas glorias para la Península. Los españoles, asegura la escritora, han “creído que bastaba evocar las blancas carabelas de los conquistadores para conservar las conquistas”. Como Altamira, Pardo Bazán señala además que las versiones conservadoras de este pasado colonial son arsenal para fuerzas destructoras como el partido carlista que sostiene su “mesiánica esperanza” en el romanticismo leyendista.

Salamanca y las grandes figuras intelectuales del “Nuevo Mundo”, Altamira impele a la Universidad de Oviedo a ir más allá de la de la “comunicación a distancia.”<sup>60</sup> “Haría falta algo más – continúa el alicantino – el trato directo, la convivencia más o menos larga entre las personas que por su cultura pueden constituir elementos directores” (51).

Inspirado en estas nociones, el grupo de Oviedo se propuso desarrollar un viaje propagandístico a América que permitiera la convivencia y el intercambio de ideas entre las elites intelectuales de ambas naciones y, más importante, captar adeptos a su agenda del lado latinoamericano.

### 3.1.3 Los viajeros de Oviedo

Reiterando su intención de influir en las políticas estatales sin contar con la participación directa del estado, la Universidad de Oviedo lanzó el proyecto de recorrer América por su propia cuenta, rechazando incluso la financiación ofrecida por un grupo de políticos y respaldada por el periódico madrileño El Imparcial.<sup>61</sup> La independencia económica del viaje era fundamental para mantener el carácter “apolítico” del grupo de Oviedo.

---

<sup>60</sup> En Constelaciones Unamunianas. Enlaces entre España y América (1898-1920), Claudio Maíz calcula el tamaño de la red epistolar de Miguel de Unamuno en más de cuatrocientos corresponsales latinoamericanos. En esta obra, Maíz da cuenta del proyecto unamuniano que entre 1898 y 1920 construyó una comunidad imaginada – la “Patria Intelectual” – basada en la “ciudad letrada” en expansión transatlántica. Este proyecto, además, buscó hacer oposición al proyecto intelectual francés conocido como “Republica Mundial de las Letras”, que tenía por capital la ciudad de París (14-15).

<sup>61</sup> En 1909 el periódico madrileño El Imparcial, sin consultar con los académicos ovetenses, lanzó una campaña para recolectar fondos para subvencionar el viaje a América de Altamira. Los comunicadores incentivaban las donaciones privadas y demandaban aportes del estado español. La petición del periódico caló entre algunos senadores que empezaron a tomar interés por el trabajo de los intelectuales de Oviedo. Fernando Canallejas, rector de la universidad, debió rechazar los aportes reunidos por el periódico y la colaboración política (Dalla-Corte y Prado, *Universidad* 324). Esto por supuesto tuvo repercusiones negativas para las relaciones de la universidad, sin embargo el proyecto debía mantener su carácter autónomo para llevar a cabo negociaciones a posteriori con el estado, como veremos fue el caso.

Los intelectuales ovetenses no buscaban, sin embargo, marginalizar completamente al estado en materia de política educativa, cultural o exterior. En el largo plazo, el grupo de Oviedo consideraba imposible la concreción del hispanoamericanismo sin su participación. Ésta, sin embargo, debía limitarse a la financiación de las universidades españolas, la coordinación de la estructura burocrática e ideológica necesaria para construir una comunidad académica panhispanica y el subsidio de las actividades de “formación” de la emigrantes, como vimos anteriormente lo propusieron los intelectuales hispanoamericanistas de Mercurio. En otras palabras, los intelectuales liberales de Oviedo proponían plena intervención estatal a la hora de otorgar recursos materiales y burocráticos mientras esperaban marginarla por completo del diseño de la política exterior. Haciendo, además, la salvedad de que para que el estado restaurador pudiera liderar tal política debía ser ampliamente reformado.

Desde el año del “desastre colonial”, tomó una década a la Universidad de Oviedo consolidar su proyecto de diplomacia intelectual. El 31 de diciembre 1908 la Universidad, por intermedio de su rector Fermín Canella y Secades (1849 – 1924), se comunicó con las universidades más reconocidas, los ministerios de educación y los intelectuales más influyentes de Latinoamérica para ofrecer la visita del profesor Rafael Altamira, en estas palabras:

En nobles vísperas del Centenario de la Independencia de la América Española... tengo el honor de participar a usted nuestro deseo de enviar a América al miembro de esta escuela universitaria, Dr. Rafael Altamira y Crevea, catedrático de Historia del Derecho, a fin de que en México, Cuba, Uruguay, Argentina, Chile, Perú y otros pueblos... pueda dar

conferencias de “Historia de América y de sus grandes hombres”, de “Historia de España”, de los “problemas morales y políticos de España y sus antiguos Virreinos”. (Mi viaje 5)

Como vimos en el capítulo anterior, el hispanoamericanismo entendió la conmemoración de un siglo de vida independiente en América como una fecha estratégica, debido a que la celebración demandaba la producción de narrativas e iconografías que construirían una religión cívica para las naciones americanas. Por demás está resaltar la clara intención de los de Oviedo en allanar los espacios de producción histórica en América Latina. Éstos no se limitan a la historia colonial, el ofrecimiento parte de la arrogancia de suponer que el aparato epistemológico español es capaz de contar a los americanos su propia historia.

A pesar de esto, muchas instituciones americanas respondieron al llamado. Altamira partió en misión publicitaria para América en junio de 1909. Su viaje lo llevaría por diversos países de la región por el periodo de un año. Sin duda su mayor éxito fue en la Universidad de La Plata, donde su prestigio y sus pergaminos fueron reconocidos por el círculo más selecto de la academia Argentina. El viaje tendría el propósito de “establecer, o por lo menos sugerir, el cambio internacional de profesores y, en su día, el de alumnos” (5). Altamira y los demás profesores de Oviedo confiaban en que el constante flujo de académicos de un lado al otro del Atlántico, permitiría la reconstrucción de los vínculos intelectuales entre la metrópoli y sus excolonias. Esperaban que este intercambio ofreciera la oportunidad de educar a las elites latinoamericanas y, con esta influencia, reconstruir la hegemonía cultural e histórica española en América. El primero de los acuerdos alcanzados entre Altamira y González

fue la apertura de una cátedra que sería ocupada por un profesor enviado desde la Universidad de Oviedo.

Esta posición fue otorgada al año siguiente al profesor Adolfo Posada. En su visita, Posada plasma su perspectiva de Buenos Aires en el relato de viaje que es objeto de este capítulo. En éste, el sociólogo español va a construir una “mirada imperial”, en el sentido acuñado por Mary Louise Pratt, con la que busca apropiarse de la ciudad y reconstruir el prestigio colonial de otrora. A través de esta representación de la ciudad, Posada se dirige a su contraparte porteña, el público intelectual urbano. En la crónica del viaje a la Argentina, Posada se va a enfocar, en la primera parte de la obra, en la narración de sus paseos por Buenos Aires en los que rastrea los signos del “progreso” alcanzado por la ciudad en cien años de vida independiente. Para dedicarse, en la segunda parte, a narrarnos su visita a la “ciudad letrada” sobre la que se sostiene dicho progreso.

Apropiarse retóricamente de la ciudad era fundamental para la empresa ovetense de recuperación del espíritu público español. Buenos Aires, como signo de la modernidad, mostraba las capacidades de la raza hispana para la civilización. Por eso era necesario incorporarla a la narrativa nacional española, pues permitía crear la ilusión de continuidad lineal desde un pasado imperial glorioso hasta los mayores adelantos de la modernidad. Pero si el futuro de la raza tenía lugar en Argentina, su historia y, más específicamente, su tradición se conservaba en la Península, en el “solar de raza”, como lo llamaría más adelante el escritor argentino Manuel Gálvez.

Posada, en el reporte sobre su viaje a la Junta para la Ampliación de Estudios (JAE), resume la conveniente confluencia de intereses que encontró con la intelectualidad americana tras su periplo argentino:

nuestro problema es el de una renovación de una nacionalidad de grandes tradiciones. El problema de estos pueblos nuevos, aunque planteado en términos distintos, puede tener sus analogías psicológicas con el nuestro...En esta situación, todos podemos ganar, acentuando e intensificando esta relación de intimidad intelectual y moral, facilitada, que ya no impuesta, por la Historia, por la lengua y por mil analogías espirituales. (America 85)

En otras palabras, para tomarse la ciudad real era preciso tomarse la ciudad letrada y viceversa. Así, después de analizar la relación que Posada levantó de Buenos Aires, vamos a pasar a la negociación de la enseñanza de la historia argentina y la importancia de la tradición española en ésta, por medio del encuentro de las dos intelectualidades en el arielismo.

### **3.2 Ciudad: movimiento y modernidad**

Posada desembarcó en Buenos Aires una noche de julio de 1910, justo al final de las fiestas del Centenario. Como en el caso de Federico Rahola, al llegar a la ciudad Posada es recibido por los abrazos de “discípulos de otros tiempos” que habían migrado a Buenos Aires. En la emoción que le producen estos recuentros, Posada afirma sentirse “en cualquier puerto español”. Estas emociones se traducen en su primera mirada de la ciudad que observa en Buenos Aires “la continuidad de la patria, de nuestra pobre y querida España” (22).

Sin embargo, el cómodo gesto de apropiación de la observación del viajero colonial – al que ya volveremos – es perturbado por “la agitación de un monstruo”. Pocos momentos después de dejar el puerto camino al centro de la ciudad, Posada nos narra su

fascinación con la “vida nocturna de animación y movimiento, sobre todo por la gran Avenida de Mayo, espléndidamente iluminada y siempre en agitación febril, como cualquier gran arteria de las más grandes poblaciones de mundo” (República 23).

Es justo el movimiento y la velocidad en Buenos Aires los que confirman, en la narrativa de Posada, la llegada de la modernidad a la ciudad del Sur:

El momento actual de Buenos Aires tiene mucho de simbólico, de un simbolismo en grado extremo... Todo hoy allí se mueve y todo parece movedizo, en un movimiento de avance, con la maravillosa disposición de espíritu de quien a todo se atreve para lograrlo todo: si hiciera falta, Buenos Aires no dejaría en sus calles y avenidas piedra sobre piedra: reedificaría cuanto fuese preciso para convertir la ciudad en la mejor del mundo. (34)

En su admiración del movimiento y la velocidad, las palabras de Posada recuerdan la popularidad de la que gozó el “futurismo” entre algunos sectores de la intelectualidad peninsular. La estetización del movimiento en la obra de Posada, hace resonancia con el “Manifiesto futurista” de Filippo Marinetti (1876 –1944). En éste, el incendiario escritor italiano asegura que “la magnificencia del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza, la belleza de la velocidad” (3). En la palabras de Posada, la esencia de Buenos Aires está, entonces, en su constante “movimiento intenso, febril” (29).

Esa impresión de la “City”, como empieza a nombrarla tras su primer parangón con Londres, permanece en la mente del viajero intelectual que abrumado describe el hormigueo constante de “las calles, avenidas, plazas y parques... los ferrocarriles. El

cruzar de los coches y de autos es incesante...el paso por las numerosas líneas de tranvía, con las columnas nutridas de gente” (29). Para “formar una idea del total movimiento de Buenos Aires”, Posada cita una lista tomada de la Inspección General de Tráfico con los detalles de clase y función de los 56.798 vehículos que recorrían la ciudad en 1910 (30).

Pero, por supuesto, los desplazamientos de la modernidad van más allá del uso a gran escala del automóvil. El movimiento moderno incorporaba capitales, bienes, servicios, tecnologías, ideas y personas. Como lo afirma Julio Ramos, a finales del XIX la ciudad “pasa a ser el espacio del acontecimiento, de la contingencia instaurada por el flujo capitalista” (Desencuentros 233). La ciudad moderna es, entonces, ese lugar donde se estos flujos toman corporeidad y donde pueden ser apreciados por la mirada educada del viajero.

Posada se enfoca en el puerto de la ciudad para dar cuenta del movimiento comercial. En éste, el viajero posa su mirada sobre el Mercado Central de Frutos, “lo más simbólico del puerto, y, a través de él de la Argentina entera” (República 38). Ésta “mole inmensa de ladrillo”, que se traga toda la riqueza que produce la tierra fértil de la pampa, es el lugar por excelencia del movimiento de bienes que son llevados al mercado europeo. Este “monstruo” mueve 85.000 toneladas de cereales a diario, complementa con precisión el viajero. Desde otro lugar emblemático de la Argentina de entre siglos, el frigorífico, Posada describe el movimiento de animales congelados que son enviados a Europa. En la crónica urbana de Posada, lo monstruoso de la ciudad, los “signos amenazantes del progreso”, como los denomina Julio Ramos, son conjurados en su estatización. Sin embargo, la cifra, el dato, los regresa al ámbito de la mercantilización de una forma cuantificable y, por tanto, domesticada (Desencuentros 40).



De esta forma, Posada incorpora en su versión de la ciudad el intercambio, ya comentado en los capítulos anteriores, entre materias primas y fuerza de trabajo que conectó a la Argentina al *Atlantic Trade System*. Mientras los bienes agroganaderos salían para Europa, por el puerto mismo llegaban los buques cargados con inmigrantes que venían a ser la fuerza de trabajo necesaria para mantener el flujo de mercancía que demandaba el naciente capitalismo europeo. Posada nota igualmente que el movimiento humano que se concentra en Buenos Aires no responde exclusivamente a la llegada de extranjeros. Citando al director de la Oficina de Estadística Municipal, don Alberto B. Martínez, Posada llama la atención sobre “la fuerza de atracción común a todas las grandes ciudades modernas” (República 60). Como los exhiben las investigaciones de James Scobie en Buenos Aires: Plaza to Suburb, el fenómeno de migraciones internas desde el campo hacia los nuevos espacios urbanos fue, en efecto, otro de los rasgos de la modernidad de la ciudad que para el momento contaba con más de un millón de habitantes.

Ahora bien, continúa Posada, la fuerte maquinaria económica y social que, con Buenos Aires como su epicentro, conectaba la extracción de recursos en la pampa con los mercados en Europa requería a su vez de un principio que iniciara su movimiento. Posada describe con minucia la importancia de las instituciones bancarias que se concentraban en la “City” para servir como “facilitadores de capital, esto es, saltos de agua de *n* caballos de fuerza, para mover la maquinaria agrícola y poner en actividad fecundadora tierra, animales, barcos, fábricas, ferrocarriles y...hombres” (República 40). Los bancos, como observa Posada, ejercieron como intermediarios en “el intercambio de efectos y dineros con la celeridad y seguridad que el movimiento de negocios exige”

(41). El movimiento libre de capitales transcontinentales, otra de las transformaciones producida por la modernidad como fenómeno globalizante, hizo a la Argentina dependiente de sus relaciones financieras con el Imperio británico y determinó su historia a lo largo del XX.<sup>62</sup>

Posada encuentra, además, la aceleración moderna en “el movimiento espiritual por la cultura” que se percibía en la ciudad. La velocidad con la que se movían en las ideas por medio de la prensa sorprende al viajero español. El profesor de Oviedo no ahorra halagos para los magníficos edificios en los que tenían sede los más grandes diarios del país: La Argentina, La Nación – propiedad del general Mitre – La Razón y El País. En estos se producen, relata Posada, enormes tirajes, a veces con dos ediciones diarias.<sup>63</sup> En conclusión, sentencia Posada su versión de la “City”, muy similar a lo que deseaban las elites porteñas, “el movimiento general del mundo trae, al fin, a la ciudad de Buenos Aires a su papel de conquistadora, para la humanidad, de la llanura pampeana”

(59). Es la modernidad, entendida en las distintas formas de movimiento que acabamos de apreciar, la que produce una Buenos Aires que conjura la barbarie del “desierto”, y se

---

<sup>62</sup> El capital británico financió la construcción de la infraestructura argentina que, a su vez, permitió la salida masiva de materias primas y la llegada de mano de obra migratoria de la que anteriormente hablamos. Basado en grandes empréstitos y en el poder de consumo del mercado británico, este fenómeno conocido por la crítica académica como “Informal Empire” hizo dependiente a la economía argentina de sus socios británicos. Para un análisis de este fenómeno a lo largo del siglo XIX latinoamericano ver Brown, Matthew. Informal Empire in Latin America: Culture, commerce and Capital. Oxford: Blackwell, 2008.

<sup>63</sup> En su obra El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna, Adolfo Prieto recoge detenidamente el rápido crecimiento de la prensa argentina de finales del siglo XIX y principios del XX. Para conocer el tamaño del tiraje de diarios y contextualizarlo, Prieto cita el “Handbook of the River Plate” de los hermanos Mulhall. Estos viajeros agregaron a la quinta edición de esta especie de almanaque un apartado sobre la situación del periodismo en la Argentina. En la ciudad de Buenos Aires, decían, “la circulación conjunta de sus veinticinco diarios era de 17.000 copias, con un promedio de 23 copias para cada 100 habitantes, “double the ratio of the United Kingdom and 3 times that of the United States”. El total de publicaciones periódicas en toda la República, sin embargo, no excedía los 3.000.000 de copias mensuales, lo que reducía a 3 el número de ejemplares disponibles por cada 100 habitantes, comparado con 9 en Gran Bretaña, 7 en Estados Unidos, 6 en Francia, 4 en Bélgica y 2 en Italia” (Prieto 25).

convierte en mediadora entre la producción industrial europea y las materias primas periféricas.

Salta a la vista la comparación de esta versión de Buenos Aires vis-à-vis las descripciones de España que para ese mismo momento construía la llamada Generación del 98. Si atendemos a los exagerados discursos de “marasmo” o “abulia”, acuñados por la intelectualidad peninsular para definir la crisis de fin de siglo, encontramos esta extrapolación en la que Argentina es representada por medio del movimiento y la aceleración, mientras España es entendida a partir de la lentitud y el quietismo que se adjudican a su decaimiento racial.<sup>64</sup>

### 3.2.1 “España no es verdad que desaparezca”

La obra de Posada tiene la impronta argumentativa del hispanoamericanismo. El mecanismo retórico es hacer de la historia argentina y su presente una superficie sobre la que España se quiere reflejar a sí misma:

ningún extranjero me parece que puede sentir – advierte Posada – a la manera que siente un español, Buenos Aires: acaso el español es quien en

---

<sup>64</sup> En En torno al casticismo, Miguel de Unamuno populariza la palabra marasmo para interpretar el conflictivo fin de siglo español. Este concepto que, de acuerdo con el Diccionario de la Real Academia, significa parálisis e inmovilidad, le permite al intelectual vasco hablar de los “reajustes íntimos” que la crisis produce en el alma castellana, mientras en su exterior solo muestra quietud (222). El marasmo español es visualizado por Unamuno a través de la imagen de un “pantano de agua estancada”, con esta figura el vasco quiere representar a una sociedad homogénea donde no hay movimiento, excentricidad ni diversidad. Como es bien conocido, su propuesta para impulsar la modernidad en España es permitir el libre movimiento de ideas e influencias por la Península, “abrir de par en par las ventanas al campo europeo para que se oree la patria” (240). Por su parte, Ángel Ganivet en su conocido Idearium español diagnostica “abulia colectiva” como la causante de la crisis finisecular en la Península. El pensador granadino la define como cierta repugnancia al movimiento: “Nuestra nación – afirma – hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo. Nada le interesa, nada la mueve de ordinario” (163). Su solución, que a simple vista parece opuesta al camino modernizador unamuniano, es el encerramiento de la nación en sí misma: “cuan disparatado – asegura – es pretender que nuestra nación recobre la salud perdida por medio de la acción exterior; si en lo poco que hoy hacemos revelamos nuestra flaqueza ¿qué ocurriría si intentáramos acelerar más el movimiento?” (164).

mejor situación está para penetrar en el fondo del ser colectivo de la extraordinaria ciudad cosmopolita. Entre otras cosas, porque no podría menos que ver allí algo suyo, muy de su alma, de su representación en el mundo. (República 30)

El acto de encontrarse a sí mismo en el otro del hispanoamericanismo, forma un reflejo más nítido a partir de la autorizada mirada del viajero. Como vimos en el primer capítulo, esta narrativa, además, corroe la extrañeza que experimenta el inmigrante español y la transforma en familiaridad colonial. Buenos Aires refleja el “alma española” y, por tanto, es su hogar.

La mirada que absorbe la diferencia está, por supuesto, sustentada en el discurso de la raza hispana. El argentino, no es completamente un “otro”, sino una especie de “mismo”, en tanto la colonización española ha operado en él y lo ha hecho capaz de construir una civilización que refleja el carácter hispano. A partir del vínculo racial, Posada realza “la labor de expansión cultural” española, la cual “tiene en la raíz primaria la savia de su raza, la quintaesencia de su espíritu...espíritu que tiene y tendrá su gran función en el mundo, pese a nuestro descenso actual. ¿Demostración?...¡Buenos Aires!” (República 30).

Vemos en este fragmento una metáfora botánica que pretende darle cuerpo a la relación racial entre la colonia y la metrópolis. Esta metáfora que atraviesa todo el discurso del hispanoamericanismo, representa a España como el tronco o la raíz y a América como la savia. El primero es el cimiento, el basamento, y la segunda es el “bálsamo” que partiendo de él lo rejuvenece. La frescura de América, su juventud, refresca la imagen de decadencia que tenía España. Pero, además, Buenos Aires permite

mostrar las bondades de su historia colonial, tan atacada por los nuevos imperios. El uso de esta metáfora para asimilar el “progreso” americano dentro de la matriz colonial queda más claro aún en las palabras que ofrecerá el alcalde de Madrid a la Ciudad de México en 1919: “El viejo árbol tiene vanidad de las ramas que saben adornarle con hojas verdes y nuevos frutos” (citado en Marcihacy 220).

En suma, si españoles y argentinos pertenecen a la misma raza, Buenos Aires refleja las capacidades raciales de los españoles: “El español de acá – continúa Posada – no puede menos de ver con regocijo que su raza, en Europa debilitada, resurge allá potente” (República 32). Otro intelectual, el abogado Rodolfo Reyes, resume este argumento clásico del hispanoamericanismo en su conferencia de 1925 sobre el crecimiento económico americano al afirmar: “España no es verdad que desaparezca si su raza se eterniza en América” (citado en Marcihacy 222).

Al reflejarse a sí misma en Buenos Aires, la intelectualidad española del hispanoamericanismo reorganiza la narrativa colonial que cuestionaron las preguntas, las previsiones y los diagnósticos de M. Masson, Lapouge, Salsburry y los demás teóricos y políticos hispanófobos. Buenos Aires le da sentido a la historia y al porvenir de España, como lo advierte Posada al augurarle un futuro brillante a “esta gran ciudad fundada por los españoles, y merced a lo cual el espíritu español ve su acción ensancharse en horizontes infinitos” (República 71). El mundo, la civilización occidental, la historia humana, el espíritu – responde el hispanoamericanismo – le deben a España la creación de esta ciudad y toda la riqueza que ésta administra. Con el colofón de que sólo los españoles, que realmente la entienden, son los más aptos para negociar con ella.

### 3.2.2 Localizando el meridiano de Hispanoamérica

La apropiación retórica de Buenos Aires, en la obra de Posada, muestra la ciudad como contraejemplo de la degeneración racial española. Sin embargo, la invención de la capital argentina como un lugar en el que se exhibe la modernidad hispana en todo su esplendor supone una contradicción. Si bien la escritura sobre la ciudad quiere regresar a España al centro de las jerarquías globales al mostrar su capacidad “civilizadora”, también implica la transformación de las jerarquías coloniales sobre las que se supone descansa el mismo prestigio español que Posada pretende reconstruir. En otras palabras, si el presente y el futuro de la raza hispana tenían lugar en Buenos Aires, era ésta, y no Madrid, el “meridiano” financiero y político de Hispanoamérica.

La mirada misma del viajero no puede omitir la evidencia de la superioridad en que la bonanza del cambio de siglo ha posicionado a la nación suramericana.

Recuérdese – advierte Posada – que no hay en España una ciudad de aquella posición, ni de aquella fuerza juvenil, ni de tan enorme acción expansiva. Solo París, entre las ciudades latinas, supera a Buenos Aires en población; en lengua castellana no hay ninguna que la iguale. Tiene el doble que Madrid, y crece con una rapidez que asombra. (República 33)

La magnitud de la “City” impresiona tanto al viajero hispanoamericanista que lo fuerza a usar como parangón, muy a pesar suyo seguramente, a París como forma de referenciar la ubicación global de la moderna Buenos Aires. La ciudad, incorporada a la narrativa histórica hispana, se torna amenazante al desbordar a su modelo colonial, que pierde ante ella su autoridad como modelo.

Para corregir esta desviación en la narrativa, la mirada colonizante del viajero, en la segunda parte de la obra, busca señalar el gesto mímico que se esconde detrás de los edificios de aspecto europeo en la ciudad. Posada define la ciudad como una especie de imitación arquitectónica sin “espíritu”. Esta carencia, según el viajero, solo puede ser subsanada en la vinculación de la ciudad a la conciencia histórica de España. La narrativa de Posada busca reforzar ese reflejo español en la ciudad por medio de la invención de una tradición. Pero el sociólogo español no solo busca que la historia colonial sea ubicada en el mito de origen de la nación argentina, espera que la narración de la tradición nacional sea producida e investigada de una manera científica. Los intelectuales de Oviedo se presentaron como los expertos que habían llegado a América a enseñar la historia moderna, como práctica científica, que revelaría la narrativa nacional argentina vinculada íntimamente a la historia española. En estos saberes y prácticas, Posada pretende asegurar la posición central de Madrid, y de España por extensión, como “meridiano intelectual de Hispanoamérica”.

### **3.2.3 “Todavía nos falta algo”**

El viajero de la Universidad de Oviedo nota, como casi todos los demás intelectuales foráneos que describen su experiencia en la Argentina de fin de siglo, la ansiedad con la que los porteños buscaban validación sobre su obra de urbanismo. Posada describe esta actitud a su público peninsular como “Un ingenuo anhelo por saber – Comenta – de labios europeos, si Buenos Aires...da la impresión de la gran ciudad moderna” (*República* 30). Sin duda alguna, como vimos anteriormente, Posada no tuvo ningún reparo en complacer a sus anfitriones con una opinión afirmativa al respecto. Sin embargo, aprovecha la importancia dada a su juicio en la formación de la autoimagen de

las elites argentinas para revalidar las jerarquías coloniales. Esta necesidad de afirmación de las elites argentinas el espacio en el que se asienta el discurso colonial: “the desire to emerge as authentic through mimicry”, como lo define Bhabha (126).

En su caminar por la ciudad, Posada fija su mirada en los detalles y las imperfecciones propias de un lugar “construido a la ligera”. La grata impresión que le causaron la novedad, el movimiento y la energía de la ciudad, se transforman aquí en deficiencias e imprecisiones. La ciudad ahora es representada por medio de una carencia. A Buenos Aires, asegura, le falta “cierto moldeado suave que viene del espíritu de las piedras mismas”. Posada desplaza, de esta forma, dicha carencia del espacio material a uno intangible, ontológico. Éste, continúa el intelectual ovetense, sólo puede ser aprehendido por medio de la escritura. En ésta se establece un lugar en el que se forma una continuidad con el pasado que da sentido a estos edificios sin “espíritu” (República 67).

Posada pone la narración de esta carencia en la voz de “un argentino muy distinguido” que acaba de regresar a la ciudad tras una larga estancia en Europa. El viajero describe a su interlocutor, con quien discute el progreso de la ciudad, como un “hombre de esos, hoy todavía algo raros, que aspiran a hacer de la ciencia el motivo predominante de una vida intensa” (67). Posada describe su interacción de la siguiente forma:

Cuando yo ponderaba el movimiento enorme, el progreso edilicio, las grandes comodidades de Buenos Aires, sus teatros, sus hoteles de viajeros, sus avenidas, sus parques, él decía: – verdad, verdad todo; pero, repito, que todavía nos falta algo. ¿Qué es? No lo sé. ¡Ah! Pero créame: lo



tendremos, lo tendremos; sí, doctor, estamos resueltos. Lo tendremos todo, todo, y...algo más, porque somos jóvenes, y nada nos arredra ni nada nos detiene. (68)

Este interlocutor representa, por extensión, a las elites porteñas y sus ansiedades sobre el grado de “civilización” alcanzado por Argentina en su primer siglo de vida independiente. Posada sobrepone su mirada al responder las preguntas retóricas lanzadas por el “distinguido” argentino. La carencia que éste busca compensar, no puede ser satisfecha por esa ambición incontrolable de la elite terrateniente local. Aquello de que carece la ciudad, responde Posada, tardará mucho en acontecer pues es algo que “solo da el tiempo, y el asiento, a lo que la acción del hombre inquieto remueve” (68). La juventud y la agitación de la ciudad son sus propias falencias, Buenos Aires carece de tradición y ésta no puede ser simplemente financiada y construida como las recientes obras arquitectónicas que la decoran.

A partir de este juicio, Posada aborda, en su análisis, una reflexión sobre la modernidad en su relación con la tradición. A pesar de tener una infraestructura moderna, Buenos Aires no es en sí misma una ciudad moderna, ya que la modernidad sólo acontece en

pueblos de vieja historia y larga tradición cívica y municipal, distinto de cómo ha debido ser en la Argentina, país nuevo, que se alza trabajosamente en el misterio de una llanura inmensa, y que recientemente llega a una vida de economía social y de cultura progresiva. (30)

La juventud, que como vimos en primer capítulo era considerada condición *sine qua non* del envidiable progreso argentino, es interpretada por Posada como una

deficiencia descrita en términos de inmadurez. En su “niñez”, la ciudad en vía de modernización aún luchaba contra su mortal enemiga, la barbarie pampeana, y conformaba meramente una imitación de los lugares donde la modernidad había sido sembrada y había echado raíces. Buenos Aires sería, en la mirada colonizante de Posada, una versión geográfica del concepto *mimic man* acuñado por el conocido teórico indio Homi K. Bhabha, “almost the same, but not quite” (85). En el espacio abierto por la carencia que revela la mímica se inserta el gesto distintivo del cronista urbano. La mirada de Posada como viajero europeo en América impone, como lo define Julio Ramos, “la tradición, la experiencia arcaica, la “sensación de infancia” sobre lo moderno, ligado ahí a la tecnología y a la ciudad” (Desencuentros 231).

Para imponer su concepto de tradición hispana en Argentina a través de la crónica de su viaje, Posada se desplaza de la ciudad concreta a la ciudad letrada. Si la tradición es entendida en términos históricos, la ciudad letrada será el lugar en el que se construiría una narrativa que le diera asiento a la modernidad argentina. En ésta se produciría la “invención de la tradición”, la repetición de la escritura que insertaría a la nueva nación dentro de una conciencia histórica universal mediada por España. En efecto, estos equipos de intelectuales en América Latina, como apunta Ángel Rama, construyeron producciones historiográfica de culto a los héroes sobre las facciones políticas y, en esta práctica, disolvieron “la ruptura de la revolución emancipadora...recuperando a la colonia como la oscura cuna donde se había fraguado la nacionalidad” (Ciudad 91). El proyecto del grupo de Oviedo fue, sin duda, uno de los más influyentes aspectos en la producción de este fenómeno en la historia cultural de la región.

Con este propósito en mente, Posada recalca la importancia de la ciudad letrada en la política argentina:

¿Cómo imaginarse el papel de Buenos Aires en una Argentina de 80 millones de habitantes, con un alma nacional, síntesis – como la yanqui – de miles y miles de capas inmigratorias entrecruzadas, fundidas y refundidas de tantos modos? La Plata será quizá entonces un centro de cultura universitaria, de educación, de ciencia, que dominará en lo alto de las inteligencias directoras. (República 72)

En otras palabras, si La Plata es “la ciudad letrada”, el lugar donde se forman las elites políticas y económicas de la nación, ejercer influencia sobre ésta es ejercer influencia sobre la ciudad concreta. Al regresar a España y reportar a la Junta para la Ampliación de Estudios (JAE), Posada recomienda que se desarrollen urgentemente “intercambios intelectuales” con la “joven universidad de La Plata” pues, pensando en la recuperación del prestigio intelectual peninsular, “La Plata será uno de los factores más eficaces para la realización de tan fecunda obra” (En América 86).

Posada basa su intervención sobre las ansiedades de las elites locales que, para el momento, precisamente debatían la creación de esa “alma nacional” que permitiera asimilar a los inmigrantes.<sup>65</sup> Como lo entiende Posada y el resto de la intelectualidad ovetense, una vez las elites argentinas exploren suficientemente bien, científicamente, su alma nacional reconocerán que no hay, no puede haber, nada diferente de un componente

---

<sup>65</sup> No en vano éste es justamente el título de uno de los libros más importantes del final del siglo XIX en Argentina, escrito justamente por Joaquín V. González. En La tradición nacional (1888), el intelectual concibe un proyecto histórico de carácter científico, oponiéndose por ejemplo a narraciones históricas empíricas como la de Bartolomé Mitre, que haga contrapeso a los desajustes culturales del “cosmopolitismo”. En su obra, González reescribe el aporte colonial español como cimiento de la nacionalidad y de la Independencia.

hispano en la definición de su identidad. Al estilo de los escritores del 98, los intelectuales de La Plata se tropezarán “al fin con el entronque más natural de la Argentina en la historia universal: el entronque español” (República 67).

### 3.3 Ariel hispanizado

En el principio del siglo XX, esta búsqueda de una identidad latinoamericana, la invención de una tradición, estuvo determinada por la gran influencia del movimiento intelectual y estético conocido como arielismo. Este movimiento cultural abre la posibilidad de una negociación con España al definir a los Estados Unidos, enemigo común, como el principal peligro para la formación de las identidades culturales de las naciones latinoamericanas.

Este movimiento fue iniciado por Ariel (1900), obra del escritor uruguayo Jorge Enrique Rodó. En su ensayo, a través de una trama simple, Rodó busca inspirar a la juventud de América a recibir las influencias de la civilización de la Europa latina y rechazar la barbarie “Yanqui”.<sup>66</sup> Esta obra hará una larga carrera como arsenal ideológico de las élites latinoamericanas contra el “materialismo” del “Coloso del Norte”, como la redistribución del capital cultural y social que consideraban significaba la expansión de las ideas democráticas y de movilidad social norteamericanas.<sup>67</sup>

En la narrativa de su viaje, Posada busca hispanizar la obra de Rodó como forma de sustentar la influencia española en la producción identitaria argentina. Nuevamente el

---

<sup>66</sup> Para más información sobre la obra Ariel y el movimiento arielista ver la nota al pie número 9 en la Introducción de este trabajo.

<sup>67</sup> En su estudio ya clásico sobre el hispanoamericanismo titulado “Making the Hispanic World Safe from Democracy: Spanish Liberals and Hispanismo”, Fredrick B. Pike muestra cómo las clases letradas liberales españolas y latinoamericanas se unieron en mutua defensa en contra de un sistema que consideraban regido por masas ignorantes y opresivas, y cómo la obra de Rodó funciona como un espacio de negociación cultural entre ellas.

viajero enmarca los contenidos ideológicos de sus observaciones por medio de una conversación, esta vez con un estudiante universitario. Posada relata cómo es interpelado por un joven que se presenta y le habla sobre la importancia de su visita para la intelectualidad argentina necesitada de inspiración y apoyo en el combate contra los males del grosero enriquecimiento agropecuario. “No somos pocos los que queremos otra cosa y rendimos culto a otro dios – asegura el estudiante – hay entre la juventud...anhelos de vivir una vida de recogimiento íntimo, de trabajo desinteresado, sin la odiosa preocupación de la plata” (República 117). El rechazo intelectual al materialismo, en contraposición con el interlocutor anterior, delinea al estudiante como una acartonada representación de un discípulo del arielismo.

Para resaltar la importancia que el círculo académico de Oviedo dio a la obra de Rodó y al movimiento que generó, vale la pena aquí resaltar los esfuerzos de estos intelectuales en la distribución de Ariel en España y en la formación de un aparato crítico peninsular para éste. Al respecto fue particularmente relevante la reseña de Rafael Altamira sobre la obra del autor uruguayo. Según el propio Altamira, en su prólogo a la edición española de Ariel, que incluye una reimpresión completa del artículo, este escrito “fue el primero que en España diese a conocer la obra en cuya virtud subió rápidamente Rodó a la categoría de un valor universal” (6).

Pero además de la circulación, los intelectuales de Oviedo trabajaron arduamente en la hispanización de la obra, como lo manifiesta Altamira en una carta a Rodó fechada el 8 de junio de 1910:

Hace bastantes años, amigo Rodó...no había escuchado una voz castellana, ni leído libro alguno castizo, que me hablase tanto al alma, de

manera tan íntima y solemne, como el de Vd. Sentimientos análogos han despertado en mi espíritu voces como la de Renán y la de Fichte, pero eran de otras tierras, originadas por otras necesidades que las de nuestra raza, en cuya personalidad creo y en cuya misión confío. (citado en Prado, Argentina 106)

Altamira ubica a Rodó al nivel de los escritores europeos que definieron ideológicamente las nacionalidades alemana y francesa. El uruguayo sería la versión castiza del ensayista del nacionalismo racial de entre siglos y Ariel la versión literaria que definía el *volksgeist* hispano. Precisamente, Ariel es fundamental para la Península, según Altamira, en tanto recuerda al españolismo que, “a través de muchas torpezas comunes a todos los colonizadores”, éste construyó “el legado valioso que España dio a las naciones de América, el lazo irrompible que a ellas nos une y el título con que podemos aspirar a su gratitud y simpatía” (“Prólogo” Ariel 7).

En el prólogo mencionado anteriormente, además, Altamira apadrina y legitima la labor autoral de Rodó. Incluso llega al punto de autorizar a Rodó como hispanoparlante. “Posible es – afirma – que algunos españoles tradicionalistas del idioma encuentren faltas en el vocabulario de Rodó, apuntando palabras formadas de diferente manera que en la Península”. A lo que el historiador alicantino replica:

en lo más íntimo y en la orientación del pensamiento, Rodó es castizo como pocos, castizo de una manera tan firme y substancial, que consuela y levanta nuestro españolismo, recordándole que no es factor inútil en las influencias de la cultura americana. (9)

La “glotopolítica”, para usar el concepto acuñado por José del Valle,<sup>68</sup> que implementó el grupo de Oviedo con respecto a América, trató en lo posible de mesurar los discursos más rabiosos sobre la corrección lingüística en América, típicos de críticos literarios como Marcelino Menéndez y Pelayo, y de proyectos de control institucional como los de la Real Academia Española.<sup>69</sup>

Los ataques son reemplazados por una relación idiomática condescendiente y paternalista que “perdona” las incorrecciones latinoamericanas y entiende sus variantes, asevera Altamira, como “derivaciones del castellano, no el castellano mismo” a las que hay que “concederles – aún dentro del respeto al último espíritu del idioma troncal – cierta independencia análoga a la que la misma Academia reconoce a los “provincialismos” de España” (9). En un nuevo juego de mímica colonial, el grupo de Oviedo pretende explotar el poder político que ofrece la lengua, como componente étnico identitario, sin ahogar a los argentinos en correcciones de estilo que muy posiblemente terminarían alejándolos culturalmente aún más del español castizo.<sup>70</sup>

---

<sup>68</sup> En su artículo “Las representaciones ideológicas del lenguaje. Discurso glotopolítico y panhispanismo”, José del Valle define la glotopolítica como la política del lenguaje que constituye el fenómeno lingüístico a partir de su contexto. Desde esta perspectiva, el lenguaje es concebido como una práctica social que refleja y talla los contornos de las colectividades humanas. En su nivel macro, hablar significa, además de imponer una variante frente a otra, privilegiar o no el uso de una lengua sobre otra en un determinado contexto.

<sup>69</sup> En 1870, la Real Academia puso en marcha un proyecto de expansión por las naciones latinoamericanas basado en la creación de seccionales locales que se encargarían de mantener la unidad lingüística como forma de evitar la influencia cultural de otras naciones en especial de los Estados Unidos e Italia. Los académicos Juan Eugenio Hartzenbusch y Fermín de la Puente y Apezechea, como queda consignado en el volumen IV de las memorias de la RAE, justificaron la creación de estas seccionales ya que éstas eran el equivalente de “poner un dique, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colón descubierto” (279).

<sup>70</sup> Esta posición está más cerca de la versión unamuniana sobre la lengua. El vasco se expresa sin mayores contemplaciones sobre la imposición de una norma estandarizada del español que, como proyecto político, se implementó tanto al interior de la Península como en América.

Con todo, el campo abierto por Rodó para la negociación cultural era aún demasiado amplio en la concepción de los hispanoamericanistas y, en general, de toda la intelectualidad española. Sustentar la civilización y la superioridad racial en el llamado “latinismo” ofrecía un boquete por el que se colaban la poderosa industria cultural francesa, que desde hacía tiempo maravillaba a los intelectuales latinoamericanos. A principios del siglo XX, Francia encabezaba estos esfuerzos por medio de instituciones, como Instituto Pasteur y la Alianza Francesa, dedicadas a la obra de difusión cultural en el continente sudamericano. Como el arielismo y el hispanoamericanismo, este programa estaba fundado en la polémica sobre la supremacía de latinos o sajones que tuvo gran acogida en el campo cultural argentino, un ejemplo claro es la obra de Víctor Arreguine En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones (1900)<sup>71</sup>. Sobre el prestigio estético e intelectual, que separaba a los latinos de los sajones, Francia se erigió a sí misma como “madrina” de las universidades que se iban estableciendo en las nuevas naciones de sus diferentes áreas de influencia.<sup>72</sup>

---

Conocido es su airado reclamo en En torno al casticismo: “¡Al cuerno con vuestra corrección y vuestro aliño! Porque es cosa vista, parece que los escritores correctos, aliñados, y bien hablados están cerrados a cal y canto a toda idea opulenta y rebosante de vida” (81).

<sup>71</sup> Publicada el mismo año que Ariel y por medio de argumentos muy similares contra la influencia norteamericana en Latinoamérica, esta obra es una respuesta al libro del pedagogo francés Edmond Demolins (1852—1907) À quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons? (1897).

<sup>72</sup> Como lo describe Christophe Charle en “The intellectual networks of two leading universities: Paris and Berlin 1890 – 1930”, en este mismo paradigma pueden observarse el intercambio intelectual llevado a cabo por profesores como Emile Bréhier, André Le Breton, Gustave Michaut y Philippe Sagnac quienes fueron enviados para buscar colaboración académica con universidades en América y África. Desde 1908 empezaron a construir relaciones más formales con América Latina. En sus investigaciones, Charle muestra evidencia de los viajes de los presidentes de Argentina y Brasil a la Sorbona por en julio de 1910 con el propósito de acordar el intercambio de profesores. A partir de estas negociaciones, se produce una larga lista de profesores de la Sorbona que enseñaron en la Universidad de Buenos Aires y de profesores y estudiantes argentinos que se desplazaron a trabajar a París.



Como lo muestra Carmen Pelosi, en España se conocían bien los proyectos de colonización pacífica intelectual de otros poderes europeos en las naciones hispanoamericanas. La intelectualidad española misma, que durante todo el siglo XIX había peleado al interior de sus fronteras contra el “afrancesamiento” intelectual, llevaba la confrontación en el cambio de siglo al campo cultural americano.<sup>73</sup> Conocidas son las ofensivas diatribas que autores y críticos españoles lanzaban contra la intelectualidad americana – en especial contra Rubén Darío – a la que calificaban de majadera, petulante, esnobista e imitadora. Así lo hace, por ejemplo, Pío Baroja al referirse a la literatura americana y a los latinoamericanos mismos: “América es por excelencia el continente estúpido. El americano no ha pasado de ser un mono que imita... ¡Qué oleada de vulgaridad, de esnobismo, de chabacanería nos ha venido de América!” (citado en Mejías-López 23).

A este respecto, los de Oviedo también emplearon un acercamiento diferente al asunto. En lugar de desprestigiar a los escritores de las nuevas naciones americanas, se aproximaron a ellos con halagos grandilocuentes y amables críticas. Los académicos ovetenses reconocían la influencia de otros proyectos académicos con pretensiones de colonización intelectual, como lo expresa Altamira en un artículo de 1904 titulado “El problema latino”: “la civilización de los pueblos latinos está hoy sobrepujada por la de

---

<sup>73</sup> Unamuno, quien a través de su correspondencia quiere construir una “Patria Intelectual” hispanoamericana, lleva el conflicto cultural precisamente a donde lo hemos venido observando, a la ciudad. En una carta a Rubén Darío, el vasco admite no “comprender del todo esa atracción que sobre ustedes ejerce París, ni ese anhelo de que sea precisamente París, y no Londres, o Berlín, o Viena, o Bruselas, o Estocolmo, o Heidelberg donde los descubran” (citado en Maíz, *Constelaciones* 137). Para hacer contrapeso a la “Republica Mundial de las Letras”, el proyecto intelectual del latinismo, el rector de la Universidad de Salamanca busca minar las representaciones de la capital francesa como lugar de “descubrimiento” del valor cultural de la periferia y, en su lugar, propone a Madrid o Salamanca como “meridiano intelectual” de América.

otros de cepa distinta” (citado en Pelosi, Altamira 79). Sin embargo, el grupo de Oviedo simplemente se alejó de la polémica y leyó e interpretó la obra de Rodó en coordenadas hispanistas. Así, el Ariel hispanizado ofrecía un lugar de encuentro por medio de la tradición cultural expresada en clave racial para enfrentar a esos “otros” internos y externos que contaminaban la esencia hispanoamericana.

Ese Ariel – concluye Altamira en su prólogo – que Rodó señala como tutor y guía de la juventud de su patria, oponiéndolo al utilitarismo sajón, es el nuestro; y colgados de su brazo debemos emprender el camino del mañana juntamente con aquellos a quienes Rodó se dirige, y en los cuales podemos invocar...una larga historia, de una tradición arraigada a pesar de los vendavales que la combatieron, y de cierta paternidad en que, al fin y al cabo, por muchos que hayan sido nuestros desaciertos, pusimos carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. (“Prólogo” Ariel 10)

Ese camino es la rehispanización de las letras americanas y, a través de éstas, de la historia colonial como tradición para las naciones de la raza hispana. En contra del materialismo, el cosmopolitismo, el utilitarismo, el latinismo y el racero igualador de la democracia, el hispanismo arielista ofreció códigos de cultura en los que las élites tradicionales se reconocieron entre sí y se distinguieron de estos elementos “extraños”.

Ésta es precisamente la conclusión a la que llega el joven interlocutor de Posada en su crónica de Buenos Aires:

Mire, doctor: la admiración que algunos sentimos por ciertos nombres españoles es porque llegan aquí rodeados de una aureola de buenos, de austeros, de quijotescos. ¡Oh, qué aventuras correría el inmortal manchego

si hiciera una salida por la pampa!...Y el joven decía verdad: la tesis íntima de este libro no entraña, en definitiva, otra cosa que una confirmación de ella. (República125)

Posada, de esta forma, manifiesta la intención última de su trabajo: la hispanización de la tradición en América por medio de imágenes literarias y referencias lingüísticas y culturales. A la referencia de Ariel, Posada suma el Quijote como “ejemplo de la raza”, un artefacto cultural en la que las élites de ambas naciones podían reconciliarse y reestablecer su relaciones intelectuales.<sup>74</sup>

Finalmente, el andamiaje discursivo formado por el arielismo hispanista le hizo además frente a la empresa cultural norteamericana del panamericanismo. Esta corriente diplomática y económica estaba formada por una compleja maquinaria de penetración comercial y cultural que, similar al hispanoamericanismo, “se nutría de las más variadas ideas, tecnologías y acciones” (Salvatore, Lugares 329). El movimiento panamericano, que aparece en 1889 para acompañar la expansión imperial norteamericana en el hemisferio, buscó la cooperación intelectual entre América Latina y Estados Unidos con el objetivo de forjar alianzas comerciales y políticas.

El intelectual más influyente del panamericanismo fue Leo S. Rowe, quien oficiaría como director de la Unión Panamericana entre 1920 y 1946. Este politólogo de la Universidad de Penssylvania estableció contacto con la *intelligentsia* latinoamericana

---

<sup>74</sup> Esta perspectiva del Quijote como colonizador espiritual en la llamada “Generación del 98” es definida por Christopher Britt Arredondo en su obra Quixotismo. The Imaginative Denial of Spain’s Loss of Empire. En ésta, Arredondo señala cómo la Guerra Hispano-Americano-Cubana fue representada “as an encounter between a Hispanic Don Quixote and his Anglo-Saxon nemesis, Robinson Crusoe. According to this depiction, the events of 1898 were, at heart, a conflict between the archaic spiritual, moral, and civilizing ideals of the Spanish empire and the progressive technological and economic ideals of and increasingly secularized Anglo-American empire” (2).

desde 1906, año de la primera de sus varias estadías investigativas y diplomáticas en la Universidad de La Plata. Su presencia entre los círculos de la intelectualidad del continente se confirmaría además con la asistencia a los Congresos Panamericanos de 1906, 1908-09 y 1910.

Las buenas relaciones entre el Panamericanismo y La Plata son palpables en las palabras que González dirige a Rowe en el discurso de recepción de los delegados estadounidenses al Congreso Científico Pan-americano de Santiago de Chile, el 2 de Diciembre de 1908:

Maestros de las universidades de los Estados Unidos, quienes al visitar nuestras modestas aulas, nos traen la unción de la ciencia. El soplo de las energías y el impulso de la vitalidad a que ellos los convierte en guías de la civilización moderna y en cimiento y pedestal de una nación gloriosa.

(Joaquín V González, Discursos 101-102)

Si juzgamos solo a partir de estas palabras, la intelectualidad norteamericana ya parecía haber allanado bastante terreno entre sus pares argentinos en su proyecto de inventarse como la nueva portadora del proyecto civilizatorio universal. Con el paso del tiempo se verá la efectividad de este proyecto representada en la migración de las “peregrinaciones académicas” desde Europa hacia los Estados Unidos, lo cual significó en buena medida la derrota del proyecto ovetense que buscaba, entre otras cosas, hacerse al gran mercado estudiantil que desde América se desplazaba a París (Salvatore, “Enterprise” 361).

Sin embargo, Ricardo Salvatore muestra cómo en términos políticos, el proyecto de Rowe no tuvo una gran recepción cuando trataba de informar a los “locales” acerca

del estado de la “democracia americana”. Estas elites argentinas no estuvieron realmente abiertas a recibir ideas sobre la expansión real de la democracia. Por ejemplo el conocido intelectual y político hispanista, Estanislao Zeballos, veía la participación política de los inmigrantes como un síntoma empobrecedor de la construcción institucional. El intercambio constante entre la academia argentina y estadounidense solo sostuvo la ilusión de cooperación durante la Gran Guerra, cuando Europa parecía encarnar el barbarismo que tanto se propuso combatir afuera de sus fronteras. Después de la guerra, con la “Paz de París” regresó el estado de desconfianza hacia los Estados Unidos entre las elites argentinas y a la cercanía intelectual con el “Viejo continente”. Esta triangulación entre España, Argentina y los Estados Unidos resulta más interesante si se tiene en cuenta que el segundo viaje a La Plata de Leo Rowe coincidió con el viaje de Adolfo Posada que aquí nos interesa.<sup>75</sup>

### **3.4 La misión del profesorado español**

En este intersticio de negociación cultural y académica, Posada reitera la primacía epistemológica española sobre la intelectualidad americana. En su concepción, la Universidad Nacional de La Plata, la moderna institución que se forma a solo cincuenta kilómetros de Buenos Aires, es un “Oxford sin historia, sin glorias aún, sin pátina, pero con el germen de un espíritu que no es locura pensar sea creador y fecundo” (Posada, República 274). La institución que alberga la ciudad letrada, como reflejo mismo de la ciudad concreta, carece de tradición, en este caso intelectual, espiritual y lingüística. Ante la supuesta conciencia de esta carencia, según lo expresa Altamira en la ya citada Lección

---

<sup>75</sup> Sería interesante para un proyecto futuro, explorar en mayor profundidad la cooperación/competencia intelectual entre las tres diferentes academias que tuvo lugar en la forma de traducciones, clases, producción bibliográfica y encuentros. En esta interacción, por ejemplo, puede rastrearse la emergencia el campo de los estudios hispánicos en la academia norteamericana.

inaugural de 1898, las repúblicas hispano-americanas se confiesan ellas mismas “necesitadas de la ayuda de elementos intelectuales extraños, como pueblos nuevos y débiles todavía, que son” (46).

La lectura paternalista de Altamira tiene fundamento en la propia forma en la que la academia local encaraba sus relaciones con Europa. Joaquín V. González, en el discurso de entrega del doctorado *honoris causa* a este mismo catedrático español parece asumir una posición absolutamente pasiva respecto a la producción y transmisión de conocimiento. González hace hincapié en la importancia del intercambio de profesores entre América y Europa, ya que mejorar la preparación del profesor americano redundaría en “una riqueza inmensa de material experimental” para la ciencia europea. De esta forma, continúa González,

los caracteres y variantes características de estas sociedades tan mal conocidas y tan mal estudiadas, revelados a la opinión científica de Europa por hombres capaces de describirlos y representarlos, contribuirán a desvanecer errores, prejuicios y aversiones cristalizadas, y fundar una nueva corriente de relaciones sociales, políticas o económicas entre Europa y América. (Altamira, Viaje 134)

En otras palabras, el intelectual latinoamericano, en la mirada de González, oficia como una especie de traductor entre el conocimiento europeo y el fenómeno bruto americano. Como desde el principio del siglo XIX, en este intercambio, el rédito para la academia de las naciones americanas en formación es dar a conocer sus sociedades en Europa.<sup>76</sup>

---

<sup>76</sup> En este sentido, no ha cambiado en casi nada el proyecto letrado desde que Sarmiento postulara en Facundo. Civilización y Barbarie: “A la América del Sur en general y a la Argentina

Por esta falta de tradición académica y esta búsqueda desesperada de intelectual, Altamira alerta a los profesores argentinos sobre los peligros que implica la dependencia intelectual de otras naciones, refiriéndose tácitamente a Estados Unidos y a Francia. En el prólogo que escribe para la obra Nuestra América de Carlos Octavio Bunge proscribire: “Desconfiad de las tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no sea vosotros mismos, os costará caro” (Altamira, “Prólogo” Nuestra XXIII). En la conclusión de su discurso programático de 1898, el profesor de Oviedo expresa la bondad de tutela intelectual española ya que no proviene de un “otro” sino se da desde la mismidad racial:

el deseo unánime de los hombres más cultos y más entusiastas [de América] por el mejoramiento de su país es de hallar en el movimiento científico español pasto adecuado y suficiente para su cultura. Comprenden todos ellos que, viniéndoles por conducto de inteligencias españolas, asimilados según el genio de la raza y expuestos en la lengua troncal de Castilla, los conocimientos modernos han de serles de más fecundo y fácil aprovechamiento, sin peligro de contaminarse con ciertas direcciones del pensar que, no siendo más que extravagancias de espíritus extraños, excrecencias de la idiosincrasia nacional de otros pueblos, repugnan y pueden torcer la dirección sana del propio genio intelectual (Altamira, Lección 45-46)

---

sobre todo, le han hecho falta un Tocqueville, que presumido del conocimiento de las teorías sociales, como científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política; como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia, y revelase a la Europa, a la Francia, tan ávida de frases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados” (2).

En estas mismas coordenadas, en su narrativa de viaje, Adolfo Posada ofrece el respaldo de la intelectualidad peninsular ante las amenazas que para la joven ciudad de Buenos Aires representaban las influencias de culturas foráneas, encarnadas en el cosmopolitismo y el materialismo. Según el viajero, los españoles del “solar europeo...podríamos –¡que admirable programa! – ser los guardadores de su espíritu, como depositarios del alma de la raza” (República 330).

La narración de Posada consolida sus postulados científicos y la conciencia de los comunes ideales de construcción de una tradición conjunta. A partir de sus observaciones científicas –“en los sesenta viajes desde Buenos Aires a La Plata” que se convirtieron en “una clínica, en un laboratorio y en un archivo” en el cual apreciar “la realidad simbólica de la nación” – determina “la necesidad de utilizar, para la formación misma de la nacionalidad argentina, el factor español como tradición”. En este sentido, la tutoría de la academia española resulta fundamental para fomentar el estudio conjunto de esa “historia común, hasta conseguir la plena y justa incorporación de la España pre-colonial, y del periodo colonial a las historias nacionales americanas” (República 330). El discurso de Joaquín V. González durante la entrega del doctorado a Rafael Altamira, citado anteriormente, muestra la actitud receptiva de los profesores argentinos de La Plata a la escritura de una historia común, “a cuya influencia se verán renacer las potentes virtudes de la raza heroica de nuestras mayores” (González, Discursos 91).

En esta comunión ideológica, los intelectuales ovetenses influyeron directamente en la formación de las nuevas generaciones de historiadores argentinos. González en su carta de invitación a Rafael Altamira fechada el 27 de febrero de 1909, específicamente le pide al profesor español que enseñe un curso sobre el “método constructivo y didáctico



de la Historia, con aplicación experimental a la argentina y americana, con el fin de preparar a los futuros profesores de la materia” (citado en Prado, Argentina 31). Durante su estancia en La Plata, Altamira fue encargado de clases de pedagogía para profesores de todos los niveles, estudiantes de la facultad de educación y el público en general. Dictó además dos conferencias semanales enfocadas en metodología de la enseñanza y una clase de metodología histórica. Ésta última le significó ser nombrado profesor titular de dicha cátedra. En la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, Altamira ofreció un curso sobre el estado del arte en la enseñanza de la investigación de la historia del derecho en España, usando la historia colonial como caso de estudio.

En sus planes para el futuro, los intelectuales de Oviedo veían el intercambio de profesores, en primer lugar, como un acuerdo que implicaba exclusivamente a los centros educativos, dejando al margen al estado que consideraban solo lo retrasaría al negociarlo por medio de su pesada burocracia. Altamira, además, invitaba a las universidades a canalizar los recursos estatales en favor del intercambio. Por último, para llevar rebajar costos, debían aprovecharse los viajes de los jóvenes intelectuales argentinos a Europa, durante éstos los profesores rioplatenses podrían tener una estancia docente en España.

Pero los proyectos de Altamira eran mucho más ambiciosos. Como los reporta Gustavo Prado, el profesor de Oviedo buscaba consolidar la influencia de la academia española en los planes y programas de la enseñanza de la historia. Para ello, sus negociaciones en Argentina tenían como propósito echar a andar lo que llamó “un programa concreto de las relaciones intelectuales” (Argentina 59). De éste harían parte no sólo las universidades de Oviedo y La Plata, sino otras instituciones educativas al igual que museos, organizaciones culturales, academias y asociaciones científicas. Altamira

proyectó, por ejemplo, convenios de colaboración, por medio de la Universidad de Oviedo, entre el Museo Pedagógico de Buenos Aires y el de Madrid y consiguió espacios para las colaboraciones españolas en la Revista de Pedagogía editada por el Ministerio de Instrucción Pública argentino.

De entre todos estos proyectos el más interesante fue, sin duda, la creación del Instituto Histórico Argentino, un centro de investigaciones con sede en Sevilla, que pretendía fomentar la investigación de la documentación del Archivo de Indias a través de investigadores pagados por el gobierno o las universidades argentinas. Al respecto asegura Altamira:

todo el mundo, no solo los eruditos, reconoce ya que el Archivo de Indias es el lazo más firme, intelectual y sentimental, que, aparte el idioma, nos une con los pueblos hispanoamericanos. También como el idioma es el Archivo algo tan genuino y propio, que nadie puede disputárnoslo.

(España 56)

En las negociaciones de Altamira y Posada no pretenden estos ofrecerse sólo como “guías espirituales” o “expertos científicos” que van a aportar a la academia argentina los métodos modernos de investigación que ésta buscaba. Para garantizar una versión de la historia argentina que tuviera como fundamento la tradición española, la academia peninsular ofreció además sus archivos como fuentes primarias de dicha investigación.

### **3.5 Negociación en España**

Altamira mismo narra su retorno a España en su obra de documentos Mi viaje a América. Aquí, el historiador alicantino describe cómo en sus inicios su viaje no atrajo el

interés general del público español. El golpe de opinión que esperaba dar fue interrumpido por el aumento de la intensidad del conflicto en Marruecos, la “Semana Trágica” de Barcelona y el cambio de gobierno.<sup>77</sup> Progresivamente, sin embargo, la española prensa empieza a dar noticias sobre la empresa de la Universidad de Oviedo en América y cuando el viajero intelectual arribó en marzo de 1910 a España, observó “cómo la aventura americanista ovetense era saludada con entusiasmo por abigarradas multitudes que vitoreaban su nombre” (Prado, Estrategia 71). Además de las masas que lo encontraron a su paso desde el puerto hasta la universidad, Altamira recibió, según afirma él mismo, “miles de telegramas y cartas de adhesión...de otros lugares no visitados”, lo cual interpretó como la manifestación de

un estado de opinión peninsular en que participaban todas las clases sociales y de la cual se deducía el hecho importante de que nuestro pueblo se daba cuenta de lo que para su presente y su porvenir significa el problema americano, y del valor expresivo de lo que en América halló de favorable a España el enviado de la Universidad ovetense (Viaje 264)

---

<sup>77</sup> Entre julio y agosto de 1909 las fuerzas de resistencia en Melilla atacaron a los obreros españoles que construían un ferrocarril que uniría la ciudad con las minas de Beni Bu Ifrur. Las minas eran parcialmente propiedad de la Compañía Española de Minas del Rif, controlada a su vez por las familias del conde de Romanones y el marqués de Comillas, grandes contribuyentes del hispanoamericanismo como hemos visto a lo largo de este trabajo. Para controlar estos alzamientos el Gobierno de la Restauración decretó reclutamiento de reservistas. En Barcelona, como vimos en el primer capítulo con el caso de las “Quintas”, el enrolamiento en el ejército tenía un componente de clase muy marcado y era abiertamente resistido por los sectores populares que eran forzados a pelear en las guerras coloniales de ultramar. Durante los embarques del domingo 18 de julio, la tensión estalló y a la voz de “¡Abajo la guerra! ¡Que vayan los ricos! ¡Todos o ninguno!” los soldados arrojaron al mar las medallas que las aristócratas catalanas les habían entregado. El descontento se transformó en huelga y protestas cuando días más tarde empezaron a llegar reportes de las bajas en Marruecos. El profesor Francisco Ferrer Guardia fue responsabilizado por la batalla campal entre las organizaciones obreras y la represión estatal que duró casi diez días y dejó 78 muertos. Como vimos en el primer capítulo, el primer ministro Antonio Maura hizo caso omiso a las peticiones de clemencia por la vida del maestro que llegaron desde varias naciones, incluida la Argentina, lo cual le ganó la animosidad de los movimientos anarquistas suramericanos (Moliner Prada 11).

Éste es justamente el capital simbólico que Altamira quería amasar con su viaje a América, casi inmediatamente seguido por el de Posada. En pocos meses, por medio de su gestión institucional con la Universidad de La Plata, había logrado captar la atención de importantes sectores de las elites intelectuales con un discurso panhispanista, liberal y confraternizador. Así lo responde en una entrevista hecha por el periódico El liberal de Madrid el 14 de abril de 1910, cuando le preguntan “– ¿Qué resultados positivos hemos logrado? – Por ahora el despertamiento del hispanismo” (7). Desde la pregunta misma, se nota cómo la prensa asumió el viaje como una empresa nacional. Los periodistas describían como una proeza el que un profesor español, por primera vez desde la Independencia, lograra atraer directamente el interés de los hispanóforos intelectuales rioplatenses. La prensa confiaba en que esta cercanía con la academia argentina permitiera además “un impacto simultáneo tanto en el gobierno, como en la opinión pública y en la sociedad civil” (Prado, Estrategia 71-72)

Posada, por su parte, va a construir su imagen a partir del capital cultural y social que le brinda la experiencia de ser viajero y el triunfo diplomático de producir un sentimiento de “tierna simpatía” hacia España. Para sustentar su opinión cita las palabras de Joaquín V. González en senado, para quien la “intimidad” hispanoamericana hace innecesaria la diplomacia. En ciertos momentos, dice González, ésta hace que perdamos “la noción de diferencia de nacionalidad...y ha llevado a nuestra diplomacia a guardar los intereses españoles quizá con tanto cariño como los propios” (República 331). Basado en su triunfo discursivo, Posada construye una posición como intermediario cultural al exhibir las redes políticas que ha creado en su viaje y al explicar su valor para la nación:

nadie como González mantiene la corriente de inteligencia y de intercambio con España, en todas las esferas de la vida espiritual y material. Si aquí hubiera un política reflexiva y seria... para procurar el acercamiento con la Argentina, el doctor González sería el hombre con quien habría que contar en primer término. (270)

Ofrecer una empresa de *lobby* – al más alto nivel de influencia política – por los intereses españoles en la rica nación Argentina, debía concentrar la atención del gobierno, obsesionado con la posesión de Marruecos y distraído por la polarización creciente respecto al republicanismo y la emergencia del movimiento obrero. El hispanoamericanismo era un proyecto colonial, con un discurso de aglutinante de nación y una respuesta, en su criterio, a las demandas del proletariado.

Para movilizar la opinión general respecto a las relaciones con América como la solución para los problemas internos y externos de la nación, Posada y Altamira, al regreso de sus respectivos periplos, socializaron sus experiencias por medio de banquetes, conferencias, discursos, artículos de prensa, publicaciones, entre otros. Altamira dio charlas sobre sus progresos en las relaciones culturales con América en la Unión-Iberoamericana de Madrid, en el Ateneo de Madrid y en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Asistió a cenas y reuniones organizadas por universidades, cámaras de comercio y grupos políticos por todo el país. Posada, por su parte, publicó sus impresiones de América en revistas como La Lectura, Revista de Artes y Ciencias, La España Moderna, Mercurio – la publicación del grupo cultural de Rahola – entre otras, además de artículos periodísticos en periódicos como La Correspondencia de España, El Heraldo de Madrid y El País.

En todas estas instancias, ambos académicos resaltaron la importancia política, cultural y económica de las relaciones con Argentina y el resto de América.

Acompañando a los racionamientos prácticos sobre los viajes, es posible encontrar siempre el discurso nacional-imperial que el regeneracionismo ofreció como contraposición al pesimismo racial de fin de siglo. En la entrevista a El liberal, anteriormente citada, Altamira añade que su visita a Buenos Aires le ha enseñado que España

ha dejado de su labor civilizadora una proyección material ó intelectual que permite creer en la posibilidad de futuras actuaciones, pues no en vano ha desparramado por el mundo obras que parecen construidas, como las de Roma, para la eternidad. (7)

La imagen de la ciudad rioplatense elevada a la categoría de maravilla pero apropiada como mímica o reflejo de España fue circulada por la maquinaria del hispanoamericanismo ovetense.

Pero la realización de esta agenda requería un cambio de paradigma en el campo cultural español. Como ya lo advirtieran Miguel de Unamuno y Ángel Ganivet, el triunfo real del hispanoamericanismo solo podría darse si era respaldado por una intelectualidad fuerte, creativa y rigurosa. En En torno al casticismo, el rector de la Universidad de Salamanca le reclama a sus contemporáneos un pensamiento plagado de ideas soporíferas, su ensimismamiento intelectual e histórico, el tradicionalismo de la corrección gramatical y la falta de asociacionismo. Los intelectuales más preponderantes del 98 reclamaban una producción cultural robusta que, como afirma Ganivet refiriéndose

a las influencias extranjeras en Hispanoamérica, sería “pan espiritual para nosotros y para nuestra familia que lo anda mendigando por el mundo” (157).

En uno de los múltiples discursos que ofreció tras su llegada, Altamira le pide a los académicos españoles que regresen a las fuentes del pensamiento español con el fin de fortalecerlo y propagarlo.

Los estudios genuinamente históricos, la historia general de España, la literaria, la jurídica, la filosófica, la de la medicina, la pedagógica, la artística, pueden hacer todavía más, trabajando particularmente sobre lo español, resucitando autores y leyéndolos ... ¿podría nadie afirmar que sea menos sugestivo el examen de tal o cual tratado de Suárez o Vitoria, que el de otro de Grotio o de Hobbes? (Discursos 23)

Usar el pensamiento español, analizarlo, circularlo implicaría el regreso de la producción española al centro de la episteme global. Con el prestigio que proviene de una producción cultural y científica fuerte, España podría garantizar su papel como “guardián de los tesoros de la raza”, en otras palabras su hegemonía cultural sobre sus antiguas colonias.

Altamira llama, entonces, a la intelectualidad española a mantener la “provechosa y elevada influencia”, de las “naturales inclinaciones” de la intelectualidad americana hacia la peninsular, desarrollando una literatura científica que se ocupe específicamente “de las cuestiones especiales de aquellos países”. Además, invita a la intelectualidad española a recuperar su lugar como eje del mundo hispano, aprovechando

la mayor posibilidad de centralizar elementos y de allegar relaciones con países que a veces se comunican mejor con nosotros que con sus próximos

vecinos, y por otras circunstancias que, aún dada nuestra decadencia, nos favorecen; y veremos en poco tiempo cómo termina la tutela – en muchos respectos peligrosa – que el pensamiento francés, el norte-americano y otros heterogéneos con el de nuestra raza ejercen sobre el espíritu hispanoamericano ¡hermosa obra la que se ofrece al profesorado español! (47)

Altamira sigue la misma línea argumentativa trazada por Juan Valera en sus Cartas Americanas según la cual no hay posibilidad de un campo cultural latinoamericano sin Madrid como centro organizador: “las literaturas de Méjico, Colombia, Chile, Perú y demás repúblicas, si bien se conciben separadas, no cobran unidad superior y no son literatura general hispanoamericana sino en virtud de un lazo para cuya formación es menester contar con la metrópoli” (citado en Mejías-López 12).<sup>78</sup>

---

<sup>78</sup> El trabajo de la Universidad de Oviedo en La Plata fue un episodio del famoso debate que en los 20's y 30's tomaría el nombre de “meridiano intelectual” de Hispanoamérica. En este debate, se discutió la primacía cultural entre los países hispanoparlantes, reclamada por España, según la cual la Península estaba llamada a mediar entre los países latinoamericanos entre sí y, entre estos, y el resto de Europa. Como lo sentencia Guillermo de Torre en el conocido editorial de 1927 publicado en la Gaceta literaria: “Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España. Madrid: punto convergente del hispanoamericanismo equilibrado, no limitador, no coactivo, generoso y europeo” (4). Claudio Maíz en Constelaciones unamunianas, limita los momentos relevantes de este debate a los episodios del 20 de julio de 1845 cuando apareció en El Comercio del Plata de Montevideo el artículo de Dionisio Alcalá Galiano “Consideraciones sobre la situación y el porvenir de la literatura hispanoamericana”. En éste, el escritor le augura un porvenir sombrío a la literatura americana fuera de la órbita española. La respuesta americana fue proferida por Esteban Echavarría en Dogma socialista en 1846. El segundo momento del debate tomaría lugar el 15 de abril 1926 con el editorial de Guillermo de Torre en la Gaceta Literaria. La respuesta argentina tuvo lugar en una multiplicidad de publicaciones como Nosotros, El Hogar, Caras y Caretas, Martín Fierro, entre otras (146). Para entender este debate en mayor profundidad es preciso no solo prestar atención a los momentos de confrontación abierta, sino a los de cooperación y cómo dentro de estos se negocian las jerarquías culturales.



Tras las experiencias políticas americanas, el grupo de Oviedo, como lo comenta Prado, “ya no se contentaría con publicitar sus ideas en las grandes tribunas, sino que se preocuparía por presentarlas convincentemente a aquellos que tenían el poder para concretarlas” (Estrategia 56). La imagen de expertos construida por medio de los años dedicados al trabajo científico además de la observación directa de la vida social, política y económica de América, sumado a las redes personales establecidas por los académicos durante su viaje fueron puertas de acceso a los recintos más selectivos del poder político español.

Después de la segunda conferencia en la Unión Ibero-americana, cuenta en su libro de documentos Mi viaje a América, Altamira fue citado por el Ministro de Instrucción Pública, el Conde de Romanos. Éste le comunicó que el Rey deseaba oír “de sus labios” el relato de su viaje a América. Altamira se entrevistó con Alfonso XIII el 15 de abril, durante su reunión el historiador explicó “el origen, carácter, realización y consecuencias del viaje, y... los medios prácticos que... pueden servir para continuar, ampliar y sistematizar la obra iniciada”. Su “exploración” de la vida en las antiguas colonias había rendido el rédito que esperaba, le permitió acercarse lo más posible al poder y presentar su empresa. Al final de la entrevista, que duró más de una hora, el Rey “reiteró su deseo de que la obra comenzada se continuase de la manera más práctica posible y con el necesario auxilio oficial, ya que su comienzo se ha hecho sin el concurso del Estado” (Viaje 265).

El Rey citó a Altamira a una segunda audiencia, esta vez en compañía del Conde de Romanos. En esta reunión, llevada a cabo el 7 de junio, Altamira entregó a los aristócratas un informe detallado de su proyecto. Entre sus peticiones, Altamira sugirió

un crédito especial para el intercambio de profesores con las universidades hispanoamericanas, la creación en Oviedo de una sección hispanoamericanista, la apertura de una escuela para inmigrantes, franquicia de aduana para el envío de libros y material de enseñanza, auxilios a las delegaciones españolas para asistir a congresos de estudiantes hispanoamericanos, envío de pensionados para estudiar los aspectos de la vida social, económica e intelectual de América, mejoramiento del Archivo de Indias, establecimiento en Madrid de un Centro Oficial de Relaciones Hispanoamericanas. El aparato burocrático que Altamira tenía en mente pretendía básicamente consolidar la producción de conocimiento sobre América y conservar a España como fuente histórica americana además de crear la mayor cantidad de canales de comunicación.

Las medidas prácticas que Altamira propuso al Rey para proteger el capital cultural español en América sin duda llamaron la atención del monarca. Pero la ejecución de las más atractivas, por ejemplo el Centro de Estudios Históricos, fue encomendada directamente a la Junta de Ampliación de Estudios (JAE) mientras el Grupo de Oviedo fue marginalizado de los proyectos. Así, el estado cooptó los esfuerzos de los académicos ovetenses al decretar – por medio de la Real Orden de 16 de abril de 1910 – que todas las relaciones científicas con países hispanoamericanos debían ser administradas desde la JAE, dependencia del Ministerio de Instrucción pública creada en 1907 con el fin de modernizar la ciencia española. La Junta de Ampliación de Estudios tuvo como propósito el envío de becarios o pensionados a los países más avanzados de Europa y, hasta los viajes ovetenses, las relaciones con América no fueron su prioridad.

El alcance inmediato de esta medida afectó incluso la independencia misma del viaje de Posada a la Argentina, ya que éste fue en calidad de representante de la Junta de

Ampliación de Estudios (JAE) y no solo como delegado del Grupo de Oviedo. De hecho, su obra En América, una campaña fue una memoria encargada por esta institución.

Posada aprovecha este espacio de comunicación para hacer manifiesto el conflicto de intereses entre las dos instituciones y reclamar independencia para la continuación del programa ovetense. Posada se refiere específicamente al “problema” que para el gobierno suponen iniciativas y manifestaciones fuera de la acción de la Junta.

Nunca – afirma allí – ha podido pensarse que ésta [la JAE] centralice, y menos absorba de una manera exclusiva, ni la gestión total, ni siquiera la dirección de las relaciones científicas oficiales con las Repúblicas hispano-americanas desde España. En primer lugar, la primera iniciativa, la de más resonancia, corresponde a Oviedo, y no es fácil ver la menor incompatibilidad entre la labor que, a mi juicio, pueda emprender la Junta, y la que en lo sucesivo quiera realizar aquella benemérita Universidad ovetense. (América 79-80)

Los historiadores Gabriela Dalla-Corte y Gustavo Prado, en su trabajo conjunto sobre la polémicas relaciones entre el hispanoamericanismo y gobierno de la Restauración, corrigen la percepción de algunos críticos sobre la adopción de los proyectos de Oviedo por parte de la JAE como un logro del *lobby* de Altamira y los demás académicos. Este movimiento estratégico del gobierno, correspondió a su política centralista y burocratizante como la que combatió los movimientos del asociacionismo regionalista. El programa de modernización nacional que desarrollaba el gobierno estaba fundado en la acumulación del poder en el aparato estatal. El americanismo regional, tanto el asturiano como el catalán, implicaban la descentralización de asuntos públicos

como la economía, la diplomacia y la educación y la marginalización de los grandes caudillos restauradores por “expertos” científicos o influyentes hombres de negocios.<sup>79</sup>

Más aún, los exitosos viajes a América del hispanoamericanismo regional probaron su capacidad de generar influencia política a través de canales diferentes a los empleados por la Unión Ibero-Americana de Madrid, la rama del movimiento más cercana al régimen restaurador. La disputa por definir los términos de las relaciones con América no era meramente retórica, implicaba además el acceso a recursos públicos y, como hemos visto, influencia política. Mientras los grupos de Oviedo y Mercurio estaban dispuestos a encontrar una forma de unir fuerzas entre las diferentes vertientes del hispanoamericanismo y, por consiguiente, a repartir el capital político, cultural y económico, la Unión Ibero-americana rechazaría y bloquearía cualquier intento de Rahola y Altamira por acercar las visiones del americanismo. Es preciso indicar aquí la cercanía entre el Conde de Romanos y el hispanoamericanismo madrileño. Como miembro permanente de la Unión Ibero-americana, el Ministro de Instrucción Pública, le dio preeminencia a los proyectos de la organización de Blanca de los Ríos y, por tanto, mayor acceso a recursos públicos para desarrollar su agenda, lo que representaba para el político mayor posibilidad de control sobre las relaciones con América y menor influencia de las regiones en las decisiones del estado.<sup>80</sup>

---

<sup>79</sup> Para mayor información sobre los debates en torno a la cooperación académica y las relaciones diplomáticas españolas ver Prado, Gustavo H. “La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE: controversias en torno a la gestión de las relaciones intelectuales hispano-americanas (1909-1911).” *Revista de Indias* 67.239 (2007): 33-58.

<sup>80</sup> En 1911, Federico Rahola y Rafael Altamira pidieron a Rodríguez de San Pedro, presidente de la Unión Ibero-americana, formar una Federación hispanoamericanista para consolidar fuerzas en torno al proyecto común. Sin embargo, Rodríguez de San Pedro rechazó por medio de una contundente carta las invitaciones: “la representación semi-oficial de que disfruta la Unión Ibero-Americana, la coloca muy por encima de cualquiera otros organismos que con su

Con todo, el grupo de Oviedo fundó el Instituto Iberoamericano de Derecho y la Biblioteca América en la Universidad de Compostela. Participó en la organización de la Sociedad Libre de Estudios Americanistas En Barcelona, y en Cádiz colaboró en la creación de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes. Además fundaron el Centro de Estudios Históricos el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España, aunque solo operativo hasta 1913. A pesar de la agri dulce agenda política, para 1920 los catedráticos Ovetenses contaban con un grupo de estudiantes del otro lado del Atlántico que recibían educación en varias de las facultades de la universidad.

Es evidente la distancia enorme entre los planes americanistas ovetenses y lo que efectivamente el grupo pudo ejecutar. Sin embargo, como lo exhibe Prado, a pesar de su derrota como político y “lobbista”, Altamira y Posada triunfaron como ideólogos y autoridades intelectuales capaces de conducir la opinión pública. Mientras el movimiento hispanoamericanista nunca logra consolidarse como estructura organizada, el discurso de la raza hispana como cimiento de las relaciones transatlánticas predominó a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, hasta su absoluta conservadurización y transformación en el catolicismo nacional español.

Del mismo modo, tanto Posada como Altamira descollaron como figuras académicas. Posada fue encargado de importantes cátedras de derecho y sociología en la Universidad de Madrid. Altamira, por su parte, recibió por Orden Real de Alfonso XIII la

---

propia y particular significación hayan de crearse, por prestigiosas y meritorias que sean las personalidades que los forman. La obra de la Unión ha tenido su centro en Madrid donde, lógicamente pensando, lo debe tener; puesto que, empresa como la que esta Sociedad persigue, por su enorme magnitud requiere la cooperación eficaz de los poderes públicos y el continuo e íntimo contacto con las representaciones más elevadas, acreditadas en España, de las naciones con que pretendemos mantener íntima relación” (citado en Dalla-Corte y Prado 10).

cátedra doctoral de Historia de las Instituciones políticas y civiles de América en la Facultad de Derecho y de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Plataformas idóneas para continuar formando un cuerpo de saber sobre América Latina y un grupo de expertos en las relaciones con ésta

Para la tranquilidad de los periodistas del New York Times, los esfuerzos de los catedráticos ovetenses no pudieron evitar que los embajadores de la cultura norteamericana afiliados al panamericanismo, como Leo S. Rowe, produjeran y circularan representaciones que sentaran las bases para la construcción de “South America as a territory for the projection of U.S. capital, expertise, dreams, and power” (Salvatore, “Enterprise” 71). La intelectualidad latinoamericana, como lo interpreta el sociólogo peruano José Carlos Mariátegui, entendió la derrota del hispanoamericanismo en los siguientes términos:

De poco le sirve al ibero-americanismo el número y la calidad de las adhesiones intelectuales mientras el ibero-americanismo se apoya en los sentimientos y las tradiciones, el pan-americanismo se apoya en los intereses y los negocios. La burguesía ibero-americana tiene mucho más que aprender en la escuela del nuevo Imperio yanqui que en la escuela de la vieja nación española. (46)

Sin embargo, el concepto de la homogeneidad racial del hispanoamericanismo va a sentar las bases para una identidad regional que ofrecerá resistencia a la invasión cultural estadounidense y que se fortalecerá en los 60's.

#### **4. “El gaucho fue siempre de tez blanca”: asimilación racial y las negociaciones culturales de Vicente Blasco Ibañez en la Argentina del Centenario**

The main battle in imperialism is over land, of course; but when it came to who owned the land, who had the right to settled and work on it, who kept it going, who won it back, and who kept it going, and who now plans its future – these issues were reflected, contested, and even for a time decided in narrative

Edward Said

Como bien lo define Ricardo Rojas en Blasón de plata (1912), su obra conmemorativa del Centenario de la independencia, “la lucha por la tierra explica todas las pugnas en Argentina, hasta la del nacionalismo contra el cosmopolitismo por la autonomía espiritual” (107). En el proceso de construcción de hegemonía del cambio de siglo argentino, las confrontaciones entre diferentes facciones políticas y económicas derivó en luchas culturales. En la pugna por la definición de la nación, los protagonistas concretos de la historia cambiante del fin de siglo argentino fueron transformados en íconos antagónicos cuyo significado motivó interminables polémicas. Jeane Delaney, en su artículo “Making Sense of Modernity: Changing Attitudes toward the Immigrant and the Gaucho in Turn-Of-The-Century Argentina” describe los significantes del gaucho y el inmigrante “as representing two distinctive ways of life or two cultures in continual conflict” (441). Los escritores argentinos en torno al Centenario, se alinearían tras uno u otro personaje para definir a los legítimos poseedores de la tierra basándose en características raciales y morales como garantes de la civilización nacional.

Este capítulo se centra en el desplazamiento del discurso de la barbarie, el cual deja de apuntar hacia los campesinos mestizos locales, o gauchos, para ensañarse contra

los inmigrantes. La identificación del gaucho a través del concepto de barbarie y la del inmigrante con la civilización serían cuestionadas por los escritores e intelectuales argentinos en vía de profesionalización. Como lo hemos visto a lo largo de este trabajo, los distintos grupos de poder local mantuvieron una relación antagónica con los inmigrantes a distintos niveles. Las elites rurales, quienes se sintieron amenazadas por la beligerancia de los recién llegados, establecieron alianzas con las clases medias intelectuales emergentes para fundar una definición cultural de la nación que les permitiera reterritorializar a estas poblaciones nuevas. De estas preocupaciones surge el interés por establecer la nacionalidad argentina en torno a un concepto de tradición basado en la herencia étnica e histórica colonial como forma de marginalizar y jerarquizar la mano de obra inmigrante que recibía el país.

A lo largo del siglo XIX, de la pluma de Domingo Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, se grabó en la conciencia nacional argentina la identificación del europeo en términos de progreso, prosperidad y estabilidad, mientras el gaucho fue representado como la encarnación de las peores características de la joven nación y como un obstáculo para su desarrollo económico y la normalización de su convulsa vida política. Estas premisas ideológicas inspiraron el conocido proyecto de inmigración masiva que llevó al puerto de Buenos Aires a millones de inmigrantes, como lo hemos narrado en profundidad en los capítulos anteriores.

Estos inmigrantes eran visualizados como mano de obra para las áreas rurales despobladas tras el genocidio de los indígenas que habitaron estas regiones. Con todo, los grupos locales de poder, se quejaban constantemente del estancamiento de los inmigrantes en las ciudades. El problema radicaba en que los extranjeros, que venían con



las expectativas sembradas por la propaganda de los publicistas argentinos en Europa, se encontraron con múltiples dificultades para establecerse en el campo. Toda la tierra disponible, la riqueza producida por ésta, el crédito y la participación política acumulada desde la década del ochenta fueron rápidamente acaparados por grupos reducidos de propietarios que formaron grandes latifundios.<sup>81</sup>

Como lo prueban Carlos Payá y José Cárdenas en su trabajo seminal El primer nacionalismo argentino (1978), con excepción de las experiencias que tuvieron lugar en Santa fe y Entre Ríos, los inmigrantes no tuvieron acceso real a la tierra que se suponía les estaba destinada, lo cual motivó su asentamiento en Buenos Aires. Algunos inmigrantes en la capital empezaron a participar en la expansión económica del país y, como consecuencia, a tener rápida movilidad social. Al contrario de países como los Estados Unidos, a los inmigrantes en Argentina quienes poseían algún tipo de conocimiento, formal o no, les resultó más fácil ubicarse en un lugar intermedio entre las tradicionales clases populares locales y las elites. Esta mano de obra calificada permeó las barreras sociales y se instaló en Buenos Aires donde tuvo acceso a la movilidad social que ofrecía la modernizante economía argentina.

La intelectualidad argentina reaccionó a la reticencia de los inmigrantes a desplazarse al agro y a su instalación como clase media alta urbana. El conocido intelectual Leopoldo Lugones, sumado a los jóvenes Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, emergentes intelectuales de estas elites de provincia, cultivaron la imagen del inmigrante

---

<sup>81</sup> Para mayor información sobre los problemas de distribución de la tierra en Argentina y la inmigración ver Halperín Donghi, Tulio. The Contemporary History of Latin America. Duke University Press, 1993; Cárdenas, Eduardo; Carlos M. Payá. El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas. Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1978; Zimmermann, Eduardo A. Los liberales reformistas: La cuestión social en la Argentina, 1890-1916. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995.

“materialista” y “oportunista”. En esta guerra por la legitimidad de ocupar espacios sociales, la imagen del inmigrante fue forjada, tanto en la prensa como en las obras literarias, como un ser avaro, amoral, parasitario cuyo único propósito para llegar al país era el enriquecimiento egoísta. A medida que la imagen del europeo civilizado era remplazada por la de un ser “materialista”, el símbolo del gaucho emergió como el representante más prístino de la nacionalidad. El gaucho pasó a ser sinónimo de civilización, tradición y gusto artístico, funcionando de esta forma como “a unifying symbol to counter the impact of the immigrant masses, thus transforming the native herdsman into a symbolic weapon for socio-political control” (Delaney 436).<sup>82</sup>

Este capítulo estudia esta transformación cultural, y sus consecuencias prácticas, en relación con las redes intelectuales transatlánticas del hispanoamericanismo. En comunicación con Rojas y Gálvez, el reconocido novelista valenciano Vicente Blasco Ibáñez intervino en el discurso nativista anti-inmigratorio y colaboró a la canonización de la gauchesca y a la construcción del gaucho como ícono nacional al anclarlos a una tradición cultural y étnica peninsular.

Las metáforas culturales tuvieron una aplicación en la organización de las nuevas poblaciones migrantes que conformaban Argentina. La romantización de la vida bucólica y nostálgica que las elites rurales argentinas usaron para recuperar su papel preponderante

---

<sup>82</sup> Delaney advierte, sin embargo, en el mismo artículo, que en su mayor parte los sentimientos antimigrante expresados por medio de la figura del gaucho, “cannot be reduced to fears about rising class conflict and economic displacement”. Si bien a estos intelectuales les exasperaban las consecuencias colaterales de las condiciones materiales mismas que los produjeron, sería ingenuo creer que en su discurso sobre el campesino mestizo como esencia nacional, alguno de estos escritores realmente clamaba por la terminación de dichas condiciones. La saña del discurso xenofóbico nacionalista enmarcado en imágenes bucólicas de la nación, según Delaney, tenía que ver con “the peculiarities of their status as intellectuals.” En otras palabras, estos escritores en vía de profesionalizarse avanzaron su carrera intelectual por medio de la reproducción del comercializable discurso xenofóbico nacionalista (437).

en el cambiante panorama político de principio de siglo, fue utilizada para crear una igualmente idílica perspectiva de la vida rural de los trabajadores por medio del mito del gaucho noble e hidalgo. El viaje de Blasco Ibáñez muestra cómo esos intereses se entrelazaron con la agenda del hispanoamericanismo, en general, y cómo armonizaron con los planes económicos del escritor, editor y negociante valenciano. A través de la apropiación racial de la imagen del gaucho, Blasco Ibáñez refrendó esa visión del campo argentino en su literatura de viajes sobre el país. Dándole rienda suelta a sus fantasías coloniales de convertirse en terrateniente en Argentina, formuló un discurso que pretendía inspirar a las poblaciones de migrantes españoles asentadas en la ciudad, quienes él llamaba “nuevos conquistadores”, a movilizarse al campo como mano de obra para la industria agro-pastoral en la pampa.

En el primer apartado traza las redes culturales que entorno suyo construyó Vicente Blasco Ibáñez para darle agencia a la expansión comercial de su editorial en América. A partir de éstas, Blasco Ibáñez dio vida al primer proyecto de su editorial en América, la narración de su viaje a la Argentina en 1910. El segundo apartado de este capítulo da cuenta de la producción de este artefacto cultural, comercializado como un objeto de colección para conmemorar el Centenario. La tercera sección explora la versión hispanizada del gaucho que Blasco Ibáñez ofrece en la narrativa sobre su viaje. La premisa de esta mirada colonizante encuentra los orígenes raciales y culturales del campesino mestizo en el encuentro colonial. Posteriormente, en la sección cuarta de este capítulo se explora la versión de la fusión étnica entre el inmigrante y el gaucho ofrecida por la perspectiva del viajero europeo, y cómo ésta legitima las fantasías locales de blanqueamiento. El apartado final, analiza todas estas estrategias retóricas como forma de

publicitar la llegada de españoles como mano de obra a las pampas, específicamente a las tierras adquiridas por el propio escritor español.

#### 4.1 El intelectual de acción

La temprana carrera de escritor de denuncia y militante de oficio de Vicente Blasco Ibáñez en Valencia le dio paso a una vida de viajero y negociante incansable.<sup>83</sup> Al final de la primera década del siglo XX, el “intelectual de acción” emprendió su periplo en busca de la pequeña fama y la fortuna a las que puede acceder un profesional y negociante en el mercado de las letras. En su primera estación, esta carrera lo llevó por varios años a la Argentina del Centenario.

Más de una década después de su partida de la nación suramericana, el 29 de enero 1928, el periódico de sus más influyentes aliados en la sociedad argentina, La Nación de los Mitre, publicará un extenso obituario en el que se narra con nostalgia las correrías del intelectual en su novelesca vida:

la venida a la América del Sur, las conferencias, los sueños del conquistador en la Colonia Cervantes de la Patagonia y en la de Corrientes, el fracaso y la vuelta a Europa, ya conmovida por la guerra...Y

---

<sup>83</sup> En su disertación titulada Ibero-American Intersections: Constructing (Trans)National Imaginaries in Spain and Latin America, 1898-1938, Paul Bowker muestra claramente la paradójica afiliación de Vicente Blasco Ibáñez al hispanoamericanismo y a su discurso colonial. Bowker sintetiza la afiliación al liberalismo acérrimo de los primeros años de su carrera intelectual: en 1885, a la edad de 18 años, ya era presidente de las Juventudes Republicanas Federales de Valencia. En 1889, fundó el periódico, La Bandera Federal. Cinco años más tarde, inauguró el diario de republicanismo radical, El Pueblo. En 1898 fundó el partido político republicano Fusión Republicana, el cual, en sus primeras elecciones municipales, obtuvo la mayoría de las votaciones. Este mismo año, fue encarcelado por provocar disturbios durante las protestas contra la guerra de España en Cuba, sin contar con los dos intentos de asesinato de los que salió bien librado. Su proyecto su incursión en el mundo editorial se produjo bien temprano con la fundación de La Propaganda Democrática (1892), el diario El Pueblo y el lanzamiento de su Biblioteca Popular (1897). Coinciden con estos años sus novelas sobre la inequidad social en la Península. Títulos como La catedral (1903), La bodega (1905) y La horda (1905), buscaron formar una opinión política entre el emergente público lector obrero español.

más tarde la vuelta al mundo como una especie de Simbad y el éxito fulminante en los Estados Unidos, donde se halla la gloria, la fortuna y... el título de doctor “honoris causa” por la Universidad George Washington.

(4)

Blasco Ibáñez es reconocido por ser probablemente el primer escritor de habla hispana que se instaló con comodidad en el mercado norteamericano de las letras. El éxito de su literatura y, a partir de ésta su incursión en el cine, muestran su capacidad para negociar contenidos culturales en diferentes mercados.

Blasco Ibáñez tuvo una prolífica vida literaria en la que, simultáneamente, supervisaba casi completamente el circuito de producción y distribución de sus propias obras. El propósito de su carrera, una “mezcla de escritor y editor” como el mismo la describe en una carta al intelectual y político argentino Joaquín V. González, fue dedicada a construir el mercado editorial transatlántico:

todos los que escribimos en español debemos ser conocidos igualmente en todos los países de habla española, y nuestros libros figurar por igual en las librerías. Desde Tejas al Cabo de Hornos, formando un gran triángulo cuyo vértice llegue a España, debemos todos construir una gran familia literaria con igual derechos y deberes y de las misma gloria. (“Cartas” 156)

Blasco Ibáñez compartió con Adolfo Posada y los intelectuales de Oviedo el interés por recuperar para España la hegemonía cultural entre los países de habla hispana. Con miras en este proyecto, a finales de la década de 1890, el escritor valenciano estableció una

sociedad con el famoso librero madrileño Francisco Sempere, formando la conocida editorial Sempere y Cia – renombrada Prometeo en 1904.

Blasco Ibáñez ofició como director literario, mientras su socio se encargó de la administración. El escritor valenciano consideraba que sus cualidades artísticas y su olfato para los negocios le serían suficientes para cumplir su mayor deseo: tomar por asalto el mercado americano. Blasco Ibáñez fue otro de los peninsulares contagiados por esa fiebre de enriquecimiento que, como observábamos en el primer capítulo con José Moya, hacía de la migración un fenómeno que se esparció por la Península de forma casi viral. Efectivamente, en un artículo titulado “Cómo ve Europa a América”, publicado en La Nación el 4 abril de 1909, Blasco expresaba sus ideas sobre la migración económica transatlántica: “A América sólo se va a impulsos de una angustia económica”. Como el resto de los intelectuales viajeros del hispanoamericanismo, sin embargo, el viajero intelectual describe el interés particular de su viaje como una empresa cultural nacional: “hay que ir a otra cosa que a ‘hacer dinero’” termina recomendando en su artículo (4).

En una carta de 1907 dirigida a su socio, el valenciano pone en consideración de éste las estrategias para hacer su entrada en el mercado americano de los libros:

los propietarios de La Nación de Buenos Aires están encantados conmigo. Creo que no tardaré en apoderarme de ellos. Ya sabe Ud. que ellos hacen negocio de libros y lo que tienen con Sopeña. ¿Cree Ud. oportuno que yo les hable de nuestra biblioteca, por si podíamos hacer algo juntos? ¿No sería esto peligroso para nuestras relaciones con Ponzinibbio? ¿Qué le parece a Ud. que podríamos hacer aprovechándonos de La Nación? No deje de contestarme. (citado en Lluch-Prats 255)

Para el final de los años 10's del siglo pasado, Blasco Ibáñez ya era en Argentina un reputado novelista, con un número importante de lectores. Desde 1904 escribía para la revista Caras y Caretas y en 1906 se convirtió en uno más de los renombrados corresponsales del diario La Nación, que ya contaba con colaboradores de la talla de Miguel de Unamuno y Max Nordau. Su estrategia dio frutos cuando Emilio Mitre, durante una cena en París, lo invitó a hacer un tour literario por Argentina.

En junio de 1909, Blasco Ibáñez se enfundó las botas, el traje de montar y la gorra – atuendo con el que aparece en la mayoría de las fotos de su viaje – y se desplazó a Argentina en una travesía que lo mantuvo en las tierras del sur, de forma intermitente, hasta abril de 1914. De esta posición intermedia entre editor y autor – apoyado por las redes de escritores, periodistas y editores que construyó – Blasco Ibáñez se tornó en un explorador cultural. Su presencia en Argentina le permitió afinar su capacidad de observación y levantar, una “geografía de lectura”, como crítico Philippe Castellano denomina este tipo de estudios.

Como los otros casos aquí analizados, Blasco Ibáñez viajó en calidad de *cultural broker*. Revestido del capital simbólico que poseía, se ofreció de mediador entre la industria editorial española y los nuevos consumidores de bienes culturales argentinos. Como los intelectuales – Altamira y Blanca de los Ríos, entre otros – Blasco Ibáñez representó los intereses de los editores españoles que insistían sobre la necesidad de revisar los tratados de propiedad intelectual con las repúblicas americanas y la reducción del elevado precio del transporte, los aranceles sobre los libros y el envío de correspondencia a América.

Blasco Ibáñez, como los demás intelectuales del hispanoamericanismo, iba detrás del nuevo mercado de lectores que surgía en Argentina. Como cuidadosamente lo describe Adolfo Prieto en El discurso criollista, el mapa de lectura de Argentina en el cambio de siglo fue modificado por la aparición de un nuevo tipo de lector que provino de las campañas masivas de alfabetización tendientes a modernizar el país. A pesar de que esta cifra debe ser matizada, los censos del momento describen una milagrosa reducción en los índices de analfabetismo que en menos de 30 años bajaron a 4%. A estas cifras, las acompañaron otras aún más sorprendentes sobre los descomunales tirajes de prensa que ubicaban a Buenos Aires como una de las ciudades con mayor demanda de periódicos en el mundo.

A pesar de la popularidad de que gozaba la robusta prensa periódica, la cultura letrada, de grupos profesionales y sociales, “continuó reconociendo en el libro la unidad vertebradora de su universo específico”. El libro, como artefacto de identificación social, implicaba “el dominio de los símbolos adscriptos a la cultura letrada” (Prieto 31). Sin embargo, como lo reportan conocidos escritores de la época como Manuel Gálvez, Miguel Cané, Roberto Guisti, Paul Groussac y Rubén Darío, existía una constante escasez de este objeto de consumo. Los lamentos de estos escritores sobre la falta de libros, convenientemente, ignoran el gigantesco mercado de libros que la gauchesca generó en el cambio de siglo argentino. Elaborados en un rústico pero muy funcional circuito editorial, El gaucho Martín Fierro y Juan Moreira fueron los primeros *best-sellers* del país, mientras la popularidad de sus autores, José Hernández y Eduardo Gutiérrez, aumentaba ante la mirada celosa de las elites tradicionales, quienes debían



recurrir a los recursos estatales para sufragar la publicación de clásicos nacionales como las obras de Alberdi y Sarmiento.

Sea como fuere, el mercado argentino funcionó bajo el dominio de los editores franceses quienes contaron con los “mayores capitales, conocían las técnicas de comercialización y producían libros de gran calidad en diversos idiomas”, hasta 1890 cuando se produjo el *crash* de la edición francesa (Fernández, Redes 180-181). Éste fue el “Potosí” que Vicente Blanco Ibáñez vio en América para las compañías editoriales españolas, únicas en el mundo hispanoparlante hasta la Guerra Civil. Blasco Ibáñez y Sempere fueron pioneros en la apertura del mercado cultural con los países latinoamericanos. Estos *cultural brokers* abrieron la senda que llevó a los librerías españoles a tornar a América “para volcar sus excedentes, puesto que el mercado interno no era lo bastante populoso para demandar toda la producción editorial” (Lluch-Prats 251).

Estudiar las especificidades de este mercado fue, como hemos venido diciendo, una de las prioridades del viaje de Blasco Ibáñez. En sus observaciones, reportadas a sus socios comerciales en España, por ejemplo, el valenciano insiste constantemente en que la distribución de las obras se realice a través de los kioscos y no de los librerías locales, como en España. Además, él mismo se encargó de buscar publicidad para los trabajos lanzados por su editorial. A propósito de uno de sus álbumes sobre la Gran Guerra, Blasco Ibáñez le cuenta a su socio que pedirá que “pongan un anuncio gratis en Fray Mocho... De este modo, la propaganda al menos es segura, y esto es lo que interesa, pues lo que hay que temer en América es que el público no se entere por buena que sea la cosa” (citado en Lluch-Prats 262-63).

Ahora bien, en su otro papel, el de escritor, Blasco entendía su apertura de mercados americanos como una tarea necesaria en el camino hacia la profesionalización que buscaban los artistas finiseculares, además de un lugar común para la reflexión del oficio de escritor y de retos intelectuales sobre la llegada de la modernidad. Su perspectiva, por supuesto, lo acercó a los representantes de la profesionalización en Argentina. Como Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, Blasco Ibáñez abogaba por la independencia intelectual y económica de los escritores de oficio. Como lo relatan los historiadores argentinos Carlos Paya y Eduardo Cárdenas, previo al viaje, el valenciano había interactuado con los dos intelectuales argentinos en Madrid. A Gálvez lo conoció en la casa Antonio Hoyos, a quien Gálvez conocía por mediación de Carlos Octavio Bunge. Con Rojas mantuvo una relación epistolar fluida que derivó en colaboración intelectual, éste reseñó las novelas del valenciano dentro de la colección El alma española (1907).

A su llegada a Argentina, Blasco Ibáñez se presentó como escritor profesional. Y a pesar de haber suspendido su producción novelística por seis años, llegó con la intención de nutrir su obra con la inspiración proveniente de su nuevo contexto. El 10 de diciembre de 1908 apareció en La Nación un artículo titulado “Blasco Ibáñez en Buenos Aires. Su próximo viaje”. En éste, el escritor mismo, establece los objetos que va a buscar en su periplo americano:

La Argentina tiene un alma: tiene un pueblo en sus llanuras, semillero de héroes del trabajo, de guerreros de la naturaleza: tiene costumbres y tradiciones, magníficos y originales paisajes y ofrece el más notable ejemplo que se ha conocido, de fundente étnico, convirtiendo diversas

razas en un solo elemento único y sólido: el pueblo argentino. Esto es lo que yo quiero describir y fijar en mi obra. (4)

Con una perspectiva que recuerda el proyecto de la llamada “Generación del 98”, Blasco Ibáñez se dirigió a buscar la esencia de un lugar en transformación por la diversa mano de obra extranjera que debía ser subsumida a la categoría dentro de la ciudadanía. En otras palabras, el escritor-editor quería narrar la asimilación de los inmigrantes y encontrar espacio en el mercado por el que estas ideas transitaban.

Sus temas cambiaron para albergar al mercado argentino, consumidor de modernas imágenes propias hechas por mano europea, y al mercado del “Viejo Mundo”, ávido de exotismo americano. Después de la pausa mencionada, su experiencia en Argentina determinó su llamado “periodo americano”. De regreso a la escritura, Blasco Ibáñez se trazó un ambicioso plan de trabajo que, aunque no completó en su totalidad, dejó un importante corpus de ficción sobre la novedad del momento, la migración transatlántica. En una carta a Julio Cejador le decía:

Había yo cambiado completamente durante el largo descanso. Los argonautas es un prólogo . . . Iba a escribir La ciudad de la esperanza (Buenos Aires), La tierra de todos (el campo). Los murmullos de la selva (las tierras todavía vírgenes). Luego dos o tres novelas que tendrían por escenario Chile; otra del Perú, el oro y la muerte. Y así pensaba seguir creando un bloque novelesco con personajes que paseasen toda la América de origen hispánico. (Blasco Ibáñez, Obras completas 19)

Sus obras, las realizadas y las que nunca ocurrieron, detallan los encuentros culturales de los “microcosmos” que albergaban los transatlánticos, las fortunas creadas de la noche a la mañana, la desproporción de la imparable Buenos Aires.

Pero antes de estetizar su viaje a Argentina, en su primer retorno a España, Blasco Ibáñez publicó su análisis del campo y del mercado cultural argentinos en una narrativa de viaje donde recoge las impresiones del país durante su extenso tour de conferencias al cual regresa a vender en Argentina con motivo del Centenario. Este libro de viajes, objeto concreto de este capítulo, tenía todos los elementos para impactar el mercado local: un reconocido autor extranjero que retrata una imagen de la nación suramericana en un momento determinante para su producción icónica. En su propio mercado apela a las mentes europeas que fantaseaban sobre América y su poder milagroso para hacer fortunas.

#### **4.2 Instant book**

Blasco Ibáñez define su propia obra, Argentina y sus grandezas (1910), como un *instant book*, es decir, un libro creado a partir de un acontecimiento excepcional, en este caso, el Centenario de la Independencia. Blasco Ibáñez persuade a su socio en Madrid de la efectividad comercial del género: “Esto interesa a todos; no es literatura. Es casi artículo de primera necesidad. Yo lo haré muy interesante. Y si lo presentamos bien, ¡éxito seguro e inmenso!” (citado en Lluch-Prats 263). Este artefacto cultural, entonces, tomó la forma híbrida de un compendio histórico-geográfico en el que intervienen fuertemente la mirada del viajero ilustrado, como autor y no como mero recopilador, acompañada por láminas, fotografías y detalles de edición de lujo.

Blasco Ibáñez pensó la obra como un objeto de colección, una especie de libro de mesa, con el que las familias argentinas de todas las clases pudieran preservar la memoria de la celebración.<sup>84</sup> El autor-editor valenciano entraba en competencia directa con cuantos libros y álbumes se publicaron sobre el acontecimiento. Como bien lo explica Milagros Belgrano Rawson en su artículo Sofocante Buenos Aires. Representaciones de género en la literatura de viajes sobre Argentina (1880-1920), “muchos de estos textos eran leídos por los argentinos ya que proporcionaban una idea sobre el progreso que el país estaba alcanzando, siempre con el continente europeo como horizonte” (35).

Astuto publicista, Blasco inició una campaña de expectativa sobre su obra en Caras y Caretas. La revista publicaba pequeños apartes del libro, acompañados por fotos del autor en medio de su proceso creativo y del pintor Antonio Pedraza trabajando en las ilustraciones del volumen. La estrategia funcionó y, tanto en Buenos Aires como en las provincias, el libro fue solicitado por el público antes de su lanzamiento. Respecto al éxito comercial de la obra, Blasco Ibáñez le comenta a su socio Sempere en una carta de diciembre de 1911:

en este momento no queda en toda Argentina un ejemplar de mi libro a la venta. El libro, aunque de venta ya amortiguada, se buscará siempre, así es que conviene se ponga Ud. en relación con los libreros de aquí manifestándoles que es único depositario. Anteayer mismo me pidieron de

---

<sup>84</sup> Para la reedición de la obra, Blasco Ibáñez y Sempere redujeron sus precios y la ofrecieron por medio de pagos mensuales. Así lo muestra una publicidad que circuló en el diario La Nación en los meses siguientes al Centenario. En ésta se invitaba a adquirir el “Hermoso recuerdo del Centenario argentino... Esta obra que hasta el presente se ha estado vendiendo al precio de \$25 y con el objeto de darle la difusión que ella merece, se ha resuelto ponerla a la venta al alcance de todo el mundo en las siguientes condiciones... Al contado \$10. A plazos en seis cuotas mensuales de \$2 C/U”.

una librería, y yo dije la verdad: que no tenía ninguno. Véndalo como le parezca mejor. (“Cartas” 258)

Según el crítico de la época Federico Vergara Vicuña en Blasco Ibáñez, La vuelta al mundo en 80...000 dollars, éste recibió “tres leguas de cuadras de tierra en la gobernación de Río Negro” como pago por la publicación de su obra de viajes, encargo directo del gobierno argentino (citado en Sánchez Sanblas 165). De ser cierto el rumor sobre su contratación, el gobierno argentino mismo habría ejercido control sobre la mirada del viajero, tantas veces adversa a las políticas culturales locales, poniéndola a su disposición; comprometiendo, de esta forma, la profesionalización y la capacidad del escritor de separarse de las estructuras estatales. El rumor puede ser enteramente posible, si atendemos a las críticas de otros viajeros, como el británico John Alexander Hammerton, quien tras su visita al país alertaba sobre los “panfletos publicitarios” que subsidiaba el gobierno argentino para recibir de los escritores europeos “engañosos” elogios a su nación (46).

Además del éxito económico que reportó el libro, éste avanzó la agenda cultural hispanoamericanista a la que se suscribía el autor. En primer lugar, Blasco Ibáñez dedica una gran extensión de su crónica de viajes a analizar las letras argentinas. El novelista valenciano establece su propio canon de la literatura local, poniendo de relieve unos autores y eclipsando otros. Pero más importante, Blasco Ibáñez coopta la estética argentina para subsumirla en una posición periférica respecto de las letras de la antigua metrópolis. En otras palabras, su mirada colonizante asimila las creaciones literarias argentinas por medio de su genealogía que, naturalmente, deriva de España. Como veremos, el valenciano se une a la lista de críticos españoles que afanosamente buscaron

probar los orígenes peninsulares de la gauchesca, el género más comercial en la Argentina de entre siglos.

#### **4.3 Hispanización de la gauchesca**

Como todas las anteriores narrativas, La argentina y sus grandezas inicia con descripciones, seguidas de análisis profundos, del viaje a América en transatlántico. La mirada de Blasco Ibáñez, como la del viajero catalán Federico Rahola, se configura desde la primera clase del vapor en su relación vertical con la masas de inmigrantes que aparecían en la cubierta “alineados y entabados como los ladrillos de una construcción”, describe el autor valenciano. Su descripción de la miseria que se observa a bordo incluye mujeres que viajan embarazadas para darle la nacionalidad argentina a sus hijos, perros que se deslizan entre las faldas embarradas y cofres pobres de adornos chillones. Pero también el colorido de las ropas, los cacharros de cocina y las “guitarras, acordeones y arpas, fragmentos de poesía del terruño que emigran con los desesperados, como remedios vibrantes para las horas de nostalgia y decaimiento” (10).

Blasco Ibáñez pinta un futuro esperanzador, para esta pintoresca masa, en “el pueblo más progresivo de los tiempos modernos”. Este país se abre, continúa, “a la ilusión y al noble espíritu aventurero de los que desean cambiar de medio”. Las descripciones exuberantes de la ciudad que recibe a estos “entusiastas cruzados de los tiempos modernos”, se reiteran aquí también. Como Adolfo Posada, el valenciano da legitimidad a la modernidad de la ciudad del sur. Pero al mismo tiempo la orientaliza para construirla como un lugar a dominar. La ciudad es “una leyenda de maravillas, con minas de oro más opulentas que las del tiempo de Salomón, edificios de mayor altura que la torre de Babel ó los pensiles de Semíramis, é invenciones como no las soñaron los

antiguos magos”. El viajero construye a la ciudad como un objeto de deseo para atraer una gran migración en busca de rápida movilidad social: “¡Buenos Aires!...Al conjuro de este nombre surgen en la memoria historias maravillosas de rápidas y enormes fortunas; cuentos reales de lo que pudieran llamarse Las mil y una noches”. Blanco Ibáñez quiere hacer de la ciudad la nueva Potosí e invocar a ésta una peregrinación más grande que arribó a California arrastrados por la fiebre del oro (14).

Pero en lugar del oro de California y la plata de Potosí, el valenciano ofrece una versión idílica de la rica campiña argentina que invita a los aventureros a recoger sus riquezas:

¡Buenos Aires!...Lo que este nombre evoca en la mente de los peregrinos mundiales que marchan hacia la tierra argentina no es una visión de oro, sino de rebaños infinitos, al lado de los cuales parecen miserables tropillas los ganados bíblicos de los profetas y la fortuna pastoril de los pueblos nómadas de la antigüedad; campos inmensos como un Océano terrestre sobre los cuales tiene el cielo los mismos espejismos y rutilantes atardeceres que sobre el mar; suelos de maravillosa fecundidad, que sólo hay que abrirlos con el surco para que surja al momento, en forma de espléndidas cosechas, una energía fecundante, resto sin duda de las primeras fuerzas que presidieron la formación planetaria y que han estado dormidas durante miles de siglos en las entrañas del globo. (9)

El nombre de la ciudad se desasocia de la modernidad y el urbanismo y se intercambia por la abundancia hiperbolizada del campo argentino, lugar hacia donde la



ola migratoria debía ser “canalizada”. En la crónica de su viaje, Blasco Ibáñez construye el mito del inmigrante argentino como nuevo colono de zonas rurales.

La hispanización cultural del símbolo del gaucho funciona como el lugar retórico en el que el viajero va a depositar los contenidos ideológicos que determinan su mirada. El viajero no hace referencia a los reales campesinos mestizos de las zonas rurales, antes bien se entretiene en la literatura que los inventa, los imagina, los eterniza mientras la modernización los extingue. En efecto, las observaciones del campo argentino de Blasco Ibáñez están escritas a través de referencias constantes a la literatura gauchesca y a las lecturas que de ésta hacen los intelectuales locales. De no ser por las fotos, que justamente se posan sobre la narrativa para sentenciar un pacto de veracidad irrompible, el lector actual pensaría que el libro fue escrito desde un estudio en Europa sin ningún desplazamiento real, como tantos casos de la literatura de viajes decimonónica.

La mirada literaria se impone pues al interior de los mitos culturales donde el viajero puede negociar su expansión comercial con los anhelos, expectativas y deseos de los grupos de poder locales y los migrantes. El primer paso que da Blasco Ibáñez es la hispanización de la gauchesca. En su obra, reproduce la imagen que las elites argentinas quieren de su nación, a la vez que la construye como un espacio natural, casi hogareño, para el colono español. Teniendo en cuenta la relevancia que cobra la figura del gaucho para la inmigración, el género de la literatura de viajes se combina con la crítica literaria para narrar una historia de la gauchesca que se remonta a los orígenes españoles, “la idea de un campo cultural que se proyectaba desde la metrópolis, una América que debía pensarse como continuidad literaria de España” (Saba 209). En esta narración, el intelectual viajero se apoya en las observaciones sobre los gauchos de Domingo

Sarmiento, acompañada del antiurbanismo de la obra de Santos Vega, a la vez que canoniza la imagen del gaucho redimido de Martín Fierro y marginaliza al gaucho “malo”, representado por el famoso personaje Juan Moreira.

#### **4.3.1 Español hasta el tuétano**

Blasco Ibáñez inicia la observación de la pampa y de sus habitantes con una escena exótica inspirada en el clásico argentino Facundo. Civilización y barbarie (1845):

El campesino argentino, como observa Sarmiento, rara vez bebe si los versos y la música no le excitan. Por esto toda pulpería tiene su guitarra. Allí donde hay un grupo de caballos estacionados y gente sentada en troncos de árbol o cráneos de vaca, junto a una hoguerita que calienta el agua del mate, es casi seguro encontrar un poeta, un “payador”, un versista que improvisa sobre temas patrióticos y amorosos. (Argentina 246)

El valenciano, sin embargo, pasa por alto los rasgos de barbarie que Sarmiento adjudica al gaucho. En su observación de éstos, el viajero intelectual ofrece como característica principal su inclinación artística. Anticipándose a Leopoldo Lugones, la poesía se hace inseparable del hombre de la pampa como marca principal de su capacidad para la civilización.

En lugar de hablar de su carácter violento por naturaleza, Blasco Ibáñez profundiza en los orígenes de su música y su poesía.

España dio la vihuela al gaucho. Le dio también su música popular, de un marcado carácter oriental, con sus notas prolongadas, casi iguales al grito con que el muhecín [sic] saluda desde el balcón del minarete el nacimiento y la puesta del sol. La música árabe, trasplantada á las risueñas ciudades

de Andalucía, pasó luego el Océano y se esparció por las llanuras platenses, para conservarse tal vez más pura que en la Península, por la vida de aislamiento que llevaba el gaucho. (246)

A pesar de todas las referencias al Medio Oriente, Blasco Ibáñez no parece estar usando un mecanismo orientalista en su escritura, o por lo menos no en el sentido que el concepto teórico “orientalismo” ha sido acuñado por Edward Said. El intelectual palestino americano, en su conocida obra Orientalism (1978), hace referencia a cómo este gesto retórico levanta un muro ideológico que separa la cultura colonizada de la colonizadora. Diferencia, entendida en términos de inferioridad, que invita a Occidente a controlar, dominar, gobernar y “civilizar” al otro oriental. Blasco Ibáñez resignifica las imágenes orientalistas de Sarmiento, para exotizar la campiña argentina y cooptarla por medio de la influencia hispano árabe transmitida durante la colonia. Los “otros” árabes en contra de quienes tradicionalmente se ha construido la imagen imperial española, son fusionados y devorados por la matriz comunicante de la misión histórica española.

En este marco, el Martín Fierro (1872) de José Hernández, es considerado por Blasco Ibáñez como “la producción más célebre de la poesía popular” en Argentina. Una obra que recoge una tradición oral que de “boca en boca” se extendió desde “las ciudades á los ranchos más lejanos”, para ser conservada en todas las memorias. El viajero resume el argumento principal de la más importante tradición oral argentina: “es el poema del gaucho pobre, perseguido, arrojado de su vivienda, con la familia en dispersión, que, al fin, se hace matrero y pelea y mata, llevando la existencia errante del bandido”. Este mito, continua, “tiene cierta semejanza con los romances andaluces de ladrones heroicos, que durante tantos años hicieron las delicias de los campesinos de las provincias del Sur

de España” (395). De esta forma, no solamente la técnica artística, sino los contenidos temáticos del género son rastreados hasta sus orígenes coloniales.

En su análisis de la obra de Hernández, sin embargo, Blasco Ibáñez saca la tradicional estructura de la obra gauchesca de la ficción y la sitúa en un régimen de verdad, casi científico:

Martín Fierro tiene sobre los romances españoles bandolerescos y la poesía popular de otros países la indiscutible superioridad de ser un estudio de sociología ingenua, que nos ilustra sobre la vida argentina de los tiempos en que se escribió. (395)

Darle veracidad a la poesía gauchesca suma al andamiaje crítico que, en el momento, se encuentra en proceso de canonizar y mitificar la obra de Hernández. Ya veremos en mayor profundidad el aporte de Blasco Ibáñez al discurso nostálgico que narra el drama de la llegada de la modernidad a la pampa y la victimización de la vida del gaucho que esto conllevó.

La invención del Martín Fierro como el mito hispanizado de la argentinidad, fue un proceso adelantado desde diferentes sectores de la intelectualidad peninsular. Las intervenciones de Juan Valera, Miguel de Unamuno y Azorín sustentan un corpus crítico español que, operando desde finales del XIX hasta entrados los años 60's del siglo XX, se vanagloria de haber “descubierto” las cualidades literarias de Hernández. El académico español Manuel Durán, en su artículo “El Martín Fierro y sus críticos españoles”, considera que antes de las lecturas críticas de los autores españoles, “el éxito del poema... había sido ante todo un éxito de público. Como el de los *best sellers* de hoy. Pero no había penetrado en la conciencia de los críticos serios, ‘profesionales’” (483).

Tal vez la crítica española más conocida del poema de Hernández sea la de Miguel de Unamuno. En 1894 el vasco publica su artículo “El gaucho Martín Fierro” en la Revista española. En éste, Unamuno presenta a la intelectualidad española el Martín Fierro como un “arma de combate” que debe servir de inspiración a las anquilosadas letras peninsulares para que estas regresen “a la poesía del pueblo”.<sup>85</sup> Además de servir a su agenda intelectual, esta obra, “soberana hermosura...es de todo lo hispano-americano que conozco lo más hondamente español”. Quienes interpreten y presencien la obra de Hernández, continúa Unamuno,

sentirán sin saberlo ni poder de ello darse cuenta que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos inextinguibles de la madre España, ecos que, con la sangre y el alma, les legaron sus padres. Su espíritu español, al tenderse por la pampa, suspilará por las llanuras de castilla. (57)

La aculturación artística se mezcla con la biológica al interior del discurso de la raza hispana. La transmisión de “sangre” y “espíritu” hacen que el poema de Hernández, “hijo de un Hernando español”, sea “español hasta el tuétano” y que produzca esa nostalgia por los paisajes de Castilla, que veremos reflejada claramente en obras hispanistas argentinas como El solar de la raza de Manuel Gálvez (58).

#### **4.3.2 ¿De dónde vino este enemigo irresistible?**

El pequeño canon literario de Blasco Ibáñez incluye, además, a Rafael Obligado y su obra de gauchesca más conocida, Santos Vega (1885). La leyenda de este gaucho, informa Blasco, ha sido recogida por “un ilustre poeta moderno...dándole forma

---

<sup>85</sup> Para Unamuno, el contacto con la frescura telúrica de la obra americana hará renacer una literatura “aquejada de dolencias tan pestíferas, atestada de neogongorismo, neoculteranismo, decadentismo, parnasianismo, pseudorealismo y plagada, en fin, de todas las lacerías que brotan del yo satánico e insoportable” (“Gaucho” 7-8).

imperecedera en hermosos versos” (247).<sup>86</sup> En ésta se describe a Santos Vega como el Homero de la pampa, que al igual que el “gran poeta helénico, unos dudan de que haya existido”. Blasco Ibáñez va a realizar un proceso de helenización sobre la figura del payador. El Homero pampeano, continúa, recibió de los demás gauchos el respeto y admiración “que las razas primitivas tuvieron siempre para los poetas, mezcla de sacerdotes y de augures, buenos amigos de las potencias divinas y misteriosas” (247).

Pero Santos Vega no es solamente el poeta que canta la memoria popular. Blasco Ibáñez, parafraseando la versión de Obligado, lo va a narrar como el héroe épico mismo. El viajero relata el último duelo del gaucho payador contra un personaje misterioso que arriba a la pampa para “batirse á canciones con el famoso Santos Vega”, de la siguiente manera:

La gente experimenta cierto malestar en presencia del recién llegado.

Muchos sienten frío en las carnes. Las mujeres miran con temor sus ropas negras, su perfil aguileño y pálido, sus ojos de brasa...El rival de Santos

Vega no puede ser otro que el señor de las noches de la pampa, el temido

“Juan sin Ropa”; el Diablo, en una palabra. (248)

---

<sup>86</sup> En el marco general del hispanoamericanismo, no parece casualidad la inclusión de la polémica figura que es Rafael Obligado en el campo cultural argentino de fin de siglo. En su lucha por la defensa del idioma y las tradiciones “auténticas”, el escritor porteño aseguraba que entre lo nacional y lo español no había gran diferencia. Obligado está directamente vinculado con la creación de la Academia Argentina ligada a la Real Academia Española. Para la época del Centenario de la Independencia la corporación española intentó consolidar el poder peninsular en asuntos idiomáticos en toda América Latina. Para entender las directrices con las que Obligado encaró su función como “fiscal” del idioma es preciso leer apartes de la carta con la que el escritor acepta su designación como miembro de la academia: “La República Argentina, como V. S. lo sabe, recibe anualmente miles de inmigrantes europeos, benéficos en sí mismos. Puesto que son la principal fuente de su progreso; pero causa fatal de la mezcla de todas las lenguas, en detrimento de nuestra cultura literaria y artística. Como argentino, y como amante de nuestras tradiciones de raza. Creo, en conciencia, cumplir un deber altísimo contribuyendo á mantener la unidad de la lengua de nuestros abuelos, de nuestros héroes y nuestras madres” (citado en Rubione 19).

Blasco Ibáñez interpreta el trágico enfrentamiento entre el diablo y el gaucho payador partiendo de la pregunta: “¿De dónde vino este enemigo irresistible para vencer al glorioso cantor?”, a la cual él mismo responde, “de la ciudad, de la lejana ciudad, que se extiende avasalladora hasta suprimir el gaucho y dominar la llanura” (249). Blasco Ibáñez, en su lectura de la gauchesca como tragedia épica, sustenta la literatura que desde Miguel Cané hasta Manuel Gálvez, despotrica de la ciudad como el cementerio de la tradición nacional, mientras reproduce una versión romántica del campo como alternativa al capitalismo industrial urbano.<sup>87</sup>

Como sus pares argentinos, el viajero valenciano encuentra en este tipo de gauchesca, la narrativa del fin de la resistencia al naciente sistema productivo y la incorporación de aquellos que aún se encuentran al margen.

“Juan sin Ropa” – continúa Blasco – es el espíritu argentino de las urbes...que vence al ingenuo hombre del campo...Y el gaucho, noble, reconociendo su inferioridad, se da por derrotado y se aleja para morir oscuramente. (249)

En otras palabras, la forma de vida del gaucho está condenada a desaparecer o, mejor aún, a solo existir como una narrativa épica que sustenta la identidad nacional con la cual se busca combatir las transformaciones culturales producto de las migraciones europeas no hispanas.

---

<sup>87</sup> La nostalgia en la literatura argentina funciona como un residuo de la modernidad. El teórico Raymond Williams, en su obra *Marxism and Literature*, entiende este concepto como un elemento de la cultura formado en el pasado, pero que es activo en el proceso cultural presente. El aspecto residual puede tener una relación alternativa o proposicional respecto a la cultura dominante. La comunidad rural, por ejemplo, es incorporada al orden dominante como idealización y fantasía, o como un exótico recuerdo que marca los límites del capitalismo.

### 4.3.3 El gaucho malo no encuentra espacio para correr

Esos “refinamientos de la civilización” que provienen de las ciudades no son, sin embargo, completamente negativos. Desde las ciudades llegó la organización de las áreas rurales en las que el gaucho derrotado se transforma en el sujeto que busca producir la sociedad argentina. Blasco Ibáñez pondera los beneficios de la organización moderna del espacio rural por medio del alambrado: “Defiende el alambre á las tierras de la invasión del ganado...La agricultura parece desarrollarse más espléndida al otro lado de los hilos, casi invisibles, que dejan pasar el aire y la luz, pero detienen el paso del hombre”. Además de organizar la agricultura y la ganadería, los cercados de las propiedades en la pampa ha contribuido

a suprimir las guerras civiles, modificando la vida de las campiñas y acabando con el gaucho malo...No serían posibles ahora en muchas provincias de la Argentina las antiguas cargas de los gauchos a campo raso. Sus caballos rodarían al encontrarse con la cuarta ó la quinta cerca... En la nueva Argentina todos han de marchar por los espacios que marcó la ley. Terminó el vagabundaje. El gaucho malo no encuentra espacio para correr. Martín Fierro tendría ahora que volverse á su rancho para ser hombre de bien, so pena de que la policía le prendiese en una encrucijada sin esfuerzo alguno. (314-316)

Blasco Ibáñez entiende el residuo nostálgico rural como un elemento útil para la producción de una identidad nacional que resista los males del llamado “cosmopolitismo”. Pero se suma a la intelectualidad local al ponderar los beneficios de la organización espacial moderna que fuerza a los gauchos “incivilizados” a dejar la



“vagancia” e incorporarse al nuevo régimen legal y productivo. El viajero intelectual interpreta, en concordancia con la crítica, el regreso de Martín Fierro y la derrota de Santos Vega como la sumisión del gaucho a los nuevos principios modernos del cambiante contexto social en la Argentina de entre siglos.

En el espacio cultural, tanto como en el real, se allanan los espacios al llamado “gaucho malo”, representado en la literatura de Eduardo Gutiérrez, específicamente en su obra Juan Moreira (1879).<sup>88</sup> Como lo explica Adolfo Prieto, los cánones literarios opacaron la obra de Gutiérrez mientras resaltaban cada vez más la contribución a la “literatura nacional” de El gaucho Martín Fierro. Estas historias comparten su esquema dramático, son las leyendas de dos campesinos pampeanos que “se desgracian”, son perseguidos por la justicia y entran en un camino de crimen. La diferencia básica entre estas dos obras se halla en que, mientras Martín Fierro busca la redención y se reincorpora a la sociedad, Juan Moreira nunca abandona su vida de “gaucho malo”. El propio Blasco Ibáñez profundiza sobre el personaje que además entiende como un tipo social:

Le llamaban “gaucho malo” porque vivía más allá de la sociedad de los buenos, teniendo que ocultarse y que matar otra vez para abrirse camino; pero todos le apreciaban y le protegían...La gente rústica apiadábase de lo que llamaba “su desgracia”, admirando su valor. Era algo ladrón, pero no

---

<sup>88</sup> Como lo muestra Adolfo Prieto en El discurso criollista, en su informe de 1887 sobre “el movimiento intelectual argentino,” Alberto Martínez, excluye las obras de Eduardo Gutiérrez del repertorio de éxitos de la época. Las más exitosas de las novelas gauchescas de Gutiérrez – Juan Moreira, Juan Cuello, Hormiga Negra, El tigre de Quequén y Santos Vega – fueron originalmente publicadas como folletín en el diario La Patria Argentina. La prensa periódica permitió nuevos contingentes de lectores y otras formas de lectura. Esta industria editorial incipiente, improvisada, rudimentaria, a la vez que astuta, eficaz y consciente de su propia naturaleza, le dio al autor la opción desligarse del circuito de comunicación tradicional, para establecer las direcciones de uno propio (36-43).

robaba por lucro, sino para vivir. Muchas veces “desfacía entuertos” y distribuía justicia al modo popular, oprimiendo á los ricos en beneficio de los desgraciados. (244)

Los celos que generó el llamado “moreirismo” – el popular movimiento literario que replicaba el modelo narrativo de la novela de Gutiérrez – entre la intelectualidad argentina no se debieron solo a los celos producto de su masiva popularidad. Los escritores locales en vía de profesionalizarse, vieron en la figura del gaucho un poderoso remanente cultural con mucha fuerza política.<sup>89</sup> Según Adolfo Prieto, ante los temores de que esta literatura funcionara como catalizador del descontento popular, los críticos contemporáneos desde Navarro Viola hasta Ernesto Quesada optaron por separar el Martín Fierro y el Juan Moreira, viendo en el primero un ejemplo culto de la literatura nacional y en el segundo su vulgarización. Como vimos, Blasco Ibáñez se sumó a la mayoría de la intelectualidad del Centenario que consideraba a José Hernández como el gran poeta argentino quien, en palabras de Quesada, creó una “verdadera epopeya de la raza gaucha” (citado en Prieto 172).

Sin nombrar a Gutiérrez ni a su famoso personaje, sustentado en sus observaciones, Blasco Ibáñez afirma la desaparición tanto del personaje como del tipo social: “El gaucho malo ha desaparecido de los campos argentinos como el bandido caballista de los campos andaluces”. Este personaje y tipo social, para el valenciano, “era el mismo tipo del bandolero de Andalucía, caballero andante de las carreteras, paladín de

---

<sup>89</sup> Como lo documenta Suriano en su trabajo Anarquistas, Alberto Ghirardo es uno de los que trató de realizar el sincretismo cultural entre los modelos de rebelión social europeos y locales. Con este propósito en mente, desde el diario La Protesta, Ghirardo construye una imagen del gaucho en la que éste representa “el grito de una clase luchando contra las capas superiores de la sociedad que la oprimen” (301).

las leyendas populares, como Diego Corrientes ó José María, ‘el rey de Sierra Morena’”(Argentina 244). Los personajes literarios, tanto como quienes les dieron vida, representan un “tipo retardatario del vagabundaje heroico, que en ambos hemisferios fue enérgica y brutal concreción de las mejores y peores condiciones de la raza” (246).

Al ofrecer arsenal retórico a las elites tradicionales locales, Blasco Ibáñez se distanció de sus primeras convicciones políticas que lo dieron a conocer entre el público lector de la izquierda argentina. Su distanciamiento fue duramente criticado por escritores anarquistas y socialistas. Según una anécdota recogida por la académica Pilar Tolosa en su biografía de Blasco Ibáñez, un doctor de apellido Bonastre le reprocharía al valenciano no posicionarse en favor de las reclamaciones anarquistas de la siguiente manera:

“Blasco, yo le suponía más arbitrariamente agarrado a sus ideas” a lo cual se dice que éste replicó: “Y lo estoy, no lo dude. Pero eso lo dejo para cuando vuelva a casa” (citado en Sánchez Sanblas 79). José Sors Cirera representa una más de estas críticas, en un texto titulado “Verdades amargas para don Vicente Blasco Ibáñez”, en el que periodista socialista criticaría la visita del escritor español, su alianza con las elites criollas tradicionales, su silencio frente a la “cuestión social” y sus ambiciones mercantiles:

Por el camino siempre le atormentaba la idea de cómo sería recibido por estas playas hospitalarias, por más que le constaba que sus hermanos tenían preparado el terreno; que la propaganda había sido hecha en forma tal que podría vender los diez mil volúmenes de novelas que traía consigo. Medio barco de papel impreso. (7-8)

En su análisis literario de la gauchesca, que toma el lugar de sus observaciones rurales en Argentina, Blasco Ibáñez crea un pequeño canon. Al anclar los orígenes del

género en la herencia colonial hispana por medio de su orientalización, en éste negocia los imaginarios de la ciudad y de la pampa para los inmigrantes y las elites locales. Además, el propósito de producir una obra de las dimensiones de La Argentina y sus grandezas, en la que se inserta dentro de la tradición literaria más popular en el país suramericano, no es otro que darle vida a sus anhelos de un mercado transatlántico en el que él y su compañía editorial fueran protagonistas.

#### **4.4 Asimilación racial del gaucho**

En el homenaje póstumo de 1928 del diario La Nación citado anteriormente, el articulista destaca la “pletórica y exuberante individualidad” de Blasco Ibáñez como “intelectual de acción”. Tras la publicación de su obra de viaje por Argentina, el escritor suspendió su prolífica carrera en las letras y se dedicó por más de cuatro años “a una de las empresas que llenaron su existencia agitada y fecunda: precisamente la de colonización en nuestro país” (5). Como vimos, se rumoreaba que las colonias de su propiedad llamadas “Cervantes” y “Nueva Valencia”, ubicadas en Río Negro y Corrientes respectivamente, le fueron dadas por el presidente Figueroa Alcorta en contraprestación por sus servicios a la Argentina. El conferenciante se convirtió en “colonizador del desierto, en jinete de la llanura Patagonia”, como asegura él mismo en el prólogo de la reedición de su obra Los muertos mandan (1909) (Obras completas 283).

Dando el nombre de “Cervantes” a su colonia, Blasco Ibáñez hace borrosos los límites entre su trabajo literario y la expansión agroganadera colonial a la que se dedicó en Argentina. Éstos, sin duda, se influyen mutuamente. La imagen de Cervantes y su obra, por ejemplo, ocupan un papel preponderante dentro de sus conferencias en Buenos Aires como íconos de la caballerescas frente al modelo de explotación industrial moderno

y al “mercantilismo sajón”. En la literatura de viajes del valenciano, el Quijote colonizador del noventa y ocho reaparece como inspiración propagandística dirigida a los emigrantes que dejan España. Estos “aventureros” son invitados a encarnar a Alonso Quijano y a asumir su viaje a la pampa argentina como una forma de ser los nuevos colonizadores que necesitaba la nación española. Como consecuencia “ya no navegan todos los gigantes del mar con rumbo á los Estados unidos. El camino se ha bifurcado” (Argentina 14).

La verdad o falsedad sobre el origen de esas tierras es difícil de establecer. Esto no cambia en nada la alianza narrativa que sugiere el texto del viajero valenciano que, además, da verosimilitud al rumor. Como vimos en el caso de Rahola, la xenofóbica elite local aún necesitaba mano de obra extranjera para continuar su proceso de crecimiento económico agropecuario. El deseo de incrementar el número de inmigrantes españoles en Argentina, debido a que éstos no representaban supuestamente una amenaza cultural ni política para el status quo, refleja la negociación del hispanoamericanismo y los intelectuales argentinos. Justo en esta intersección discursiva, el autor/colono agencia sus propios intereses al hacer publicidad para su empresa de colonización. Por medio de ésta, Blasco Ibáñez espera que

el elemento español se haga dueño de la tierra y no vaya cayendo en manos de italianos y alemanes como ocurre hasta ahora: gentes que borran la influencia de nuestro idioma, y de nuestra raza en este país de origen español. (citado en Sánchez Sanblas 81)

Esta cita proviene de una carta publicada en el periódico El pueblo, medio fundado por él mismo, con el fin de atraer colonos para su colonia Cervantes, “refugio

para gente joven que necesita trabajo”. En ésta hace referencia, además, a la misión colonizadora y civilizadora que estos “pioneros” están llamados a asumir (citado en Bowker 129).

Será, sin embargo, en La Argentina y sus grandezas donde esta alianza tomará más claramente la forma de una identidad transatlántica de carácter étnico alrededor del ícono de nacionalidad más fuerte que tiene el país suramericano, el gaucho. Como fue mencionado anteriormente, la imagen del gaucho y la gauchesca fueron elementos fundamentales en la producción del primer nacionalismo cultural argentino. Mientras la dirigencia local más tradicional interpretó al gaucho como “afirmación de su propia legitimidad y el modo de rechazo de la presencia inquietante del extranjero”, para muchos de los trabajadores locales, que emprendieron una migración desde el agro hacia la urbe, la identificación con el gaucho significó “una expresión de nostalgia o una forma sustitutiva de rebelión”. Por su parte, los miles de extranjeros que llegaron al puerto de Buenos Aires entendieron al gaucho como “la forma inmediata y visible de asimilación, la credencial de ciudadanía de que podían muñirse para integrarse con derechos plenos en el creciente torrente de la vida social” (Prieto 13).

A partir de su amplio conocimiento del campo cultural argentino, del cual vimos una muestra en el apartado anterior, Blasco Ibáñez va a trabajar sobre la figura del gaucho para incentivar el arribo de inmigrantes españoles a la pampa en calidad de trabajadores agropecuarios. Su propósito es, entonces, hispanizar racialmente al gaucho y “gauchificar” al inmigrante peninsular. Esto con el propósito de abrir espacio a los migrantes españoles en una sociedad aún repelente a lo exógeno y de mitificar el viaje transatlántico para masificarlo aún más. Blasco Ibáñez crea un continuo histórico racial

transatlántico a partir de un tercer elemento común a ambos, el conquistador. Así, el gaucho y el inmigrante no serían sino las formas más recientes que tomó su antecesor, el “quijotesco aventurero” que cruzó el océano para civilizar las indómitas tierras americanas.

La explicación biológica de este fenómeno tiene lugar en el formato enciclopédico del *instant book* del Centenario. Blasco Ibáñez divide el estudio de la nación en grandes temas generales como historia, economía e instituciones políticas. En el primer gran apartado de la obra titulado “El país argentino”, el viajero describe minuciosamente la flora y la fauna de las diferentes regiones que componen el país. Dentro de las subdivisiones de este capítulo, hay una correspondiente a “La raza”. Bajo este título, relata su visión de la composición étnica de la nación suramericana. Con ésta, el autor pretende corregir “los extravíos de juicio del Viejo Mundo...desvanecer preocupaciones, falsedades e ignorancias que casi han tomado el carácter de verdades indiscutibles” (Argentina 11).

Blasco Ibáñez, como se puede esperar, describe a la raza hispana como el único grupo humano que habita la Argentina, al margen de los descendientes de africanos, los grupos originarios y las comunidades inmigrantes de otras naciones europeas. Con una particularidad: la raza hispana es caracterizada por su blancura. De los textos que forman la base de este trabajo, éste es el único en el que se insiste puntualmente en el color de piel como un rasgo característico del componente étnico hispano en Suramérica. Blanqueando la figura del gaucho, el autor invita a los parientes peninsulares a completar la misión colonizadora de éste en América y a los locales a recibirlos como parte de una familia que ha crecido separada por vicisitudes históricas.

#### 4.4.1 Geografía fantástica

El proceso de hispanización del gaucho, en la literatura de viaje blasquense, inicia con un blanqueamiento general de toda la nación, afirmaciones que seguramente fueron recibidas con beneplácito por una gran variedad de lectores locales.

Cuéntase que al visitar Buenos Aires – narra Blasco Ibáñez – un hombre político de los Estados Unidos, que andaba de viaje por las Repúblicas sud-americanas, la muchedumbre, entusiasta, le hizo asomarse á un balcón de la Casa de Gobierno para saludarlo con aplausos y vítores. El yanqui paseó su mirada, primero con curiosidad, luego dijo con asombro, por la inmensa muchedumbre aglomerada en la plaza de Mayo: – ¡Y todos son blancos! (74)

El asombro de quien, legitimado para hablar de blancura, la reconoce donde no se supone que exista, es motivo de análisis en profundidad por parte del viajero valenciano. La sorpresa se debe, según Blasco, a “una grave enfermedad intelectual”, particularmente sufrida por europeos, que éste denomina “geografía fantástica”. Ésta consiste en un pseudo-conocimiento pintoresco y caprichoso que hace que sean asumidas las más “absurdas creencias sobre los pueblos” basadas en “la primera visión que surge espontáneamente en nuestra mente” (74).

En otras palabras, lo que Blasco Ibáñez trata de combatir aquí son los estereotipos que se reproducen “indiscutida é infalible en las aulas de la calle y en las tertulias de los cafés”. Si se atiende a esta geografía, continúa, “el español es un individuo negruzco,



arrugado y seco...incapaz de trabajo alguno, con la navaja en el cinto, aficionado á pasar el día lidiando toros”. Se dirige, entonces, a sus audiencias peninsulares para, desde su perspectiva de observador privilegiado, “modificar el juicio” de sus compatriotas recordándoles cómo la irritación que les produce la imagen que otros europeos construyen de ellos, no les “impide seguir creyendo á ciegas, con egoísta complacencia, en la verdad de todo lo que se refiere á los otros países” (74).

Pone Blasco Ibáñez de manifiesto el estereotipo de Suramérica que predomina en España:

la América del Sud evoca siempre las mismas visiones: bosques de bananeros, sobre los que revolotean loros, colibrís y pájaros moscas; un calor de horno; hamacas tendidas entre dos palmeras, en cuya panza de red dormitan bellas señoras, muy pálidas, envueltas apenas en diáfano batón y mecidas por una cuarterona que las abanica con un palmito de plumajes; señores vestidos de blanco, con anchos sombreros de Panamá y el machete al cinto; y negros. . . ¡muchos negros! (75)

En un esfuerzo por separar a la nación suramericana de un imaginario tropical, el viajero asegura que “Después de recorrer el país, puedo afirmar que Argentina carece de negros”.

Con una ligera salvedad,

he contado hasta seis ú ocho, que son hujieres [sic] del Congreso de Diputados. Los legisladores argentinos y algunos ministerios se pagan el capricho de tener á su servicio los únicos negros de la República. Estos individuos, cuya faz obscura resalta decorativamente sobre la levita

galoneada de oro... son los únicos individuos de raza africana que he encontrado en la República del Plata. (75)

Las observaciones de Blasco Ibáñez, que definen la población de origen africano como un mero *commodity*, apuntan a reforzar los propósitos de blanqueamiento que desde la independencia tuvieron los intelectuales argentinos. La guerra, la marginación social y cultural, tabúes alrededor del mestizaje y la migración europea cultural contribuyeron a invisibilizar los rasgos africanos en el imaginario colectivo de la nación.<sup>90</sup> En efecto, en su explicación del decline de la población negra en Argentina predominan explicaciones con un tono de racismo científico ambiental: “La superioridad étnica de los habitantes, ayudada por las condiciones climatológicas, ha repelido la invasión africana, tan nociva para otros pueblos de América” (76). En estas interpretaciones resuenan afirmaciones como las de Carlos Octavio Bunge en Nuestra América: “el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis – ¡benditos sean! – habían diezmado a la población indígena y africana de la provincia-capital, depurando sus elementos étnicos, europeizándolos, españolizándolos” (114).

Una vez que Blasco Ibáñez ha eliminado retóricamente a la población negra de Argentina, su corrección de la “geografía fantástica” europea sobre la región de El Plata se enfoca en las poblaciones indígenas. Teniendo en cuenta que la negación de su

---

<sup>90</sup> Como lo afirma Claire Healy en su trabajo “Afro-Argentine Historiography” : “Argentina’s black people were the subject of a concerted policy by the government, with the compliance of many intellectuals, to apply pseudo-scientific racism to population planning. Lewis indicates that there was a political connection between the late nineteenth-century rise in the white population of Buenos Aires, due to the arrival of immigrants from Europe, and the concurrent decline in the population of African origin. In 1869, the proportion of the national population who were of African origin was registered as 26.1%; in 1895, it was 1.8%. Marvin A. Lewis mentions this interface in passing, though he sees it as integral in their demise as a recognizable social group: The argument of national identity first and the individual afterward was effective in destroying Afro-Argentine continuity while Germans, Italians and British progressed with their identities intact” (115).

presencia en el país resultaba mucho más difícil, el escritor-colonizador los relega a una posición casi museográfica: “La raza india tiene gran importancia en el pasado etnográfico de la República. Es á modo del solar sobre el cual han edificado los blancos la actual nación argentina” (Argentina 76). Los pueblos originarios solo tendrían importancia como componente prehistórico de la nación.

Su existencia concreta en este presente, aunque innegable, es completamente irrelevante: “el indio no tiene más importancia en Argentina que el gitano vagabundo que recorre el centro de Europa y acampa con sus mujeres y chiquillos en cualquiera feria de los alrededores de París” (83). En otras palabras, allende la civilización urbana que emergen en Argentina existe esta población incompatible que es imposible de integrar. Esa imposibilidad legítima el genocidio tanto en Europa como en América, pues “un país grande y progresivo como el argentino tiene el deber de defenderse, suprimiendo todo lo que se oponga á sus adelantos” (84). En este paradigma, el observador europeo da su visto bueno a la infame “Campaña del desierto” asegurando que

era forzoso para la República morir ó matar al indio de á caballo.

Imposible la existencia en el mismo suelo del jinete blanco, de amplio poncho y calzones bombachos, y el jinete bronceado, de recia musculatura chorreando grasa, el rostro juanetudo contraído por una mueca de codicia, los ojos hundidos, brillando con una ferocidad implacable. (78)

Blasco Ibáñez describe a este jinete blanco con el atuendo tradicional del gaucho, separando a este del indígena como dos identidades mutuamente excluyentes. Blasco Ibáñez, a continuación, va a reinterpretar las lecturas decimonónicas tradicionales que ligaban el indio y el gaucho como dos sinónimos de barbarie: “El gaucho sólo tenía del

indio su astucia, su frugalidad, sus habilidades para el manejo de las armas primitivas y su conocimiento del terreno” (78). Si el objetivo es hispanizar al gaucho, éste debe ser despojado de todos los contenidos de barbarie con los cuales ha sido cargado desde Sarmiento. Todo este residuo textual de incivilización, entonces, es impuesto sobre la imagen del indígena que debe desaparecer de la nación definitivamente para abrir espacio a la mano de obra proveniente de España.

#### **4.4.2 Españoles amoriscados**

Una vez que Argentina ha sido blanqueada por medio de la eliminación retórica de cualquier herencia africana y de la legitimación del genocidio indígena en nombre de la civilización, Blasco Ibáñez procede a la hispanización racial del gaucho. Si la mirada colonial del viajero, como vimos, se ha apropiado de la payada, arte en vías de convertirse en nacional, es preciso ahora incorporar racialmente al tipo social que determina la definición del ser nacional para enraizarlo en la herencia española:

el gaucho fue siempre de tez blanca, y en su aspecto tuvo más de árabe que de indio. No era una raza: era una clase social. Por esto, al suprimir la nueva vida argentina el ambiente de barbarie heroica en que se desarrollaba el gaucho, y desaparecer éste falta de atmósfera propicia, es difícil encontrar y reconocer á sus descendientes entre los hijos de los inmigrantes italianos y españoles que han poblado y colonizado las pampas. (242)

Blasco Ibáñez culmina su blanqueamiento de Argentina con la sorprendente distinción del gaucho como clase social en el ocaso de su existencia por la llegada de la modernidad. De esta forma, el viajero contradice toda la tradición intelectual

decimonónica argentina que ubica al campesino de la pampa como un ser biológicamente inferior y retardatario. Además, reitera la distancia entre el gaucho y el indio. El gaucho, en la mirada de Blasco Ibáñez, es de “puro origen cristiano y de raza española, pero que al vivir en un ambiente propicio, se asemejó al indio dando amplio desarrollo á lo que había en él de herencia berebere” (243).

Ahora bien, Blasco Ibáñez parece continuar las corrientes de pensamiento argentinas sobre el gaucho al informar su mirada “imparcial” de viajero con el orientalismo sarmentino que determinó las concepciones del gaucho durante casi un siglo. En la descripción física del gaucho que hace Blasco Ibáñez, podemos ver casi transcrita la imagen que de éste hace Sarmiento en Facundo: Civilización y barbarie.<sup>91</sup>

el gaucho tuvo en su traje tanto de árabe como en sus costumbres. El poncho es casi igual al albornoz de los berberiscos, así como el chiripá recuerda los amplios calzones de los levantinos. El ancho tirador, con escamas de monedas de plata, que sostiene el chiripá y sirve de almacén al dinero, los pañuelos y las armas, lo mismo que la faja de los orientales; el largo facón, instrumento á la vez de trabajo y de combate, que lleva cruzado sobre el vientre; los amplios calzoncillos bordados y las luengas barbas, dan al gaucho una semejanza de familia con los pueblos mahometanos de Oriente. (242)

---

<sup>91</sup> Así, justamente lo describe Sarmiento en Facundo: “Y la vida pastoril nos vuelve impensadamente a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas aquí y allá de las tiendas del calmuco, del cosaco o del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abrahán, que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos, aunque modificada por la civilización de un modo extraño” (30).

Con la construcción de esta semejanza física entre un estereotipo orientalista del árabe y el gaucho, que Blasco Ibáñez reproduce aquí, Sarmiento busca imaginar la pampa y sus habitantes, “hordas salvajes”, como un espacio susceptible de ser colonizado, civilizado. Vale la pena recordar que cuando escribió Facundo, Sarmiento no conocía Asia y apenas si había visto la pampa. Sin embargo, como lo afirma Said, el punto era precisamente que nadie necesitaba visitar el “Oriente” para conocerlo. Como lo muestra Ericka Beckman en “Troubadours and Bedouins on the Pampas: Medievalism and Orientalism in Sarmiento’s Facundo”, Sarmiento, asiduo lector de viajeros europeos, incorpora sus técnicas para crear un vocabulario productor de otredades espacio-temporales. En otras palabras, comparar un “beduino”, el mismo desde tiempos bíblicos, con el gaucho, convierte a este último en una figura incapaz de cambio, anacrónica y, por tanto, incompatible con la modernización. Así, “by mentioning “today’s Bedouins” Sarmiento wants to identify a connection between these colonizable peoples and the barbaric colonizers of his own Argentine space” (43).

Resulta del todo extraño que Blasco Ibáñez esté reproduciendo las descripciones orientalistas sarmentinas en su obra de viajes. Teniendo en cuenta que, para este momento, la escritura sobre el gaucho no busca barbarizarlo, sino que por el contrario se le realza como ícono de la nacionalidad para, ahora, marginalizar a los indeseables pero necesarios inmigrantes. Esta apropiación del gaucho-beduino de Sarmiento produce más interrogantes si atendemos a la hispanofobia que lo atraviesa. El “beduino” no solo funciona para caracterizar a los bárbaros indígenas y gauchos, sino que abarca además a la herencia árabe que ha hecho de España el “Otro” europeo. Como es bien sabido, la presencia de España en la cultura y la genética argentina, según Sarmiento, someten a la

nación suramericana a la convivencia constante con tiempos pretéritos que obstaculizan la llegada del progreso.

Blasco Ibáñez recupera el vínculo retórico entre los habitantes de la pampa y el Sahara para producir el efecto contrario. Para explicar la semejanza del “beduino” y el gaucho, el viajero primero refuta creencias populares que consideran que por “las particularidades del traje, el modo de montar, el tipo físico, y hasta ciertas palabras de evidente origen árabe usadas en las pampas, como jague” efectivamente el “moro español” es el padre del gaucho (Argentina 242). No hay, continúa, fundamentos documentales de ningún tipo que lo prueben, como en el caso de la presencia judía en América registrada por los documentos de la inquisición. Además, continúa Blasco Ibáñez, “el morisco era sedentario, temía al mar como todos los jinetes habituados á la vida del campo, y cuando tuvo que salir de la Península, no pasó más allá de las costas africanas” (242).

La diferencia que busca crear Sarmiento es transformada en semejanza por medio de la colonización. Si bien los “moros españoles”, continúa Blasco Ibáñez, no inmigraron directamente a América por carencia de “espíritu aventurero”,

en vez de ellos inmigraron los españoles amoriscados, los jinetes de las provincias andaluzas, hijos de moros que, al verse en las dilatadas llanuras platenses, sintieron renacer en su interior la dormida herencia de los abuelos venidos de los desiertos arábigos... Muchos de los que han estudiado al gaucho argentino no conocen el jinete de las llanuras andaluzas, y toman al centauro del Plata por un ejemplar humano único. Ignoran que España tiene ó ha tenido sus gauchos, menos numerosos y en

escenario más reducido que los de América, pero iguales en aspecto y en alma, siendo unos y otros como hermanos, de idéntica fisonomía, que se criaron separados por enormes distancias, sin conocerse. La herencia árabe que llevaba en su alma el pueblo español tomó en tiempos de la conquista americana una forma casi igual al desarrollarse en los dos hemisferios.

(242)

Como ya lo vimos en el caso de la gauchesca, este mecanismo de asimilación resignifica y revaloriza la “herencia árabe” para usarla como puente entre Europa y América. A través de los canales, abiertos por Sarmiento, que conectan al gaucho, al español y al “árabe”, Blasco Ibáñez va a fortalecer los vínculos culturales y raciales entre la antigua metrópolis y su excolonia.

#### **4.4.3 Nosotros somos muy guachos**

Si los gauchos son españoles, la afirmación inversa sería también cierta: los españoles son gauchos. Blasco Ibáñez va a intentar probar cómo esta identidad transatlántica circula en ambas direcciones. El viajero es consciente, como lo hemos venido mostrando, del papel preponderante que tiene la figura del gaucho dentro del imaginario de nación y, por tanto, el deseo que ésta produce entre los extranjeros que buscan asimilarse. Asimismo, lo expresa en sus observaciones: “al estudiar la vida de los inmigrantes europeos que viven en el campo, lo que primeramente llama la atención es la facilidad con que se adaptan a la nueva existencia, copiando usos y costumbres” (100).

El ejemplo que usa Blasco Ibáñez para probar sus afirmaciones son las comunidades asquenazi judías que migraron a la Argentina con la intención de escapar de los pogromos en el imperio zarista. Por su poder asimilatorio, Argentina es, continúa el



viajero, “el único país del mundo que vence esta tendencia al aislamiento del judío, y le hace despegarse de su adhesión al pasado” (100). Blasco Ibáñez toma como ejemplo una obra Los gauchos judíos (1910) del autor judío ruso, naturalizado argentino, Alberto Gerchunoff (1883-1950). Ésta es una “colección interesante de escenas rurales” en las que el autor pinta “la vida de sus correligionarios los israelitas establecidos en la provincia de Entre Ríos” (404).

Como bien ha dado cuenta la crítica de este volumen, la obra es una intervención estratégica para incluir a la diáspora judía dentro del debate cultural más relevante de la sociedad anfitriona; es un esfuerzo por empezar una asimilación cultural. Como lo muestra Sarah Wendle en su texto “El proyecto de la inmigración y la construcción de identidades en Los gauchos judíos de Alberto Gerchunoff”, el autor narra la resistencia al proceso de asimilación de los hombres mayores dentro de estas comunidades, más conservadores, mientras la adaptación a la nueva nación de las mujeres y los jóvenes acontecía más fácilmente por medio de las maneras del gaucho. Así mismo lo reporta Blasco Ibáñez:

las muchachas han tomado los modales y el lenguaje de las jóvenes del campo, y los hijos usan los amplios calzones llamados bombachas, ciñen el talle con el tirador de cuero sembrado de monedas de plata, se cubren con el poncho, y asustan á sus madres, la buena Rebeca ó la dulce Jezabel, cabalgando sobre potros indómitos. (100)

Según Wendle, Gerchunoff parte de los tabúes sexuales de la comunidad que prohíben estrictamente las relaciones con hombres argentinos. Progresivamente, en Los gauchos judíos, el desarrollo de los personajes en el pueblo de Rajil, desgasta esa rigidez

y la disponibilidad de abrirse culturalmente a lo nuevo se hace más manifiesta. Ante estos personajes masculinos retrógrados, las mujeres “figuran como las antiguas heroínas bíblicas, madres de sus pueblos, y, en el caso de Argentina, madres de la nueva sociedad” (9).

Para incluir a los inmigrantes españoles en este diálogo, Blasco Ibáñez no los ficcionaliza en pequeñas historias como lo hace Gerchunoff, sino que emplea la objetividad de su observación y la veracidad del testimonio de los mismos protagonistas para narrarlos como indistinguibles de los locales:

yo he visto en las provincias de Tucumán y Santiago del Estero familias de españoles que, al cabo de tres ó cuatro años de residencia, se confundían con los naturales. – Nosotros somos muy guachos (sic) – decían con cierto orgullo. Los viejos tenían el mismo aspecto de los campesinos del país, y hablaban igual, con todos los modismos y refranes de la tierra. Los hijos, puestos de poncho y botas altas, cabalgaban sobre potros salvajes, ó tomando la guitarra entonaban la “milonga” ó la “vidalita” lo mismo que un gaucho fino (Argentina 100)

De esta forma, los inmigrantes españoles no necesitaban asimilación alguna ni performar el modelo cultural y étnico local que imponían las paranoicas elites letradas argentinas. Blasco Ibáñez, y el hispanoamericanismo en general, inventaron a los inmigrantes españoles como el original del que surge dicho modelo: los rasgos físicos, el mismo lenguaje, las mismas expresiones artísticas y las capacidades naturales para desempeñar trabajos agropecuarios, incluso para montar a caballo. En el caso de las migraciones hispanas, esta identidad ganadera tiene una larga trayectoria. Miguel de

Unamuno en En torno al casticismo, por ejemplo, recurre al mítico el conflicto entre pastores y labradores para explicar la historia íntima de los españoles, una raza de ganaderos y migrantes por naturaleza.

#### **4.5 Pioneer de la Pampa**

Uno de los primordiales pilares de la agenda del hispanoamericanismo, como lo hemos visto desde el primer capítulo, fue la transformación de los conceptos de inferioridad racial que se adjudicaban a la raza hispana. En América, esto supuso resignificar discursos, como los que vemos en Sarmiento y en Bunge, según los cuales todos los males de las nuevas naciones se hallan en la mezcla de factores biológicos negativos provenientes de los diversos grupos que se encontraron durante la colonia. La literatura de viajes creada por Blasco Ibáñez se va a encaminar a la revalorización del mestizaje, tendencia presente ya en algunos de sus asociados intelectuales en Argentina.

Ricardo Rojas, en torno al Centenario, rompe con la larga tradición antiespañola como parámetro para narrar la colonia e instala un colonizador hipermasculinizado y heroico en la base de un glorificado encuentro sexual que da origen a la sociedad argentina. En su obra Blasón de plata (1912), Rojas romantiza la violación masiva sufrida por las mujeres indígenas a las que el español se acercaba por “carencia de mujeres europeas”. El conquistador “acostumbrado al infiel de carne morena, mestizo acaso él mismo... fue hacia ella porque traía, varón excelente, sus instintos desnudos como su espada” (86). A partir de esta conceptualización del conquistador, Rojas transforma la tradicional versión negativa de la mezcla colonial para poner en su lugar un encuentro mítico: “desde el cálido tálamo de las breñas indianas, pasó a la arteria del mestizo,

renovando y enalteciendo la vida, por la criatura nueva en quien el amor aliaba su sangre con la sangre del Conquistador” (87).

Blasco Ibáñez va a recircular esta narrativa mitológica para enmarcar como un reencuentro racial colonial la llegada de los inmigrantes españoles a la pampa argentina:

los españoles del campo se casan fácilmente con las mestizas, siguiendo tal vez con esto un impulso tradicional. Al unirse con la “china”, se encuentran de nuevo con un fragmento de su propia raza, pues los mestizos no tienen en su sangre india otra mezcla que la española. La herencia física de los conquistadores de América, de aquellos superhombres de la colonización, no hay que buscarla únicamente en las familias blancas. El héroe se ayuntó con la indígena y muchos descendientes suyos de cobrizo color viven ahora perdidos en las últimas clases sociales...Las virtudes cívicas y los heroísmos en guerras y revoluciones de este pueblo de raza mixta, son tal vez una resurrección del carácter de sus gloriosos ascendientes. (Argentina 101)

Esta similitud racial entre el gaucho y el inmigrante que Blasco Ibáñez ha venido construyendo es enraizada en un supuesto ancestro común a ambos, el conquistador. Por un lado, la revalorización de la raza hispana y su familiaridad con sus “descendientes” americanos buscó abrir espacios para estos nuevos migrantes en una sociedad que se encontraba en un rápido proceso de contracción de la hospitalidad que constitucionalmente la definía.

Adjuntar este colonizador abstracto y heroizado, además de reforzar la idea de la familiaridad transatlántica, determina sobre qué coordenadas debía darse este reencuentro

racial y cuál sería su propósito. La raza hispana, como claramente lo sintetiza Paul Bowker, es reconfigurada a partir de este discurso hispanoamericanista “as a new breed of Old World conquistadores from working-class origins” (103). Así lo entiende Unamuno en En torno al casticismo, donde el vasco describe al español como descendiente de una raza de pastores “por vocación, por tradición y por herencia” por lo que “antes que encorvarse a la esteva, se mete a conquistador” (77).

En su trabajo sobre el Martín Fierro, Unamuno persigue esta idea. Los gauchos, en su concepción, son “descendientes de aquellos rudos aventureros españoles”. Sus características raciales los hacen, en sí mismos, conquistadores que, peleando en las pampas contra el indio, permitieron el avance de la civilización argentina. “Debajo del calzón cribado – concluye – del poncho y del chiripá, alienta acaso el español más puro... la primera flor de la emigración, la espuma de la savia española” (84). Esta idea del gaucho como civilizador será uno de los pilares argumentativos sobre los cuales Lugones canonizará la obra de Hernández en sus conferencias de 1913 compiladas bajo el nombre de El payador.<sup>92</sup>

Si, en Argentina, el colonizador dio paso al gaucho civilizador, para Blasco Ibáñez, éste da paso al inmigrante que regresa de Europa para culminar la tarea.

---

<sup>92</sup> En ésta, Lugones reflexiona sobre la importancia del gaucho en la histórica argentina. Como Blasco Ibáñez, la barbarie nacional se residía en los indígenas y sus malones. Lo único que podía frenar la barbarie, continúa Lugones, era algo que participara de ella. El gaucho de sangre “fidalga”, participante de la barbarie por su vida en el desierto y su proximidad al indio, era el único capaz de exterminarle en su mismo territorio. Para mayor información sobre Lugones ver López, María Pía. Lugones: entre la aventura y la cruzada. Buenos Aires: Ediciones Colihue SRL, 2004; García Cedro, Gabriela. Celebraciones I. Lugones, Darío y Gerchunoff en 1910. Buenos Aires: Lumen, 2010; Dalmaroni, Miguel. Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y estado. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2006; López, María Pía. Lugones: entre la aventura y la cruzada. Buenos Aires: Ediciones Colihue SRL, 2004.

No es el gaucho, como se cree generalmente, el elemento antitético del inmigrante. Es más bien su antecesor en el progreso argentino, pues antes de que el inmigrante llegase, ya había realizado el gaucho una parte de la obra civilizadora... “Pioneer de la Pampa”. Él despejó la tierra para entregarla al trabajo, libre de peligros; fue el soldado de la Independencia y de la organización nacional. (Argentina 731)

Con esta progresión heroica, Blasco Ibáñez hace del colono español un ocupante legítimo de la tierra descubierta, liberada y civilizada por sus antecesores, contrario a los usurpadores provenientes de otras naciones europeas que se caracterizan por su oportunismo. El ícono nostálgico del gaucho que repele a los foráneos se hace inmune ante la inmigración peninsular. Pero, además, el viajero ubica al gaucho en un lugar ancestral reafirmando su desaparición, localizándolo en un tiempo pasado, mientras el futuro le es dado en su plenitud al colono.

Blasco Ibáñez busca, además, llenar el vacío mítico que tiene la inmigración argentina respecto a su par en los Estados Unidos. En Norteamérica la extraordinaria difusión del mito del conquistador y colonizador de tierras de indios – en millares de folletos populares en el XIX – ha originado todo un discurso sobre la “frontera” y su domeñador, el *cowboy*.<sup>93</sup> El viajero valenciano, por medio del mito del pionero, invita al viaje transatlántico a los “españoles en quienes resucita el atávico aventurerismo de la raza” para que vayan al “Nuevo Mundo á conquistar una fortuna con el lápiz detrás de la oreja, como fueron sus ascendientes con la espada al cinto” (20).

---

<sup>93</sup> Como asegura Ángel Rama en su obra clásica La ciudad letrada, la “conquista del desierto” en la Argentina sigue de cerca a la “conquista del Oeste” en los Estados Unidos, pero la primera es llevada a cabo por el ejército y la oligarquía, mientras que la segunda concedió una amplia parte a los esfuerzos de los inmigrantes, a los que tuvo que recompensar con propiedades.

Para atraer a los nuevos conquistadores no bastaba con mitificarlos, era preciso además crear una narrativa en torno a su lugar de destino. Consciente de la utilidad que tuvieron los mitos coloniales en España, Ricardo Rojas, por ejemplo, agradece a las “leyendas de monstruos, gigantes, riquezas” por haber cumplido su objetivo de atraer navegantes y conquistadores que dejaban sus pueblos para servir en la civilización de la Argentina. “La plata no existía – concluye Rojas – pero el trigo sembrado por Gaboto demostraba la probabilidad de crear, a cambio del metal quimérico...riquezas nuevas en la pampa feroz” (Blasón 21).

Igualmente consciente del poderío de estas narrativas, Blasco Ibáñez actualiza el mito colonial de Potosí, por el cual “los labriegos se hacían soldados para poder llegar en son de conquista al famoso país, los estudiantes y los clérigos cambiaban las negras bayetas escolásticas por el colete de ante y la espada del aventurero” (Argentina 15). Como en todo el discurso del hispanoamericanismo, Blasco Ibáñez apela al tropo del primitivismo y la juventud de la “naturaleza bravía” americana que requiere que el hombre la venza y ponga sobre ella “su mano de dueño”. Sobre este mito el viajero deposita el sueño de hacer fortunas de la noche a la mañana, como tantos otros lo han hecho, en “la tierra de la esperanza”, como la llama (502).

Con la hispanización cultural y étnica del gaucho, Blasco Ibáñez se insertó en las batallas culturales por la legítima posesión de la tierra que caracterizaron el campo cultural argentino en torno al Centenario. A través del canon literario de la gauchesca y de la clasificación etnográfica del país en su libro de colección, el viajero abrió un espacio al inmigrante español dentro de la narrativa nacional, a la vez que lo inspiró a “colonizar” las áreas rurales y a dejar las urbes corruptoras. Simultáneamente, en el

discurso de raza hispanoamericanista, Blasco Ibáñez negoció sus intereses como autor, editor y colono. La Argentina y sus grandezas fue la puerta de entrada de su editorial al mercado suramericano y un artefacto cultural de propaganda para su proyecto de expansión agropecuaria en sus colonias “Cervantes” y “Nueva Valencia”.

Si bien en 1913 sus aspiraciones de colono terminaron con un descalabro económico que lo forzó a vender sus tierras, su aventura argentina entre 1909 y 1910 fue la antesala del triunfo editorial. Inspiradas por el viaje, sus novelas transatlánticas – Mare Nostrum (1918) y Los cuatro jinetes del Apocalipsis (1916) – se convirtieron en los primeros *best-seller* en español del mercado norteamericano. La agenda de Blasco Ibáñez es un ejemplo más de cómo los discursos coloniales circulan por medio de redes culturales en las que se juegan las ambiciones individuales entre fuerzas históricas y económicas globales y locales.



## Conclusión

En el artículo titulado “Hispanics Identifying Themselves as Indians”, publicado en el New York Times el 3 julio de 2011, Geoffrey Decker explora una tendencia marcada en el último censo de los Estados Unidos. Éste mostró un drástico aumento en el número de inmigrantes provenientes de naciones latinoamericanas, y sus descendientes, que rechazaron identificarse bajo la categoría racial “Hispanic” y, en su lugar, optaron por la denominación “American Indian”. Decker cita el ejemplo de Carlos A. Quiroz, un activista y *blogger* peruano quien se describió en el censo específicamente como “Non-Hispanic”. “Hispanic is not a race – asegura enfáticamente Quiroz – Hispanic is not a culture. Hispanic is an invention by some people who wanted to erase the identity of indigenous communities in America” (12).

Al igual que el proceso migratorio que este trabajo rastrea en las narrativas de los viajeros del hispanoamericanismo a la Argentina del Centenario, los desplazamientos masivos desde Latinoamérica hacia los Estados Unidos se deben a cambios estructurales en el sistema económico global. Como lo describe Decker, la última gran oleada migratoria tuvo inicio en 1994 con la firma del tratado de libre comercio en Norte América. Para incentivar la inversión extranjera, el gobierno mexicano retiró los privilegios que protegían de la privatización a las tierras de las comunidades del sur del país, de origen indígena en su mayoría, forzando su migración. Una vez en los Estados Unidos, estas poblaciones son organizadas y territorializadas, por medio de la categoría “Hispanic”, dentro del imaginario racial de la nación.

Este trabajo ha pretendido mostrar, como lo expresa la historiadora Micol Siegel, “the global formation of the largest units of social relation in our global era, the

categories of race and nation” (3). En otras palabras, cómo los discursos raciales europeos y la expansión hemisférica norteamericana, junto con las transformaciones económicas, dieron forma a las identidades étnicas nacionales en el mundo hispano. A pesar del anacronismo, este ejemplo muestra que la hispanidad, como categoría étnica, continúa siendo relevante para observar cómo la impronta del imperio define a las naciones, organiza sus narrativas y clasifica a sus individuos, para marginalizarlos o para incorporarlos.

Esta investigación sugiere que la noción de la raza hispana, en el cambio de siglo, creó una identidad transatlántica que dio forma a las narrativas nacionales de España y Argentina y permitió estructurar y organizar el fenómeno migratorio desde la antigua metrópolis hacia la excolonia. A través de la raza hispana como categoría, grupos intelectuales de ambas naciones crearon una narrativa lineal histórica que vinculaba la tradición colonial con el futuro de progreso que mostraba la nación suramericana. Estos discursos incentivaban a los miles de trabajadores que partían hacia la Argentina a cumplir la misión civilizadora de la raza internándose en las pampas como mano de obra para la industria agrícola que suplía las demandas de la industrialización europea.

Como lo hemos visto en los capítulos anteriores, las misiones exploratorias enviadas a la Argentina del Centenario negociaron agendas culturales entre los dos países con el fin último de liberar las restricciones al comercio transatlántico. Todas estas misiones formaron parte del hispanoamericanismo, movimiento cuyo objetivo era recuperar los vínculos culturales entre Latinoamérica y España como forma de impulsar las relaciones comerciales entre ambas partes. Este movimiento no era, sin embargo, un proyecto centralizado, homogéneo y monolítico. Las marcadas diferencias de las

organizaciones que lo conformaron representaban el antagonismo entre los diferentes sectores políticos españoles. La historia del hispanoamericanismo expone el funcionamiento de este nuevo discurso colonial como un marco de referencia para proyectos en contienda que, interesados en el beneficio particular, lo transformaron en prácticas. Al competir entre sí y negociar sus posiciones en los círculos de poder argentinos y españoles, estas organizaciones expandieron la hegemonía cultural española en las naciones latinoamericanas.

Una de las posturas que todos los grupos hispanoamericanistas tuvieron en común fue la necesidad de transformar, en un fenómeno “productivo”, la inevitable migración de trabajadores a la Argentina. Los migrantes, como mano de obra, fueron mercantilizados y puestos dentro de los cálculos del comercio internacional. La propaganda hispanoamericanista, publicitaba la fuerza de trabajo española como la más apta para las labores a desempeñar en las zonas rurales argentinas. El concepto “raza hispana” fue empleado, igualmente, para introducir concepciones modernas del trabajo vinculadas con características étnicas. Con el discurso opuesto, el hispanoamericanismo buscaba persuadir al gobierno español de la importancia del viaje transatlántico para regenerar los componentes étnicos de los cuerpos “degenerados” de los migrantes, atrofiados por la pereza y la vagancia europea.

Éste fue, en efecto, un trabajo de *lobby*. Cuando la migración transatlántica se transformó en un fenómeno masivo, las ansiedades aumentaron entre las elites tradicionales de España y Argentina. Sanciones formales e informales, en forma de tabúes por ejemplo, restringieron la movilidad de los miles de migrantes. No eran extraños los tratados de medicina y psicología que diagnosticaban a los inmigrantes

severos desórdenes mentales o corrupción moral. Haciendo de éstos individuos peligrosos tanto para la nación de origen como para la de destino. Sustentados en estas patologizaciones, la “Ley de Residencia” de 1902 en Argentina y la llamada ley de “Quintas” en España, buscaron limitar el movimiento transatlántico de personas. El sistema legal argentino punía con la deportación, inapelable, a los inmigrantes que se involucraban en política y disturbaban el orden público. Por su parte, la legislación española establecía un servicio militar obligatorio de cinco años para los jóvenes varones, haciendo además ilegal la inmigración para quienes no hubieran cumplido con su deber patriótico.

El primer capítulo de este trabajo se enfoca en la obra Sangre nueva escrita por el abogado catalán Federico Rahola. En ésta, Rahola recomienda a las elites españolas y argentinas liberar la circulación de personas entre los dos países con el fin de “regenerar” a la raza hispana. Rahola emplea teorías que sostienen la influencia del ambiente en las transformaciones del componente étnico. El viaje transatlántico permite a los individuos “respirar” en un ambiente de trabajo moderno en el que regenerarían la raza y se transformarían en individuos de provecho para ambas naciones. Éste era el argumento para transformar la legislación respecto a la migración transatlántica.

Esta crónica cuenta la misión cultural a Argentina llamada “Embajada cultural” en 1903. Tras la misión se encontraba la publicación Mercurio: Revista Comercial Hispano-Americana, órgano de expresión del grupo Crédito Ibero-Americano. Esta organización, presidida por el empresario catalán José Puigdollers Macià, reunía a las clases industriales catalanas que buscaban abrir un mercado para sus productos en América. Esta publicación, entonces, fue concebida con el propósito de apoyar a la expansión de la

industria española y dar voz a su agenda política y comercial. El grupo industrial catalán, congregado alrededor de la publicación Mercurio, esperaba monopolizar el negocio del transporte transatlántico de pasajeros. Pero más aún, basado en esta identidad transatlántica, esperaban que los inmigrantes siguieran consumiendo bienes españoles en su nueva nación y abrieran un mercado para éstos en Argentina. En suma, los inmigrantes fueron interpretados, simultáneamente, como mercancía y como consumidores.

Una vez en el puerto de Buenos Aires, los inmigrantes se encontraron con una realidad muy diferente a la descrita por Rahola y los demás publicistas que buscaban incentivar la inmigración. Desde que se había dado inicio al proyecto de atraer inmigrantes a la Argentina, la tierra ya se encontraba concentrada en las manos de unos cuantos terratenientes. Para el principio del siglo XX, su precio era muy alto y la especulación con ésta era una práctica sumamente extendida. El limitado acceso a la tierra hizo que los inmigrantes regresaran de las pampas a buscar trabajo en los complejos industriales que se multiplicaban en Buenos Aires. Al instalarse en la ciudad, los extranjeros no sólo no se encontraban cumpliendo el propósito que les habían destinado las elites locales, sino que además algunos se agruparon en organizaciones socialistas y anarquistas para demandar espacio en el cerrado panorama político argentino.

Como es narrado en el segundo capítulo, el año previo a la celebración del Centenario de la Independencia en Argentina atestiguó las huelgas, las protestas, las marchas, las batallas campales entre el movimiento obrero y las fuerzas de represión estatales, las masacres de trabajadores por parte de la policía y la respuesta con ataques terroristas de parte de los anarquistas más radicales. Nuevamente, la gran metáfora política decimonónica de la degeneración racial fue usada para explicar la conflictiva

relación entre las clases sociales. Los inmigrantes, en particular los de origen ruso judío, fueron acusados de dañar el componente étnico de la nación con sus tendencias “barbáricas” hacia la violencia, el crimen y el caos.

En su crónica titulada Viaje de S.A.R Infanta doña Isabel a Buenos Aires (1910), el periodista y aristócrata Alfredo Escobar y Ramírez, marqués de Valdeiglesias, relata la participación de la misión diplomática española en el Centenario de la Independencia en medio de la tensión social que produjeron las amenazas de ataques de parte de los anarquistas contra las personalidades invitadas. Específicamente, el cronista sigue la participación de la Infanta Isabel de Borbón en las celebraciones. Mi argumento en este capítulo es que la identidad transatlántica de la raza hispana, definida en contraposición al anarquista judío, funcionó como una forma de oponerse a las identidades basadas en la clase social, el género y la ideología política. La participación de la misión diplomática, y en especial de la Infanta, funcionó como un acto performativo que puso en escena la raza hispana como una identidad transatlántica que vinculaba históricamente ambas naciones.

Las representaciones de la Infanta, sus descripciones en los periódicos y revistas, la definían como la encarnación de todas las virtudes de la raza. Reseñada a partir de su personalidad generosa, la Infanta ofrece un modelo social que buscaba basar el equilibrio social en la caridad y no en la distribución equitativa. Los desfiles del Centenario, en los que participaron las masas de manera organizada, fraternal y pacífica fueron descritos como la forma correcta de emplear el espacio público para las manifestaciones políticas, que debían ser objeto exclusivo del amor patrio. Además, la Infanta fue definida por medio de su imagen maternal, la cual la convertía en un significante de las virtudes que supuestamente representaban a la mujer de raza. Los discursos sobre la normalización de

las relaciones de género fueron contrapuestos a los postulados del primer congreso internacional feminista que tuvo lugar en Buenos Aires, allende las festividades centenarias.

En el tercer capítulo, este trabajo se centra en el papel del discurso de la raza en las relaciones internacionales del mundo hispano. En el relato de su viaje, titulado La república Argentina, el sociólogo Adolfo Posada establece un paralelo entre la crónica urbana y el establecimiento de relaciones intelectuales con la “ciudad letrada” argentina. Basado en el discurso de la raza hispana, el intelectual español realiza una apropiación retórica de la ciudad de Buenos Aires – el artefacto moderno más avanzado – para refutar los diagnósticos de degeneración racial que pesan sobre la Península. Su argumento se puede resumir de la siguiente manera: Si españoles y argentinos pertenecen a la misma raza, de alguna manera, los españoles participaron en la creación de la moderna ciudad de Buenos Aires, probando la capacidad de los peninsulares para el progreso.

Esta retórica asimilacionista, sin embargo, presenta un problema. Posicionar Buenos Aires como la urbe más moderna del mundo hispano reestructura las jerarquías coloniales sobre las que se asienta este discurso étnico. Para reestablecerlas, la mirada de Posada va a resaltar la falta de tradición que define, según él, la ciudad. Buenos Aires es definida como un lugar elaborado a partir de la mímica al que le falta “espíritu”. La solución de la misión académica, envidada por la Universidad de Oviedo, era reubicar la tradición colonial española en el centro de la identidad y la historia argentinas. Para conseguirlo, los profesores ovetenses diseñaron un ambicioso plan de cooperación académica en la que, bajo su tutela, los letrados argentinos aprenderían las nuevas técnicas de investigación en las ciencias sociales que les permitirían encontrar la tradición

nacional en la historia colonial, examinada esta última con una mirada diferente que la inspirada por la llamada “leyenda negra”. Estos planes incluían, además, un proyecto de extensión universitaria dirigido específicamente a la educación de las masas proletarias. En estas clases, los académicos ovetenses, enseñaron su versión de la historia transatlántica hispana, entre otras disciplinas, a los obreros como forma de contribuir a solucionar la “cuestión social” en Argentina.

En el capítulo final, la obra de viajes Argentina y sus grandezas, escrita por el reconocido novelista español Vicente Blasco Ibáñez, guía una reflexión acerca de las estrategias retóricas empleadas para movilizar a los inmigrantes españoles desde las ciudades hacia la pampa. El escritor valenciano usa el discurso racial hispano para inspirar al inmigrante a completar su “misión civilizadora” en los últimos rincones de la campaña argentina. Blasco Ibáñez narra el encuentro del inmigrante y el gaucho, el campesino mestizo argentino, en la pampa como el reencuentro de la raza. Para darle lógica a su argumento, Blasco Ibáñez blanquea y españoliza tanto al gaucho como a la producción literaria que lo representa, la gauchesca.

El escritor valenciano traza los orígenes étnicos y culturales del campesino argentino en la Península. A través de una etnografía exotizante del gaucho, Blasco Ibáñez lo describe a partir de los rasgos “orientales” que fueron traídos a América por españoles amoriscados. El conquistador, que funciona en esta narrativa como un ancestro común al gaucho y al inmigrante, marca el inicio de la misión de la raza en Argentina. Según Blasco Ibáñez, después del ocaso del conquistador, el gaucho avanzó la misión civilizadora al obtener la independencia nacional y eliminar la barbarie indígena de la pampa. El gaucho, en extinción, según Blasco Ibáñez, debe ahora dar paso al inmigrante



que completará la tarea de hacer del suelo argentino el lugar más productivo del mundo, un Potosí donde la plata es reemplazada por el trigo.

Este discurso no solo soporta los intereses de las elites locales que deseaban que el inmigrante abandonara las ciudades, donde su activismo político o su movilidad social les resultaban amenazantes. En comunión con estas, Blasco Ibáñez despliega esta invitación en su libro de colección sobre el Centenario mientras, simultáneamente, invita a sus compatriotas a sumarse a su propio proyecto de colonización en Entre Ríos. Estas tierras, según rumores de la época, le fueron otorgadas por el gobierno argentino como pago por el ciclo de conferencias sobre los vínculos culturales y étnicos entre España y Argentina que el escritor valenciano presentó en Buenos Aires. Blasco Ibáñez combinó su empresa artística y su proyecto de convertirse en latifundista con la negociación cultural con los círculos de poder locales, expandiendo de esta forma el discurso del vínculo colonial del hispanoamericanismo.

La persecución de sus agendas particulares, las organizaciones hispanoamericanistas readaptaron el discurso literario de la raza hispana y, a través de éste, negociaron el regreso de España al epicentro de la cultura latinoamericana. En una forma de pensar las relaciones postcoloniales, novedosa para la época, los intelectuales del hispanoamericanismo asumieron la hegemonía cultural como una forma de abrir y mantener mercados. El discursos de la raza, como hemos visto, no solo canaliza los contenidos culturales y el movimiento de mercancías y capitales. En esta identidad transatlántica, se buscaba interpretar y definir a los migrantes que desbordaban las nacientes categorías nacionales.

La influencia cultural española perduró institucionalizada, a lo largo del siglo XX,

en rituales anuales como “el día de la raza” y “el día del idioma”. Las grandes celebraciones del calendario colonial tampoco cesaron, en 1992 celebramos el eufemístico “encuentro de dos mundos” en el que fueron actualizadas las imágenes de carabelas y conquistadores. Esta última coincidió con el fenómeno denominado “segundo desembarco”, como se conoce a la toma de una parte importante de los sectores públicos y la banca en América Latina por parte de empresas privadas españolas. A pesar de las múltiples consecuencias de la remanencia de este discurso, tanto en América como en España, la evidencia de su fracaso frente a la maquinaria económica, militar y comercial norteamericana es innegable. América Latina parece seguir posicionada entre el imperio pretérito que pervive en su impronta cultural y la influencia diplomática y comercial del nuevo.

## Obras citadas

### Fuentes primarias

- “Al regresar.” Editorial. El Imparcial. 24 junio. 1910: 1.
- Alfredo Escobar y Ramírez, Viaje de S.A.R Infanta doña Isabel a Buenos Aires. Madrid: Imp. Fortanet, 1910.
- Altamira, Rafael. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1898 a 1899. Oviedo, Establecimiento tipográfico de Adolfo Brid, 1898.
- . España y el programa americanista. Madrid : Editorial-América, 1917.
- . Mi viaje a América: libro de documentos. Universidad de Oviedo, 2007.
- . “Prólogo.” Carlos Octavio Bunge. Nuestra América. Barcelona, Imprenta de Henkich y C.A., 1905.
- . “Prólogo.” José Enrique Rodó. Ariel. Barcelona: Editorial Cervantes, 1903.
- Aramburu, Félix de. Monografía de Asturias. Madrid: Silverio Cañada, 1989.
- Arreguine, Víctor. En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones. Buenos Aires: Publicación de la Enseñanza Argentina, 1900.
- Asociación “Universitarias Argentinas.” Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Buenos Aires: Imprenta A. Ceppi, 1911.
- “Blasco Ibáñez en Buenos Aires. Su próximo viaje.” La Nación. 10 diciembre. 1908: 12.
- Blasco Ibáñez, Vicente. Argentina y sus grandezas. Valencia: Prometeo, 1910.
- . “Cartas de Vicente Blasco Ibáñez a Joaquín V. Conzález.” *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 23 (1940): 155-57.
- . “Cómo ve Europa a América.” La Nación. 4 abril. 1909: 4.
- . “Mi viaje a la Argentina.” La Nación 11 abril. 1909: 5.
- . Obras completas. Madrid: Aguilar, 1961.
- Cambaceres, Eugenio. En la sangre. Buenos Aires: Eudeba, 1967.
- Cánovas del Castillo, Antonio. Discurso sobre la nación. Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Casa Laiglesia, marqués de. “El viaje de la Infanta Isabel.” *Caras y Caretas*. 14 mayo 1910: 45.
- Conrado, Antonio. Cartas sobre emigración y colonias. Madrid: A. Pérez Dubrull, 1881.
- Dario, Ruben. El triunfo de Calibán. Buenos Aires: Red ediciones S.L., 2012.
- Darwin, Charles. The Origin of Species by Means of Natural Selection: or, the Preservation of Favored Races in the Struggle for Life. London: AL Burt, 2009.
- “Del circo liliputiense.” Editorial. Madrid Cómico. 12 marzo. 1910: 6.
- Demolins, Edmond. Anglo-Saxon Superiority: To what it is Due. London: R. B Fenno, 1899.
- Enrique, Fernández Sanz. “Psicología normal y patológica del emigrante.” *Revista Unión Ibero-Americana*. 27.3 (1912): 10-13.
- “España descubre América por segunda vez.” Caricatura. *La vida moderna*. 10 mayo 1910: 11.
- “España en Argentina.” Editorial. *La Época*. 23 abril. 1910: 2.
- Gálvez, Manuel. El solar de la raza. Buenos Aires: Sociedad Cooperativa “Nosotros,” 1913.
- Ganivet, Ángel. Idearium español. Madrid: Aguilar, 1964.
- Gerchunoff, Alberto. Los gauchos judíos. Buenos Aires: Centro Editor de America Latina, 1968.
- Gobineau, Arthur de. The Inequality of Human Races. New York: Putnam's Sons, 1915.
- Gutiérrez, Eduardo. Juan Moreira. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1961.
- Hernández, José. Martín Fierro. Madrid: Cátedra, 2007.

- Huguet Villar, Emilio. Las repúblicas hispano-americanas. Madrid: Espasa-Calpe, 1934.
- Jiménez Pastor, A. “Sinfonía.” *Caras y Caretas* 28 mayo 1910: 133.
- “La comisión comercial.” Editorial. La Época. 25 enero. 1904: 2.
- “La embajada española.” Editorial. *Caras y Caretas*. 28 mayo. 1910: 78.
- “La embajada comercial. Velada en la Unión Ibero-Americana.” Editorial. El Liberal. 28 enero. 1904: 5.
- “La Infanta en Cádiz.” Editorial. La correspondencia. 24 junio. 1910: 5.
- “Las fiestas del centenario en Argentina.” Editorial. La Época. 20 abril. 1910: 1.
- “Los centenarios de la independencia en América.” Editorial. La correspondencia de España. 24 mayo. 1910: 4.
- López Bago, Eduardo. Carne importada:(costumbres de Buenos Aires): novela médico-social. Primera parte de La Trata de Blancos. Madrid: La Maravilla Literaria, 1880.
- Lord Salisbury. “Living and Dying Nations.” Timaru Herald. 20 June 1898: 4.
- Lugones, Leopoldo. El payador. Buenos Aires: Otero & Co., 1916.
- Mas y Pi, Juan. Los españoles en el Centenario Argentino. Buenos Aires [s.n.] 1910
- “Más Iberoamérica.” Editorial. El País. 18 noviembre. 2012: 30.
- Mateos Ruiz “La embajada comercial.” El Globo 19 diciembre 1903: 11.
- “Misión Española” Editorial. La correspondencia. 24 junio. 1910: 4.
- Morphy, J. Gran Panorama Argentino del 1o Centenario de 1910. Buenos Aires: Rosso y Cia, 1910.
- “Europe Flirts with Argentina to Win her Rich Trade.” Editorial. New York Times. 21 agosto. 1910: A13.
- Obligado, Rafael. Santos Vega. Ediciones Colihue SRL, 2005.
- Ordoñez, Melchor, Jesus María Rísquez Alfonso. Cartilla del emigrante. Madrid: Imprenta de los Hijos M. G. Hernandez, 1910.
- Pardo Bazán, Emilia. La España de ayer y la de hoy. Madrid: Administración, 1899.
- Pérez Galdós, Benito. El tacaño Salomón. Madrid: Diana. Artes Gráficas, 1955.
- Posada, Adolfo. En América: una campaña. Madrid: Librería de Francisco Beltrán, 1911.
- . La República Argentina. Madrid: V. Suárez, 1912.
- Puente y Apezechea, Fermín de la. “Academias americanas. Correspondientes de la española.” *Memorias de la Academia Española* 1.4 (1873): 274 – 90.
- Puigdollers Macià, José. “Exposición al Vicepresidente de la República Argentina.” *Mercurio. Revista Comercial Ibero-Americana*. 3.16 (1903): 54-53.
- Rahola, Federico. “Nuestra labor.” *Mercurio. Revista Comercial Ibero-Americana*. 1.4 (1909): 58.
- . “Nuestros propósitos,” *Mercurio. Revista Comercial Ibero-Americana*. 1.1 (1901): 3.
- . Sangre Nueva. Impresiones de un viaje a la América del Sud. Tipografía La Académica de Serra hermanos y Russell, 1905.
- Renan, Ernest. Qu'est-ce qu'une nation?: conférence faite en Sorbonne, le 11 mars 1882. Paris: Calmann Lévy, 1882.
- Ríos, Blanca de los. Afirmación de la raza ante el Centenario de la independencia de las repúblicas hispano-americanas. Madrid: Imprenta de los hijos de M.G. Hernández, 1910.
- Rodó, José Enrique. Ariel. Austin: University of Texas Press, 1988.
- Roger, Enrique. “Nuestras relaciones con América. La embajada comercial.” El Motín. 19 septiembre 1903: 5.
- Rojas, Ricardo. Blasón de plata. Buenos Aires: Losada, 1946.

- . El Alma Española. Valencia: F. Sempere & Cía, 1907.
- . La restauración nacionalista. Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1971.
- Ruiz Mateos. "La embajada comercial." El Globo 19 diciembre 1910: 13.
- Salaverría, José María. Tierra argentina: psicología, costumbres, valores de la República del Plata. Madrid: Librería de Fernando Fé, 1910.
- Salvaire, Jorje María. Historia de Nuestra Señora de Lujan. Buenos Aires: Imprenta de P.E. Coni, 1885.
- Shakespeare, William. The tempest. Vol. 9. Classic Books Company, 2001.
- "Una conferencia del sr. Rahola. Las emigraciones a la Argentina." Editorial. El Imparcial. 28 enero. 1904: 8.
- "Una visita a la residencia de la Infanta. Hablando con la servidumbre." Editorial. Caras y Caretas. 28 mayo. 1910: 65.
- Unamuno, Miguel de. El gaucho Martín Fierro: Con un estudio preliminar. Montevideo: Editorial América Lee, 1967.
- . En torno al casticismo. Madrid: Alcalá, 1971.
- . "Mercantilismo." Mercurio. Revista Comercial Ibero-Americana. 2.1 (1905): 10.
- Vehils, Rafael. Organización ibérica. Los españoles de América. Barcelona, Casa de América, 1920.

### **Fuentes secundarias**

- Agawu-Kakraba, Yaw. "Symptoms of Spanish Fantasies: Africa as the Sign of the Other in Angel Ganivet's *Idearium español* and *La conquista del reino de Maya*." Studies in 20th & 21st Century Literature 30.1 (2006): 9.
- Alonso, Paula. "Jardines secretos, legitimaciones públicas." El partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX. Buenos Aires: Edhasa, 2010.
- Altamirano, Carlos; Beatriz Sarlo. Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Henaó Albarracín, Ana María. "Un acercamiento a las formas de legitimación y propaganda del poder regio en la sociedad colonial neogranadina," Historia y sociedad 23 (2012): 175-205.
- Andermann, Jens. The Optic of the State: Visuality and Power in Argentina and Brazil. University of Pittsburgh Pre, 2007.
- Anderson, Benedict. Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism. London and New York: Verso, 1991.
- Aronna, Michel. Pueblos Enfermos: The Discourse of Illness in the Turn-Of-The-Century Spanish and Latin American Essay. North Carolina: University of North Carolina Press, 2000.
- Baily, Samuel L; Eduardo José Miguez, eds. Mass Migration to Modern Latin America. Rowman & Littlefield Publishers, 2003.
- Bar, Antonio. La CNT en los años rojos: del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926. Madrid: Akal, 1981.
- Barkan, Elazar. The Retreat of Scientific Racism: Changing Concepts of Race in Britain and the United States Between the World Wars. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Bartra, Roger. La jaula de la melancolía. México: Grijalbo, 1987.

- Beckman, Ericka. "Troubadours and Bedouins on the Pampas: Medievalism and Orientalism in Sarmiento's Facundo." *Chasqui* (2009): 37-46.
- Belgrano Rawson, Milagros. "Sofocante Buenos Aires. Representaciones de género en la literatura de viajes sobre Argentina (1880-1920)." *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. La primera revista evolutiva en la Web americanista* (2010): n.p. web. 1 octubre 2010.
- Benjamin, Walter. The writer of modern life: Essays on Charles Baudelaire. Harvard University Press, 2006.
- Berrueto, María Teresa. La participación americana en las Cortes de Cádiz, 1810-1814. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1986.
- Bhabha, Homi K., ed. Nation and narration. New York: Routledge, 2013.
- Blanco, Alda. "El fin del imperio español y la Generación de 1898." *Hispanic Research Journal* 4.1 (2003): 3-18.
- Bonfiglio, Florencia. "Estudios culturales, poscolonialismo y de (con) strucción del arielismo." *Katatay* 6.1 (2008): 103-26.
- Botana, Natalio. El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1977.
- Bourdieu, Pierre. Distinction: A Social Critique of the Judgment of Taste. Harvard University Press, 1984.
- Bouza, Fernando. Imagen y propaganda: capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II. Madrid: Ediciones Akal, 1998.
- Boym, Svetlana. The Future of Nostalgia. New York: Basic Books, 2001.
- Bowker, Paul. Ibero-American Intersections: Constructing (Trans)Nationals Imaginaries in Spain and Latin America, 1898-1938. Diss. University of Auckland, 2009.
- Britt-Arredondo, Christopher. Quixotism: the Imaginative Denial of Spain's Loss of Empire. Albany: State University of New York Press, 2005.
- Campos Marín, Ricardo; Rafael Huertas. "La teoría de la degeneración en España." El darwinismo en España e Iberoamérica. Eds. Thomas F. Glick, Rosaura Ruiz, Miguel Ángel Puig-Samper. Madrid: Editorial CSIC-CSIC, 1999. 231-49.
- Cárdenas, Eduardo J., Carlos M. Payá. El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas. Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1978.
- Carr, Raymond. España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980. Madrid: Ariel, 1983.
- Carrera, Magali M., Imagining Identity in New Spain. Race, Lineage, and the Colonial Body in Portraiture and Casta Paintings. Austin: University of Texas Press, 2003.
- Cashmore, Ernest. Dictionary of Race and Ethnic Relations. New York: Routledge, 1994.
- Castellano, Philippe. "La distribución de libros en Latinoamérica en vísperas de la Primera Guerra Mundial." *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel*. Ed. Jean-Michelle Desvois. Bordeaux: Université Michel de Montaigne Bordeaux, 2005. 97-128.
- Castro-Gómez, Santiago. La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Charle, Christophe. "The Intellectual Networks of Two Leading Universities: Paris and Berlin 1890–1930." *Transnational Intellectual Networks: Forms of Academic Knowledge and the Search for Cultural Identities*. Eds. Jürgen Schriewer, Christophe Charle, Peter Wagner. Campus Verlag, 2004. 401- 40.
- Charnoon-Deutsch, Lou. "Gender and Beyond: Nineteenth-Century Spanish Women Writers." *The Cambridge Companion to the Spanish Novel from 1600 to the Present*. Ed. Harriet

- Turner, Adelaida López Martínez. Cambridge: Cambridge University Press, 2003. 122-37.
- Chasteen, John Charles. Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America. Woodrow Wilson Center, 2003.
- Clark, Steve. "Transatlantic Crossings: Recent British Travel Writing on the United States." Travel Writing and Empire: Postcolonial Theory in Transit. New York: Zed Books, 1999. 212-31.
- Conlon, Joy Margaret Ann. Empire and Emigration: The Representation of the Indiano in Nineteenth and Twentieth century Spanish literature. Stanford University, 2002.
- Copeland, Eva Maria. "Empire, Nation, and the Indiano in Galdós' *Tormento* and *La loca de la casa*." *Hispanic Review* 80.2 (2012): 221-242.
- Costa, Joaquín. Crisis política de España (doble llave al sepulcro del Cid). Madrid: Biblioteca Costa, 1914.
- Curcio-Nagy Linda, The Great Festivals of Colonial Mexico City. Performing Power and Identity. UNM Press, 2004.
- Dalla-Corte, Gabriela, Gustavo H. Prado. "Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)." *Anuario de Estudios americanos* 63.2 (2006): 195-216.
- Dalla-Corte, Gabriela. "La América meridional en la retina de la revista *Mercurio*: mercado y embajadas comerciales a principios del siglo XX." *Iles i imperis: Estudios de historia de las sociedades en el mundo colonial y post-colonial* 6 (2002): 137-174.
- . "Las relaciones Cataluña-Argentina. Sangre Nueva o crónica de la legitimidad anunciada." *Revista Tierra Firme* 20.78 (2002): 45-72.
- . "Asociaciones y redes sociales entre El Quijote y Hamlet: la Casa de América de Barcelona y la construcción de una 'moderna fraternidad' transatlántica." *Boletín Americanista* 50.55 (2005). 55-77.
- . Cultura y negocios. El americanismo catalán de Mercurio. Barcelona: Casa Amèrica Catalunya, 2012.
- . "Estrategias locales frente a las "quintas" de la Guerra de Cuba. La villa de Calella (1895-1898)." Lo que duele es el olvido: recuperando la memoria de América Latina. Ed. Pilar García Jordán. Barcelona: Universitat de Barcelona, 1998.
- Dalmaroni, Miguel. Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y estado. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2006.
- David, Marcilhacy. Raza hispana: hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.
- de Arnoux, Elvira Narvaja; José Del Valle. "Las representaciones ideológicas del lenguaje: discurso glotopolítico y panhispanismo." *Spanish in Context* 7.1 (2010): 1-24.
- de Azúa, Carlos Real. Medio siglo de Ariel: (su significación y trascendencia literario-filosófica). Montevideo: Academia Nacional de Letras, 2001.
- de Diego García, Emilio. 1895, la Guerra en Cuba y la España de la Restauración. Madrid: Editorial Complutense, 1996.
- Decker, Geoffrey. "Hispanics Identifying Themselves as Indians." *New York Times*. 3 julio 2011: 12.
- Delaney, Jeane. "Making sense of modernity: changing attitudes toward the immigrant and the gaucho in turn-of-the-century Argentina." *Comparative Studies in Society and History* 38.03 (1996): 434-459.

- Delgado Larios, Almudena. "Un "Nuevo 98" en una "Nueva España": una lectura hispanoamericanista del conflicto yanqui-mexicano (1910-1923)." *La formación de América Latina en España 1898-1989*. Ed. Monserrat Huguet Santos. Madrid: OEI, 1992. 279-311.
- Denett, D. C. Darwin's Dangerous Idea. Evolution and the Meaning of Life. New York: Touchstone, 1996.
- Devoto, "Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y republica." Debates de mayo: nación, cultura y política. Ed. José Nun. Buenos Aires: Secretaría de Cultura, Presidencia de la Nación (Culturación), 2005.
- Dickmann, Enrique. Recuerdos de un militante socialista. Buenos Aires: Editorial La Vanguardia, 1949.
- Donghi, Tulio Halperín; Roy Hora. Una nación para el desierto argentino. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- . Historia contemporánea de América latina. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- Durán, Manuel. "El Martín Fierro y sus Críticos Españoles." *Revista Iberoamericana* 40.87 (1974): 479-489.
- Echagüe, Carlos M. Las grandes huelgas. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1971.
- Edelmayer, Friedrich. The "Leyenda Negra" and the Circulation of Anti-Catholic and Anti-Spanish Prejudices. Mainz: Institute of European History (IEG), 2011.
- Enrique, Fernández Sanz. "Psicología normal y patológica del emigrante." *Revista Unión Ibero-Americana*. 27.3 (1912): 10-13.
- Feldman, Hernán. Una patria amurallada. Políticas de contención en la Argentina aluvial (1870-1904). Buenos Aires: Prometeo Libros, 2011.
- Fernández Cifuentes, Luis. "Cartografías del 98: Fin de siglo, identidad nacional y diálogo con América." *Anales de Literatura Española Contemporánea* 23.1 (1998): 117 - 45.
- Fernández, Alejandro. "Inmigración y redes comerciales. Un estudio de caso sobre los catalanes de Buenos Aires a comienzos de siglo." *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 11.32 (1996): 25-60.
- . Un "mercado étnico" en el Plata: emigración y exportaciones españolas a la Argentina, 1880-1935. Madrid: Editorial CSIC-CSIC, 2004.
- Fernández, Pura. Eduardo López Bago y el naturalismo radical: la novela y el mercado literario en el siglo XIX. Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1995.
- . "Redes trasatlánticas: el espacio editorial en castellano en el campo cultural contemporáneo." *Revista de Estudios Hispánicos* 46.2 (2012): 177-200.
- . "Prólogo." La prostituta: novela médico-social. Sevilla: Renacimiento, 2005.
- Fernández, Sandra R., Gabriela Dalla-Corte. Sobre viajeros, intelectuales y empresarios catalanes en Argentina. Universidad Nacional de Rosario, 2001.
- French, Jennifer L. Nature, Neo-Colonialism, and the Spanish American Regional Writers. Hanover: Dartmouth College Press, 2005.
- Frydenberg, Julio; Miguel Ruffo. La Semana Roja de 1909. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1992.
- Gabilondo, Joseba. "Genealogía de la "raza latina": para una teoría atlántica de las estructuras raciales hispanas." *Revista iberoamericana* 75.228 (2009): 795-818.
- Gallo, Ezequiel. De la república posible a la república verdadera: 1880-1910. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina, 1997.
- . La Argentina del 80 al Centenario. Buenos Aires: Sudamericana, 1980.



- García Cedro, Gabriela. Celebraciones I. Lugones, Darío y Gerchunoff en 1910. Buenos Aires: Lumen, 2010.
- García Sebastiani. Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina. Madrid: Editorial Complutense, 2011.
- Gómez, Eusebio. La mala vida en Buenos Aires. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2011.
- González, Joaquín Víctor. El juicio del siglo o cien años de historia argentina. Buenos Aires: Editorial Rosario, 1945.
- . La tradición nacional. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1979.
- . Política espiritual: discursos académicos, sociales y parlamentarios. Buenos Aires: Librería Nacional, 1910.
- Gorelik, Adrián. La grilla y el parque espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- Greer, Margaret R.; Walter D. Mignolo, Maureen Quilligan, eds. Rereading the Black Legend: the discourses of religious and racial difference in the Renaissance empires. Chicago: University of Chicago Press, 2008.
- Griffin, Eric. "From Ethos to Ethnos: Hispanizing "the Spaniard" in the Old World and the New." *The New Centennial Review* 2.1 (2002):69-116.
- Guerrero Cabrera, Manuel. "El americanismo de Blanca de los Ríos (Breves notas bibliográficas)." *Revista Saigón* 1 (2005): 34-35.
- Gullón, Ricardo. Direcciones del modernismo. Madrid: Alianza, 1990
- Guy, Donna J. Sex and Danger in Buenos Aires. Lincoln: University of Nebraska Press, 1991.
- Halperín Donghi, Tulio. The Contemporary History of Latin America. Duke University Press, 1993
- Harrison, Joseph. Spain's 1898 Crisis: Regenerationism, Modernism, Post-colonialism. Manchester: Manchester University Press, 2000.
- Healy, Claire. "Review Essay Afro-Argentine Historiography." *Atlantic Studies* 3.1 (2006): 111-120.
- Henríquez Ureña, Max. Breve historia del modernismo. Mexico: FCE, 1962.
- Hoggart, Simon. America: a User's Guide. Harper Collins, 1990.
- Hooper, Kirsty. "Death and the Maiden: Gender, Nation, and the Imperial Compromise in Blanca de los Ríos's *Sangre española* (1899)." *Revista Hispánica Moderna* 60 (2001): 171-185.
- Huguet Santos, Montserrat, ed. La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989. Madrid: OEI, 1992.
- Huguet Villar, Emilio. Las repúblicas hispano-americanas. Madrid: Espasa-Calpe, 1934.
- Jitrik, Noé. El 80 y su mundo. Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1968.
- Jonathan Raban. Hunting Mister Heartbreak: a discovery of America. New York: Edward Burlingame Books, 1991.
- Joseph, Gilbert Michael, Catherine LeGrand, Ricardo Donato Salvatore, eds. Close encounters of empire: writing the cultural history of US-Latin American relations. Duke University Press, 1998.
- Kant, Immanuel. Antropología en sentido pragmático. Alianza editorial, 2004.
- Keen, Benjamin. "The Black Legend Revisited: Assumptions and Realities." *Hispanic American Historical Review* 49. 4 (1969): 703–19.

- Lesser, Jeffrey. Welcoming the undesirables: Brazil and the Jewish question. University of California Press, 1995.
- Lida, Clara Eugenia. Anarquismo y revolución en la España del XIX. Madrid: Siglo XXI, 1972.
- Lluch-Prats, Javier. "La antesala del triunfo de un editor y escritor profesional: Vicente Blasco Ibáñez en Argentina (1909–1914)." *Revista de Estudios Hispánicos* 46.2 (2012): 247-268.
- López, María Pía. Lugones: entre la aventura y la cruzada. Buenos Aires: Ediciones Colihue SRL, 2004.
- Loureiro, Angel. "Spanish Nationalism and the Ghost of Empire." *Journal of Spanish Cultural Studies* 4.1 (2003): 65-76.
- Lozano, Carlos. Rubén Darío y el modernismo en España. 1888-1920. New York: Las Américas, 1968.
- Sanchez, Mark G. Anti-Spanish Sentiment in English Literary and Political Writing 1553-1603. Diss. University of Leeds, 2004.
- Macciuci, Raquel. La Plata lee a España. Literatura, cultural, memoria. La Plata: Ediciones del lado de acá, 2011.
- Mainer, José Carlos. La doma de la quimera: ensayos sobre nacionalismo y cultura en España. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 1988.
- Maíz, Claudio. Constelaciones Unamunianas. Enlaces entre España y América (1898-1920). Salamanca: Universidad de Salamanca, 2009.
- Marcilhacy, David. Raza hispana: hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.
- Marco, Joaquín. La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España 1960-1981. Barcelona: Edhasa, 2004.
- Marti, Alejandro. Simón Radowitzky: la biografía del anarquista del atentado a Falcón a la Guerra Civil Española. La Plata: De la Campana, 2010.
- Martínez, María Migueláñez. "1910 y el declive del anarquismo argentino. ¿Hito histórico o hito historiográfico?" *200 años de Iberoamérica (1810-2010)* (2010): 436-452.
- Mejías Alonso, Almudena; Alicia Arias Coello. "La prensa del siglo XIX como medio de difusión de la literatura hispano- americana." *Revista General de Información y Documentación* 8.2 (1998): 241-57.
- Mejías-López, Alejandro. The Inverted Conquest: the Myth of Modernity and the Transatlantic Onset of Modernism. Nashville: Vanderbilt University Press, 2010.
- Mignolo, Walter. The Idea of Latin America. Oxford: Blackwell, 2005.
- Moraña, Mabel. Ideologies of Hispanism. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005.
- Moya, José C. Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930. Berkeley: University of California Press: 1998.
- Nari, Marcela María Alejandra. Maternidad, política y feminismo. Buenos Aires: Taurus, 2002.
- Needell, Jeffrey D. A Tropical Belle Epoque: Elite Culture and Society in Turn-of-the-Century Rio de Janeiro. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- Nora, Pierre; Lawrence D. Kritzman, eds. Realms of Memory: Conflicts and divisions. Columbia University Press, 1996.
- Nouzeilles, Gabriela. Ficciones somáticas: naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910). Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- Ojeda, Pedro Miranda. "Sociedad y trabajo durante el siglo XIX. La utilidad social como problema económico." *Estudios Sociológicos* (2007): 369-397.

- Oved, Isaac. "Influencia del anarquismo español sobre la formación del anarquismo argentino." *EIAL*, [online] 2.1 (1991).
- Pelosi, Hebe Carmen. Rafael Altamira y la Argentina. Universidad de Alicante, 2005.
- Pérez de Mendiola, Marina. Bridging the Atlantic: Toward a Reassessment of Iberian and Latin American Cultural Ties. New York: State University of New York Press, 1996.
- Pike, F.B. Hispanismo, 1898-1936. Spanish conservatives and liberals and their relations with Spanish America. Notre Dame: University of Notre Dame. 1971.
- . "Making the hispanic world safe from democracy: Spanish liberals and hispanismo." *The Review of Politics* 33.03 (1971): 307-322.
- Prado, Gustavo H. Rafael Altamira en América, 1909-1910: historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo. Editorial CSIC-CSIC, 2008.
- Pratt, Mary Louise. Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation. New York: Routledge, 2007.
- Prieto, Adolfo. El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1988.
- Rama, Ángel. La Ciudad Letrada. Ediciones del Norte, 1984.
- . Rubén Darío y el modernismo, (Circunstancia socio-económica de un arte americano). Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970.
- . Las máscaras democráticas del modernismo. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985.
- Ramos, Julio. Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX. Editorial cuarto propio, 2003.
- Ranger, Terence; Eric J. Hobsbawm, eds. *The invention of tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- Real de Azúa, Carlos. "El inventor del arielismo: Luis Alberto Sánchez." Historia visible e historia esotérica. Personajes y claves del debate latinoamericano. Montevideo: Arca, 1975.
- Rieu-Millan, Marie Laure. Los diputados americanos en las Cortes de Cádiz. Madrid: CSIC, 1990.
- Roberts, Stephen G. H. "'Hispanidad': El desarrollo de una polémica noción en la obra de Miguel de Unamuno." *Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno* 39 (2004): 61–80.
- Rock, David. "The British in Argentina: From Informal Empire to Postcolonialism," Informal Empire in Latin America. Culture, Commerce and Capital. Ed. Matthew Brown. London: Blackwell, 2008.
- Rodríguez, Arnoldo Mora. El arielismo: de Rodó a García Monge. San José: EUNED, 2007.
- Romero, José Luis. A History of Argentine Political Thought. Chicago: Stanford University Press, 1968.
- . Latinoamérica: las ciudades y las ideas. Siglo Veintiuno Editores, 1976.
- Rubione, Alfredo. Estudio preliminar. *Ernesto Quesada. En torno al criollismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983.
- Sabaté, Modest. História de la lliga. Barcelona: Bruguera, 1969.
- Said, Edward. Culture and Imperialism. New York: Vintage Books, 1993.
- . Orientalism: Western Conceptions of the Orient. London: Penguin, 1995.
- Salas, Horacio. El centenario: la Argentina en su hora más gloriosa. Buenos Aires: Planeta, 1996.

- Salvatore, Ricardo D. Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2007.
- . "The enterprise of knowledge: representational machines of informal empire." Gilbert Michael Joseph, Catherine LeGrand, Ricardo Donato Salvatore, eds. Close encounters of empire: writing the cultural history of US-Latin American relations. Duke University Press, 1998.
- Samblás, María Victoria Sánchez. Hispanidades trasatlánticas o la reconquista espiritual de América: Vicente Blasco Ibáñez y el nacionalismo Argentino en torno al centenario. Diss. Vanderbilt University, 2009.
- Sánchez Dueñas, Blas. "Anotaciones en torno a la obra de Blanca de los Ríos." Escritoras y pensadoras europeas. Ed. Mercedes Arriaga Florez. Sevilla: Arcibel, 1999. 111-34
- Santos-Rivero, Virginia. Unamuno y el sueño colonial. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2005.
- Sarmiento, Domingo Faustino. Facundo, civilización y barbarie. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- Scobie, James R. Buenos Aires: plaza to suburb, 1870-1910. New York: Oxford University Press, 1974.
- Sebastiani, Marcela García. "Prensa e identidad de los españoles inmigrantes en la Argentina: el diario español de Buenos Aires en los comienzos del siglo XX." *El Mediterráneo y América: Actas del XI Congreso de la Asociación Española de Americanistas*. Editora Regional de Murcia, 2006.
- Seco Serrano, Carlos. Alfonso XIII y la crisis de la Restauración. Madrid: RIALP, S. A., 1992.
- Seigel, Micol. Uneven Encounters: Making Race and Nation in Brazil and the United States. Durham: Duke University Press, 2009.
- Sepúlveda Muñoz, Isidro. "Rafael Altamira: programa americanista español." *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea* 3 (1990): 123-142.
- . El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo. Madrid: Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2005.
- Soler Arteaga, M. Jesús. "¡Tal vez cuando era cuerpo los astros me envidiaban! Discurso y representación femenina en la poesía de Blanca de los Ríos." Sin Carne. Representaciones y simulacros del cuerpo femenino. Ed. Mercedes Arriaga Florez. Sevilla: Arcibel, 2004. 34-61.
- Solodkow, David Mauricio. "La oligarquía violada: Etnografía naturalista, xenofobia y alarma social en la última novela de Eugenio Cambaceres, *En la sangre* (1887)." *Decimonónica* 8 (2011): 93-112.
- Sommer, Doris. Foundational fictions: The national romances of Latin America. University of California Press, 1991;
- Stepan, Nancy. The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America. Ithaca: Cornell University Press, 1991
- Suriano, Juan. Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2001.
- Terán, Oscar. Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Termes, Josep. Anarquismo y sindicalismo en España: la Primera Internacional (1864-1881). Barcelona: Crítica, 2000.
- Todorov, Tzvetan. La conquista de América. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- Torrecilla, Jesús. La Generación del 98 frente al nuevo fin de siglo. Amsterdam: Rodopi, 2000.

- Valle, José del. La lengua, ¿patria común? Ideas e ideologías del español. Madrid: Iberoamericana, 2007.
- . La batalla del idioma: La intelectualidad hispánica ante la lengua. Madrid: Iberoamericana, 2004.
- Varela Ortega, José. Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración. Madrid: Marcial Pons, 2001.
- Vergara Vicuña, Federico. Blasco Ibáñez, La vuelta al mundo en 80...000 dollars. Paris: [s.n.], 1924.
- Viñas, David. Anarquistas en América Latina. Buenos Aires: Editorial Katún, 1983.
- Watson, Ricardo; Lucas Rentero. Buenos Aires de fiesta: luces y sombras del centenario. Montevideo: Aguilar, 2010.
- Wendle, Sarah. "El proyecto de la inmigración y la construcción de identidades en Los Gauchos judíos de Alberto Gerchunoff." 29 julio 2008. Universität zu Köln Romanisches.
- Williams, Raymond. Marxism and literature. Oxford University Press, 1977.
- . The Country and the City. New York: Oxford, 1973;
- Yannakakis, Yanna. The art of being in-between: Native intermediaries, Indian identity, and local rule in colonial Oaxaca. Duke University Press, 2008.
- Zavala, Iris M. "Hacia una teoría de 'Españeamérica': Hispanoamérica en Unamuno, ¿realidad o ficción?" *Revista Iberoamericana de Bibliografía* 15 (1965): 347–54.
- Zea, Leopoldo, Hernán Taboada. Arielismo y globalización. Fondo De Cultura Economica, 2002.
- Zimmermann, Eduardo A. Los liberales reformistas: La cuestión social en la Argentina, 1890-1916. Editorial Sudamericana, Universidad de San Andrés, 1995.